

ALEJANDRO
GUARDIOLA

CALLES DE

CHATARRA



CALLES DE CHATARRA
ALEJANDRO GUARDIOLA



TÍTULO: CALLES DE CHATARRA

© ALEJANDRO GUARDIOLA 2013

© DISEÑO E ILUSTRACIÓN DE LA CUBIERTA: DANIEL EXPÓSITO ZAFRA

LOGOTIPO DE PALABRAS DE AGUA: KAROL SCANDIU

EDITOR: JUAN DE DIOS GARDUÑO

EDITOR LÍNEA FANTÁSTICA: DAVID PRIETO

CORRECCIÓN: SANDRA SÁNCHEZ Y SUSANA TORRES

MAQUETACIÓN: DAVID PRIETO

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL: ABRIL 2013

MAQUETACIÓN DIGITAL: PREMA EDICIONES

© EDITORIAL PALABRAS DE AGUA 2013

PALABRASDEAGUAEDITORIAL@GMAIL.COM

[HTTP://PALABRASDEAGUAEDITOR.WIX.COM/PALABRASDEAGUA](http://palabrasdeaguaeditor.wix.com/palabrasdeagua)

ASIN: B00CFOKAX6

DEPÓSITO LEGAL: CO 716-2013

Este es para mi abuela Martina

Fusión de géneros: el cóctel perfecto

PUEDE PARECERLO, PERO NO ES TAN raro. Edgar Allan Poe, a mediados del siglo XIX, ya escribía sin complejos tanto cuentos de terror como de detectives. De hecho, *Los crímenes de la calle Morgue* (1841) se considera por los expertos como el inicio real de la novela negra.

A día de hoy, Poe es venerado como uno de los mejores escritores de horror de todos los tiempos, y también lo era en los años 20 cuando muchos lo tomaron como referente para sus obras. Estoy hablando de H. P. Lovecraft, Robert E. Howard y los demás autores clásicos de terror y fantasía que publicaban en las denominadas revistas Pulp. Sin embargo, en esas mismas revistas había una gran variedad de géneros: Ci-Fi, aventuras, bélico, western y, como novedad, también el policiaco. El género negro tuvo su gran auge a principios del siglo XX, una época marcada por los *gangsters*, la ley seca y la Gran Depresión. El autor referencial es Dashiell Hammett, que desarrolló cuentos y novelas del estilo *hardboiled*, donde premiaba la acción y el retrato de una sociedad violenta.

La pregunta es: si el terror y el policiaco fueron primos hermanos, ¿por qué se separaron tanto sus caminos? La respuesta es obvia: en un género nuevo como la novela negra, el asesino no podía ser un fantasma. Los elementos sobrenaturales quedaban automáticamente fuera del relato detectivesco, pero los elementos enigmáticos no tenían por qué desaparecer de las historias de terror fantástico.

Sin embargo, no es fácil mezclar estos géneros y salir airoso. Fredric Brown lo supo aprovechar, al igual que el contemporáneo John Connolly, pero no hay muchos casos destacables. Esto hace todavía más meritorio el gran trabajo que ha realizado Alejandro Guardiola en la magnífica obra que tenéis entre las manos.

Estamos ante una historia negra clásica. Son reconocibles muchos de sus rasgos característicos: la comisaría, el detective alcohólico, los *gangsters*, el ambiente opresivo de las clases bajas, la violencia, los policías, un asesinato misterioso, el interrogatorio de los testigos, el tráfico de drogas, persecuciones y tiroteos. Sin embargo, y de una manera muy natural, introduce la fantasía. Pero no la clásica, de dragones y mazmorras, sino la más oscura que podemos imaginar: la de los cuentos de hadas.

Alejandro ha creado un mundo propio lleno de matices, oscuro y verosímil. Nos encontramos ante una distopía fantástica con castas sociales. Aparecen problemas realistas creados por la incursión de elementos sobrenaturales, pero las motivaciones de todos los personajes, humanos o no, siguen siendo universales: amor, libertad, dinero, venganza, sexo.

Podemos contemplar el variopinto universo que nos regala Alejandro desde las diferentes ópticas de los personajes que pululan por sus páginas. Tanto criminales como policías se entremezclan en las acciones presentes y pasadas para ofrecernos el rico tapiz de matices que solo se consigue con mucho trabajo detrás. Una ambientación sobresaliente, de atmósfera opresiva, de calles sucias y oscuras que linda con el terror y abraza la locura. Sin embargo, y sin quitarle mérito al marco, lo mejor es la sólida trama que se oculta tras la fachada, con multitud de vueltas de tuerca y giros inesperados tan propios de las novelas negras de las que bebe.

Además, en ocasiones no sabes si empatizas más con el malo del libro o con el bueno. O, al menos, con quien se supone que es el bueno, dado que los personajes tienen una gran variedad de facetas. A destacar Irina, la policía torturada y autodestructiva, una protagonista femenina de una narrativa poderosa. Envidio mucho este personaje, Álex.

Y que nadie se engañe: esta es una de las novelas más divertidas e intrigantes que he podido leer, una suerte de fusión de géneros multirreferencial más propia del cine o de la televisión que de la letra impresa. Un regalo para los ojos que tú, afortunado lector, estás a punto de descubrir por primera vez.

Claudio Cerdán, en Limerick a 18 de marzo de 2013

Prólogo: Érase una vez un hombre del saco

LAS NOTICIAS SONABAN A TODO VOLUMEN, tanto que hacerse entender por encima de aquel ruido parecía imposible. A pesar de ello, las dos niñas, Nadia e Irina, que miraban sin interés sus platos de la cena, fueron capaces de escuchar a sus padres discutir. Creían que porque eran pequeñas y porque el aparato estuviese más alto de lo normal, no los oían gritarse verdades que dolían. La comida no les entraba. Nadia, de cara sonrosada, coletas rubias y ojos azules, jugaba con la ensalada. Irina, pelo oscuro suelto y ojos verdes, miraba sus filetes de pollo como si fueran los objetos más aburridos del mundo.

—Cuando vuelvan y vean que no hemos cenado, se enfadarán —afirmó Irina, al tiempo que se llevaba sin ganas un pedazo de carne a la boca.

—No pienso comer nada hasta que dejen de discutir —replicó su hermana, un par de años mayor, más contestataria y caprichosa que la pequeña.

Irina comenzó a masticar y a tragar el pollo, otro nuevo trozo entraba en su boca. Mientras tanto Nadia la miraba desafiante, empecinada en su decisión.

La tajada desaparecía por momentos entre las mandíbulas de Irina cuando sus padres entraron en la cocina. Ambos tenían los rostros acalorados e hicieron y dijeron lo mismo que siempre que discutían:

—¿Cómo podéis tener la tele tan alta? ¿Estáis sordas o qué? —les espetó Natalia, su madre, tras bajar el sonido que ella misma había subido antes de ir al encuentro de su marido.

—Hola, preciosas —saludó este con sendos besos en las cabecitas limpias, perfumadas y cepilladas de sus hijas. Después se desabrochó el cuello de la camisa y se aflojó la corbata—. Coméoslo todo. No dejéis nada. Necesitáis energías.

Natalia comenzó a sacar unos platos para la cena de los adultos y se fijó en que Nadia no comía.

—Cariño, tienes que terminar tu cena —le dijo con dulzura de madre.

—No tengo hambre, mamá. No quiero comer.

—Pero tienes que comer, porque tu cuerpo necesita alimentarse para poder hacer los deberes e ir al cole —intentó razonar Natalia con la niña.

—Bueno, pues no quiero nada de eso. No quiero comer y tampoco quiero ir al cole —insistió tozuda la niña, sacudiendo la cabeza en una negativa y dejando que sus coletas doradas volaran alrededor de su cabeza.

—Nadia, si no comemos, nos morimos —continuó su padre, conciliador, a un palmo de los ojos azules de Nadia y con una infinita sonrisa que desarmaría a cualquiera. Menos a su hija.

La niña volvió a negar con la cabeza, sin decir una sola palabra esta vez. Su hermana, en cambio, daba cuenta del segundo filete de pollo, que masticaba despacio como si no tuviese ninguna prisa. La cena no iba a marcharse a ninguna parte.

—¿Ves, Antoshka? De esto te hablaba. Hace siempre lo que le da la gana —explicó Natalia.

Después de dirigirle una dura mirada a su esposa, Anton intentó seguir con su estrategia apaciguadora y razonable.

—Nadia, no puedes irte a dormir sin haber comido nada.

—¿Por qué no puedo? —quiso saber la niña.

—Porque no puedes —contestó su padre, sin argumentos en esa ocasión.

A la vez que los adultos intentaban convencer a Nadia de lo bueno que resultaba para ella la comida, su hija pequeña se embutía porciones de filete en la boca, más de los que podía masticar, sin mirar a su hermana ni a sus padres. Era como si no estuviese en el mismo lugar que ellos, como si fuera un observador ajeno de la escena, como un espectador que aguardara el desenlace de la acción.

El rostro de Anton cambió, al agotarse su paciencia con la niña díscola.

—¡Si no te comes la cena, vas a estar castigada hasta que a tu madre y a mí nos parezca bien! —ahora elevó la voz por encima del tono sereno que había mostrado antes, hasta alcanzar un timbre parecido al de la discusión con su mujer unos minutos atrás.

—Me da igual. Castigadme. No comeré —le desafió la niña.

—Pues si no te comes la cena y nos desobedeces, vendrá un hombre del saco, se te llevará y te comerá —probó Natasha con aquel cuento de viejas para asustarla y que cediese.

Nadia pareció un poco impresionada por las palabras de su madre. Los tres la miraban, aguardando a que tomara su tenedor y metiera unas hojas de lechuga en la boca. Ella acercó su mano al cubierto y durante un segundo les pareció que lo había agarrado, pero no fue así y la retiró del utensilio metálico como si se hubiera quemado.

—Me da igual que venga un hombre del saco y me coma —dijo casi gritando—, porque no existen. Son mentiras que nos contáis para que los niños os hagamos caso. No me dan ningún miedo esos hombres del saco. —Hinchó los carrillos y se cruzó de brazos delante de su plato, terca.

Sus padres se miraron, incrédulos, y la mandaron a la cama.

Irina, que seguía triturando sus últimos restos de pollo con la boca llena, siempre supo que iba a ocurrir algo.

Después de terminar sus deberes, a Irina se le permitía ver la televisión durante media hora antes de irse a dormir.

Cuando entró a oscuras en el cuarto que compartía con su hermana, la llamó entre susurros, pero no le respondió, debía estar ya muy dormida. Se metió en la cama con su peluche favorito, no sin antes dirigir una mirada hacia el bulto que ocultaba un edredón de una conocida serie de dibujos animados. Se agarró fuerte a su oso y cerró los ojos.

Un sonido extraño la despertó. Era como un crujido, o como si rasparan una superficie contra otra. Apretó al señor Rizos más fuerte que nunca contra su pijamita rosa, no quería ver qué estaba pasando. Sin embargo, en contra de su voluntad, abrió los ojos.

En la penumbra de la habitación, una figura oscura y alta que vislumbró contra la luz que procedía de la calle le daba la espalda y se movía de cierta manera, como si tiritara. Estaba comiendo. Había una persona de pie junto a la cama de Nadia, y comía. No dejaba de hacerlo. Masticaba y masticaba algo duro y que crujía a cada bocado. Después, cuando pareció aburrirse de comer, sorbió y chupó. Un gorgoteo horrible se escuchó en la estancia y sonó en los oídos de Irina como si estuviera a su lado.

La niña no podía dejar de mirar. Estaba muerta de miedo y su garganta emitió un gemido por el pánico. Se tapó la boca con la mano de inmediato. Pero tenía que haberla oído. Seguro.

La silueta embozada y más negra que la oscuridad misma, se giró y la vio. Irina temblaba en la cama sin ser capaz de cerrar los ojos. Se inclinó junto a ella con movimientos pausados hasta que casi fue capaz de sentir los irregulares dientes cerca de su carita. Estaban afilados como cuchillas, rotos y podridos, más parecidos a los de los peces, manchados de sangre, al igual que su ennegrecido rostro. La figura se llevó una especie de garra en forma de dedo hacia la boca y le dijo:

—Shhhh.

Al día siguiente descubrieron el cadáver de Nadia Gryzina de ocho años en su cama. Había sido trepanada, descuartizada, mordida y masticada hasta la muerte. Además, le habían extraído las vísceras y la sangre.

La investigación de la policía culpó a un hombre del saco, pero no se inició un procedimiento judicial al comprobar lo dicho por la niña la noche anterior durante la cena. Los policías de la división de inhumanos corroboraron que los hombres del saco de la zona tenían las licencias en regla y, por lo tanto, podían actuar si se les invocaba, como así había hecho la pequeña. Ninguno de ellos fue detenido. La familia, de origen ruso, se amparó en el desconocimiento de las leyendas locales.

La muerte de Nadia provocó una campaña del Gobierno en la que se recordaron varios de los usos y costumbres de los inhumanos que debían respetarse para una convivencia pacífica entre todos.

La hermana menor dijo no haber visto ni oído nada aquella noche.

1.

Una resaca de cojones

SOSTENÍA UN ARMA DE FUEGO. NO sabía si le pertenecía o no, pero estaba disparándola. Apuntaba la pistola por delante de su cuerpo y manteniendo el gatillo apretado. El cargador no se agotaba por mucho que disparara. Recibía tiros en su dirección y se parapetaba detrás de un coche. No veía ni quién disparaba ni desde dónde, así que tiraba a ciegas, con la esperanza de que le sirviera como fuego de cobertura hasta que averiguase el lugar al que tenía que apuntar para dar en el blanco.

Las balas sonaron a lata cuando impactaron contra la chapa del automóvil. Apenas se tomaron un descanso para recargar. La siguiente tanda de disparos continuó acribillando su parapeto. Sin embargo, un largo quejido y después el sonido de un cuerpo golpeando el piso, interrumpieron el monótono ritmo. Un hombre muerto a su lado al que conocía.

No había sucedido de aquella manera, aunque era como Irina lo recordaba en sus sueños.

Irina

Un teléfono sonaba, retumbando en la mesilla de noche. Su pantalla encendida indicaba «comisaría» y una melodía machacona desplegaba su panoplia de bajos y percusión acelerados, que se repetían una y otra vez hasta la saciedad. El sonido que venía por defecto y que Irina no se había molestado en cambiar, por mucho que lo aborreciese. En aquellos momentos lo odiaba sobre todas las cosas de la Tierra, lo odiaba de la hostia.

La detective Gryzina apenas consiguió abrir los ojos y exclamar un «joder» afónico y aguardentoso, aunque no fue aquello lo que había bebido la última noche. Miró la hora. Aún debían de quedarle seis horas de sueño, o de sedación producida por los efectos del licor de hada. El hecho de ser despertada antes de lo previsto le iba a causar la peor resaca de su vida, una resaca de cojones.

Para cuando consiguió rodar desde la cama y coger el teléfono, este iniciaba una ronda nueva en su sintonía.

—Ya podéis tener una buena excusa para que me molestéis en mi puto día libre —gruñó tras descolgar.

—*Irina, ¿una noche dura?* —replicó una voz conocida al otro lado del hilo.

—La resaca sí que está siendo dura —expresó palpándose las sienes y la nuca, donde un taladro pugnaba por abrirse paso hacia su cerebro mientras le introducían millones de microscópicas agujas en los oídos, bajo la lengua y en los ojos. Eso no sería lo peor, el infierno en vida vendría después: convulsiones, sudoración excesiva, alucinaciones, taquicardia, mareos, náuseas, hipotermia...—. ¿Qué cojones quiere, capitán?

—*Te necesito en una escena del crimen, ya.*

—No me joda, jefe. Hoy no, de verdad. Estoy hecha una mierda.

—*En media hora en la esquina este de Florent Campus con la Ronda de Torquatus. Sin excusas* —cortó la comunicación sin despedirse.

Irina ya tenía dispuesto un nuevo «joder» en la boca para protestar, pero entonces sus quejas fueron diferentes. Un espasmo muscular que le subió por las pantorrillas, le agitó los muslos, los

glúteos, el abdomen y el pecho, la tiró de la cama. Quedó boca abajo en el piso de su habitación. La arcada llegó después, sin avisar, casi sin tiempo para que abriera la boca. El vómito fue absorbido por la alfombra. Se recordó comprar una nueva, porque aquella iba a ir directa a la basura. Otra contracción del diafragma la postró de nuevo, aunque esta vez no expulsó nada. El olor resultaba insoportable y quería que le arrancaran el estómago y la cabeza de cuajo.

Vaya, así que aquello era la resaca del licor de hada. Interesante.

Ayer

Un bar con la música de los altavoces tan alta que para entenderse los parroquianos debían hablarse al oído. No se encontraba demasiado concurrido y parecía poblado de una suerte de clientes habituales y unos pocos esporádicos. Entre los fieles, una mujer de pelo corto oscuro que peinaba con fijador y raya a un lado y vestía pantalones cargo marrones, botas paramilitares y camiseta negra de tirantes anchos. No destacaba por su estatura, aunque tampoco resultaba baja, complexión media, espalda, hombros y brazos anchos y fuertes de la época en la que era una estrella de la natación en el instituto. Estaba amodorrada junto a la barra. La rodeaba una legión de vasos de chupito vacíos y, aunque sus dedos mantenían un estrecho cerco sobre el último, parecía incapaz de llevárselo a la boca y su contenido casi se había derramado por completo.

—¡Jota, Jota! —dijo elevando una mano por encima de la barra para llamar la atención al dueño.

El camarero se acercó y retiró los vasos que se amontonaban alrededor de Irina.

—Parece que esta noche ya vas bastante cargada —afirmó con un tono profesional.

—No, todavía no. No es suficiente. —Mantén los ojos cerrados y no despegó la cabeza de la barra. Sus labios rozaban el alcohol que había tirado sobre la madera desgastada.

—Yo creo que ya has bebido suficiente y estoy a punto de no servirte más —anunció con determinación.

El rostro de Irina emergió para enfrentarse con la mirada de Jota.

—Una más, por favor, por favor, por favor.

—Está bien, pero solo una, ¿de acuerdo? —accedió él, con un dedo extendido, aunque era consciente de que Irina no lo veía.

—Gracias. Vale, mañana es mi día libre. No tengo que trabajar. Ponme una de licor de hada —pidió Irina, mientras las sílabas caminaban con lentitud por su boca y sus labios, trabándose y pugnando por salir.

—¿Estás segura de que quieres un trago de eso? —preguntó el barman.

—Completamente. Soy una mujer adulta y sé lo que quiero. Ponme una de licor de hada —insistió.

—Eres adulta y sabes lo que quieres —repitió Jota con retintín, y se movió hacia el final de la barra. Ella siguió sus movimientos con los ojos entornados.

El dueño fue hasta un panel debajo de un grifo de cerveza, miró a su alrededor para comprobar que nadie más lo estaba observando y desplazó el plafón. En el interior había una caja fuerte. Pulsó en el teclado los números del código de apertura y tras un chasquido metálico se abrió. Dentro había documentación, dinero en efectivo y un bulto envuelto por una gamuza. Sin sacarlo de la caja de seguridad, desenvolvió el trapo y dejó al descubierto una botella de vidrio opaco, que había estado sellada con cera. Quitó el tapón de corcho, siempre en el interior de la caja y sirvió dos dedos de un licor oscuro y viscoso en un vaso. Depositó el vaso con mucho

cuidado, luego tapó la botella, la protegió con la tela y por último cerró la caja fuerte.

Mientras se dirigía hacia donde lo aguardaba Irina, vio que había dejado debajo de la barra un buen fajo de billetes. Aquella mierda no es que resultara barata, costaba un ojo de la cara y el riñón izquierdo. O sea, más de la mitad del sueldo mensual de ella.

Cuando la mujer se iba a echar al colete el alcohol, el barman le llamó la atención:

—Eh, no tan rápido, rusita. Antes tienes que cumplir con el protocolo —la reprendió. Al segundo le tendía una servilleta de papel y un bolígrafo.

Irina escribió: «Yo, Irina Gryzina, mayor de edad, en plena potestad de mis facultades mentales, borracha, declino cualquier responsabilidad por parte del propietario de este establecimiento. La dirección de mi casa es...»

Tras firmarlo se lo pasó a Jota y acto seguido volcó el vaso en su garganta. Al principio resultaba suave y ligeramente dulce. No fue hasta que le alcanzó el estómago cuando el licor de hada comenzó a obrar sus efectos. Si Irina hubiera visto la botella, habría leído: «Procedente de destilado de la sangre de no menos de cuarenta hadas». Por supuesto era ilegal, tanto su venta como su posesión, por no decir conseguir una botella, por las que se pagaban verdaderas fortunas. Y no resultaba políticamente correcta una bebida que anunciaba la muerte de unos seres tan adorables para su fabricación. No en una sociedad en la que se proclamaba el respeto institucional por quienes no eran humanos.

La explosión comenzó a subir por su esófago. Necesitó abrir la boca para coger aire; tenía la cara congestionada y roja, los capilares de los ojos parecían a punto de estallar y en sus brazos las venas querían salir de su prisión de carne. Jadeó. La bestia parda de las bebidas espirituosas de los inhumanos comenzaba a extenderse por su organismo, al igual que un virus.

Puso los ojos en blanco, comenzó a temblar presa de múltiples calambres y cayó cuan larga era sobre la tarima de madera del Duende Verde.

Jota se encargaría de que la llevaran a casa.

Hoy

Las luces rotatorias azules y rojas de los coches patrulla iluminaban el lugar. Los policías uniformados cuidaban de que el público congregado no se acercara para enterarse de lo ocurrido.

Irina pasó sin dificultad la cinta de vinilo con un: NO PASAR, POLICÍA. No en vano la placa de detective que le colgaba del cuello abría muchas puertas. Intentó localizar a un azul que conociera de la comisaría veintiuno. En cuanto la vieron, asintieron y le indicaron que se acercara. Por el camino, otros uniformados iban y venían, ayudantes del forense tomaban fotos de la escena del crimen. El destello del potente flash la deslumbró, recordándole el mareo continuo que arrastraba desde que la despertaron. La sensación de náusea aumentó, e incluso su diafragma hizo un pequeño viaje en dirección hacia su pecho. Pero ahí se quedó y no tuvo más arcadas.

Volvió a retomar su paso seguro, el golpeteo de las botas levantó ecos que se amplificaron por el estrecho callejón. El recoveco comunicaba dos calles mediante unas toscas escaleras de obra entre dos edificios. Había un ligero desnivel que se transformaba en una cuesta en su final. Allí yacía el cadáver.

—Detective Gryzina —dijo el forense levantando la vista de su trabajo. Cercano a los cincuenta, pelo encanecido, gafas de pasta negra y cara amable. Llevaba puestos unos guantes de látex y pisaba con cuidado alrededor de donde se encontraba agachado.

—Doctor Blanco —saludó a su vez Irina—. ¿Qué tenemos aquí?

—Ninfa marina, en los veinte. Por la lividez diría que lleva muerta unas seis horas. La muerte se produjo por ahogamiento, entre las tres y las cinco de la madrugada de ayer —anunció solemne y en un tono profesional.

—¿Qué haría una ninfa acuática tan lejos de su medio? —se preguntó en alto Irina sin ser consciente de que los demás la escuchaban.

—No lo sé. Pero a veces se nos olvida que la repoblación trajo muchos emigrantes inhumanos al interior. Probablemente llegó siguiendo los ríos y viviría en un humedal cercano.

—Sí, también se dice que enloquecen en las polis, así que no entiendo qué hace en Semura —repuso mientras caminaba despacio alrededor del ser de tez morena y largo cabello azabache.

Sus formas eran esbeltas, extremidades delgadas y bien formadas, pechos de pequeño tamaño, pero enhiestos, además de facciones simétricas y bellas. Observó la característica membrana interdigital en manos y pies.

—¿Algo más? —agregó la detective.

—Por el momento no. En cuanto la examine a fondo, podremos saber más.

—Llámeme en cuanto tenga resultados, doc —pidió la policía.

—Por supuesto, cuenta con ello.

Se despidió del forense y de los oficiales uniformados de la escena del crimen. Caminó con su habitual decisión en dirección al lugar donde había aparcado su coche, junto al antiguo estadio, derruido hacía tiempo. En cuanto dobló dos calles, desaparecieron los patrulleros y los rotativos bicolores de sus vehículos. Una fuerte arcada se apoderó de ella y se inclinó contra una esquina. El sonido fue brutal, como si una hueste de gases atrapados en su cuerpo desde tiempos inmemoriales lograra escapar de aquella prisión a la vez. En realidad, solo expulsó una bilis amarillenta y amarga, cuyo sabor en la boca le provocó de nuevo el vómito, más violento que el anterior, que la obligó a arrodillarse sobre el gris de los adoquines rayados.

Sudaba, demasiado incluso. Estaba deshidratada y necesitaba recuperar líquidos y nutrientes.

Se tranquilizó pensando que aún no había comenzado lo peor: la taquicardia, los escalofríos, la fiebre y la diarrea. Limpió los restos de porquería de la comisura de los labios con la manga de su chaqueta. Debía de tener un aspecto asqueroso. Iba a recordar aquel día y al cabrón del capitán por haberla despertado el resto de su vida.

2.

Trabajo policial

LOS DIENTES RECHINARON. ERAN VIEJOS, ESTABAN podridos y amarillentos, aunque aún solía utilizarlos para comer. Sentía nostalgia de los tiempos en los que los suyos eran respetados. Mucho antes de la guerra y la repoblación que obligó a descubrir a quienes permanecían ocultos. Igual que él, los de su raza solo reconocían las leyes antiguas, no lo que dijeran los humanos. Pero los conocimientos de antaño se habían perdido y apenas sobrevivían unos pocos, con los que ni siquiera mantenía contacto. Añoraba las comunidades de su infancia y juventud, tan felices que nunca volvió a sentirse tan vivo y alegre como entonces. Los abuelos narraban historias a quienes querían escucharlos, no existían las prisas. Los padres enseñaban a los más jóvenes la mejor manera de matar y comer un humano. No resultaba un arte sencillo, requería bastante práctica.

Irina

Cuando apareció por la comisaría, la imagen de la detective no resultaba demasiado agradable. Llevaba puesta una gorra de estilo militar calada hasta las orejas, las gafas de sol ocultaban los ojos hinchados, enrojecidos y las profundas ojeras. Su aspecto quedaba un tanto oculto por la visera y los cristales ahumados, pero cualquiera que se fijara en ella vería su cara demacrada. El rostro continuaba pálido, le temblaban las manos y las piernas. Temía sufrir otro espasmo allí en medio, o que volvieran las náuseas de nuevo.

Sabía que necesitaba hidratarse con urgencia. Había una máquina con agua y refrescos a la vuelta de la siguiente esquina. Miró de soslayo a su alrededor. Nadie la estaba mirando, absortos en sus tareas. Se cruzó con varios compañeros que se limitaron a saludarla con la cabeza y continuaron con sus quehaceres. Pensó que si tenía suerte, podría salvar el día. El objetivo más próximo consistía en conseguir una botella de líquido que apaciguara un poco la muerte en vida que sufría en aquellos instantes.

La máquina dispensadora de bebidas se encontraba a su alcance. Buscó unas monedas, pero parecía que aquellos pantalones tenían los bolsillos más amplios de lo que recordaba.

—Irina —sonó una voz masculina a su espalda. Al volverse vio la figura familiar de Christian, su exnovio y policía también.

—Christian —lo llamó por su nombre completo, siempre lo hacía desde que se separaron tres años atrás, para mantener las distancias. Ella no quería que hubiera el más mínimo resquicio que le permitiera pensar que seguía colgada de él. Aunque así era. Su ex vestía vaqueros viejos, deportivas negras y una sudadera gris con capucha, que le venía grande. La barba castaña de un par de días resultaba un recurso nada improvisado, ya que conocía que a ella le gustaba aquel aire descuidado.

—Tienes una pinta horrible, Ira. —Le tocó la barbilla con dos dedos, levantándole la cara hacia él. El calor de sus manos la hizo estremecerse.

—Gracias, hombre —replicó un tanto ofendida y dispuesta a iniciar una discusión, como en los viejos tiempos en los que vivían juntos.

—No, en serio. ¿Estás enferma? —preguntó hacia un lugar indefinido de sus gafas de sol.

Cuando estaba a punto de contestarle con un comentario ingenioso que lo dejara en ridículo, la

voz del capitán bramó a su espalda:

—¡Detective Gryzina! ¡A mi despacho!

—Hablamos luego —se despidió Christian.

—Sí, bueno. Ya veremos —le contestó, arisca.

Irina avanzó a grandes pasos, obligándose a caminar derecha y a marcar con fuerza la suela de sus botas sobre el piso de un azul desvaído. Pasó por otros cubículos más, varios de sus ocupantes la saludaron. Al final de estos, una puerta abierta la esperaba. Sobre ella se leía CAPITÁN WALTER CASTILLO con letras doradas sobre el vidrio translúcido.

Al entrar, su superior se encontraba repantigado en el sillón de piel de imitación tras el escritorio. La barriga le redondeaba las arrugas de la camisa blanca, los puños arremangados hasta el codo, se había aflojado el nudo de la corbata. Usaba tirantes rojos, en los que enganchaba los pulgares, en un gesto pensativo, o más bien podría estar a punto de echarle la bronca más grande de su vida. El mostacho grisáceo, sin arreglar, con las guías desaparejadas. La coronilla no conservaba ni un pelo y, a pesar de estar más calvo que una rana, llevaba el resto, que aún no se le había caído, largo y peinado hacia atrás.

Aunque se había prohibido fumar en lugares públicos hacía décadas, un habano descansaba en el cenicero, desprendiendo su humo espeso y aromático por el despacho atestado de montañas de papeles e informes.

—Vaya, sí que estás hecha una mierda, detective.

—Capitán —saludó, ignorando el comentario sobre su aspecto.

—Siéntate, Irina. Parece que no estás teniendo un buen día, ¿eh? —Le guiñó un ojo y sonrió a la par que tomaba el puro y le daba una calada.

—¿Por qué es tan importante el asesinato de un inhumano para hacerme venir en mi día libre? —preguntó con enfado mientras tomaba asiento enfrente del oficial.

—Je. Estuviste en la escena, ¿no? Dime lo que viste —le demandó el capitán.

—Claro que estuve —dijo asintiendo con la cabeza—. Pero solo había una ninfa, supuestamente estrangulada, en un lugar que no le correspondía.

—Joder, ¿habías visto antes una de esas? —Irina asintió de nuevo—. Dicen que se parecen más a los peces que a nosotros.

—Capitán, está divagando —lo cortó.

—Directa al grano, como siempre. —Hizo una pausa y le dio una nueva chupada al cigarro sin que Irina le hubiera visto expulsar el humo de la anterior—. La cosa está así: nos ha llegado por conductos no oficiales que hay movimientos que pretenden soliviantar a los inhumanos, protestas y eso. Hay cierto elemento troll que nos preocupa; por el momento no se ha atrevido a hacer nada ilegal, solo da charlas y programa reuniones de pequeños grupos, siempre en lugares diferentes. Parece que está estableciendo la simiente para una revolución de los suyos. Por eso, hasta que contemos con los datos de los análisis, el crimen de la ninfa no se puede hacer público, ni ser filtrado a la prensa nada que pueda ser entendido como un agravio a la comunidad inhumana. ¿Comprendido, detective Gryzina?

—Sí, señor. —Cuando Walter Castillo empleaba aquel tono, era mejor regresar a las formalidades.

—Hay política que enturbia este caso, y sabes que no me gusta verme envuelto en esos meollos. Así que sé discreta y ten cuidado. Deberías hacer una ronda e interrogar a los vecinos,

por si vieron u oyeron algo que nos pueda resultar útil y que se le haya pasado a los uniformados.

—De acuerdo. Iré a preguntar a los vecinos —anunció, tras lo que se levantó y se despidió del capitán Castillo.

Mientras caminaba en busca del sargento de guardia, pensó en que llevaba un rato encontrándose demasiado bien. Antes de nada consiguió una botella grande de agua y engulló de un trago la mitad de su contenido. El líquido frío le sentó bien, aliviándola. Incluso parecía haber recuperado un poco el color habitual.

Tras conseguir las direcciones y declaraciones de varios vecinos, las leyó y determinó cuáles podían haber estado más cerca y saber cualquier cosa que les sirviera como pista en la investigación. Dobló las hojas y se dispuso a regresar al escenario del crimen.

En algún lugar de la misma polis, cuatro o cinco años antes

Michel la esperaba en el coche, mientras tomaba un café aguado en un vaso de cartón. Irina entró en el patrullero y dio un portazo, debido al cual su compañero derramó gran parte de la bebida por los pantalones de su traje.

—¡Ira! —exclamó, enfadado.

—Lo siento Mich, no he podido aguantarme —le replicó mientras intentaba aguantar una carcajada—. ¡Es tan divertido! —continuó la policía dando rienda suelta a su risa.

—Ya te pillaré, rusita —dijo con un tono lleno de rencor—. Me he puesto perdido por tu culpa.

—Michel, eres un exagerado —se quejó ella, reprimiendo una lagrimita que se le escapaba del ojo izquierdo. Sin dejar de sonreír, arrancó el coche.

—Muy graciosa. Lo dicho: ya te cogeré yo en otra, a ver quién es el que se ríe. —Trató de limpiarse el tejido manchado de café con unas servilletas de papel—. Por lo menos, tendrás la dirección del pollo ese, ¿no? —preguntó mientras la mujer lidiaba con la circulación.

—Claro que la tengo, ¿qué te pensabas? ¿Que sigo siendo una novata? —Le señaló con un índice una nota que sostenía sobre el volante.

—Siempre serás una novata, Irina, si no dejas de gastar bromas a tu compañero. Se supone que la cosa funciona al revés, es el poli veterano el que le gasta bromas al nuevo. Eso no lo debiste entender cuando entraste en el cuerpo.

—Sí, sí, lo que sea —le contestó sin prestarle atención; su interés se centraba en un automóvil delante del suyo.

—Bien que te gusta magrearte con el viejo Mich cuando no encuentras... —comenzó, pero, al girarse, su colega había detenido el patrullero y se había bajado de él corriendo.

—¡Irina!

—¡Sígueme! —le gritó Irina, sin volverse y desenfundando el arma reglamentaria mientras se perdía entre la marabunta del tráfico que circulaba por la calle.

Con un rápido movimiento se situó en el puesto de conductor al momento extrañó la distancia del asiento que estaba regulada para su joven socia, más pequeña que él. Intentó observar a través del parabrisas pero no veía nada. Así que conectó la sirena y las luces rotatorias y dio aviso por radio. El aullido de la chicharra y el azul parpadeante le abrieron camino. El carril iba despejándose de vehículos, que se apartaban según Michel avanzaba al máximo de velocidad.

—Central, aquí treinta y uno, cuarenta y nueve, estoy siguiendo a una agente a pie en persecución de posible sospechoso por la avenida de la Marina Mercante, a la altura del número

ciento diez.

—*Recibido, 31-49. Enviamos refuerzos.*

Pisó el acelerador, dio un volantazo y subió el coche a la acera para evitar el tráfico. En aquel tramo, el doble sentido le dificultaba el movimiento a la rapidez que quería, y continuar en la dirección que había seguido su compañera. El motor rugía con fuerza y los neumáticos chirriaron cuando los devolvió al asfalto de la calzada. Seguía sin ver el motivo por el cual su compañera había salido disparada, tan solo el cielo plomizo sobre su capó. En la siguiente bocacalle se le unió otro patrullero, Michel los saludó con la cabeza. Se situaron a la derecha y unos metros por detrás de su posición. Iban prestando atención a las aceras por las que deambulaban los transeúntes, sorprendidos por presenciar una persecución en aquel distrito de la polis.

Un tercer coche patrulla convergió con ellos al final de la avenida. Mich miró a su izquierda, los uniformados se encogieron de hombros al unísono, ellos tampoco veían a la detective Gryzina. Les indicó que pararan. Los tres vehículos se detuvieron a poca distancia los unos de los otros. Las sirenas habían acallado sus cantos, pero las luces continuaban girando.

Los oficiales de policía se congregaron en torno a Mich y entre los cinco llegaron a la conclusión de que corriendo no podía haber ido mucho más lejos de aquel punto. Resultaba imposible. Pensaron en regresar al lugar donde Irina había saltado del coche y comenzar una búsqueda desde allí. Solo había podido ir en una dirección. Acordaron repartirse la zona a cubrir, uno de los azules y Mich caminarían por ambos lados de la avenida y el resto haría el trayecto inverso, hasta encontrarse. La central les presionaba pidiéndoles información y solo eran capaces de radiar que necesitaban más tiempo para averiguarlo.

«¿Dónde coño te has metido, Irina?»

Irina, hoy

El rostro arrugado y reseco que le abrió la puerta, le regaló una amplia sonrisa de su boca desdentada y una alegre mirada de unos ojos que parecían cambiar del azul al gris según cómo incidiera la luz en ellos. Mechones de cabello blanco ondulado se alternaban con espacios donde no quedaba ni un solo pelo.

—Departamento de Policía de Semura, Detective Gryzina, señora Martín —soltó la policía, de una forma neutra, profesional y casi recitada de forma automática—. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Claro que sí, hija. Pasa, pasa —la invitó la anciana abriéndole de par en par la puerta de su hogar.

El inmueble era antiguo, por lo menos de antes de la repoblación, pero resultaba imposible que aquella señora achaparrada y de espalda encorvada viviera allí desde entonces. A pesar de la vejez, tanto de la vivienda como de la dueña, la mujer se desenvolvía con agilidad y rapidez, aunque caminaba dando pasos cortos. Las paredes no demostraban signo alguno de humedades o deterioro debido a las inclemencias del tiempo. El recibidor daba paso a un pequeño salón, presidido por una mesa camilla y cuatro vetustas sillas de madera a su alrededor.

—Su casa parece antigua, pero se conserva bien —comentó de manera casual Irina.

—Sí. Cuando mi marido la compró, aún faltaban veinte años para que vinieran todos esos monstruos a invadirnos. Y mi difunto Jaime tenía un don para las buenas compras, sabía que estaba construida de buenos materiales, je, je —se rio por lo bajo, tras limpiarse la comisura de los labios con los restos de la manga de una chaqueta oscura apolillada.

—¿Antes de la repoblación? —preguntó la detective, asombrada—. Entonces, si no es indiscreción, ¿cuántos años tiene, señora Martín?

—Ciento veinte, y llámame Emma, por favor. —Esbozó media sonrisa y, de nuevo, se le escapó un hilillo de saliva, que limpió al momento con lo que quedaba del puño de su chaqueta.

El papel pintado con motivos florales que cubría las paredes parecía querer desprenderse en varias partes, pero el encolado todavía aguantaría una buena temporada.

—Siéntate bonita, qué guapa eres —la alabó la viejecita mientras le tocaba un mechón de su oscuro pelo.

—Gracias, señora. Irina, me llamo Irina.

—Si hasta tu nombre es bonito, fijate. ¿Quieres un té, querida?

—Sí, me gustaría...

Una fuerte opresión le recorrió el pecho y se separó en diferentes puntos de dolor por su cuerpo: el abdomen, los riñones, los muslos, los hombros, debajo del mentón, detrás de los ojos y los oídos. Los agudos pinchazos actuaron al mismo tiempo, acompañados e incrementándose según el ritmo de los latidos de su corazón. Las venas se le hincharon en cara, brazos y manos, estaban tan gruesas que sintió pánico, porque tenía la certeza de que estallarían en aquel mismo instante. Después siguieron las convulsiones. Su cuerpo se agitaba como traspasado por una corriente eléctrica, movido por un motor invisible, asemejándose a un pez que con sus sacudidas tratara de regresar al agua. En su trayecto hasta el suelo de terrazo rojizo, notó cómo golpeaba unos cuantos objetos con manos, pies, pecho, cadera y cabeza. Aunque no sintió los impactos, ni el choque contra el piso, porque había perdido la consciencia.

Michel, hace cuatro (o cinco) años

Los policías habían recorrido casi la distancia que se habían marcado. Los hombres, divididos en dos grupos, ya se veían los unos a los otros. Ninguno había avisado a los demás de tener indicios sobre el paradero de Irina Gryzina. Mich sentía la preocupación de quien era sabedor de que la policía que conocía se habría comunicado para informar sobre su situación. Sin actualizaciones sobre el estado de la detective. Eso habían cantado a la central por la radio.

Su colega en la búsqueda, Ernesto Delgado, lo miraba con la cara que ponían los de su gremio cuando barruntaban que algo malo había pasado. Pero no se trataba de informar a una mujer de que el granuja de su marido se había fugado con su hermana y los ahorros de una vida entera. No, el motivo de aquella expresión era Irina. Su Irina.

La Irina Gryzina que fue a cenar por primera vez a casa, invitada por su esposa Isabel. La muchacha de largo pelo oscuro e hipnotizadores ojos verdes. La novata a la que le había sido asignada como instructor. La que mató de un disparo con su arma reglamentaria a un camello de mierda de elfo delante de él y después se echó a llorar en sus brazos como una niña.

La policía que cada día aprendía de él como un maestro y la joven para quien había sido un padre. La mujer con la que se acostó cuando dio el paso de la policía uniformada a detective. Sí, la amante con la que engañaba a su mujer, sin que sintiera remordimientos. Isabel, responsable de bautizarle como Michel, pues él había sido un Miguel, igual que su padre, igual que su abuelo. Suspiró, cansado, quería encontrar a Irina e irse a casa y darse una ducha.

Una figura surgió de una alcantarilla del viejo sistema de drenaje subterráneo de la polis. Era Irina. Iba empujando a una figura oscura con las manos trabadas tras la espalda. Tenía la cara mugrienta y la ropa llena de suciedad; además, tanto el detenido como la mujer policía

desprendían un desagradable aroma mezcla de huevos podridos y tubería oxidada.

—Hola, chicos, ¿cómo estáis? —saludó con una mano.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó su compañero.

—Este trasgo le había robado el bolso a una señora y salí corriendo detrás de él. ¿No es lo que tú harías? —replicó mientras introducía al delincuente en la parte trasera de uno de los coches patrulla.

Sí. Mich habría actuado de la misma manera, cuando tenía veinte años menos.

Irina, hoy

Un olor a infusión recién hecha estimuló su olfato. Parpadeó con dificultad, abriendo los ojos al mundo que había abandonado durante un tiempo desconocido. Tardó un par de minutos en reaccionar y realizar un autorreconocimiento para comprobar que las partes de su cuerpo le obedecían y continuaban funcionando con normalidad. Aunque le dolía todo como si se hubiera metido en una pelea de bar. Una pelea en la que había salido malparada y le hubieran dado una fuerte paliza. Se sentía morir. Múltiples puntos, desde su frente hasta los dedos gordos de los pies, indicaban allí donde se había golpeado. No parecía que hubiera huesos rotos, pero tendría unos buenos hematomas durante las próximas semanas.

Cuando trató de incorporarse se mareó; necesitó unos segundos más para conseguirlo. Masajeó sus sienes, nuca y muñecas, abriendo y cerrando los ojos con fuerza. Aún no estaba despejada, pero se encontraba algo mejor que cuando estaba tirada en el suelo.

Respiraba con normalidad, el pulso un poco por encima de su ritmo habitual, no tenía temblores. Sirviéndose de una silla como una especie de bastón, consiguió ponerse de pie, pero sintió náuseas y mareo de nuevo. Perdió contacto con el piso y se quedó sentada en la silla de manera fortuita.

—No te esfuerces, hija. —La anciana le ofrecía una taza de un té oscuro, espeso y humeante. Irina se lo llevó a los labios y, después de quemarse, sopló el líquido y bebió a sorbos cortos.

—Eso, despacio. Tómatelo con calma, cariño —le sonrió Emma Martín—. Si te gusta, te serviré otra. —De nuevo, se le escapó un poco de saliva por la comisura de la boca. Sin embargo, en esta ocasión no se la limpió y permitió que le resbalara por la barbilla y cayera al suelo, unos segundos más tarde.

La mínima silueta de la mujer se le antojaba más cercana y acogedora, como si se tratara de un miembro de su familia, de su propia abuela, a la que jamás había conocido. El té había entonado su malestar y las secuelas de la resaca que aún le durarían parte del día.

—¿Te encuentras enferma, preciosa? —le preguntó con un tono cantarín y risueño, sin abandonar nunca la eterna sonrisa que parecía congelada en su rostro.

—Eh... —titubeó Irina—. Sí, sí, no me encuentro muy bien hoy.

—Deberías ir a que te viera un médico, querida.

—Lo haré. Se lo prometo —aseguró la chica, asintiendo.

—Así me gusta. Los jóvenes no os cuidáis lo suficiente, ¿comprendes, niña?

—Sí, señora —contestó la policía, más por seguirle la corriente que porque estuviera entendiendo qué pretendía. De repente recordó a qué había ido hasta allí—. Pero en realidad, el motivo de mi visita era otro. Necesito confirmar las respuestas que le ofreció a los policías uniformados sobre el asesinato en el callejón.

El rostro de la mujer se endureció, aunque no dejó de sonreír.

—Por supuesto. ¿Qué quieres saber?

—¿Vio o escuchó algo fuera de lo normal la noche de actos? —Irina regresó al tono profesional.

—Mis ojos ya no son lo que eran, dicen que tengo cataratas y casi no oigo nada de un oído — se explicó—. Por la noche... No, no vi nada, querida.

—¿Está segura de eso, Emma? Un ruido extraño, una persona desconocida... —insistió inclinándose hacia la anciana.

—Completamente. No vi nada, hija.

—De acuerdo —dijo la policía levantándose de la silla que le había servido de sostén y tratando de no tambalearse—. Si fuera necesario testificar ante un juez que no vio nada aquella noche, ¿lo haría?

—Claro, por supuesto. —Regresó de nuevo a la perenne sonrisa—. Me encanta colaborar con la policía. No tengo nada que esconder.

—Muchas gracias por su disposición y... —comenzó a despedirse, un tanto incómoda, avergonzada y aún mareada— por la taza de té. Ha sido muy amable de su parte —le agradeció, tendiéndole la mano y enfilando hacia la puerta.

—El placer ha sido mío, Irina —le estrechó los dedos con un pequeño apretón y notó su frialdad, parecían muertos—, la del nombre bonito. —La mujer desplegó una muestra más de su desdentada boca.

—Adiós. —La detective ya se encontraba en el umbral y había abierto la puerta—. Cuídese, señora Martín.

—Adiós, cuídate tú. —Cerró la puerta—. Qué guapa. —Una lengua rojiza, nudosa, repleta de venas, pústulas y laceraciones, se relamió los resecos labios y pasó su punta por las encías sin dientes.

3. Trolls

Mark Hombre del Norte, troll

MARK PERTENECÍA A UN CLAN DE trolls procedente de la vieja Escandinavia. En su familia, al contrario que los de interior, tenían el cabello rubio y los ojos azules. Si no llevara el maldito torque, que indicaba su condición, cualquiera podría confundirlo con un humano alto y guapo. Cosa que aprovechaba para sus estafas. Su blanco preferido, las mujeres y las ancianitas. El género femenino sentía una especial predilección por él, las seducía, les permitía creer que vivirían juntos un cuento de hadas y cuando más engañadas y más enamoradas de él estaban, les dejaba las cuentas vacías. Era muy bueno, nunca lo habían cogido. Nunca lo harían. No repetía timo en el mismo lugar.

Abandonó Semura cuando falleció su padre, siendo apenas un adolescente, y se dedicó a subsistir en otras polis a base de robos, estafas y negocios poco recomendables. Maduró de golpe, buscándose la vida en sus trapicheos y aprendiendo de ellos. Había regresado veinte años después y llevaba poco tiempo en casa, pero ya tenía puestos sus codiciosos ojos en varias viudas ricas y un par de divorciadas que se habían llevado una suculenta parte en el acuerdo de separación. Se aprovechaba de la ignorancia y el aislamiento que existía entre las distintas polis. Todavía mantenía relaciones con los bajos fondos, por medio de conocidos que habían trabajado con su padre en diferentes asuntos y contaba con varios y provechosos proyectos en perspectiva. Tenía intención de hacer carrera en Semura y vengar la muerte de su padre.

Además de sus actividades extracurriculares.

Irina

El siguiente vecino, un trasgo, viejo, enjuto, de tez olivácea, prácticamente le cerró la puerta en las narices, malhumorado por la interrupción de la policía. A pesar de los malos modos, a Irina no le hizo sospechar que ocultara algo. Sabía que muchos de los veteranos de la guerra, como aquel —reconocible por la marca en la base del cuello de las fuertes vacunas—, continuaban resentidos por los acuerdos de paz. Pero ella no tenía la culpa de lo que habían decidido unos políticos cuando ni siquiera sus padres habían nacido.

Le respondió con monosílabos, precisos y seguros, sin desviar nunca los oscuros y hundidos ojos de rata de la mirada inquisitiva de ella. No mentía. Se despidió de él de la mejor manera que supo y el trasgo, llamado Matías Domínguez, empujó la puerta y la cerró con un sonoro portazo, dejando a la detective en el umbral.

«Uno menos», se dijo tras tachar la dirección en su libreta de notas. Tan solo quedaba el último testigo. El más complicado, pensaba mientras subía a grandes zancadas la cuesta en la que se ubicaba la casa y taller de Antonio Escoria, alias *Tony Chatarra*, empresario y traficante de la mierda de elfo más barata y más impura que podía encontrarse en la polis. Los accidentes por el consumo de la droga de Chatarra se producían cada semana. La inclinación de la rampa aumentaba a medida que se acercaba y la calle se cerraba en una curva hacia la derecha. Desde la calle se veían los montones de hierros, chapas inservibles y restos de latón acumulados en caóticas torres a punto de romper su equilibrio. Sabía que los habitantes de la zona llamaban «Cuesta de la

Chatarra» a aquella interminable y empinada rampa, por la cantidad de años que el chatarrero llevaba instalado en aquel lugar, sin indicios de que cambiara ni disminuyera su apilamiento de basura metálica.

Llamó con los nudillos a la puerta de aluminio pintada de verde, pues ni siquiera había un timbre. Al otro lado se escuchaban varias voces maldiciendo en el incomprensible dialecto de los trolls y una conversación que no lograba discernir. Irina no estaba segura de si habían escuchado su llamada. Golpeó la puerta de nuevo, ahora con mayor fuerza.

Silencio. Un sonido de una pieza metálica siendo arrastrada por el suelo.

Michel, en la misma polis pero cuatro años antes

Mich se abrazaba al cuerpo desnudo y caliente de Irina. Lo cubría el sudor y el olor a sexo, mezcla del semen de él y de los jugos de ella. La chica dormía después del maratón sexual que la pareja había practicado. A Isabel le había dicho que tenía un turno especial de noche; en los últimos tiempos le habían asignado varios de esos turnos «especiales». Por suerte, su esposa era una santa y creía sus mentiras, o quería creerlas. Si descubriera que la estaba engañando con su compañera, la destrozaría. Además, el sentimiento de culpa aumentó cuando le diagnosticaron cáncer de pecho a su mujer. La enfermedad se encontraba bastante extendida, aunque aún no era tarde. El tratamiento no resultaba barato y a pesar de que el seguro del Departamento de Policía cubría parte, Mich tenía la sensación de que no habían sido por completo sinceros en la diagnosis. Pidió una segunda opinión y esta fue más rotunda: el cáncer de Isabel era más grave de lo que les habían dicho en un primer momento. El tratamiento necesitaba ser más fuerte y certero, por lo tanto sería más caro, pues su póliza sanitaria no contemplaba aquellos medicamentos ni los costosos ciclos de agresiva quimioterapia. Más la hipoteca, más su maldita afición al juego, más algún que otro capricho que le compraba a Ira, más...

En aquella época bebía una botella de whisky a la semana; al poco fue botella y media. Un mes después, cuando le extirparon un pecho a Isabel, se convirtieron en dos y había días en los que no conseguía soportarse a sí mismo si no le daba un trago a la petaca que llevaba en el bolsillo interior del traje. Una noche, tras acostar a Isabel, agotada por la crudeza de los medicamentos, fue a servirse una copa y no quedaba ni una gota. Había comprado aquella botella la noche anterior. Entonces se dio cuenta de que tenía un grave problema. Peor que los intereses crecientes del crédito bancario, difíciles de asumir; peor que el dinero que debía a los organizadores de una timba ilegal; peor que las facturas de los médicos; peor que el hecho de que su compañera y amante descubriera que le temblaba el pulso al blandir el arma reglamentaria y que el aliento le apestaba a whisky desde la hora del desayuno.

Con cuidado, movió el brazo izquierdo lentamente y lo sacó del hueco entre la cabeza y el cuello de la mujer. Lo tenía dormido. Observó el cuerpo en descanso, que se movía lo mínimo, arrullado por la respiración, mientras el aire llenaba e hinchaba el pecho que enseguida se relajaba, para vaciarse y volver a empezar el ciclo. Podría pasar la noche entera mirándola bajo la luz de las farolas que se colaba en la modesta habitación de hotel.

El policía se dio la vuelta en la cama e intentó no despertarla. Puso los pies en el piso enmoquetado. A saber qué clase de porquerías estarían incrustadas en el suelo y ahora en contacto con las plantas de sus pies. Tras unos cortos pasos, tomó la chaqueta del traje de la silla donde había caído cuando se desnudaron. Allí estaba. El tacto frío del metal lo calmó. Cuando desenroscó el tapón y el aroma del líquido alcanzó su nariz, se relajó aún más. Dio un trago que le

calentó la garganta, inundándole las fosas nasales. Quedaba muy poco. Terminó el contenido de un trago, recordándose comprar una botella de camino a casa. O dos. Necesitaría un extra de combustible por lo miserable que se sentía al dejar sola a su mujer enferma, mientras él se escabullía para joder toda la noche con su lozana compañía.

Ahora se encontraba mucho mejor, no había remordimiento, ni preocupación. Tenía a una jovencita en la cama y en cuanto se despertara, querría más sexo.

Regresó a acoplarse a la figura que le daba la espalda en el lecho, que al sentir de nuevo su calor, se apretujó contra él.

Necesitaba dejar de beber y pasta, mucha, mucha pasta.

Mark, hoy

Un garito concurrido en el que se permitía que los inhumanos consumieran alcohol. Varios habituales bebían sus acostumbrados tragos, otros trasegaban directamente de la boca de sus cervezas, los menos jugaban a los dardos.

—Eh. Hombre del Norte, ¿juegas? —le interpeló una voz masculina a su espalda, seguida del sonido de una baraja de cartas al mezclarse.

—No juego con humanos. No sabéis perder —le espetó al tiempo que le daba un sorbo a su vaso de whisky.

—¿Tan seguro estás de que ganarás? —le demandó el mismo hombre desde una de las mesas del bar.

—Completamente —replicó sin siquiera girarse hacia quien le hablaba y más concentrado en saborear el alcohol.

—¿Cuánto dinero sería necesario para que te entraran ganas de jugar? —insistió.

—Más del que tendrás en tu vida —contestó con sarcasmo, metiéndose otro trago en el colete.

—¿Me estás llamando pobre? No toleraré que me insultes —lo amenazó.

—No lo tolere. Estamos en una polis libre. Ah no, espera, es por eso por lo que llevo esta mierda al cuello —respondió con una parte de diversión y otra de ironía mientras se señalaba el torque que limitaba su fuerza.

—¡Puto troll! —exclamó el otro con malicia mientras se levantaba y rompía su botella de cerveza contra el borde de la mesa.

Al escuchar el sonido de cristal roto, se volvió y se encontró con los ojos borrachos del tipo que quería bronca. Se levantó con lentitud y quedó bien claro que tanto por altura como por corpulencia el troll superaba en físico al pendenciero. Sin embargo, los efluvios del alcohol habían envalentonado al jugador ofendido. Salió corriendo hacia Mark con la botella rota en ristre y trató de alcanzarle en el pecho. Pero antes siquiera de que el vidrio rozara el aire próximo a su pectoral, cerró su mano sobre la muñeca del hombre, desvió la trayectoria y le retorció el brazo, hasta que la improvisada arma cayó al suelo. El jugador chilló de dolor y cuando parecía que había gritado lo más alto de lo que una garganta humana era capaz, le dobló más el brazo, a punto de dislocarlo, y gritó todavía más fuerte.

—No quiero problemas ¿lo entiendes pedazo de mierda? —El hombre asintió, nervioso, con la boca desencajada—. Si digo que no quiero entrar a jugar, no quiero entrar a jugar, ¿queda claro? —El interpelado asintió de nuevo como pudo—. Repítelo, quiero escucharlo de tus labios.

—No... no... no quieres... jugar —dijo con dificultad.

—Eso es. ¿Ves qué fácil nos entendemos? Ahora recoge tu mierda y lárgate de aquí.

El propietario del bar fijó la mirada en él.

—¿Qué? He sufrido un ataque racista y me he defendido. —Dejó un fajo de billetes sobre la barra—. Eso por las molestias, y me harás un favor si no cuentas nada de esto. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, Mark —le contestó Jota, el dueño del Duende Verde.

Irina, tiempo presente también

Una cara de pocos amigos le abrió y tuvo que alzar el cuello para verlo bien, pues le sacaba dos cabezas de altura. Llevaba una barba descuidada y espesa, que no se distinguía del cabello igual de ensortijado y sucio. Enseguida distinguió el torque limitador que lo marcaba como troll. Uno de los precios que habían tenido que pagar los perdedores de la guerra.

—¿Qué quieres? —le increpó una voz rasposa, que arrastraba la «r».

—Detective Gryzina, Departamento de Policía de Semura. Me gustaría hablar con tu jefe.

El troll se quedó mirando la placa de la joven unos minutos, hasta que Irina comprendió que le costaba leer los caracteres de su documentación.

—Espera un momento. Veré si Tony está disponible —le replicó igual de rudo y se metió en el interior.

La detective aguardó a la puerta y miró dentro, donde se extendía un estrecho pasillo formado por montañas de desperdicios de metal. Otro troll, este un poco más joven, con un torque más pequeño y vestido con un mono azul, guantes y botas de trabajo, descargó el contenido de una carretilla repleta de ferralla junto a uno de los montones de porquería. La miró durante unos segundos, pasándose la lengua por los labios y sonriendo de manera lasciva.

—¡Rob! ¡Vuelve al trabajo ahora mismo! —sonó una autoritaria voz por detrás de él.

Un tercer troll, ataviado con un sobretodo gris descolorido, encima de una elegante camisa, caminó hacia el tal Rob y le pegó un pescozón con la enorme mano izquierda. Aquel resultaba de la misma estatura que quien le había abierto, aunque más aseado y vestido más elegante. Su torque también era de mejor factura, se notaba que estaba construido con un metal de superior calidad y más grande que el de los dos trolls jóvenes. Además, este lo llevaba con orgullo, como si fuera una joya más, en lugar de una marca de sumisión y esclavitud. Después se dirigió a grandes pasos hacia la policía.

—¿Nos conocemos? —le preguntó Tony Chatarra, y antes de que fuera capaz de contestarle, añadió—: ¿De qué se me acusa esta vez?

—Disculpe, señor Escoria, detective Gryzina —se presentó adelantando la placa de nuevo—. En realidad estoy aquí para hacerle unas preguntas, no se le acusa de ningún delito.

—Oh, vamos, señorita Gryzina, sabe tan bien como yo que todo el mundo me llama Chatarra. Tony Chatarra, la Cuesta de la Chatarra es por mí.

El hecho de que aquel troll de unos dos metros de alto, con el cabello encanecido, fijado con gomina y la recia barba afeitada a la perfección le sonara como un caballero, hablaba mucho de la capacidad del gánster de encantador de serpientes.

—Pasemos a mi despacho, detective. Si tiene la amabilidad de acompañarme.

El empresario la condujo por una suerte de laberinto misterioso, formado por colinas de chatarra que se alzaban como rascacielos elaborados con escombros, en el cual solo eran introducidos un reducido grupo de iniciados. Las calles del reducto resultaban aún más angostas de lo que había atisbado desde el umbral. Apenas cabía una persona y en algunos de los requiebros el chatarrero tenía que pasar de lado.

«El lugar perfecto para una emboscada», se dijo, inquieta.

4. Negocios

Irina, continúa hoy

IRINA SE QUEDÓ SORPRENDIDA DE QUE, en medio del mar de desperdicios, herrumbre y suciedad reinantes en el inmenso solar, se alzara un barracón que funcionaba como oficina, que contrastaba por su limpieza y por no albergar ni un gramo de polvo. Una estancia estrecha y alargada con estanterías repletas de archivos y libros de cuentas a los lados y una enorme mesa al fondo.

Chatarra le ofreció una silla, en la que se sentó. Él mismo hizo lo propio detrás de la mesa que le servía de escritorio, sobre la que se acumulaban pilas de albaranes y facturas.

—¿Y bien? —El troll invitó a hablar a la policía.

—Me gustaría formularle una serie de preguntas. —Dejó que asimilara durante unos segundos lo que pretendía y como no obtuvo oposición, continuó—: La pasada noche ocurrió un crimen a dos calles de distancia de aquí...

—¿En la calleja? —la interrumpió. La detective asintió.

—¿Vio o escuchó algo durante la noche? ¿Un ruido? ¿Gritos, quizá? —interrogó Irina.

—Me temo que no, señorita. —Negó, moviendo la enorme cabeza de un lado a otro.

—A lo mejor sus empleados... —comenzó la policía.

—Ninguno de nosotros pasamos la noche aquí —replicó el empresario, tajante y con un deje molesto en su voz.

—Quiere decir que su mercancía se queda sin vigilancia, ¿no tiene miedo de que le roben? —Se dio cuenta de lo estúpida que resultaba su pregunta cuando la escuchó, recién salida de sus labios.

El mafioso se carcajeó a mandíbula batiente, lo que le permitió observar los arreglos dentales, del mismo material del que estaba fabricado su torque. Antonio Escoria lo llevaba como si fuera una ostentosa joya que representara su posición dentro de la comunidad.

—¿Me toma el pelo, detective Gryzina? ¿Quién querría robar unos montones de chatarra? —inquirió mientras se secaba del exterior de los ojos las lágrimas que le había provocado la risa. Y a su segunda cuestión debería haber añadido: «¿... a mí?».

La policía aguantó la chanza en silencio, consciente de la tontería que acababa de decir. Enseguida trató de recomponer su gesto y, de un modo que le sonó profesional, le espetó:

—Por el momento no tengo más preguntas. Permanezca localizable. El Departamento de Policía podría necesitar de su testimonio más adelante. Gracias por su colaboración. —En realidad su declaración resultó tan seca que parecía haber sido programada, pues la había expresado como una máquina. Como si hubiera sido inscrita en su cerebro.

—De nada, detective. Siempre colaboro con los polis. —«Mentira», se dijo ella. Solo lo hacía cuando tenía algo que ganar.

—Ha sido un placer. —Le estrechó la mano, que quedó sepultada por la manaza de troll de él.

—Tenga cuidado ahí fuera —le advirtió—. Sería una pena que a una joven tan bella le estropearan la cara, por meterse en problemas que no le conciernen —soltó mirándola de arriba abajo con una sonrisa lasciva.

—Le agradezco el interés por mi bienestar, señor Escoria —contestó llevándose la diestra hasta la funda que contenía la pistola, sujeta al cinturón.

—Llámeme Chatarra, como todo el mundo...

—Señor Chatarra, soy mayorcita y sé defenderme sola. Y lo haré en caso de que lo necesite —le devolvió la amenaza con otra de su cosecha.

—Muy bien. Adiós entonces.

—Adiós —se despidió Irina y, dándole la espalda, se marchó de la oficina prefabricada.

Cuando accedió al patio, había anochecido y no se veía demasiado. Recordó que los trolls percibían bastante bien en la oscuridad y se maldijo por no haber traído una linterna consigo que le alumbrara el tortuoso e intrincado sendero a los pies de las pilas de restos.

Irina trató de recordar el trayecto de vuelta entre el laberinto metálico, mientras maldecía de nuevo por la falta de luz. Se sintió más segura ante el frío contacto de su arma al sostenerla por la culata. Además, desactivó el seguro. No se fiaba ni un pelo de aquellos tipos. No porque fueran delincuentes conocidos, ni porque fueran trolls. O tal vez por todo aquello.

Tras un avance lento en medio de las cumbres de hojalata, alcanzó la puerta que daba a la calle. En dos ocasiones se volvió al escuchar ruido a su espalda. Apretó el paso hasta el coche sin soltar en ningún momento la pistola. Cuando el coche camuflado de la policía estuvo a la vista, redobló la cadencia. Una vez sentada al volante, abrió la puerta. Se inclinó hacia la calzada para vomitar de nuevo, aunque con menos virulencia que en la ocasión anterior. Ochenta por ciento, consecuencia de la resaca del licor de hada; un veinte por ciento, nervios o miedo. O al revés.

Mark

Un sótano húmedo con una iluminación tan precaria que habían encendido varias docenas de velas. Las paredes de piedra, un rancio olor alcohólico: una vieja bodega, o destilería. Debido a los tratados después de la guerra, una de las prohibiciones impuesta al pueblo troll era que no podían fabricar ni traficar con ninguna clase de alcohol, ya fuera destilado o fermentado. Siempre se había dicho que el mejor licor de hada era el que salía de los alambiques trolls. Ya no se veía uno tan bueno como el de antes. No como el que destilaban sus abuelos en el alambique de una bodega similar a aquella. Fomentaba el odio racial, decían. En realidad, lo que sucedió fue que una bebida espirituosa de carácter familiar fue declarada ilegal. Entonces escaseó, llamó la atención de los humanos por ser un bien prohibido y multiplicó por mil su valor en el mercado negro. Les habían robado parte de su cultura, vivían como esclavos y además los humanos se emborrachaban con el líquido que los enorgullecía como clan, como familia.

Mark aún guardaba con celo varias barricas de barro con el líquido que condimentaba su viejo abuelo Thor, las ocultaba bajo las tablas de la cocina. Cada domingo tomaba un trago para recordar a los familiares que se habían ido, a los amigos perdidos y a los amores que le habían abandonado.

El sótano estaba a rebosar y los presentes, aparte de su altura, compartían el hecho de llevar una pieza metálica enroscada al cuello.

Michel, tiempo pasado

En una pequeña sala, el humo de cigarrillos y habanos espesaba el ambiente. Encima de la mesa se ponían en juego figuras y formas geométricas que, dependiendo de sus múltiples combinaciones, determinaban quién era merecedor del mayor honor: la victoria. Los cinco jugadores se situaban en círculo en torno a la mesa. Podía deducirse quién iba ganando y quién

perdía por la cantidad de fichas acumuladas junto a cada participante.

—Y eso hacen dos parejas —dijo uno de los contendientes, vestido con un elegante y caro traje, al depositar sus cartas sobre el tapete.

—Pierdes otra vez, Mich —anunció otro, que acababa de tirar sus naipes sobre la mesa, renunciando a su jugada.

El policía, aunque en aquel lugar no sabían que lo era, sobó el puñado de cartas que le habían tocado en aquella mano, sin dejar de mirar las figuras que componían cada una de las cartulinas satinadas.

Había perdido más dinero aquella noche del que podía permitirse. Si era vencido de nuevo, ni siquiera tendría bastante para reengancharse y pedirle un préstamo a la banca. Estaría acabado, no podría regresar a jugar a aquella timba. Una mesa de diez mil la jugada, en la que si eras bueno y la suerte te acompañaba, tenías la posibilidad de ganar una asquerosa cantidad de dinero en una noche. Si perdías, te hundías en la miseria, además de endeudarte de por vida con unos tipos que no resultaban compañías recomendables.

Por fortuna, llevaba una jugada ganadora.

—Full de treses y cincos —anunció Mich, con calma y sin ninguna inflexión en la voz.

El resto de los jugadores de la mesa calló y se le acercaron las fichas que correspondían a las apuestas de aquella mano.

Cualquier persona sensata hubiera puesto fin a la jornada, habría cambiado las fichas por billetes contantes y sonantes y se habría ido a casa satisfecho. Mich, no. Pidió cartas para una ronda más, y como necesitaba recuperarse, apostó todo lo que había ganado. En aquel instante, se sentía confiado, ganador y contaba con unas buenas cartas, tenía posibilidades de vencer otra vez. Dio un sorbo al licor parecido al whisky que aún quedaba en su vaso. El amargo aroma y el fuerte sabor reforzaron su certeza de que aquella baza iba a ser suya, de que si no arriesgaba no había emoción. Cuando el tipo del traje mostró una escalera no pudo creerlo. Había perdido.

Mientras se despedía y daba las buenas noches a los contendientes en la timba, se le acercó uno de los guardias de seguridad que vigilaban la partida, un troll, y le susurró al oído: «No vuelvas por aquí, poli».

Ya en la calle, con la gabardina al hombro, buscó en los bolsillos la cantidad suficiente para comprarse una botella de un cuarto en una licorería y bebérsela de camino a casa. Porque había entrado en aquella timba tan exclusiva, tras reunir sus ahorros, con la esperanza de conseguir una gran cantidad de dinero para pagar las deudas que mantenía con otras mesas de juego. Un círculo vicioso que se había cebado con él. El sino del ludópata, continuar en el juego con lo ganado, en lugar de liquidar lo que debía.

En ese instante salió uno de sus colegas de partida, el trajeado, quien lo saludó con educación y se subió a un potente coche negro que lo esperaba. Su atuendo valía más dinero del que el policía ganaría en un año.

Antes de cerrar la puerta del lujoso vehículo, lo llamó pidiéndole que se acercara.

—¿Mich? ¿Es ese su nombre? Si he entendido bien... —dijo, mirándolo de arriba abajo.

—Sí. ¿Usted es...? —quiso saber a su vez.

—Mi nombre no tiene importancia, de momento —contestó con aire arrogante—. Lo único que debe saber es que estoy dispuesto a ofrecerle una ocupación.

—¿Qué tipo de ocupación? No necesito... —Negó con la cabeza.

—Es evidente que sí. Entró en esta mesa para pagar sus deudas. Es usted del tipo jugador. Sé reconocer a uno en cuanto lo veo —Mich no lo desmintió, avergonzado—. Y además, es poli —agregó con una sonrisa en los labios.

—¿Qué clase de...? —balbuceó.

—Tranquilo. Lo sabrá a su tiempo. —Le tendió una tarjeta con una serie de cifras—. Llame a este número si le interesa y alguien se pondrá en contacto con usted.

—Soy policía, lo que me propone es posible que sea corrupción. Podría detenerlo ahora mismo por su oferta —se defendió Mich, tratando de hacerse el digno y en un tono desafiante.

—Sin embargo, amigo Mich, no me arrestará, porque si supiera quién soy, ni siquiera se le pasaría por la cabeza —le atajó con rotundidad el desconocido.

—¿Cómo está tan seguro? —El gesto del policía cambió de la indignación al asombro, y de ahí se detuvo en la franca curiosidad que sentía.

—Porque más tarde o más temprano, llamará.

—No me conoce... —intentó defenderse porque ya había dado por supuesto que haría de chivato, por lo que, probablemente, mostraba interés por él. El tipo bien vestido, en un automóvil de alta gama que conducía un chófer con librea, afirmaba sin conocerlo de nada que sería un poli corrupto.

—Sí, le conozco lo suficiente. Su integridad le durará el mismo tiempo que tarde en darse cuenta de que no tiene otro medio de pagar sus deudas —le espetó con una aviesa sonrisa.

—No sabe si llamaré.

—Oh, sí lo sé. Porque lo hará. Al igual que otros antes que usted lo han hecho —afirmó, confiado—. Hasta pronto, Mich. Piénsese mi oferta, sé que recibiremos una llamada suya.

El adiós ni siquiera surcó los labios del policía, que se quedó pensativo mirando cómo desaparecía el coche negro entre el tráfico.

Pasado un buen rato regresó de su ensimismamiento. Todavía sostenía la tarjeta de visita con el número de teléfono impreso en ella. La miró, le dio vueltas y más vueltas entre los dedos, como si fuera una carta que tenía que poner en juego. Después se la guardó en la cartera. Podría hacerle falta más adelante.

Mark, en la actualidad

El grupo de trolls que se había reunido en el sótano, golpeaba sus vasos contra las mesas que habían dispuesto para que se sentaran a beber mientras escuchaban la charla. Aquel hecho constituía una irregularidad por sí misma, porque no se permitía que un troll vendiese ningún tipo de alcohol. No podía decirse que la treintena presente se escandalizara demasiado por romper aquella ley.

Mark observaba, escuchaba, grababa en su mente las caras de los asistentes. Bebía a sorbos cortos, cuando otros, ante la bebida gratuita se aproximaban sin vergüenza a la embriaguez. Realizó esas acciones sin decir una palabra y sin revelar su nombre. La reunión, la bebida, lo que se estaba diciendo allí era ilegal, incendiario, motivo de cárcel en el menor de los casos. No quería volver al presidio, porque un primo figurado suyo hubiera trasegado unas jarras de cerveza de más y largara su nombre a la policía.

Había llegado el momento de marcharse de aquel tugurio, había oído más que suficiente. Pero si se iba entonces, levantaría sospechas, al contrario de lo que pretendía. Nunca se había sentido parte de la manada, por así decirlo. En una especie que basaba su cultura en la masa del clan,

Mark se sentía como el lobo solitario que quería deambular siempre por libre.

Sí, estaba frustrado, cabreado y cada vez que veía a un humano le apetecía ahogarlo con su torque, para que supiera qué era llevar aquel chisme apretándole en el cuello durante toda la vida. Sin embargo, sus ideas de la lucha por sus derechos como persona discurrían por otro lado. Creía en mantener un perfil bajo, quebrar el sistema desde el propio sistema, generando dinero que no pasase por las arcas del estado, ni que devengase tributos ni impuestos. Porque las tasas asfixiaban a las familias troll más que los torques. Pagaban un veinte por ciento más que cualquier otro inhumano, y casi un cuarenta más que un humano con un sueldo medio.

Un par de compañeros se levantó y ambos se marcharon sin mediar una palabra ni molestar a los demás. Estaban en su derecho. Existían grupos que se lamentaban por la situación actual de los trolls, culpaban a los viejos dirigentes de los clanes que provocaron la guerra y luego a los derrotados que aceptaron las obligaciones de los acuerdos de paz.

Otro grupo se fue, en esta ocasión eran tres. Mientras tanto, la arenga que los incitaba a una sublevación progresiva, aumentaba de fervor y de volumen. La figura que la llevaba a cabo se movía por el escenario como un actor acostumbrado a representar su pantomima ante grandes audiencias. La voz del individuo reverberaba contra las paredes de tierra y roca viva de la bodega, lo que amplificaba el discurso. Mark observó con atención al postulante, más que escuchó sus palabras. Llevaba una prenda hasta los pies y una capucha que le cubría la mitad de la cara. Para su sorpresa, el cuello se mantenía desnudo. No había pieza metálica que lo rodeara, no tenía un torque como el resto.

5. Callejones oscuros

OTRO. UNO MÁS. NECESITABA UNO NUEVO que lo saciase durante un tiempo, que le curara el dolor, que le extirpara el miedo. Mataría uno más para quitarse el terror de encima, el pavor de ser el último de los suyos. Si por lo menos consiguiera llamar su atención...

Se relamió con la lengua, y limpiándose los dientes de la sangre de la víctima, se escabulló entre las sombras del callejón.

Irina

Irina cerró la puerta tras de sí con un sonoro golpe y, antes de dejar las llaves sobre la repisa de la entrada, unos espasmos le recorrieron el vientre. Salió disparada al cuarto de baño y se pasó varias horas sentada en la taza. Trató de alcanzar la cocina para reponer los líquidos perdidos entre los vómitos y la diarrea, pero un nuevo retortijón pinchando sus intestinos se lo impidió.

Mientras evacuaba el resto de sus entrañas, gracias al licor de hada, pensó en los tres testigos. No sabía la razón, pero cada uno parecía haberle mentado, a su manera, pero mentiras al fin y al cabo. La viejecita le había resultado la más sutil, no había percibido el embuste. O quizá tenía las defensas muy bajas para darse cuenta. El trago fue el más transparente, en la práctica le había cerrado la puerta en las narices. El troll, el más ladino, intentó llevarla a su campo de «empresario honesto». Además de la velada amenaza de que si metía las narices en sus asuntos, saldría malparada.

Una inhumana, forastera, de las especies que evitaban las polis... Solo podía estar trabajando como puta de altos vuelos o como bailarina de striptease, dos oficios en los que el exotismo de las ninfas estaba bien pagado. Necesitaba investigar más en aquel sentido. Su obra buena del día, si conseguía separarse del inodoro sin dejar la casa pringada de mierda, sería avanzar en aquella dirección.

El dolor de tripa, los escalofríos y una incipiente fiebre dejaron de lado sus reflexiones sobre el caso. Necesitaba rehidratarse rápido. Y tenía una idea del lugar al que acudir para conseguir información.

Michel, igual que antes, en el pasado

Tras varios tragos, terminó su pequeña botella de licor. Demasiado pronto, pues todavía le quedaba un largo camino hasta casa y pretendía emborracharse aún más para no tener que meditar sobre la propuesta que le había planteado el desconocido jugador. Y para no afrontar que había perdido todo el dinero que tenía para pagar su deuda, sin conseguir reducirla, sino agrandarla.

Nunca sería un chivato. Era como ir contra la misma esencia de trabajar como policía: proteger a la gente, impedir que se quebrante la ley. En eso creía y era lo que pretendía enseñar a los más jóvenes. Lo que le había transmitido a Irina, lo que había recibido de sus instructores y de los polis veteranos cuando él había sido un muchacho imberbe al que el uniforme le quedaba grande y no sabía hacerse el nudo de la corbata. Lo peor que podía ser un poli, por muy mal que le fueran las cosas, era ser una rata. Conocía a policías corruptos en mayor o menor medida, los evitaba igual que se mantenía apartado de las peleas. Luego estaba el dinero. Necesitaba el dinero. Necesitaba el dinero sobre todas las cosas. Su nómina de detective se agotaba en cuanto

entraba en la cuenta corriente; el tratamiento de Isabel devoraba la mayor parte, menos el cáncer de su mujer.

Una última gota resbaló desde el interior del vidrio hasta su garganta, ávida de alcohol. Le quedaba un largo camino a casa para atormentarse con ello.

Irina, de fiesta por la Semura del presente

Los altavoces emitían una machacona sintonía, que aumentaba en las proximidades del escenario, inundando los oídos y sacudiendo las tripas. El local no adolecía del exceso de decoración de otros bares de striptease a los que había acudido para realizar redadas. Elegante y sofisticado, sin llegar a ser obsceno: terciopelo del bueno; chicas vestidas con lencería fina; detrás de las barras, camareros con pulcros uniformes; butacas en lugar de sillas en torno al espectáculo. Había mirado la lista de bebidas, las copas eran muy caras. Se pedía además que la propina que arrojaran a las bailarinas fuera de un mínimo de cincuenta. La afluencia era en su mayoría masculina, aunque también asistían a los contoneos bastantes mujeres, así que, no desentonaba demasiado en aquel ambiente. Y tampoco le disgustaba el despliegue de bellas curvas que estaba observando...

—Detective Gryzina, ¡qué sorpresa! —exclamó a su espalda una voz conocida. Justo lo que necesitaba, que su escapada para investigar de incógnito fuera descubierta. Así que continuó con el papel que había diseñado para sí misma aquella noche.

Volviéndose y mirándole directamente a los ojos, desplegó una sonrisa encantadora a la par que seductora. El maquillaje aplicado de la forma correcta transformaba a una ojerosa y débil poli en una mujer de armas tomar. Los labios destacaban con un rojo que los hacía más carnales y apetecibles. Los verdes ojos se asemejaban a esmeraldas enmarcadas por unas interminables pestañas y una sombra negra ahumada. El pelo lo había fijado con gomina, peinado muy pegado, con el flequillo al bies, que remataba en una afilada punta al caer sobre la ceja izquierda. También llevaba unos aros dorados que colgaban de sus orejas. Completaba el conjunto una entallada cazadora de cuero, unos pantalones negros ajustados y unas botas por la rodilla, con las que se sentía incómoda, a punto estuvo de caerse de los tacones en varias ocasiones. Pero el espectáculo debía continuar.

—Señor Chatarra —saludó al troll, que la estudiaba de arriba abajo y al que parecía agraderle la vista.

—Está espectacular esta noche —la piropeó.

—Gracias. Me gusta separar el trabajo del placer, ¿usted viene mucho por aquí?

—En realidad, el club es una de las muchas empresas que poseo, aunque no esté por aquí en el día a día. Es la primera vez que la veo en el Morgana.

—Sí, no había venido antes.

—¿Le gusta lo que ve? —le preguntó el empresario señalándole el escenario.

—Por supuesto. Gran espectáculo.

—Las chicas son las mejores. Buscamos a conciencia las más exóticas, que tras pasar pruebas de baile, estudian danza en las escuelas más exclusivas de la polis. Bueno, me alegro de verla. Tome, la invito a una copa —dijo tendiéndole una tarjeta que llevaba impresa el logotipo del local por un lado y un sello de tinta con la leyenda VIP por el otro.

—Gracias —le respondió escueta, despidiéndose del troll. Ahora tendría ojos observándola toda la noche. No podría indagar por su cuenta sin despertar sospechas.

Fue directa hacia una de las barras y pidió el cóctel más caro, para aprovecharse del

ofrecimiento de Tony Chatarra.

Con total desvergüenza y tapando la vista de varios espectadores masculinos, se sentó en una de las butacas más cercanas al show y bebió con parsimonia el brebaje, demasiado dulce para ella que gustaba de bebidas fuertes. Entretanto, a medio metro por encima de su cabeza una belleza morena inhumana se contorsionaba al ritmo de la sensual melodía. Después de deslizarse por la barra metálica en una pirueta giratoria, lanzó su sostén al público, mirando a Irina y mostrando un par de pechos que esta enseguida reconoció como operados. La bailarina realizó unos cuantos contoneos, pero en el momento que comenzó a repetir la coreografía, perdió el escaso interés en ella y miró de reojo. Para terminar su espectáculo, le tiró un beso a la policía y esta alzó su copa hacia ella y bebió.

Sentado unas filas más atrás un troll grandullón parecía no perderse un ápice de sus movimientos. La policía se revolvió en el asiento adrede, fingiendo encontrarse incómoda, solo para observar la reacción del mirón. Sí, no le quitaba los ojos de encima. Una lástima que llevara demasiado poco alcohol encima como para jugar. Terminó la bebida de un trago. Necesitaba algo más fuerte.

Pasando delante del troll tan rápido que casi lo pilló mirándole el culo, regresó a la barra. En esta ocasión pidió un destilado de malta, doble y solo. Cuando se lo sirvió, ante la poca generosidad del barman al escanciar el líquido, le exigió que le dejara la botella, por la que pagó unos buenos billetes. Cuando el sabor amargo y el aroma ahumado del licor le inundaron la garganta y las fosas nasales, se sintió nueva. Ya no era aquella fachada vestida y maquillada como una fulana. Volvía a ser Irina Gryzina, jodida de la vida, policía cansada de todo.

—Debes de tener mucha sed —dijo el tipo que la había estado mirando. Se había acercado mientras Irina hablaba con el camarero. El troll, matón de Chatarra, que justo tenía pinta de aquello aunque vistiera un traje de diseño.

—Y tú debes de ser muy gilipollas —contestó y se echó al colete el contenido de un vaso. Actuó desafiante, aunque notaba el bulto de la pistola del bruto a la altura del corazón. No lo putearía mucho, solo un poco.

—Dice el jefe que estás invitada, creo que le gustas. —Con una sonrisa del gigante, le hacían saber que no se pasara de la raya porque la tenían a tiro.

—A ti también te gusto. Pero a ti te gusta cualquiera que tenga tetas. Dile a Chatarra que esta ronda me la pago yo. Gracias.

—¿Algo más?

—Sí, como vuelvas a mirarme el culo te clavo la punta de la bota en los huevos. —La amenaza la lanzó mirándole directamente a los ojos, para que quedara claro que no iba de coña.

A pesar de su imponente figura, el troll se retiró azorado y sin decir una palabra, vencido ante la verborrea de una mujer mucho más inteligente que él.

—Chica dura, ¿eh? —anunció una voz diferente a su lado.

—Otro capullo que quiere quedarse sin bolsa escrotal. —Ni siquiera le concedió la atención de girarse para ver quién conversaba con ella.

—No intentaré ligar contigo, siempre que me invites a un trago de ese veneno que tienes ahí. —El recién llegado señaló la botella de alcohol.

—Te has librado —dijo mientras vertía dos dedos del destilado en el vaso del desconocido.

—Me llamo Mark, por cierto, y gracias —se presentó mientras tomaba la bebida que le

ofrecían.

Mark, troll

Mark regresaba a casa, después de tomarse unas copas, pensando sobre lo que había escuchado y presenciado en la reunión de la bodega, la noche anterior. Si había una forma de deshacerse de los torques, que contaran con él, fuera al precio que fuera. Metió un índice por debajo del anillo metálico queriendo apartarlo de su cuello; le agobiaba, no quería aquella chatarra pegada a su cuerpo. Le daba igual quién lo ordenara, se iba a quitar esa cosa. No importaba el tiempo que tardara, lo conseguiría. La libertad de su pueblo, la vuelta a antes de la guerra, no le interesaban.

El chapoteo del agua al pisar alguien un charco lo devolvió a la realidad, pero había escuchado un sonido además de la salpicadura. Un ruido a su espalda lo hizo volverse por instinto. Nada. Acto seguido metió la mano derecha en su cazadora, buscó la pistola y desactivó el mecanismo del seguro. Había sobrevivido tanto tiempo por pasarse de precavido y los sonidos extraños detrás de uno en un callejón mal iluminado a altas horas de la madrugada, solían transformarse en problemas con rapidez.

La luz de una linterna lo cegó, ya que insistía en apuntar a sus ojos. Allí estaba el problema. Se protegió con el brazo izquierdo para hacerse visera. Una cara conocida, acompañada de tres amigos con barras de hierro, bates de béisbol y navajas. Giró la cabeza hacia el comienzo del callejón, otros tres sicarios se acercaban con parsimonia blandiendo la misma panoplia.

No tenía muchas posibilidades ni balas suficientes. Siete contra uno. A menos que estuvieran borrachos, o colocados, o ambas cosas.

—Mal sitio para una encerrona, ¿eh, Hombre del Norte?

Un coro de risas lo secundó.

El círculo compuesto por siete elementos se cerró en torno a Mark, no querían dejarle ni un solo resquicio de escape. No hacían falta explicaciones, era una venganza por lo ocurrido el otro día en el bar. Había dejado en ridículo al tipo y pretendía darle una lección. Apretó las mandíbulas y se dedicó a mirar a sus contrincantes, a medir las fuerzas: qué armas portaban, corpulencia, si mostraban signos de embriaguez. Al contrario que ellos, delincuentes menores, Mark apenas había bebido una copa, tenía un arma de fuego y sabía pelear. Sin embargo, sus ventajas se topaban contra el implacable muro de la inferioridad numérica.

Un estampido y uno de los de la banda cayó al suelo sujetándose una pierna teñida por una enorme mancha de sangre. Uno menos. El resto intentó echarse encima de Mark, pero dos nuevos disparos hicieron blanco, menguando el grupo de los acosadores. En aquel instante se encontraban tan cerca de él que no podía apuntar. Un cuarto se tambaleó, derrumbándose hacia atrás y golpeando la sucia calzada con un agujero de bala en el pecho.

De inmediato y sin tiempo para pensar, recibió dos impactos, el primero en el abdomen, producido por una barra metálica, y un segundo, en la espalda, por un bate. Los dos gamberros parecían leñadores intentando derribar un árbol, pero aquel tenía unas raíces extensas, bien asentadas y una corteza dura de pelar.

Sin contar la envergadura de sus brazos. Los utilizó comenzando un movimiento circular para golpear con la culata del arma al agresor situado detrás. La fuerza bruta combinada con el metal se estamparon en la mandíbula, que sonó a rota, aunque no tenía la certeza de cuánto tiempo lo detendría.

Ahora se las vería contra dos, una lucha justa.

Su amigo del bar intentaba por todos los medios acertarle en la entrepierna, pero solo alcanzó un muslo. El siguiente castigo llegó casi simultáneo por debajo del codo derecho, lo que le obligó a soltar la pistola, que se perdió en la oscuridad con un repiqueteo metálico. A pesar de su aguante, el dolor iba haciendo mella en su resistencia, por muy troll que fuera, y sus atacantes lo sabían igual de bien que él.

A la paliza regresó el de la mandíbula, que colocó la punta de su palo contra los gemelos de Mark. El choque lo forzó a doblar la rodilla y a aterrizar sobre ella contra el asfalto. El segundo de los que quedaban le atizó con su palanca en el pecho, con probabilidad le había roto una costilla.

El troll los había subestimado. Aquella jarcia tenía experiencia en dar palizas, buscaban las articulaciones y los puntos más dolorosos. El jugador del bar se había buscado una buena compañía. No había escapatoria. Si tuviera toda su fuerza...

—Se acabó Hombre del Norte, eres troll muerto. —El tipo del bar esbozó una sonrisa mientras lo apuntaba con su arma, que debía de haber encontrado entre la vorágine de la pelea. Sus correigionarios se limpiaban la sangre, propia y de Mark.

—Siete contra uno. Muy honorable —rio el inhumano.

Al interpelado se le borró la sonrisa triunfante del rostro y apoyó el cañón de la pistola contra una sien del troll.

—¿Tenéis la mollera más dura que nosotros? —preguntó.

—Sí. Y la polla más grande —replicó Mark con sorna.

Recibió un puñetazo en la cara como premio por su comentario.

La detonación de un disparo retumbó, iluminando el estrecho pasaje durante unos segundos. La siguió un segundo disparo.

6.

Decisiones propias y ajenas

NO QUERÍA HACERLO, PERO DESEABA MÁS. El ansia le burbujeaba, le presionaba desde el estómago, le pinchaba en el pecho, le asfixiaba en el cuello, le dolían los dientes, la mandíbula completa, la lengua sangraba pidiendo más alimentos. La cabeza le zumbaba, las sienas le apretaban, los ojos lloraban, incapaces de contener tantas lágrimas. Mantenía los puños cerrados con fuerza. Le dolía donde se había clavado las uñas. Sus piernas se sacudían en un progresivo temblor que le impedían poner un pie detrás del otro. Tenía que parar. Dejarlo.

Una mujer sería la siguiente. Así lo había indicado ella al marcarla. ¿Cuándo se daría cuenta?

Un detective en el pasado, o sea: Michel

Michel merodeaba cerca de una cabina telefónica. Paseaba arriba y abajo por la calle, nervioso. Necesitaba tomar una decisión y las dos opciones eran malas. Se suponía que había ido en busca de un par de cafés mientras Irina despachaba con la central por la radio. Qué pensaría Isabel si se enteraba de la felonía que estaba a punto de cometer. A pesar de que llevaba el nudo de la corbata aflojado y el botón del cuello desabrochado, sentía una opresión en la garganta, además de calor, mucho calor. Sin embargo, no lo hacía y él sudaba a mares.

La tarjeta había perdido el color como consecuencia de su manoseo inquieto, pero el número indicado con grandes caracteres al que debía llamar aún permanecía indeleble. Igual que el sentimiento de culpa en su cabeza, la angustia en su estómago, remordían su conciencia. ¿Haría bien? ¿Y si...?

En un acto repentino, metió una moneda en la cabina y marcó la retahíla de cifras. Resopló, deshaciéndose de la sensación de agobio durante unos segundos.

Daba tono. La cuarta vez que sonó el timbre descolgaron. Una voz masculina, ronca y seca, anunció:

—Alguien se pondrá en contacto con usted. No vuelva a llamar a este número.

—Pero ¿cómo sabrán quién soy? —preguntó. Como respuesta obtuvo el sonido que indicaba que habían cortado la comunicación.

Bien, contactarían con él. Tan solo necesitaba esperar. Sin embargo, las facturas no aguardaban por nadie, ni sus deudas de juego. La semana siguiente se cumplía el plazo de una suma muy importante que debía. Si no entregaba el dinero, se temía lo peor. En realidad su miedo era más por lo que le pudieran hacer a Isabel, que porque le dieran una paliza, le rompieran los dedos de las manos o le destrozaran las rodillas. Aquellos castigos los merecía, pero que dejaran fuera del negocio a su mujer.

Isabel era intocable. Haría lo que fuera para protegerla. Lo que fuera.

Sacó de la chaqueta un paquete de cigarrillos y encendió uno para calmarse los nervios. El aroma del tabaco y el humo caliente que circulaba por su cuerpo consiguieron que se relajara un poco, aunque no lo suficiente. Le pesaba sobre la conciencia el hecho de que iba a romper con sus obligaciones, que iba a convertirse en uno de ellos, en un chivato, en un poli corrupto. Las desventajas que se le ocurrían lo aterraban. Si lo descubría el departamento, iría a la cárcel sin derecho a una pensión, donde habitaban varios tipos a los que él había enviado. Si lo hacían sus

compañeros, sería tachado de soplón y perdería su confianza para siempre.

Sobre todo, no quería decepcionar a Irina. Su traición significaba que resultaba un fraude como policía y el tipo de persona contra el que había enseñado a su pupila a luchar. La joven no soportaría descubrir que su mentor, amigo y amante se había cambiado de bando. La destrozaría tan solo con la disyuntiva de denunciarlo o encubrirlo. No quería que ella pasara por aquel infierno. Mich en cambio, desesperado, no encontraba más salidas. No contaba con otros recursos, no conocía medios alternativos para superar sus problemas, o no sabía ponerlos en práctica para conseguirlos.

Tomar la decisión le costó más que la sorprendente facilidad con la que había llevado a cabo la llamada.

Era un hecho: se había pasado a los malos.

Mark y una conocida, en un callejón ahora mismo

Otro disparo siguió a los anteriores, el resplandor encendió el callejón, iluminándolo igual que el fulgor producido por un relámpago. La detonación reverberó a lo largo del trecho entre edificios. Silencio. Unos pasos, taconeo de zapatos de mujer.

—¿Estás bien? —preguntó una voz conocida.

Un rostro femenino que no terminaba de ubicar se inclinó sobre él. Le había salvado la vida. Sentía que le tiraban de un brazo, pero no lo sabía con certeza.

—Venga, grandullón. Si no me ayudas, no puedo incorporarte yo sola.

Sí, la conocía, pero no lograba recordar de qué. Trató de poner de su parte e hizo fuerza para sentarse derecho. Ella lo apoyó contra la pared. El ladrillo estaba húmedo y frío, pero no le importó. Debía tener la ropa empapada de la porquería líquida de los charcos que inundaban el suelo. Solo eran unos trozos de telas cosidas para taparse el cuerpo, sus antepasados corrían por las montañas desnudos, sin que les diera vergüenza enseñar sus sexos.

La mujer le hablaba. Veía como movía sus labios y le decía cosas: bla, bla, bla-bla, bla-bla, bla, bla, bla... Bailaba a su alrededor ejecutando una danza ritual: saltaba sobre un pie y luego sobre el otro, igual que un baile de su gente para atraer los buenos espíritus y bendecir las cosechas. Había buscado compañía. Otros dos, por lo menos, la acompañaban en la coreografía, a la que habían añadido un juego de luces intermitentes.

Una voz surgió del resplandor: «Mark», lo llamó por su nombre. Sin embargo, aquel sonido sí que era familiar. «Mark», repitió, como si no lo hubiera escuchado la ocasión anterior. Le pareció que era la figura de su padre, Knut ¿Qué quería de él el viejo troll muerto? «Mark», oyó de nuevo, y estuvo a punto de gritarle que lo oía a la perfección, que no estaba sordo.

«Mark», sí, ya lo sabía.

«Mark.»

«¡Mark!»

«¡Mark!»

Un tipo llamado Michel que trabajaba de detective

Hacía tres horas que había terminado su turno, no quería regresar a casa. Era incapaz de afrontar el acto que había cometido aquel día, no podría soportar el rostro de Isabel. Nada más entrar, olía a desinfectante, como el que utilizaban en los hospitales, a estéril, a medicamentos y a enfermedad. No soportaba aquel olor, lo hacía vomitar. Esperaría a que la enfermera a la que pagaba para cuidar a su mujer se marchara y entonces entraría en casa, así se aseguraba de que

Isabel estuviera dormida. Él se serviría una copa extra, encendería la televisión, no le prestaría atención, terminaría la botella y se quedaría dormido con la ropa puesta en el sofá, fruto del sopor alcohólico. La misma costumbre de cada noche, desde que le alcanzaba la memoria. Hasta aquella hora, aún quedaba mucho tiempo que matar, así que se fue a un bar.

Bebió un sorbo, de los primeros que seguirían durante aquella velada. El camarero había dejado una botella del licor dorado junto a Mich. Conocía los gustos de su cliente y sabía que hasta que no la terminara no se iría. Aquel hombre era de los que les gustaba beber solo, ahogando sus penas en silencio y sin que lo interrumpieran. Esa había sido siempre su rutina, sin cambiar ningún día de la semana. Sabía cuándo un parroquiano de los habituales necesitaba conversación y en qué momento dejarlo en la barra por su cuenta, virtud de su oficio.

Michel era conocido en el bar, por supuesto. El local hervía con los hombres y mujeres que acudían a diario y que formaba una especie de hermandad. Cada uno conocía al otro tan bien que estaba al tanto de con qué veneno se intoxicaba para olvidar las dificultades cotidianas de su vida.

Él saludaba siempre, le preguntaban y siempre preguntaba por la familia, un intercambio amistoso y simpático. Se despedía cuando se marchaba y dejaba propina. Sin embargo, durante el tiempo que pasaba sentado en el taburete de madera con respaldo mirando al infinito del fondo de su vaso, nadie lo molestaba.

Otros preferían alcoholizarse en grupo. Hablaban a voces, discutían sobre resultados deportivos, maltrataban a la familia del primer ministro, invitaban a los presentes a otra ronda. Mich, mantenía un perfil bajo. Además, allí no sabían que era poli, porque varios de los habituales tenían antecedentes o continuaban en el negocio. En ciertos sitios la placa no abría las puertas, sino que las cerraba. Prefería pasar desapercibido en ese aspecto y mantenerse de incógnito. A quienes le habían preguntado, les contó que era funcionario del gobierno de la polis, un chupatintas, un oficinista más, como varios de los que gastaban sus noches allí, en lugar de pasarlas con sus mujeres e hijos.

¿Por qué nunca habían tenido críos? Un pequeño Miguel o una Isabel en miniatura, eso sí lo alegraría. ¿Cuándo empezaron a torcerse las cosas entre ellos? ¿Cuándo se había estropeado su matrimonio? Brindaba por eso, tras lo que vaciaba su vaso de una vez, tragando el contenido.

—Michel. —El camarero lo llamó—. Es hora de irse a casa.

—Aún no. Todavía me queda... —Señaló la botella que descansaba vacía sobre la barra.

—Has terminado por esta noche, ya has bebido suficiente —le aconsejó.

—Ponme otra, venga... —le rogó con voz aguardentosa.

—Vas a matarte si continúas así —le advirtió.

—Eso no te importa. Sírveme otra. Tu negocio consiste en que la gente beba y yo sigo sediento, quiero beber más —demandó, arrastrando las sílabas y estrellando el dedo índice contra el lugar que ocupaba su vaso.

—Se acabó. Acéptalo. Si quieres más alcohol, tendrás que ir a otro sitio. Vete a casa a dormirte, Michel —terminó la conversación dándole la espalda.

—No —replicó, casi tan bajo que dudó haberlo dicho—. No. —Ahora sí lo había escuchado, y el camarero también—. No —repitió una tercera vez.

—¿Qué coño dices? —preguntó el barman un tanto sorprendido. Pero enseguida echó mano del garrote que guardaba bajo la barra. Aquellas discusiones con borrachos no solían terminar bien.

—Que me vas a servir otro trago. Vas a servirme las copas que yo quiera. Eso he dicho, joder —le espetó desafiante.

El camarero apoyó la tranca sobre la barra y negó con la cabeza.

—Última oportunidad —siseó Mich entre dientes.

El garrote golpeó con contundencia la madera, botella y vaso se fueron al suelo, rompiéndose en añicos. El sonido del cristal roto, presagio de malas noticias en los bares, hizo que el resto de los parroquianos prestaran atención a las dos figuras enfrentadas. El habitual murmullo de charlas, risas y anécdotas se transformó en un gélido silencio en apenas un par de segundos.

Michel desenfundó su arma reglamentaria. Con la mano izquierda agarró la cabeza del camarero por el pelo y le dio un golpe contra la barra, manteniendo el cañón de la pistola a la altura de sus ojos para que viera que no estaba bromeando, que no se trataba de una gracia, que iba jodidamente en serio. Destabó el seguro y tiró del percutor hacia atrás con el pulgar. Nadie se movió, los clientes ni respiraban, aguardaban un desenlace en un sentido o en otro. No querían inmiscuirse, no fuera que resultaran malparados en un asunto que no era de su incumbencia. Eso y que la cobardía afloraba en cuanto aparecía un arma de fuego.

—Cuando quiero beber, quiero que me den bebida. Ahora mismo vas a coger una puta botella de ahí atrás y la vas a poner aquí encima, porque yo te lo digo. —Le mantuvo la cabeza apretada contra la madera, que sangraba con parsimonia en el punto que había chocado contra la barra—. ¿Entendido?

El hombre balbuceó un «sí» entre dientes y la sangre que llenaba su boca formó un batiburrillo de espuma mezcla de esta y de saliva.

Michel liberó la presión sobre la cabeza y retiró la punta de la pistola, aunque no la guardó. Miró a los demás, que lo observaban boquiabiertos sin decir una palabra.

El agredido regresó en menos de medio minuto con una botella de whisky similar a la que se había bebido y se la tendió a Mich, quien sacó unos billetes de su cartera y pagó por ella.

Salió del bar con el licor agarrado en una mano, el arma en la otra. No miró a nadie, sabía a la perfección que se había delatado. Ahora había anunciado a los cuatro vientos que trabajaba de policía. La gente hablaba, cuchicheaba, le encantaba cotillear, se correría la voz. No tardaría mucho tiempo en saberse que un poli borracho había amenazado con su pistola a un camarero porque quería beber más. Necesitaba un lugar nuevo en el que pasar sus noches.

Era oficial, en su espiral de autodestrucción había añadido un nuevo hito: ahora se había convertido en un poli sucio de mierda.

Una detective, hoy

¿Cómo tenía una capacidad tan grande para meterse en problemas que no la concernían? Era una incógnita que se repetía a sí misma mientras observaba cómo los sanitarios de la ambulancia intentaban estabilizar las constantes vitales del troll.

Había disparado y, con mucha probabilidad, matado a uno de los atacantes de aquel tipo al que había conocido en un bar de striptease mientras investigaba, sin permiso y sin estar de servicio, una débil pista sobre la muerte de una ninfa. Era su sino, el asesinato de una mujer inhumana la había conducido de manera inesperada a impedir el intento de homicidio de otro inhumano. Mierda de trabajo, mierda de noche. Por lo menos los efectos de la resaca del licor de hada habían desaparecido.

Tendría que dar muchas explicaciones, justificar el disparo de su arma y demás. Unos cuantos

inconvenientes que se había tomado por aquel Mark, un troll rubio, cínico y simpático al que había invitado a un trago en el Morgana. Después él se había despedido con amabilidad, esperando encontrarse con ella otra vez por allí. Su interés por él se despertó cuando lo vio entrevistarse con Tony Chatarra. Muchos trolls trabajaban para Chatarra realizando trapicheos, pegando palizas y traficando con mierda de elfo, la droga que consumían los inhumanos y que tan popular era en las polis. El departamento sabía a ciencia cierta que Chatarra movía la mayor parte de la mierda de elfo que circulaba por las calles de Semura. Pero no contaba con pruebas fehacientes para encherarlo por aquel delito. Nunca se le había detenido con la droga en sus manos o cercano a ella. Mantenía una red de colaboradores, ninguno de los cuales estaba relacionado de forma directa con él, por lo tanto, resultaba imposible implicarlo en el tráfico de estupefacientes.

Aquel Mark podría ser el vínculo entre los traficantes y el propio Chatarra, podría trabajar como uno de sus lugartenientes. Desde luego no había ido a charlar con ella por casualidad. Cualquier movimiento del capo parecía estudiado hasta la saciedad; era conocido por no haber dado un paso en falso desde que había heredado el negocio familiar y las conexiones con la mafia de su padre, el difunto Chatarra sénior.

Así que Irina decidió seguir al troll a una distancia prudencial de dos manzanas y terminó por encontrarse salvándole de una paliza brutal. Podría haber detenido a los agresores anunciando su condición de policía, pero constaría en los informes y resultaba más sencillo argumentar que estaba por su cuenta, no como oficial de policía. Necesitaba elaborar un plan. De la misma manera que había actuado con anterioridad con el asunto de Mich. Necesitaba tiempo para pensar.

Al llegar al hospital preguntó si se pondría bien. Le respondieron que al tratarse de un troll, se recuperaría más rápido que un humano. Su fortaleza lo libraría de pasar una temporada en el hospital, aunque no de estar ingresado entre una y dos semanas; dependía de cómo evolucionara de sus heridas y de su respuesta a los tratamientos. Tras rellenar un formulario con los datos de su identidad, decidió retirarse a su casa para descansar.

Tenía que reflexionar la forma de justificar una actuación que, aparte de la expulsión del cuerpo, podría suponerle consecuencias legales graves. Nada nuevo para ella.

7.

Escena del crimen

LA SOLEDAD LO INVADÍA. NO ENTENDÍA cómo había terminado tan solo. Hablaba consigo mismo, se daba y se quitaba la razón en sus discusiones, pues con nadie más podía conversar. Defendía una opinión y la contraria intentando sonar razonable, a fin de cuentas, debía defender sus ideas con juicios, argumentos y razones. Una materia que daba mucho que pensar, más allá de la superficialidad de las cosas. Lo peor, cuando descubría que se reía a carcajadas de un chiste que se había contado a sí mismo.

Por eso necesitaba salir de allí. Tenía que tener otro, quería tener a otro. Uno más y lo dejaría. Uno más y ya vería. Uno más y ella se daría cuenta, seguro. Uno más y lo comprendería, entendería por qué había hecho lo que hizo. Uno, el último, y ya no estaría solo. Prometido.

Michel, antes

Michel estaba sentado a su mesa de trabajo, con un café de la cantina a su lado, revisando y dándole vueltas a un caso que no tenía sentido. Leía una y otra vez los informes, los relatos de los testigos oculares, los antecedentes del sospechoso, pero no conseguía juntar las piezas, no sacaba nada en claro de la investigación. Una sirena de un coche patrulla se escuchó en la calle por encima del barullo habitual de compañeros de uniforme y detectives entrando y saliendo con carpetas de cartón en una mano y en la otra un café similar al suyo.

Tiró el vaso de café al suelo. Le puso énfasis al lanzamiento, estaba cabreado. No solo quería que se rompiera, deseaba que se partiera en mil pedazos, cuanto más pequeños mejor, y a ser posible, que esas esquirlas rebotaran en su caótico baile y se le clavaran en la piel. Sí, miró con parsimonia cómo el cristal botaba una vez contra las baldosas de terrazo rojizo. Cuando se encontraba a punto de hacerlo una segunda, estalló en infinitesimales partes transparentes convertidas en afiladas y letales agujas. Una magnífica metralla.

Sin embargo, ese segundo rebote nunca sucedió, porque una mano de dedos alargados y esbeltos cogió el vaso al vuelo antes de que se hiciera añicos.

—¿Mich, te encuentras bien? —La voz del cariño. La de quien en los últimos tiempos, cuando las cosas se habían puestos bien feas, había estado a su lado.

—Sí. No. No lo sé, Irina —contestó meneando la cabeza, queriendo sacudirse su enfado—. Creo que me voy a tomar el resto de la tarde libre, ¿me cubres?

—Por supuesto, Mich. Vete a casa y descansa —dijo ella con una sonrisa desde detrás del panel divisorio de su cubículo.

Se fue, pero no a casa. Dejó la comisaría y vagó por los viejos jardines de la extinta Infantería de Marina, hasta que se encontró de frente con la vetusta fuente. El estanque lleno de algas y líquenes que más bien parecían hiedras trepadoras; la única agua que había era la caída en las últimas lluvias, porque no lo llenaban, ni tampoco le prestaban ningún tipo de cuidado desde hacía años. Maldita guerra. Lo había estropeado todo. Le apetecía una copa. Unas cuantas.

Recordaba jugar en aquel parque de niño. Su abuelo lo llevaba cuando era un zagal. Miró a su alrededor. Aún aguantaban los hierros que habían sostenido los columpios y los balancines en los que había roto más de un pantalón para disgusto de su madre y posterior azotaina de su padre.

Tenía una imagen en la cabeza muy clara: él con unos pantalones cortos, subido en la locomotora expuesta junto a la fuente. Estaba prohibido, pero los chavales se saltaban las cadenas protectoras y se aupaban hasta la cabina de la máquina, que languidecía por el óxido a pesar de las múltiples capas de pintura con que la obsequiaban con frecuencia. El barniz enmascaraba la herrumbre por un tiempo, aunque si jugabas allí, sabías que más te valía no tropezar y conseguirte un corte con las planchas de acero carcomido. Cualquier muchacho prefería correr el riesgo por los buenos ratos de diversión que proporcionaba el cadáver metálico.

Y en aquel lugar seguía el esqueleto del tren de su infancia. Una masa oxidada, repleta de agujeros, que en la actualidad estaba circundada por una robusta valla metálica. Sin ningún niño que jugara en ella. La pobre tenía que haberse muerto de pena, abandonada como un juguete roto. Esos juegos debían de añadir vida a los pedazos inertes de materia que una vez habían circulado por una vía, tirando con fuerza de un convoy de perezosos vagones, escupiendo humo y vapor, comiéndose el carbón y la leña en su tripa de fuego, indómita y aventurera, viajera, soñadora...

¿Desde cuándo no permitían a los críos jugar allí?

—¿Michel Fernández? —le inquirió un hombre.

—El mismo —contestó volviéndose y pensando en si había cogido su arma—. ¿Qué quiere?

—Esto es para usted. —Le puso en la mano un abultado sobre.

—¿Qué...?

—Un adelanto por la tarea que deberá realizar. Se le asignará un apartado de correos que solicitará bajo un nombre falso. Acuda una vez a la semana, nunca el mismo día ni a la misma hora y obtendrá instrucciones de su cometido. No vuelva a llamar por teléfono, tampoco trate de localizar a nadie, por su propio bien. Es todo.

—¿Cómo me...? —comenzó, pero el hombre, con seguridad un troll, por su altura y corpulencia, aunque no le había dado tiempo para cerciorarse de si llevaba un torque o no, ya se había marchado. Estaba claro que sabían dónde encontrarlo.

Miró la suciedad que llenaba el estanque de lo que había sido una fuente con chorros de espuma en su infancia, y que ahora apenas resistía en pie en un parque abandonado. Después, sopesó el sobre y se lo metió en la chaqueta. Con el dinero que estimaba que había dentro, podría solventar una parte de sus problemas.

Irina, ahora

El rostro del cadáver le resultaba familiar. Un trasgo, moreno, corto de estatura y tan delgado como si no le hubieran dado de comer en una temporada: el mentón afilado y las mejillas chupadas. Los ojos oscuros y pequeños, hundidos, le recordaron a un hurón, o a una comadreja, en cualquier caso a un roedor. Pero se trataba de una persona, un inhumano, sí. Igual de real que un troll o una ninfa. La boca abierta dejaba entrever los ridículos dientes.

Sin lugar a dudas, el tipo que le cerró la puerta en las narices era quien yacía a sus pies desangrado, con marcas de arañazos en el cuello. «Posible causa de la muerte: degollado y desangrado con uno o varios objetos incisivos punzantes», rezaba el informe preliminar del forense. No la había llamado para explicarle los detalles de la autopsia de la ninfa. Ella tampoco se había acordado de pasar por la morgue. Irina había tenido suficiente con recuperarse de la resaca del licor de hada.

Allí, pensó mientras miraba a los ojos sin vida del inhumano, había una relación. A lo mejor conocía información del asesino de la ninfa y por eso lo había matado a él también. O tal vez no.

Además, el cuerpo había sido encontrado a una gran distancia de su casa, en un descampado donde antes de la guerra se erigía una fábrica de harinas que había sido demolida hasta sus cimientos por las bombas de ácido de los trolls. Un erial sin nada a doscientos metros a la redonda, cercano a la antigua Puerta de la Mercadería.

Levantó la vista. A lo lejos observó el resplandor amarillo de la gelatina orgánica con la que se había rociado la muralla de piedra para evitar que el ácido descargado en los bombardeos la destruyera. Se instaba a los ciudadanos a que guardaran una distancia de seguridad con los edificios gelatinizados, porque el ácido que corría por su interior aún permanecía activo y tenían que renovar con frecuencia la pasta de enzimas que conservaba los monumentos. Aquella barriada, despoblada en la práctica, donde resistían los antiguos monumentos, había sido la más castigada por los proyectiles enemigos.

No entendía qué sentido tenía seguir manteniendo en pie los viejos edificios de otra época. De la misma forma, que los sinsentidos aumentaron de manera exponencial después de la guerra. Aunque ella había tenido la fortuna de no conocer ese período. Había estudiado en la escuela los tratados de paz. Aquellos escritos que en teoría ponían fin a una contienda, en la práctica aumentaban las diferencias entre humanos y las diferentes razas de inhumanos, cebándose en especial sobre los trolls. En menor medida con los trasgos, que habían colaborado con los aliados tras traicionar a sus primos, decantando con ese movimiento la victoria de los humanos.

Pero las lecciones de historia habían quedado atrás. El cruel presente decía que un asesino caminaba a sus anchas por las calles de Semura y que había vuelto a matar. Además, Irina había interrogado a la víctima.

Deambuló entre la maraña de guantes de látex que habían quedado tirados por la escena del crimen. Tenía que regresar a la comisaría y revisar el expediente de la ninfa muerta. Sin duda era el mismo individuo. Volvería a actuar y mataría a otro inhumano, pues ese parecía su modus operandi. ¿Cuánto tiempo podría el departamento retener la información e impedir que saltara a los medios? Las consecuencias iban a traer grandes problemas. El caldo de cultivo mezcla de culturas, que en el papel y según la corrección política funcionaba, pero que en la realidad constituía una diversidad de guetos diferenciados y separados de los barrios humanos, explotaría.

Irina debía pensar en una razón contundente para explicar por qué había intervenido en un incidente callejero, descargando su arma reglamentaria. Todavía no se le había ocurrido nada lo bastante bueno para convencer al capitán Castillo y que los buitres de Asuntos Internos no metieran sus narices en el asunto. Si la investigaban, averiguarían cosas. Temas antiguos, feos y sucios que no solo la pondrían en aprietos, si no que mancharían el impecable historial de servicio de su amigo. La detective Gryzina no podía permitirlo, por Isabel. Y por Mich.

«¿Qué haría Michel en su situación?», pensó tras encender el contacto de su coche. Ojalá estuviera allí. Necesitaba su ayuda, su experiencia, la perspicacia con la que veía el elemento que a los demás se les resistía, la inteligencia que aportaba al trabajo y lo bien que se complementaban. En todos los sentidos. Lo echaba de menos, necesitaba su ayuda y su consejo.

Había que ponerse en marcha con el caso y con los desagradables flecos que lo rodeaban.

Mark, en el hospital, ahora

Olor a limpio, demasiado. No estaba en su casa, allí no olía de aquella manera tan perfecta. Abrió los ojos. Tumbado en una cama ni cómoda ni lo contrario, en una aséptica habitación de hospital. Sin cuadros, sin televisión, solo la cama donde se recuperaba y unos aparatos electrónicos que

debían medir si continuaba lo bastante vivo. No recordaba mucho de la noche anterior, pero resultaba obvio que se habían ocupado de cuidarle. Aunque era un misterio de qué forma había llegado allí. Cuando quiso incorporarse sintió un dolor agudo en el pecho y otro en un brazo. Le habían dado en las costillas, seguro. Parecía que le habían pegado en otras partes de su cuerpo, porque el dolor le llegaba en pequeñas palpitaciones repartidas por sus extremidades y por la cara, que se palpó, inflamada en varias zonas. Tenía un labio roto y notó unos puntos de sutura en el pómulo izquierdo, también dolorido. Repasó sus heridas: venda que le oprimía el pecho y parte del abdomen, otra que le cubría el brazo a la altura del hombro, múltiples zonas amoratadas y varios cortes completaban el informe de daños. Había estado peor. También había sido más joven y se había recuperado más rápido.

Sonidos de disparos, puede que dirigidos hacia él. Una mujer. El rostro de una mujer, eso sí lo tenía presente. Seguro que había sucedido en la realidad, pero aparte de esto el resto de los acontecimientos se difuminaban en una nube de borrones oscuros.

Un hombre con gafas y una bata blanca entró en el cuarto.

—Veo que ha despertado, señor Hombre del Norte.

No tenía que preguntar cómo sabía su nombre, habían comprobado el número de serie de su torque.

—Sí —respondió un poco aturdido aún.

—Ha tenido mucha suerte, ¿cómo se encuentra? —inquirió con amabilidad y una sonrisa en el diáfano rostro.

—Bien, creo. Me duele... —Señaló con un dedo hacia sus vendajes.

—Normal, ha sufrido un trauma muy fuerte en las costillas, tiene dos rotas. Por suerte no se han desplazado de su lugar. Inmovilizándolas soldarán solas, pero le dolerá al respirar y cuando se ría. El disparo ha resultado más feo, seccionó una arteria, perdió mucha sangre, pero al final conseguimos detener la hemorragia y extraer la bala. Si fuera humano, no estaría ahora con nosotros.

—Gracias, doc.

—Le daremos unos analgésicos para el dolor. Y tiene que vaciar la habitación para las doce —expresó en un tono neutro y profesional.

—¿Cómo? ¿De qué coño está hablando? —El rostro del troll cambió a uno formado por el malhumor y el enfado.

—Que tiene que irse antes de las doce, porque no tiene su seguro en regla.

—Eso son sandeces. He pagado mi seguro.

—Me temo que no es lo que figura en nuestros registros —le mostró una hoja de papel que confirmaba lo expresado por el médico. Mark tomó el formulario de sus manos y en la última línea leyó un «pendiente de pago» resaltado con marcador amarillo fluorescente.

—No puede ser. —Movié la cabeza de un lado al otro—. Recuerdo perfectamente haber ingresado el pago trimestral.

—Es probable que su memoria le juegue una mala pasada, resulta frecuente después de traumatismos como los suyos.

—No, imposible. El apunte quedó marcado en mi libreta de ahorros.

—A lo mejor se trata de un problema con su banco. Pero mientras no lo solucione, nos prohíben atenderle. Son las normas —se disculpó el médico.

—Sí. Las normas, entiendo. —Quería decir que, como era troll, si no pagaba no tendría derecho a cobertura sanitaria.

—Lo siento. Yo solo soy un empleado. No tengo poder para arreglar...

—Le he comprendido bastante bien —lo cortó Mark para que no siguiera.

—Tómese dos de estas cada ocho horas durante una semana. —Le tendió una caja con pastillas—. Después tómese una solo cuando le duela.

—Gracias, doc —contestó con rabia, mientras buscaba su ropa.

—De nada. Buena suerte, espero que se mejore —se despidió antes de marcharse.

No tenía claro quién se la había jugado, pero iría a por él. Demasiada coincidencia que cayera en una emboscada y que justo después resultara que no había pagado el seguro, cuando lo había hecho. No le gustaban aquellas cosas. La noche anterior había tomado unas copas en aquel local de striptease. No podía ser. Ya sabía quién le había jodido la vida.

En el Morgana, Tony Chatarra, para el que había trabajado antes, quería ofrecerle un trabajito, pero lo rechazó porque por su cuenta ganaba más que a sueldo de aquel cabrón.

Tony tenía las conexiones necesarias para hacer desaparecer el ingreso del seguro y dejarlo en la estacada. Si lo pagaba de nuevo, los contactos del mafioso volverían a hacer constar que continuaba impagado. Necesitaba descansar un poco. En cuanto se hubiera recuperado, iría en persona a realizar una visita al capo, que no resultaría demasiado amable. Aunque debía moverse y obrar con cautela. Quizá debía pensar con la cabeza fría y esbozar un plan meticuloso. Las prisas no traían buenas cosas, como le había dicho su abuelo miles de veces.

Después de vestirse con la dificultad, ya que le dolía el cuerpo entero, se tomó dos de las píldoras blancas con un vaso de agua y cerró la puerta de la habitación tras de sí. Fue directo hacia la oficina de admisión, quería saber quién lo había llevado al hospital y ofrecerle su máximo agradecimiento.

A cada paso, un puñal se le clavaba en el pecho. Esperaba que los analgésicos hicieran efecto pronto. Recorrió el largo pasillo con habitaciones a los dos lados con un número en la puerta, hasta que alcanzó la confluencia de otros dos corredores. Una enfermera sentada tras una mesa lo vio andar hacia ella. Lo miró con desdén de arriba abajo en cuanto se dio cuenta de la pieza metálica que aprisionaba su cuello.

—Disculpe, señorita —expresó con el mejor acento y educación de los que era capaz. Incluso sonrió con ese gesto que tanto gustaba a las mujeres.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle? —Iba vestida de blanco, con el pelo recogido, no era joven ni bonita.

—Verá, me gustaría mucho que me dijeran quién me trajo aquí.

—¿La razón? —contestó la mujer en un tono que denotaba que a menudo respondía cuestiones como aquella y que le aburría mucho hacerlo.

—Quisiera darle las gracias —continuó con su encantadora sonrisa, aunque con lo hinchada y amoratada que tenía la cara, resultaba un tanto siniestra.

—Su nombre es...

—Mark Hombre del Norte.

—Permítame un momento que consulte las entradas de los registros del turno de noche. —Ruido de papeleo, búsqueda entre diferentes carpetas y archivos que pasó hacia delante y hacia atrás varias veces.

—¿Ya lo tiene? —preguntó inquieto.

—Sí. Pero hay algo —titubeó un momento, después lo miró a los ojos y regresó al informe—. Es un código rojo.

—¿Qué?

—Quien vino con usted es un código rojo. No puedo decirle más que eso, ya lo sabe —le espetó cerrando la carpeta con un sonoro trastazo.

—Sí, claro. Muchas gracias por las molestias —dijo y se fue sin que la enfermera le respondiera el acostumbrado «de nada» de cortesía. Muchos ciudadanos seguían considerando a los trolls, igual que el gobierno, habitantes de segunda de la polis.

Un código rojo se había ocupado de evacuarlo para que lo curaran. Un puto poli lo había llevado al hospital.

8.

Visita al infierno

¿CUÁNTO MÁS AGUANTARÍA? ¿CUÁNTO TIEMPO SIN volver a alimentarse? ¿Es que ella no se daba cuenta? ¿No tenía compasión? Insensible, lo único que quería era que continuara sufriendo, muriéndose. Solo. Sin nadie con quien conversar, sin apenas disfrutar de la comida, lo único que le recordaba los tiempos de antaño. Deseaba que esa época regresara. Ser respetado, no un despojo olvidado. Quería estar de nuevo en los pensamientos de los niños traviesos, en las bocas de los padres que advertían sobre su existencia si las criaturas se portaban mal.

Había perdido aquello, entre otras cosas en aquel mundo demente que no se acordaba de él.

Un detective de la policía de hace cuatro años

Michel desenfundó su arma, retiró el seguro y montó una bala en la recámara. La pistola estaba fría al tacto. Las volutas de vapor que escapaban de la boca y nariz del policía podían revelar su presencia. Esperaba parapetado tras una esquina de adobe rojizo a que los malos escaparan por la puerta de atrás, espantados por Irina, que accedía en aquellos momentos por la entrada principal. Escuchó desde la calle la clásica fórmula de «¡Alto, policía!». Hasta para decirlo le echaba huevos la rusita.

Un disparo. Sin gritos, ni maldiciones, ni tacos. Solo una detonación, seca, sin ningún otro aditivo. Cien por cien natural, igual que el puto frío, pensó, helado hasta los huesos. Un segundo disparo. Después salió su compañera haciéndole señas para que se acercara. Apuntó con la pistola hacia el suelo, aunque por experiencia estaba seguro de que la acción había terminado y el peligro también.

Cuando alcanzó el pasillo interior del edificio, Irina ya se encontraba dentro del piso, había esposado a los presuntos delincuentes y les había leído sus derechos mientras sangraban de sendas heridas de bala.

—¿Has llamado a los sanitarios? —preguntó el veterano poli.

—Por supuesto, están de camino. Aunque me gustaría que estos mierdas se murieran desangrados aquí mismo.

Michel enarcó una ceja. El comentario de la nueva detective había resultado demasiado salvaje incluso para lo habitual en ella.

—¿Qué tenemos por aquí?

—Dos kilos de mierda de elfo, sintetizada en cristales. —Le señaló las bolsas de plástico con cierre hermético, las balanzas y los diferentes matraces y quemadores, que usaban los narcos para cocinar la droga.

—Es pura. La más transparente que he visto nunca —afirmó Mich tomando unos pedazos del estupefaciente y mirándolos al trasluz.

—Entonces ya sabes lo que eso significa. —La joven gesticuló de una manera cómplice.

—Camello nuevo en la polis, con una mierda de putísima madre. Tan buena que en la calle una dosis debe de salir muy cara. Este tío tiene que estar haciéndose de oro.

—¿Tío? ¿Por qué tío? ¿El traficante no puede ser una mujer?

—No pretendía ofender.

—Joder, Mich, ¡vete a tomar por culo! —le espetó saliendo de la habitación a grandes zancadas.

—Irina... —comenzó, pero la policía había salido a la calle a esperar a la ambulancia. Lamentó el desplante que le había hecho, pero era una cría, ya se le pasaría. Tenía otros asuntos más importantes de los que preocuparse en aquel momento que de un desaire de su amante. Necesitaba con urgencia una copa de una bebida fuerte. Miró a su alrededor, pero no encontró nada que saciara su alcoholismo.

Ya que nadie lo veía y su compañera desaprobaría lo que iba a hacer, tomó uno de los cristales, parecido al cuarzo y lo machacó contra una mesa con la culata de la pistola. Después inhaló el polvo de golpe. Total, no iban a notar la diferencia.

El pelotazo le alcanzó enseguida el cerebro, los ojos se le inyectaron en sangre, las pupilas se le dilataron, las mejillas aumentaron de color, las manos le temblaron, sintió calambres en las piernas, el corazón quería escapar de su pecho, le faltaba aire. Abriendo la boca, respiró profundo, sin deshacerse de la sensación de ahogo. El efecto de la droga alcanzaba su máximo apogeo. Además de borracho, iba a convertirse en un yonqui. Aquella mierda era de primera clase. A lo mejor se extraviaban unos cuantos gramos más, antes de que Irina regresara.

Un troll magullado, hoy

Mark caminaba con dificultad, cada movimiento de su cuerpo le producía una punzada de dolor con que lo obsequiaba su costillar. Pero curaría pronto y cuando lo hiciera iba a ir a por Tony Chatarra. Parecía que ningún troll podía salirse del guión escrito si no contaba con el permiso del magnate de los desechos metálicos. Sin embargo, no había previsto una gran desventaja: Mark, a pesar del poco tiempo que llevaba en Semura, conocía los bajos fondos y los barrios de inhumanos, como nadie. Tenía contactos, aunque no los suficientes, ni a los niveles adecuados, como para, por ejemplo, mover una cantidad importante de droga o blanquear dinero. Además, el férreo control de Chatarra sobre la comunidad troll no le dejaba demasiado espacio de actuación, necesitaba una mayor libertad de movimientos. ¿Podría ser el fantasma de la túnica de la reunión de la bodega? Apostaba una barrica de licor de su abuelo a que aquel tipo no era uno de los asociados del mafioso.

Mientras tanto, no le quedaría más remedio que plegarse a los deseos de Tony, solo hasta que consiguiera reunir dinero. Lo más importante, regularizar su seguro médico. Cuando aceptara el encargo del capo, el recibo que había pagado y que no figuraba en ninguna parte, aparecería por arte de magia, salido de la nada, como si nunca se hubiera extraviado. Sin explicaciones, ni disculpas, así funcionaba Chatarra; te apretaba hasta que te ahogaba y luego si accedías a sus deseos, aflojaba lo justo para que lograras respirar un poco. Mark quería cambiar aquello. Tenían ya un yugo que los sometía, los malditos torques que les limitaban la fuerza, no fuera a ser que se rebelaran de nuevo contra los humanos, y una segunda carga, la que imponían los poderosos entre los suyos, que actuaban de la misma manera que los caudillos de los clanes. Por suerte, los trolls ya no eran salvajes que vivían en las montañas ni en las grutas, tenían inteligencia y opciones que elegir, la ley del más fuerte hacía siglos que había quedado obsoleta. Mark Hombre del Norte decidió no escoger la vida de esclavo, de una u otra manera. Pondría remedio a aquellas injusticias, a su debido tiempo. Además, y eso era lo que más le dolía, el capo era el responsable de la muerte de su padre.

Por el momento necesitaba descanso. A primera hora del día siguiente iría a ver a Tony y

aceptaría su propuesta.

Necesitaba su cama y un par de pastillas contra el dolor.

Mujer policía, hoy también

Irina se encontraba rellenando un informe sobre las incidencias de la noche anterior. El capitán se acercó a su mesa y le habló en bajo, para no ser escuchado por los otros policías que trabajaban en los escritorios de alrededor:

—Cuéntame cómo marcha la investigación, ¿el de esta mañana tiene relación con la ninfa? —preguntó apoyándose sobre el tablero de madera.

—Es muy posible, aunque el forense no me ha llamado. No sé si ha usado un modus operandi semejante en cada uno. Pero creo que se trata del mismo psicópata.

—Espero que no encontremos un tercer cadáver, ya sabes lo que significa eso —afirmó con una preocupación que marcó aún más sus arrugas.

—Claro. Asesino en serie, jefe.

—No queremos el escándalo mediático que se organizaría si las muertes continúan. Los barrios de inhumanos ya están bastante caldeados por las subidas de impuestos y de los precios de los seguros. ¿Crees que puedan ser encargos?

—¿Un sicario a sueldo? —El capitán Castillo asintió—. No tengo pruebas para sostenerlo, pero mi instinto me dice que no.

—Hay movimientos trolls no controlados y a lo mejor resultan ser la causa de unos futuros efectos desagradables. No descartes que esas muertes estén preparadas de antemano para sembrar cizaña.

Irina asintió como una subordinada obediente, sobre todo teniendo en cuenta el informe de sus actividades fuera del horario laboral, pero por mucho que insistiera el capitán con el tema, aquellos crímenes no tenían que ver con el creciente descontento de los habitantes inhumanos de Semura. De hecho, no descartaba que el causante fuera uno de ellos, un inhumano desquiciado por los acuerdos de paz después de la guerra y que no se hubiera adaptado a las normas de una nueva sociedad.

El capitán parecía obsesionado con los trolls. Sin embargo, nada apuntaba a que uno de ellos fuera el responsable de aquellos horribles crímenes. Tampoco contaba con demasiadas pruebas. No quería malas sensaciones. Solo faltaba una víctima más, para que los medios relacionaran los asesinatos, una más para que explotara el caos en las calles. Sintió el estómago encogerse ante la idea de que la paranoia entre los inhumanos creara disturbios. Una chispa, una pequeña llama, bastaría para encender la mecha de las revueltas raciales y cincuenta años de tensa paz se marcharían a la basura.

Quería permanecer en el centro de aquel asunto y le parecía que los forenses la estaban dejando al margen. Haría una visita urgente a la morgue en cuanto firmase aquel impreso. No le gustaba que estando ella al mando de la investigación, no la hubieran llamado para comentarle los detalles de las autopsias de las víctimas. Extraño.

Había escrito: «Una pista del caso la llevó al local de bailarinas exóticas conocido como Morgana. Allí conoció a un troll, del que sospechó desde el primer momento. Cuando el individuo abandonó el local, la policía decidió seguirlo. El sospechoso se vio inmerso en una pelea callejera con siete desconocidos, en lo que a primera vista parecía una paliza planeada contra el troll. La detective Gryzina tuvo que intervenir y hacer uso de su arma reglamentaria, para que los

agresores desistieran de su actividad, con el resultado de muerte por arma de fuego de uno de los hombres. La detective se ocupó de solicitar una ambulancia y trasladar al herido al hospital más cercano, dándose a la fuga el resto de sospechosos». Después había firmado con su nombre, la identificación de su placa, y el número de serie de su pistola.

Era una lástima que no se hubiera acordado de llevar su otra arma. Con aquella no habría tenido problemas, ni habría resultado necesario dar explicaciones; la que no era posible identificar, porque no figuraba en ningún registro y que había pertenecido a Mich.

Michel e Irina, cuatro años antes

Michel seguido de Irina, ambos con el arma en ristre, abrieron la puerta de una patada. Gritaron al unísono el consabido «Departamento de Policía de Semura». Escucharon a sus compañeros realizar la misma acción en la otra entrada de la casa. Apuntaron a un lado y al otro del umbral. Muebles rotos, restos de comida putrefactos y malolientes, charcos de una sustancia indefinida, pero igual de apestosa, en los que se veían docenas de gusanos regocijarse. Preservativos usados, jeringuillas. Paredes con enormes manchas de humedad allá donde el moho no había invadido los muros. Maderas quemadas y podridas, telas y paños sucios, unos pocos con manchas de sangre reseca. El reino de las telarañas y el polvo, donde gobernaban ácaros, arañas y, con mucha probabilidad, pulgas y ratas.

Lo peor era el olor. Una mezcla de falta de ventilación, sudor concentrado más una suerte de verdura hervida, orín y heces.

En el primer piso no había nada más que ropa vieja rota, quemada y desperdigada por el suelo; viejos periódicos amarillentos, revistas pasadas de moda, el relleno de unos cojines o almohadas que habían dejado de existir. Múltiples colillas de diferentes marcas apuradas hasta el filtro, papeles de fumar, cucharas dobladas y quemadas, jirones de sábanas y de toallas. Pedazos de cristal de varios tamaños, colores y formas, provenientes de botellas de cerveza y licor, además de los que habían cubierto las ventanas, en ese momento tapadas con gruesos cartones o tablones.

Escucharon el correteo de las ratas, por debajo de la tarima, que chirriaba debido al peso de los dos policías. A Irina se le erizaron los pelos de los brazos, Michel encogió la cara en un gesto de asco. Después de eso, se esforzó en retirar una de las láminas de cartón que cegaban la ventana más próxima. Luchó unos minutos contra la cinta adhesiva que retenía la pieza, hasta que consiguió quitarla y que entrara una bocanada de aire fresco de la calle.

—Nos vamos a asfixiar si no respiramos en condiciones —dijo en alto.

—Sí. Menudo alivio. Gracias, Mich.

—¡Detectives, suban aquí! —La voz de sus colegas se abrió paso desde el piso superior.

Los dos corrieron, ascendiendo los escalones de dos en dos con las pistolas preparadas para ser utilizadas.

La escalera terminaba en otra sala similar a la que habían visitado. Uno de los uniformados los esperaba en la puerta haciéndoles gestos de que no había peligro y que guardaran sus armas.

—Tienen que ver esto —los apremió.

El hedor resultaba más insoportable que antes. La descomposición y la muerte habitaban en aquella habitación, igual que las ratas. Sobre un lecho de vómitos y sangre cuajada, yacía una decena de cadáveres tumbados en unas precarias colchonetas. Los roedores se alimentaban de ellos. A varios les faltaba la nariz, otros habían perdido las orejas, los labios o varias falanges de

los dedos, fruto de la gula de las ratas.

Una arcada recorrió el abdomen de Michel, Irina ya estaba expulsando el contenido de su estómago.

—¿Están bien?

Respondieron que sí.

—Nunca había visto una chabola de la droga como esta. Debieron de chutarse todos juntos y el ansia los llevó a la sobredosis —anunció uno de los policías.

—Por lo que más queráis, espantad a esos bichos de ahí —imploró Irina. Michel se encontraba todavía estupefacto por la escena y los dos policías de uniforme, la ignoraron. Así que empuñó su arma, apuntando a una de las ratas y apretó el gatillo. El estruendo sorprendió a los humanos y ahuyentó a los roedores.

—¡Joder, Irina! —exclamó Mich.

—Podía habernos dado, detective.

—¡Y una mierda! —replicó ella como única respuesta. No dijeron nada más. Había acertado a la rata y la había reventado con la bala de nueve milímetros de su pistola.

—Muy bonito. Ahora además tenemos pedazos de rata esparcidos por el cuarto —se quejó el otro uniformado señalando al papel pintado desprendido de las paredes.

Irina se limitó a dedicarle una mirada asesina; el hombre apartó la vista enseguida.

Una tos seguida de una respiración trabada y sonora los distrajeron del tiro al blanco de la mujer. Uno de los supuestos muertos había resucitado. Intentaba inhalar más aire por lo que le quedaba de nariz, pero estaba ahogándose. Michel y uno de los uniformados se arrodillaron junto a él. El drogadicto tenía náuseas. La bilis junto a los tropezones de comida emergían escupidos por su boca. Los policías intentaron ponerle de costado, pero resultó demasiado tarde: el cadáver viviente se había asfixiado en sus propios vómitos.

Michel se hizo a un lado y añadió una capa fresca de porquería de su propia cosecha. Cuando terminó, se limpió la boca con un pañuelo, miró a su compañera y salió caminando de aquel infierno a toda prisa.

9.

Botellas de chatarra

AQUEL DÍA HABÍA COMIDO, SE HABÍA alimentado. No podía impedirlo, resultaba más fuerte que su voluntad. Esos instintos los tenía grabados a fuego en lo más hondo de su naturaleza. Podría resultar despreciable, nadie lo aceptaría. No tenía amigos ni mascota. Sabía que otros lo veían como un monstruo. Igual que necesitaba del aire para respirar, su cuerpo exigía alimento. Un sustento adecuado a su condición, no admitiría ningún sucedáneo o sustitutorio. No volvería a pedir permiso para obtener lo que le correspondía por nacimiento y por derecho.

Ojalá se diera cuenta de que tenía razón, de que su demanda no constituía un sinsentido. Una petición consecuente, nada exagerada, equilibrada, sensata.

Mientras, terminaba de devorar los últimos pedazos del corazón de la mujer que ella había señalado.

Mark, en la actualidad

Unos días de descanso habían obrado milagros con sus costillas. Parecía encontrarse mejor, aunque aún le dolían igual que si le clavaran miles de espinas a la vez cuando realizaba un movimiento brusco. Tras afeitarse, afeitó su barba, que en tres días había crecido muy fuerte, y eligió una ropa adecuada, ni muy elegante, ni demasiado informal. Una cazadora de cuero sería suficiente. Cuando terminó de preparar su atuendo, enganchó una pistola en la parte trasera de la cintura de sus vaqueros. No iba a necesitar utilizarla, pero su bulto mandaría un mensaje a los empleados de Chatarra que tratarían con él. Estaba dispuesto a todo. No tenía dinero, ni posición que perder. Incluso podía permitirse el lujo de que lo arrestaran transportando un paquete del mafioso. Cualquier movimiento, destinado a que Tony cayera, le valdría. Primero, necesitaba infiltrarse y escalar en su organización.

Más tarde, había anochecido y Mark se sentaba en una de las mullidas butacas del Morgana a la espera de Tony. Después de la segunda cerveza comenzó a impacientarse. Ni siquiera escuchaba la música ni miraba a las bailarinas. No tenía toda la noche para hacerle un maldito favor a Chatarra, que lo obligaba a retrasar sus otros planes. Cuando ya había perdido la calma y estaba levantándose para irse, un camarero le trajo una copa.

—Cortesía del señor Chatarra, en recompensa por su tiempo perdido —anunció el hombre con una sonrisa en los labios.

—Gracias —contestó entre dientes.

Aquel maldito cabrón ya se la estaba jugando cuando ni siquiera había comenzado a trabajar para él. Esperaba que por lo menos aquella porquería que le habían servido estuviera buena. El licor pasó por su garganta de un solo trago. Su sabor era más fuerte y tenía mayor contenido alcohólico del que había previsto. Abrió la boca, tosió una vez y los vapores de la bebida le salieron por la nariz. ¿Qué demonios era aquello?

—¿Disfrutando de mi bebida, Hombre del Norte? —inquirió una voz a su espalda cuando depositaba el vaso sobre la mesa.

—Tony... —comenzó con una disculpa, al tiempo que se levantaba ante la llegada de su anfitrión.

—Tranquilo, Mark, no te muevas —dijo mientras se acomodaba enfrente del troll más joven.

—¿Qué es esto, si me permite la pregunta?

—¡Oh! Algo conocido por todos los trolls. Solo que, un poco... —movió un dedo índice en el aire— modificado. Pero en la práctica es en un noventa por ciento la receta de licor de hada de mi abuelo.

—No sabe igual que el licor de hada —protestó Mark mirando el fondo de su vaso.

—¡Claro, amigo mío! Porque pretendemos comercialarlo a gran escala y, como sabe, el licor de hada es ilegal debido al Acta de Inhumanos... Aprovechamos un vacío legal sobre la composición, añadimos unos cuantos aderezos que tomamos de cualquier destilería tradicional de whisky y *voilà*: licor de hada rebajado, completamente legal. Sabor más parecido a otros alcoholes, mismos efectos en los humanos: ganancia garantizada.

Tenía que admitir que la jugada que planteaba el mafioso era maestra. Un buen puñado de trolls compraría aquella porquería, tan solo porque les recordaba al buen licor de hada, y otros tantos humanos lo harían porque el licor de hada de contrabando resultaba carísimo, además de muy difícil de encontrar.

—Sí, Tony, un movimiento brillante —Mark le siguió la corriente con una sonrisa.

—El problema es que no podemos distribuirlo hasta dentro de tres meses por problemas burocráticos. Mientras tanto mis barriles de «licor de Chatarra» se amontonan sin producir dinero en mis almacenes. Ahí entras tú, Mark. —Lo señaló con el mismo índice que había empleado con anterioridad. Él sabía por experiencia que era el instante en el que dejaba hablar al magnate sin interrumpirlo, hasta que terminara—. Necesito un troll, valiente y cumplidor, que mueva mi producto por la polis. Es esencial que la bebida comience a conocerse para que, en el momento en el que demos el salto a la legalidad, tengamos asegurada una gran cartera de pedidos. Por supuesto, la tarifa de siempre, pago por adelantado y corro con los gastos si es necesario que alquiles o compres un camión. ¿Qué me dices?

—Me apañaré —respondió, escueto.

—¿Ves? Por eso me gustas tanto, Hombre del Norte: te adaptas al trabajo con lo que tienes y nunca pones ningún inconveniente.

Cerraron el trato con otro trago de licor de Chatarra, en esta ocasión paladeado con la sutileza que requería una bebida de aquella graduación.

Irina, ahora

Sintió el frío del lugar. El olor a limpio, a desinfectante industrial, le recordó que se encontraba en unas instalaciones sanitarias, aunque dependieran del Departamento de Policía. Camillas empujadas a través de largos pasillos, ascensores anchos y grandes, personal con uniforme verde, azul, que entraba y salía, circulando a su alrededor, ejerciendo un simbólico baile de cortejo. O eso le pareció. En realidad quería escapar de aquel lugar cuanto antes. La urgencia aumentaba cuando le venía a la cabeza que allí almacenaban individuos muertos en enormes nichos refrigerados. El pensamiento le puso la carne de gallina. Por suerte, ya estaba alcanzando su objetivo.

Abrió la doble puerta de sopetón, sorprendiendo a quienes permanecían en la sala de disección, que iban cubiertos con la indumentaria pertinente, además de mascarillas, guantes de látex y una especie de casco con una visera que se situaba por delante de la cara para evitar las salpicaduras de sangre. En efecto, tenía restos rojizos pegados a la membrana transparente del

dispositivo.

—¡Detective Gryzina! ¡Cómo se atreve!

—¡Cuarenta y ocho horas, matasanos! ¡Cuarenta y ocho horas me has tenido en la inopia! Sin que pudiera ofrecerle ningún dato a mi capitán, porque, por misterios de la vida que no llego a comprender, ¡se te ha olvidado hacerme una puta llamada! —Irina le escupió esto a un palmo del protector del forense, consciente de que su propia saliva salía despedida del ímpetu y quedaba atrapada sin alcanzar la cara del doctor Blanco. Además, remarcaba el cabreo que tenía con el dedo índice, que iba presionando con más fuerza contra el pecho del forense a cada frase que pronunciaba. El médico, intimidado por el empuje de la detective, a pesar de que le sacaba una cabeza de altura, reculaba medio paso al segundo, intentando poner distancia entre la irascible Irina y su bienestar.

El equipo de tres estudiantes que acompañaba al forense se mantenía en una tibia postura y parecía dudar entre mediar en el conflicto y protegerse ante una posible agresión de la mujer que estaba fuera de sus cabales e invadía su espacio de trabajo. Además, ella llevaba una pistola, un arma que disparaba balas, mataba y creaba cadáveres como los que diseccionaban allí.

—¡Irina, para! Vas a terminar haciendo daño a alguien.

Apenas se dio la vuelta, vio la figura de Christian, desviando su agresiva mano de la trayectoria del cuerpo del doctor, antes de que este encajara un puñetazo.

Ella no esperaba encontrarlo allí y le sorprendió más eso, que el no haber golpeado al médico.

—¿Qué coño haces tú aquí?

—Cálmate primero. Estás fuera de ti —trató de apaciguarla el otro policía. Mientras tanto, los forenses vieron su oportunidad y se marcharon en una más que honrosa retirada. Irina los miró desapasionada, ya había perdido su interés más inmediato en ellos.

—No me has respondido —insistió la mujer.

—Tranquila, solo estoy en labor de custodia.

—¿Custodia de qué?

—El capitán no quiere que perdamos la pista a los dos cuerpos que hemos encontrado. Dice que es algo político, de inhumanos y eso.

—¿Y tú te lo crees?

—No sé si me lo creo o no, no he tenido tiempo de pensarlo a fondo, la verdad. Lo único de lo que estoy seguro es que son mis órdenes y así las cumplo —replicó tajante a su exnovia.

—No pienses tanto, a ver si te vas a estresar, chico —se mofó Irina.

—Tú siempre tan graciosa.

—Entonces, que yo no sepa nada de la investigación de la que estoy encargada, ¿es por tu culpa? Lo digo por saber si es a ti a quien tengo que partirte la cara. —Esbozó una sonrisa, aunque su amenaza sonaba bastante seria.

—Sí y no.

—¡Joder! ¿Qué mierda de respuesta es esa, Christian? —Su rostro se encontraba tan cerca que Irina observaba magnificados los ojos azules del hombre con el que había compartido su vida.

—Pues que no sabes nada porque no hay M.O., aunque sí causa de la muerte.

—¿Vas a esperar a mañana para contármelo o me lo vas a decir ahora? —le espetó, muerta de la impaciencia.

—Han muerto a dentelladas. Devorados. A cada uno le han arrancado una parte diferente del

cuerpo. Hay alguien comiéndose inhumanos.

—¡Coño! —Irina mostró una mueca de asombro.

—... y sigues siendo la detective más malhablada del departamento —se rio.

—Que te den, Christian. ¿Por qué no me lo ha dicho ese mamón? —Señaló a la sala contigua, donde los forenses aguardaban el resultado de la entrevista entre los policías para continuar con sus quehaceres.

—Responde en exclusiva ante el comisario, sin tener que informar al capitán ni a ti.

—¡La madre que lo parió! ¡Me lo cargo! —explotó, enfadada, no solo porque pasaran por encima de ella, sino porque, además, no hubieran tenido la cortesía de comentárselo.

—¡Eh! No te embales, rusita. —La cogió de la chaqueta y la detuvo, cuando ya se dirigía hacia el equipo de médicos.

—¡Vale! ¡Suéltame, joder! —Realizó un aspaviento para liberarse—. Odio que me llames así. ¿Cómo se supone que voy a avanzar en el caso si nadie me cuenta una mierda? —se quejó.

—Te lo estoy contando yo ahora —Christian sonrió un poco.

—Gracias, por nada —contestó con gesto sombrío y cansado—. Estoy harta —anunció al tiempo que salía de la morgue.

—Espera, ¿dónde vas? —le preguntó al espacio que había ocupado Irina un par de segundos antes.

—A investigar en la calle, que es lo que hacen los polis de verdad, al contrario que los lameculos de despacho como tú.

Christian fue incapaz de replicar.

Michel fue a una fiesta

Traje nuevo, negro como la noche, corbata granate, que le había escogido Isabel en un momento de fortaleza. En cuanto cerró la puerta tras de sí, resopló, liberando el agobio y la culpa. Estaba invitado a una cena, solo tenía una invitación en la que ponía el lugar, pero un sexto sentido, le sugería, que se trataba de algo más que eso. Por si acaso, atravesó el cañón de su pistola en la cintura de los pantalones, no fuera a ser que le hiciera falta la artillería. Después se abrochó la americana para que no se le notara.

Un gran automóvil se detuvo justo delante de él.

—¿Señor Fernández? —preguntó el chófer.

—Sí, soy yo —respondió.

—Tenga la bondad de subir al coche.

Michel dudó durante un instante. Llevaba su arma, ¿qué podría pasarle?

—Claro, por supuesto —afirmó con una sonrisa.

Al acomodarse en la parte trasera del lujoso coche, Michel notó una sensación de sosiego y tranquilidad. Nunca había disfrutado de un automóvil propio con asientos forrados en piel. Ni un conductor le había llevado como si fuera una celebridad. Allí estaba él, camino de una alfombra roja, en el caso de que la hubiera, invitado a un evento que se salía de su esfera. Parecía que había agradado a alguien de los que mandaban, probablemente al tipo del bigote y la barba recortada. No sabía quién era, pero poca gente en Semura tenía los recursos económicos para permitirse aquel despliegue de sofisticación y lujo.

Aunque ya averiguaría quién se encontraba detrás de la fachada de invisible benefactor, aquella noche tenía la intención de comer gratis y beber el alcohol de la mejor calidad que le

ofrecieran. Se lo había ganado. Sin culpa, sin remordimientos, sin Departamento de Policía, sin Isabel...

El motor rugió, internándose en la circulación de la carretera que abandonaba el centro de la polis. Los suburbios eran territorio de los inhumanos más pobres, que ocupaban casas y viejos edificios abandonados desde la guerra, en muchos casos en ruinas como consecuencia de los bombardeos. Michel cambió de postura, incómodo. La perspectiva de una velada entre lo más selecto de la sociedad de Semura se difuminó al instante. No le agradaba el giro de los acontecimientos. Michel ponía en duda que existiese cualquier vestigio de riqueza por aquellos parajes.

El chófer no se había movido un centímetro de su puesto. Circulaban por una vía secundaria que ni siquiera estaba pavimentada y en la que se veían restos de las explosiones de la guerra. El camino era de tierra con gravilla, aunque tenía dos canales de roderas, lo cual indicaba un uso frecuente. En un par de curvas pronunciadas las ruedas traseras patinaron. Por un momento, pareció que la parte del habitáculo en la que viajaba Mich se salía de la carretera. El conductor maniobró de forma profesional, contravolanteó y apretó el acelerador con suavidad, logrando que los neumáticos agarraran de nuevo y que el coche se metiera en la curva. Michel dejó de apretar los pies contra el piso, algo más relajado. Aunque aún mantenía sus reticencias. Le dio un tiento a la pistola, que se apretaba contra sus carnes. El movimiento le transmitió una seguridad casi mística, como si con aquella herramienta que disparaba pedazos de metal a gran velocidad fuera capaz de dominar cualquier dificultad a la que se enfrentara. Porque si lo devolvían a casa por el mismo medio por el que lo habían trasladado hasta aquel paraje, tenía la firme intención de vaciar el contenido de las botellas de alcohol que encontrara a su paso.

La carretera mantuvo una trayectoria rectilínea hasta que el conductor frenó el vehículo, que se detuvo con suavidad.

El policía miró por las ventanillas. Una vieja casa de labranza, restaurada, sin duda. Habían anexionado el antiguo granero, de la misma manera que si se tratara de un ala adicional del edificio. Lo que antes había existido como una burda, tosca y rural construcción, había sido transformado en una ostentosa y minimalista casa de campo. Las viejas vigas podridas se habían sustituido por traveseras de madera noble. Las rudimentarias tejas tradicionales de barro cocido, fueron cambiadas por una cubierta translúcida que permitía el paso de la luz. Los adoquines de adobe, que formaban el cuerpo del edificio en su forma primigenia, se eliminaron y fueron reemplazados por un bonito ladrillo de un color rojizo terroso y con piedra tallada a medida en otras partes.

—Por favor, señor Fernández, acompáñeme —le pidió el chófer de forma educada. Michel le hizo caso y levantó la vista para observar el dinero que habían invertido en la remodelación de aquella casa tradicional, ahora convertida en un ejemplo de arquitectura moderna.

Atravesaron un único corredor, pavimentado con un blanquecino mármol y diáfano hasta la altura que alcanzaba la vista. La claridad que entraba por el tejado transparente parecía dotar al conjunto de una cualidad celestial. Pero Mich sabía bien que la luz, colocada en los puntos adecuados, transmitía diferentes sensaciones al observador profano. Aquello era un montaje muy bien estudiado. El dueño del lugar pretendía que quien asistía por primera vez a su casa tuviera una sensación mezcla de fascinación y tranquilidad, causada por el exceso de luz. Él mismo se vio obligado a poner una mano delante de los ojos a modo de visera para no deslumbrarse por el sol

del atardecer. Con la otra quitó el seguro de su pistola. Semejante despliegue disparaba sus instintos de policía curtido, obligándolo a desconfiar.

El chófer lo condujo hasta un jardín que quedaba oculto desde la carretera por el corpachón de la mansión. En él, una piscina, un césped cortado con pulcritud, tumbonas, unos frutales, un par de perros enormes echados... Una joven, vestida solo con un escueto bikini, realizaba largos en el agua. Mientras tanto, el hombre del bigote, ataviado con un traje mucho más caro que el suyo, un panamá blanco a juego con el resto de su indumentaria, y unas gafas de sol, con los que protegía cabeza y ojos de la insolación, cambió su atención de las curvas de la mujer al recién llegado.

—¡Michel! —lo saludó efusivo—. Qué bien que haya aceptado mi invitación.

—Buenas tardes. —El policía devolvió el saludo, que al no conocer el nombre de su anfitrión, no sabía cuál resultaba la forma más apropiada de dirigirse a él.

—No sabe lo que me honra su presencia. ¡Víctor! ¡Rápido, una bebida para mi invitado! —llamó a uno de sus criados, que apareció al minuto con un cóctel con hojas frescas de hierbas aromáticas machacadas y pedazos de cítricos exprimidos. Michel tomó un pequeño sorbo, suave, ácido y con un ligero dulzor que refrescaba del bochorno de la tarde. Podría beberse una docena de aquellos, entraban como el agua. Despacio. Aquel tipo era peligroso y conocía sus debilidades. Michel no sabía nada de él. Había que jugar según sus reglas hasta que supiera qué pretendía en realidad.

—Me alegro de que le guste, Michel —expresó, entusiasmado.

—Sí, es agradable —replicó él, a la espera de que le explicaran el motivo de su invitación.

—¡Por supuesto que lo es! Víctor es uno de los mejores expertos en cócteles que se pueden encontrar, por eso lo contraté para mis clubes.

—Entiendo que mi presencia en su casa se debe a algún propósito.

—Michel, Michel, Michel... dejemos los negocios para después de la cena. Disfrute mientras llegan el resto de los asistentes y ya tendremos tiempo luego de hablar, no hay prisa —contestó el hombre del bigote recortado con una sonrisa enorme en la cara. Lo acompañó en silencio hasta otro departamento del jardín donde tomaban el sol una decena de jovencitas; unas desnudas, otras en ropa interior, el resto en traje de baño, más discreto o explícito en función de su exuberancia. Allí había una barra, donde el tal Víctor se afanaba entre altos vasos de mezcla, guindas, largas cucharas, cocteleras y un sinfín de botellas de bebidas alcohólicas y no alcohólicas. Dejó a Michel en aquel bar improvisado y se marchó sin decir palabra.

—¿Quiere otra? —le preguntó el barman.

—De momento me llega con esta —contestó Michel, más cauteloso que nunca. Aquel tipo quería emborracharlo por un motivo oculto que no alcanzaba a comprender y eso le cabreaba. Normalmente bebía hasta caer inconsciente, por gusto. Nadie le decía cuándo tenía que hacerlo o no. Desde luego, ningún capullo, por muy magnate o capo de la mafia que fuese lo forzaba a beber. Tras sentarse en un taburete desde el que observaba a la gente que llegaba, esperó a que llegara el momento adecuado.

La música inundaba el jardín, los invitados deambulaban de un lado para otro, bebían, reían, bailaban y manoseaban a las mujeres y a los hombres que lo permitían. Camareros con bandejas pasaban entre los comensales ofreciendo minúsculas porciones de comida. Al mismo tiempo, los hielos de la copa de Michel se deshacían y apenas había tomado un sorbo. Luchaba por no tomar otro. Por primera vez, desde hacía años, le apetecía permanecer sereno, con la mente despejada.

Estaba fraguándose un asunto que le concernía y no lo afrontaría con la guardia baja como pretendía su querido benefactor.

Vio movimiento. Cinco o seis comensales abandonaron a su grupo de amigos y entraron en la casa. Michel vació la bebida de un trago. Estaba a punto de averiguar la razón de su visita a la casa de campo.

El mismo conductor que le había traído, se acercó hasta él y le indicó mediante señas que lo siguiera. El policía no se negó. Caminaron entre los grupos de gente esquivando a los más efusivos y que más habían bebido. A la pareja le costó deshacerse de un par de chicas que se colgaron de sus brazos y que pretendían arrastrarles a bailar con ellas a toda costa. Cuando consiguieron quitárselas de encima otra mujer, que debía de haber tropezado, cayó encima de Michel. Estaba desnuda y se cubrió los pechos por pudor e instinto. Se trataba de unos pechos que conocía bien. No dijeron nada, únicamente intercambiaron una mirada que demostraba sorpresa en ambos rostros. No entendía qué podía hacer allí Irina. Y a ella le ocurría lo mismo con Michel.

Continuó andando detrás del empleado de su nuevo jefe. Giró la cabeza una vez más, pero la figura de su amante había desaparecido.

Mark en plena forma, hoy

Tras comprobar que la irregularidad en el pago de su seguro se había solucionado como por arte de magia, fue a comprar un camión que le sirviera para los propósitos para los que lo había contratado Chatarra. Conocía a un tipo que podría conseguirle uno sin que le temblara la cartera. Y su taller no se encontraba demasiado lejos para ir caminando.

El individuo con el que tenía pensado tratar, resultaba que había muerto de un ataque al corazón hacía unas semanas y quien regentaba el negocio ahora era su hijo, que nada tenía que ver con su padre. Le resultó un auténtico patán gilipollas. El padre había sido generoso, amable y nunca había intentado engañarlo. El hijo ya se le había encarado y había tratado de timarlo en un par de ocasiones con vehículos que se notaba a la legua que eran robados y cobrarle más del doble de su valor. No tuvo reparos en expresárselo de viva voz. A pesar de las quejas, terminó por hacerse con un vetusto camión de reparto que, para sus propósitos, le bastaba y le sobraba. Tenía una caja cerrada de un tamaño suficiente para transportar la bebida; no llamaría la atención y era lo bastante manejable para que no se viera atrapado girando en alguna calle.

No le entraba en la mollera que las cosas ya no fueran como en la época de su padre, en la que un troll trataba de ayudar a otro. En este tiempo un troll intentaba joder a otro y, si podía, a su mujer.

Por culpa, entre otros, de Tony Chatarra. Jamás se le había olvidado que el actual capo, el que manejaba y exprimía a la comunidad troll de Semura, era el responsable de la muerte de su padre, Knut. No lo había matado con sus manos, ni lo habían asesinado bajo órdenes suyas, pero su inacción había sido suficiente. Para Mark, Tony Chatarra era el criminal que había terminado con la vida de su padre.

Y se vengaría de él. Cuando llegara el momento, cuando fuera el tiempo oportuno, lo haría. Mientras tanto trabajaría para él, ganaría todo el dinero que pudiera, se acercaría a su organización con el propósito de obtener su confianza y asestarle el golpe definitivo cuando y donde más le doliera.

10. Viejos conocidos

Policía llamando a una puerta en este instante

LA POLICÍA LLAMABA A AQUELLA DESPORTILLADA puerta por segunda vez. Aunque sentía que estaba perdiendo el tiempo.

Escuchó un exhausto «¿Quién es?» al otro lado del umbral.

—Detective Gryzina, me gustaría volver a hablar con usted, señora Martín.

A continuación un trasiego de sonidos metálicos, al descorrer los cerrojos que atrancaban la puerta. Enseguida sintió aquel conocido olor a viejo y a cerrado. No resultaba fétido, pero sí un tanto desagradable. Después le quedarían la ropa y el pelo impregnados de aquel peculiar aroma.

—Hola, hija. ¿Qué te trae de nuevo por aquí? —La anciana la recibió con una amistosa sonrisa desprovista de dientes.

—Me gustaría hacerle unas preguntas, si no tiene inconveniente —le anunció Irina.

—No, por supuesto que no, querida. Pero pasa, pasa, no te quedes ahí, que se escapa el gato —rio para sí, cerrando detrás de ella.

La policía caminó unos pasos dentro de la casa. No había cambiado nada desde su visita unos días atrás: los mismos muebles, el polvo, el papel pintado, las sillas de madera, la sensación de dejadez y decadencia...

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Té? ¿Te has recuperado ya de tu enfermedad?

Irina se sintió abrumada ante la verborrea de la abuela. Era ella quien iba a hacer las preguntas.

—No, no se moleste. Sí, ya me encuentro mucho mejor, gracias —contestó lo más amable que supo.

—No es molestia, querida. Al contrario, es un placer. —Medio rio, otra vez, liberando un hilillo de saliva por la comisura, que limpió con disimulo mediante la manga de la chaqueta. Después, desapareció camino de la minúscula cocina.

Irina comenzaba a perder la paciencia. Necesitaba obtener respuestas, no aguardar a tomar el té con una anciana desconocida. Cuando ya pensaba en decirle a la señora que se olvidara, que la habían llamado y tenía que marcharse con urgencia, apareció de nuevo, acarreado una bandeja con una tetera humeante y dos tazas de ajada loza.

Sin que mediara palabra la anciana se apresuró a servirle una taza a Irina.

—Tómalo enseguida, cariño, que no pierda el aroma. Yo ya no puedo beberlo tan caliente —le espetó plantándole el té en la cara. Poco más y se lo daría de beber ella, si Irina lo permitía. Algún detalle no terminaba de encajar.

—Venga, niña, que se enfría —la apremió.

La detective rozó el borde de la taza con los labios, soplando para enfriar el contenido un par de veces. Después, dio dos sorbos rápidos.

—Eso es, querida. Bébetelo todo, no dejes nada.

No pudo obedecer las órdenes de la mujer, porque soltó la taza y cayó desmayada. El té se desparramó junto a los pedazos de loza rota al chocar contra el duro piso.

Troll, hoy

Cuando Mark se bajó del camión, pensó que aquel enorme garaje, apartado del centro de la polis, podría servir igual para deshacerse de los indeseables, que para guardar el brebaje de Chatarra. Durante un instante que se le antojó eterno, aunque en realidad fueron unos segundos, un escalofrío recorrió su espinazo. La oscuridad se veía traicionada por los haces de luz que atravesaban el portón abierto de par en par. Prudencia.

Dos tipos, uno de ellos un troll al que había visto unas cuantas veces en el Morgana, salieron a su encuentro. El humano arrastraba una palanca de hierro por el piso de cemento. Su congénere lo observó de arriba abajo con gesto de curiosidad, no parecía esperar a uno de los suyos para aquella tarea.

—¿Mark? —preguntó el de la palanca.

—Sí. El mismo. —Miró con expectación a los sicarios que demoraron lo que fuera que se traían entre manos, hasta que el humano hizo un ademán a su espalda. De entre la penumbra del hangar, surgió una decena de mozos que movían carretillas cargadas con cajas de madera hacia su camión.

—Llegas puntual. Eso le gustará al jefe.

—Gracias. ¿Es todo?

—Tienes que llevarte el máximo que puedas cargar. —Señaló hacia las cajas que comenzaban a subir a la parte trasera de su camión.

—¿Cuántas cajas más hay que entregar? —inquirió Mark, porque le llevaría unas dos semanas vender aquella cantidad a los encargados de bares que conocía.

El de la palanca se rio entre dientes y caminó hacia un lateral de la nave. El troll continuaba con la misma cara bobalicona sin dejar de mirarlo.

De repente, unos potentes focos iluminaron por completo la estancia y revelaron palés llenos de cajas de licor que alcanzaban el techo. Mark no pudo evitar levantar la vista. Había cientos, miles, decenas de miles almacenadas... Tardaría años en vender aquella cantidad de alcohol.

—¿Estáis locos? —les recriminó dando salida a lo primero que le pasó por la cabeza.

La palanca golpeó el suelo con fuerza y dejó una muesca en el cemento, como si lo hubieran arrancado de un mordisco. El sonido retumbó por la cochera. Los mozos de las carretillas detuvieron la actividad por unos momentos, hasta que comprobaron que los acontecimientos no tenían que ver con ellos y que podían continuar sin problema con su tarea.

—Harás lo que el jefe te diga. —El sonido de la palanca rascando el piso mientras la arrastraba lo inquietó—. O sufrirás las consecuencias.

—No te tengo miedo —replicó Mark, desafiante—. Ni a ti ni a Tony. Distribuiré la carga de este camión, ese fue mi compromiso. Después, si quiere que siga haciéndolo, renegociaremos las condiciones. Si no, os comeréis vuestro sucedáneo de licor de hada, que tampoco creo que sea capaz de vender de una forma legal.

—Veremos qué dice él de tu atrevimiento.

—Sí, lo veremos. Hasta entonces, tengo trabajo que hacer.

—Sí, lo veremos —repitió el troll, que no se había movido de su lado. Un instante después rio como un poseso.

—Por cierto, Juanito Grano te acompañará. —Señaló hacia el inhumano risueño.

—De eso nada. Trabajo solo —protestó Mark.

—¿Te crees muy duro? Ahora formas parte de la gran familia Chatarra, harás lo que se te diga que hagas. Has tenido problemas en el hospital hace poco, ¿no? —lo amenazó. Mark tuvo que reprimir la rabia.

—¿Está cargado? —preguntó el humano a uno de los chiquillos, quien asintió—. Una semana para colocar la mercancía. Si no lo consigues, ya sabes las consecuencias, Hombre del Norte.

Mark trepó hasta la cabina del camión. Justo cuando daba el contacto, Juanito Grano se sentó a su lado. El recién llegado mantenía la vista fija en el parabrisas. El motor rugió con la fuerza de los caballos que movían aquella mole. Su copiloto aplaudió una única vez al mismo tiempo que sonreía. Por lo menos le habían puesto de compañero a un tipo alegre.

—¿Por qué te llaman Juanito Grano? —se atrevió a preguntarle mientras maniobraba con el volante para dar la vuelta en el estrecho espacio libre que le quedaba en el garaje.

—Porque de Juan Granito no se burla nadie —replicó su copiloto con una gran convicción en el rostro.

«Claro», se dijo Mark, sin comprender nada. Además de verse obligado a traficar con aquel alcohol ilegal, tenía que hacerlo junto a un tipo que era idiota profundo. Chatarra lo había metido en una encerrona, de nuevo. Sus planes quedaban frustrados hasta que consiguiera una forma de solucionar aquel embrollo.

En cuanto la partida de alcohol salió del almacén clandestino, una figura que había permanecido oculta por las torres de cajas apiladas se dirigió, andando con parsimonia, hacia el hombre que continuaba portando la palanca.

—¿Dará problemas? —preguntó Tony Chatarra a su subalterno.

—No. Ya sabe a qué atenerse, jefe.

—Si no se porta como es debido, ya sabes lo que hay que hacer. —El gánster movió su mano extendida a lo largo del cuello.

—Por supuesto. Se hará de esa manera si la cosa resulta mal —le aseguró al mafioso troll.

—Eso espero —dijo Chatarra mientras se alejaba sin prisas hacia la salida del hangar.

Irina, hoy

La respiración de la anciana se disparó. De la misma manera, la saliva le llenó las arrugadas comisuras y le inundó la barbilla donde afloraban unos revoltosos vellos blanquecinos. Abrió la boca unos centímetros; donde antes había tenido dientes, mostraba unas cicatrices, no porque se le hubieran caído debido a la edad, sino, porque habían sido arrancados a la fuerza.

Una lengua rojiza y llena de llagas, con protuberancias y más larga de lo normal, comenzó a explorar el exterior de la boca de la anciana moviéndose igual que si tuviera vida propia, como una serpiente.

Con un gruñido y bastante dificultad, consiguió arrodillarse, inclinándose sobre el cuerpo inconsciente de Irina. La lengua conocía el camino hacia el inmaculado cuello de la muchacha. Allí se encontraba su sustento, el que no había probado en años, el que anhelaba saborear de nuevo. La bebida que daba la vida, apaciguaría un tanto los achaques y los dolores de la edad, además de acercar los viejos recuerdos. ¿Cuándo fue la última vez? Su Alonso, tan joven y tierno, carne de su carne. No podía haberlo criado mejor, le supo a gloria. Antes de él, el mayor, Sancho; más fibroso, pero igual de delicioso si preferías la carne magra. También su pobre Jaime, que se había casado con ella a sabiendas, que era lo peor. Llegado el momento, su amado cumplió, ateniéndose a las consecuencias, estoico como el caballero de palabra que era. Ahora, aquella

muchachita, Irina, que un día había acudido sola a su puerta. Se le había escapado en la ocasión anterior por muy poco y esta vez no dejaría pasar una oportunidad tan buena.

El apéndice sanguinolento y recubierto de protuberancias, exploraba con ansia el cuello de la policía se retorció y estiraba a uno y otro lado, estudiando el lugar idóneo al tiempo que diseminaba sus babas por la piel de la mujer.

Una especie de púa o diente se abrió camino por el centro de la lengua, impaciente por comenzar a hurgar en la carne joven y repleta de jugosa sangre.

Irina expulsó de golpe el té que había mantenido en la boca, escupiéndolo contra el rostro del monstruo y quemando la delicada y sensible piel.

La supuesta anciana gritó con un aullido que comenzó agudo y continuó en una suerte de macabro sostenido interminable. La policía la apartó de su lado espetándole un puntapié. Acto seguido ya tenía la pistola en la mano y recitaba la fórmula de detención de la policía de Semura. Apresó a su captora y le fijó las muñecas a la espalda por medio de unos grilletes de plástico mientras el chillido seguía con la misma intensidad, sin que cesara ni bajara de volumen un solo segundo. Observó como la púa o diente se escondió entre los pliegues de la lengua.

—Así que una lamia. No sabía que aún existieran. Queda detenida por violar el Acta de Inhumanos. Sin contar el asalto a un agente de la autoridad.

—¡No! Querida niña, bonita... —comenzó en un tono mezcla de lástima y zalamería.

—¡Silencio, bruja! —ordenó Irina con rotundidad. Mientras caminaba de una punta a la otra de la casa, había avisado a la comisaría y mandarían a una pareja de uniformados. Pensaba que la vieja no tenía nada que ver con el caso de las muertes de los otros inhumanos, pero ¿y si...? Tenía que darse prisa antes de que llegaran sus compañeros, después no contaría con la oportunidad de interrogarla.

—¿Qué sabe sobre lo sucedido en el callejón? ¿Está relacionada con el asesino? ¿Son cómplices? —le espetó a la anciana.

—Soy una pobre vieja que está sola —contestó entre sollozos.

Aquella explicación le bastaba. Algo se agitó en el interior de Irina, conmovida por la tristeza de la lamia, que la convenció de que no tenía nada que ver con los asesinatos.

Michel, que continuaba en una fiesta, hace tiempo

Intentó quitarse a Irina de la cabeza y centrarse en lo más importante.

El lacayo lo condujo por unas escaleras de mármol hacia el segundo piso. Mientras subía por los escalones se vio reflejado en la piedra. El suelo forrado con alfombras de intrincado diseño, que se multiplicaban por los pasillos del complejo, amortiguaban los pasos de los dos. La luz crepuscular del atardecer le molestaba en los ojos, pues se colaba por las claraboyas y ojos de buey instalados en el techo. Siguió en silencio el camino marcado por el subalterno hasta que desembocaron en un salón en el que aguardaba una media docena de personas que Michel no conocía. La estancia estaba adornada con muebles de madera de color oscuro y una inmensa alfombra, que debía datar de antes de la guerra, porque no abundaban por Semura, además de que aquella en concreto debía costar una fortuna. De la misma manera que la mayoría de los objetos utilizados como ornamento en aquel espacio. Las personas presentes charlaban por lo bajo y varios levantaron la vista en cuanto el policía hizo su entrada. El resto ni se inmutó, continuando con los asuntos que estuvieran despachando. El criado se retiró y lo dejó con los desconocidos. Uno de ellos le ofreció un vaso de whisky, que Michel agradeció con un lacónico «gracias».

Por deformación profesional, el policía observó con atención a sus compañeros. Había por lo menos dos trolls, uno mayor que otro. Parecían jefe y segundo por la forma en que el más veterano no dejaba de hablar y el joven lo escuchaba con atención. Un trasgo de avieso rostro y retorcido gesto, que parecía estar oliendo a mierda, no dejaba de mirar de reojo a los demás. El resto eran humanos, bien vestidos y elegantes. La única diferencia que presentaban eran los bultos triangulares de los objetos que ocultaban bajo sus americanas. En ese instante se dijo que había resultado una buena idea traer su pistola.

Situándose en un punto de la habitación en el que podía controlar a los presentes de un solo vistazo, trató de no mostrar aquellos gestos típicos de poli. Aunque no estaba de más tomar precauciones. Los tipos tenían que ser peces gordos. Parecía que él se había ganado un puesto en la reunión de prebostes del crimen de la polis. Nadie le prestaba atención; no contaba con la suficiente importancia para ser merecedor del interés de sus iguales.

El hombre del bigote y la barba recortada entró en el salón sonriendo a su público, luciendo un excelente bronceado, caminando con confianza. Las puertas dobles del cuarto se cerraron detrás de él. Vestía un lujoso traje negro, que difería del anterior, en que este estaba destinado a hacer negocios. El dueño de la mansión se deslizaba por la superficie de la alfombra igual que si flotara.

—Les pido disculpas por mi tardanza y les agradezco su paciencia. —Su voz despedía liderazgo, con solo unas breves palabras ya se había ganado a su audiencia.

Sirviéndose él mismo unos dedos de licor, continuó con la charla.

—Nos conocemos bastante bien. O hemos trabajado en asuntos de los que nos hemos beneficiado o hemos sido rivales por un negocio. Me gustaría expresar que en muchas de esas ocasiones, en las que la competición egoísta por quedarnos con una parte del pastel ha sido cruda, ha perjudicado al producto y ambos contendientes no hemos conseguido los resultados que ambicionábamos por querer quedarnos un poco más para nosotros. —Les fue mirando a cada uno a los ojos y les dedicó cierto tiempo hasta que pasaba al siguiente, incluso lo hizo con Mich—. Amigos, hoy les propongo una alianza. Un acuerdo, según el cual actuaremos en la polis como las diferentes ramas de un mismo árbol, en lugar de ser arbustos separados que aspiran a convertirse en uno robusto y bien enraizado.

—¿Propones una alianza, humano? —replicó el troll de mayor edad.

—Sí. Sin embargo, reducirlo de forma única a eso sería muy simple. Mi intención es que actuemos conjuntamente: desde la distribución de mierda de elfo, el blanqueo de dinero, la prostitución, hasta los negocios legales como los clubes, restaurantes, empresas de gestión de residuos...

El anfitrión mantenía una sonrisa impenitente, pero el lenguaje corporal de sus invitados hacía pensar que la cambiaría en un corto espacio de tiempo: unos se cruzaban de brazos y miraban hacia la rica alfombra; otros se centraron en los fondos de sus vasos de licor; el resto no se perdieron ninguno de sus movimientos. De manera imperceptible, el orador fue acercándose hacia Michel, quien permanecía en un rincón, impassible y sin creerse la situación que estaba presenciando. Los capos de la delincuencia de la polis a punto de sellar un acuerdo de unión conjunta. Necesitaba otro trago y de una sustancia más fuerte.

—Imagínense una red de contactos, un entramado que sería imposible de dismantelar en la práctica, porque dispondríamos de contactos en cualquier ámbito: administrativo, político,

judicial, policial...

—¿Cuánto nos costaría esa utopía? —manifestó con desagrado el troll.

—Menos de lo que perderíamos compitiendo unos contra otros —contestó con contundencia el orador.

—Aún me sigue sonando bastante caro, Mesías —repuso el interpelado.

—Te parecería caro hasta si te dijera que no tendrías que gastar nada, Tony —lo reprendió, y el troll se sorprendió durante un instante de la vehemencia de su comentario y no se atrevió a responder.

—Os ofrezco una oportunidad única —continuó el orador—, la mejor desde que vuestros padres o abuelos establecieron sus negocios después de la guerra. Una forma de pagar menos impuestos para los que sois inhumanos y una fuente de riqueza inagotable para todos. La polis será nuestra. Poseeremos hasta el último edificio en ruinas para derrumbarlo y construir nuevos pisos. El alcohol ilegal, la droga, las chicas, el juego... Pensad cuánto dinero podemos amasar juntos.

—¿Y la policía? —inquirió el troll inconformista.

—Buena pregunta. —Sonrió de nuevo mostrando una blanca dentadura—. Por esa razón está aquí mi amigo Michel. —Señaló hacia él y el grupo lo miró al mismo tiempo—. Michel es detective en la brigada de inhumanos.

Varios expresaron su desacuerdo con que un poli hubiera presenciado su reunión. El murmullo comenzaba a crecer en la sala, acusando poco menos que de traición a su anfitrión.

—Tranquilos, tranquilos —trató de apaciguarlos—. El detective trabaja en colaboración con nosotros. Él es un ejemplo de mi propósito. Sabremos con antelación movimientos de la policía, planes para hacer redadas, operaciones antidrogas, en una palabra: todo. No creo que los que han demostrado su displicencia con mi idea puedan obtener semejante ventaja por sus propios medios.

Silencio. Había conseguido su atención de nuevo y el sello de un pacto que otorgaba la polis a las organizaciones mafiosas.

Michel había quedado expuesto como policía chivato. También había alcanzado el punto de no retorno en el que resultaba imposible dar un paso hacia atrás y por el que se encadenaba aún más a su pacto con el diablo.

11. Dos extraños

Mark y otro troll, trabajando

LAS CAJAS DESAPARECÍAN DE SUS MANOS. Con la ayuda de Juan Granito, Mark consiguió descargar la mayor parte de la mercancía del camión. La noche se estaba dando bastante bien, había conseguido vender en firme casi todas las cajas, así como peticiones para una posterior entrega. El licor de Chatarra, sonaba un tanto raro según Mark lo explicaba a los tenderos y encargados de los bares, pero el valor del producto hablaba por sí solo en cuanto lo probaban.

Aquella porquería de Tony le gustaba a la gente. Sin embargo, aún quedaba mucho trabajo por hacer. La siguiente parada era el Duende Verde. Su dueño, Jota, seguro que le compraría una docena de cajas, por lo menos. Confiaba en él, era buena gente.

Su colega de fatigas no se había quejado ni una sola vez por el trabajo duro, facilitando mucho la faena. Podría tener algún tornillo suelto, pero el muchacho resultaba concienzudo y se esforzaba. En un par de ocasiones Mark le había sonreído, felicitándolo, y él a su vez se había reído como un niño. Porque aunque físicamente parecía un hombre crecido, en realidad, contaba con la mente de un chaval de diez años. Sufría un tipo de retraso que Mark no sabría explicar; dejaba aquellas cosas para los cabrones de los médicos. Si Chatarra le había endilgado aquel perro faldero, sería por un motivo. Pero no alcanzaba a entenderlo. Con el tiempo se enteraría, eso sí no lo mataba antes de entregar su alcohol. Por culpa de aquel maldito trabajo, estaría atado al gánster más tiempo del que había previsto, pues pensaba que se trataría de una simple entrega de mierda de elfo a uno de los distribuidores habituales de Chatarra en la polis. Ya se había comprometido y no había manera de echarse atrás. La venganza quedaba aparcada por el momento. No se olvidaba de ella, solo la retrasaba.

Habían llegado. Paró el camión y le dijo a Juanito que esperara cinco minutos mientras se fumaba un cigarro, luego iría a hablar con el dueño y descargarían las cajas que comprara.

—Vale, Mark —le respondió con una alegría en el rostro que indicaba lo mucho que disfrutaba el muchacho con el encargo.

—Ahora vuelvo —contestó a su vez.

Mientras buscaba la cajetilla de tabaco, miró al interior del Duende Verde por la ventana que daba a la calle. Se observaba una noche concurrida, estaba repleto de clientes. Lo que más le llamó la atención fue una figura inclinada sobre la barra. Encendió el cigarrillo y aspiró el humo y su aroma. Una silueta femenina le resultaba conocida, aunque no recordaba de qué. Dio una larga calada, calentando el cigarro, hasta que casi se quemó los dedos. Lo tiró al suelo y pisó la colilla hasta que lo apagó. Entró al Duende Verde, saludando con una mirada a Jota, quien lo vio en cuanto cruzó la puerta. Haciéndose camino entre los parroquianos que bebían y charlaban al son de la música, se acercó a la larga barra de madera. El dueño acudió a él enseguida.

—Mark, ¿qué se te ofrece?

—Un trago y una charla de negocios, si te hace...

—El trago te lo pongo enseguida. Háblame más sobre esos negocios tuyos —replicó el barman interesado en la propuesta, mientras le servía un chupito de whisky.

Mark se inclinó un poco hasta ponerse a la altura de la cabeza del humano.

—Tengo un camión hasta arriba de licor de Tony Chatarra —le soltó de golpe bajando la voz.

—¿Qué tiene de bueno ese alcohol?

—Es lo más parecido que puedas encontrar al licor de hada, sin serlo.

—Entonces será una basura destilada en una bañera —afirmó Jota con desdén.

—En absoluto. Es un buen material. Confía en mí, no te ofrecería nada que no fuera de primera clase. Puedes probarlo si quieres, ya verás que no miento.

—De acuerdo, tráeme una botella de ese veneno que vendes.

—Eso está hecho. —Mark salió de nuevo, se dirigió al camión y cogió un par de botellas. Juanito dormitaba en la cabina y no lo molestó, se había ganado un rato de descanso.

Unos minutos después Mark abrió una de las botellas delante de Jota y le servía un dedo de licor en un vaso. El dueño del Duende Verde se apresuró a beberlo. Después de tragar, sacudió la cabeza con los ojos cerrados y el rostro enrojecido.

—Joder, Mark. ¡Esta mierda es muy buena!

—Te lo dije —contestó con una sonrisa.

—Te voy a comprar cuatro cajas de momento. Si se consume tan bien como creo, la semana que viene doblaré ese pedido.

—No te he dicho el precio.

—Seguro que nos ponemos de acuerdo en uno que sea justo —le propuso Jota guiñándole un ojo.

—Es para Chatarra, ya sabes lo que significa eso. No puedo hacerte un descuento. Si lo rebajo, saldrá de mi parte y necesito la pasta. Es lo que hay.

—Te ofrezco un trato —comenzó el barman—. Si consigues que estas muestras que traes se acaben en menos de una hora, estoy dispuesto a aceptar el precio de Chatarra.

—Si primero me pagas las dos botellas —regateó el troll.

Jota titubeó unos segundos, miró a su clientela, que aquella noche abarrotaba el bar, y asintió.

—¿Cuánto?

—Treinta la botella, por ser para ti.

El dueño le dio en mano los billetes de su compra. Acto seguido Mark comenzó a deambular por el bar, hablando con los diferentes grupos de parroquianos con las dos botellas bajo el brazo y ofreciendo tragos gratis de licor de Chatarra a cualquiera dispuesto a probarlo.

Irina bebe

Irina trasegaba sus últimos tragos de la velada entre el murmullo permanente de la gente y el ruido de sus pensamientos. En aquella ocasión no demandó el licor de hada, porque al día siguiente trabajaba y las cosas se estaban complicando bastante en el caso. Por lo menos había sacado a la luz a una lamia que había permanecido un buen puñado de años oculta bajo su fachada de ancianita adorable. Desde la firma de los tratados de paz, por lo menos. Resultaba una auténtica lástima, pero pasaría los años que le quedaran de vida en una cárcel. Sin la sangre y la carne de la que se alimentaba, moriría en poco tiempo. Ya era bastante difícil avanzar en la investigación como para verse interrumpida por asuntos menores no relacionados. Aquella amabilidad y ternura que le había demostrado, ¿serían ciertas o formaba parte del encanto sobrenatural con que las lamias adormecían a sus presas? En ese momento dudaba de todo, de la maldita guerra, de los tratados, del Acta de Inhumanos... Acuerdos que en la realidad dividían, separaban en dos clases,

en lugar de unir e integrar. Algún día estallaría aquello, y esa fecha estaba más cercana que antes.

El bar se encontraba más concurrido que de costumbre. Veía a un tipo alto y grande, seguramente un troll, animando al personal a beber. Sin embargo, los vapores del alcohol ya habían hecho mella en su percepción y su visión se difuminaba por momentos. Hora de irse a casa y dar la noche por terminada. Pagó sus copas, se despidió de Jota hasta otro día y fue caminando sin prisas hasta su casa.

Durante el trayecto le dio vueltas y más vueltas al caso, que estaba a punto de convertirse en el de un asesino en serie con el que tendría que ser más cuidadosa y meticulosa. Pero aquellos problemas y dificultades no se revelarían hasta la jornada siguiente cuando acudiera a la comisaría y para eso aún faltaban, según su reloj, unas seis horas. Tenía tiempo suficiente para hacer otra cosa y descansar sus cuatro horas habituales.

Le apetecía más que nunca un buen revolcón. Aunque quizá estaba un poco borracha. O no. Si no probaba, nunca lo sabría. El pensamiento fue madurando mientras Irina sonreía cada vez más ante la idea. Echó mano de su teléfono móvil, que consiguió extraer del bolsillo de su cazadora al tercer intento. Aquel trasto valía una fortuna. Era una de las pocas privilegiadas en la polis que lo poseía; les daban uno a los detectives, pero no a los uniformados. Se habían vuelto a fabricar después del parón tecnológico causado por una de las bombas electromagnéticas que los trolls habían lanzado durante la guerra.

Marcó un número en el teclado del aparato. Uno que se sabía de memoria y que nunca olvidaría, porque había sido el de su hogar durante bastante tiempo.

—¿Sí? —La voz de un Christian adormilado al otro lado de la línea respondió—. ¿Quién es? —preguntó.

Irina no se atrevió a decir nada. Los nervios la obligaban a sujetar el teléfono con las dos manos, porque si no se le caería al suelo.

—¿Quién es, cariño? —Una voz femenina sonó por detrás de la de Christian.

—No lo sé. ¿Oiga? ¿Oiga?

Irina terminó colgando. Vaya chasco. Quería terminar la noche dando una sorpresa y acababa siendo ella la sorprendida. Se enfadó consigo misma, por su borrachera y porque sabía que no debía hacer llamadas cuando bebía, menos que nadie a Christian, porque siempre la cagaba. Y la había cagado de nuevo.

Michel e Irina después de aquella fiesta, cuatro años antes

El sabor del licor calmó un poco la furia de Michel. Le dolía una mano como consecuencia del puñetazo que le había pegado a la pared de puro enfado. Tenía los dedos enrojecidos, los nudillos pelados y el meñique se le estaba hinchando. Permanecían en silencio, con rostros muy serios, mirándose a los ojos, pero sin verse. Irina estaba sentada en la cama con las piernas y los brazos cruzados y una expresión de franca decepción. Mich ya había tomado unas copas. La bebida siempre lo volvía violento y empezaba a encontrarse perdido entre la nube de alcohol, pero aún se encontraba lo bastante sereno como para reprender a aquella especie de muchachita malcriada y caprichosa.

—Explícame para que me entere de una puta vez: Ira, ¿qué cojones hacías en la fiesta de un gánster?

—Podría preguntarte lo mismo a ti, Mich... —replicó con descaro.

—¡Joder, Irina! —El hombre se volvió y le dio la espalda.

—¿¡Joder, qué!? ¿Eh? —Ella se encaró y buscó el enfrentamiento.

—Esto no tiene sentido... —Michel sacudió la cabeza de un lado al otro.

—¡Claro que no lo tiene! No me estás contando una mierda y lo único que haces es tratarme como si fuera sospechosa de un delito. ¿Es eso? ¿Es lo que soy ahora para ti? —contestó poniéndose en pie y acercándose dos pasos al hombre.

—Por supuesto que no, sabes que no...

—¿Entonces? —Abrió los brazos demandando razones que no llegaban.

—No puedo contártelo —dijo, apesadumbrado.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—Vaya huevos tienes, Mich.

—No sabes por lo que estoy pasando, Irina.

—No, no lo sé, porque eres un puto egoísta que se encierra en sí mismo y no me cuenta nada —recriminó apuntando con un dedo hacia la cara de él.

—No quieres saberlo, te lo aseguro. Sigues sin contestar a mi pregunta: ¿qué hacías en la fiesta de un maleante? —inquirió devolviendo la discusión al punto que le interesaba y desde una posición que podía controlar.

—¡Ja! —Se rio con sarcasmo—. ¿Te interesa eso? ¿O en realidad quieres saber por qué estaba desnuda, Mich?

—Tú contesta. —Resultaba evidente que aquello le escocía aún más que la mera presencia de la chica en el jardín de la casa de campo de un conocido «hombre de negocios» de la polis.

—Divertirme, eso hacía —replicó ella con enfado—. Aunque no tengo por qué darte explicaciones de lo que hago en mi tiempo libre y cuando no estoy contigo. No eres mi padre. ¿Y tú, por qué estabas allí? Si puede saberse, claro.

—No es asunto tuyo. Sigues sin contestarme —respondió tajante.

—Joder, Mich... —Su tono mostraba hastío—. Me voy, estoy cansada de que no seas capaz de compartir tu mierda conmigo.

—Es una mierda muy grande, Irina —afirmó con tristeza.

La mujer comenzó a levantarse y se estaba poniendo su cazadora cuando Michel se giró hacia ella.

—¡Espera! —Consiguió su atención y se quedó quieta mirándolo—. Admitamos la posibilidad de que te lo contara, y no he dicho que te lo vaya a decir, hablamos de una hipótesis —añadió de forma atropellada—, estarías tan llena de porquería como lo estoy yo.

—No me vengas ahora con el rollo de que no me lo explicas para protegerme. No me lo trago. Soy mayorcita, no una niña pequeña. —Su comentario contenía todo el desdén posible.

—Pero es verdad. Te lo prometo —imploró.

—Me agotan tus promesas. Mira, Michel, el trabajo con sus jodiendas está bien. No me puedo quejar de la vida que llevo, con mis problemas, pero no me quejo. Tú y yo estábamos bien, pero no puedo más con el drama, con que aparezcas borracho a trabajar y me dedique el día entero a disimular ante la comisaría que apestas a alcohol. «Es que mi compañero es de la vieja escuela y usa un after shave muy fuerte», eso proclamo a los cuatro vientos, para protegerte. No puedo con que disimules que te quedas haciendo algo mientras decomisamos droga, cuando sé que te estás metiendo una raya. No soporto que te compadezcas de ti mismo, por Isabel, por lo nuestro, por lo

que bebes. Estoy harta. Eres mejor que eso y lo sabes. No puedo más. Así que esto se acaba aquí y ahora, fin. —Acompañó la decisión con un movimiento de manos con el que dejaba clara su posición.

Michel permaneció cabizbajo, incapaz de moverse un paso.

—Ah, por cierto. Fui a pasar la tarde con unas amigas y nos pareció buena idea tomar el sol desnudas. Para que lo sepas.

»Adiós, Mich. No te voy a encubrir más. Estás solo.

El portazo que dio Irina al cerrar fue lo único que rompió el silencio. El sonido hizo reaccionar a Michel, que se había quedado paralizado. Caminó con pasos cortos, cuidadosos, apoyando la planta completa del pie y fue a sentarse al borde de la cama.

Volvió la tranquilidad al cuarto alquilado que utilizaban para sus encuentros. Aquella habitación ya no tenía sentido. De igual manera que parecía haber terminado su relación. Michel supo entonces cuánto había hecho Irina por él, más de lo que se había dado cuenta. Más quizá de lo esperado, jugándose el cuello por él. No había vuelta atrás.

Observó volar las motas de polvo que, diseminadas por la estancia, eran descubiertas por la luz del sol que entraba por la ventana. No había prisa, no tenía nada mejor que hacer. Vacío el contenido de su vaso. Le apetecía otro, siempre quería uno más, no sabía cuándo parar. Consiguió levantarse y caminar un par de metros para coger la botella, que se llevó consigo hasta la cama, y se sirvió una generosa cantidad de líquido.

La había fastidiado. Había destruido su relación con la única persona en la que podía confiar y que era capaz de sacarlo de aquel lío. Bebió un largo sorbo. El licor le quemó al bajar por la garganta, aunque no le importó. Tras tumbarse, y sin soltar el vaso de la mano, miró al techo, como si allí pudiera hallarse la solución a sus problemas.

Pensó en Isabel, postrada en la cama mientras la enfermedad la devoraba por dentro, al mismo tiempo que se tragaba el dinero de su cuenta corriente con mayor rapidez todavía. Lo hacía por ella, se justificaba con aquella idea. Su carácter nunca había sido del tipo altruista, bien lo sabía. Así que, concluyó, el comportamiento, la traición, convertirse en una rata, cargarse lo suyo con Irina, eran el resultado de haber obrado por puro egoísmo. ¿Quién no querría ganar más dinero? ¿Tener una joven amante siempre dispuesta al sexo?

Sus propios pensamientos le ocasionaron nuevas arrugas en el rostro. Acercó el vaso hasta sus labios y tragó de nuevo, para quitarse aquellas ideas de la cabeza. El alcohol se acabaría, igual que lo haría el dinero. Si no se mataba con la bebida o lo quitaban de en medio antes.

Cualquier cosa que hiciera en adelante, resultaría irreversible y un paso más hacia la condenación.

Un par de lágrimas afloraron a su rostro, resbalando por los pómulos rasurados como si corrieran en una extraña competición por llegar a una inalcanzable meta. Un dolor en el estómago creció a la par que un ligero gemido que tenía como origen su garganta.

Y estaba jodidamente solo.

12. Cadáver fresco

CADA VEZ ESTABA MÁS CERCA DE ella. ¿Acaso no comprendía los mensajes que le dejaba? ¿No reconocía el vínculo que los unía a los dos? Continuaba hambriento. No conseguía saciar su hambre; cuanto más se alimentaba, más ansia tenía. Necesitaba controlarse. O no. Dar rienda suelta a su apetito. Sus dudas le provocaban un hambre incipiente.

Irina, ahora

El cuerpo moreno mantenía su tersa piel impecable y si la tocara, estaría suave. A pesar de estar muerta, el exotismo de la dríada, según rezaba en su identificación, la hacía igual de deseable que cuando la sangre había corrido por sus venas. Sin embargo, el líquido rojo que había circulado en el interior de la bien formada silueta, salpicaba el suelo de cemento y teñía el monótono gris con un vivo bermellón que comenzaba a tornarse oscuro, debido a la coagulación.

Los empleados del forense habían recibido orden de no hablar con ella y solo consiguió sonsacarles que hacía menos de seis horas que había sido asesinada. Volvió a dirigir su atención hacia el bulto inerte, pero se ocuparon de taparla con una sábana de plástico para que no la viera. Si hubiera conseguido atisbar los restos, hubiera visto que tenía la cara destrozada, que un corte irregular le recorría el pecho y el abdomen, cosido en zigzag con un hilo grueso y burdo, de la misma manera que se hacía con un pavo o un pollo para que no se escapara el relleno. Y que, con probabilidad, le habían extraído vísceras y demás. Uno de los cerebritos comparsa del doctor Blanco pasaba una luz ultravioleta por el cadáver. Una mano quedaba fuera del cobertor y había algo en el dorso. Allí había dibujadas unas letras, una especie de logotipo. Se aproximó y, sin pedir permiso al subalterno de la policía científica, colocó de nuevo la luz sobre la mano de la muerta. En cuclillas, tratando de esquivar una mancha de sangre, observó cómo la marca cobraba sentido. Leyó: MORGANA. Con el mismo diseño que figuraba en las luces de neón que anunciaban el bar de despedote.

Nunca había dominado la maniobra de calzarse los guantes de látex, así que se demoró un minuto más de lo que le hubiera gustado ajustándose unos que le venían grandes, diseñados para las manos de un hombre. Bajo la mirada reprobatoria de los ayudantes del forense, giró la cabeza del cadáver a un lado sosteniéndola con sumo cuidado por la perfecta y angulosa barbilla.

Ocultó la mueca de sorpresa a los que la rodeaban. Dejó la cabeza en la misma posición en la que había sido encontrada y se retiró de la escena del crimen con pasos cortos y cautelosos a la vez que se desembarazaba con parsimonia de los guantes, justo antes de que la echaran a patadas de allí.

Había un patrón. Pero los empollones de Blanco no lo entenderían. No sabrían deducir el indicio más importante. Ni su ciencia ni su insultante actitud de superioridad les permitirían encontrar lo que ella había hallado simplemente observando.

Tenían un asesino en serie de inhumanos en Semura. Además, las dos últimas víctimas conocían a Irina. La dríada recién asesinada resultaba ser la bailarina de striptease que se contoneaba delante de ella cuando acudió de incógnito al Morgana. Necesitaba darse prisa en averiguar si la primera víctima había estado relacionada con ella de alguna manera.

Una ninfa, un trago viejo, testigo interrogado por ella, y una dríada bailarina del Morgana, que estaba trabajando cuando ella había acudido al bar de striptease.

Un escalofrío le recorrió la espalda y le puso la piel de gallina.

Mark, en este momento

Un rapaz troll caminó delante de él y corrió hasta que se plantó a una distancia de propinarle un puñetazo. En su lugar, introdujo una cosa en el bolsillo de la cazadora de Mark. Después continuó corriendo por la calle. Se quedó mirando cómo el chico desaparecía por una bocacalle contigua. No había nadie más a su alrededor.

Hurgó en el interior del bolsillo. Se trataba de un papel doblado a la mitad en el que se había escrito: «En la bodega de Jota a las ocho».

Alguien se había preocupado de buscarlo en persona para entregarle aquel mensaje. Una invitación a una nueva reunión del tipo encapuchado. Sin embargo, el Duende Verde, o su almacén, no le parecía el lugar más adecuado para un encuentro clandestino. El local de Jota llenaba cada noche desde hacía unos días, gracias a las cajas de licor de Chatarra que le había comprado a Mark. Tanta gente, trolls reivindicativos y humanos borrachos en el mismo emplazamiento, aunque separados por unos centímetros de ladrillo, no daría como resultado nada bueno.

Continuaban interesados en su asistencia, cuando había mostrado una abierta indiferencia por aquel proyecto. Tal vez por ese motivo querían contar con él. Aunque hacía mucho tiempo que solo obedecía a una lealtad, la suya propia. Planeaba dejar en la estacada a Chatarra en cuanto fuera capaz. Por el momento, su movimiento se encontraba bastante limitado. Habría que tomar decisiones cuando vendiese las cajas de alcohol del mafioso. Acudiría a la cita, aunque no le interesaba implicarse. Además, seguro que Tony le había puesto un ojo encima. Podía sentirlo. No había detectado ningún movimiento extraño, pero una sensación le indicaba que lo observaban. Así se aseguraba el empresario de que cumplía con su objetivo y no se largaba a vender las botellas a otra polis por un precio más alto del establecido.

Mark pensó que debía obrar con cautela, tanto en un asunto como en el otro. Ya se cobraría su venganza cuando fuera el momento oportuno.

Tras tirar al suelo el cigarrillo que estaba fumando, trepó hasta la cabina del camión. En el interior ya le aguardaba su compañero de fatigas con su típica sonrisa bobalicona. Se preguntaba quién actuaba de carabina de quién.

—Hola, Mark —lo saludó Juan Granito con entusiasmo. No sabía de qué manera había conseguido entrar en el camión.

Michel, tiempo atrás

Michel copiaba al carbón un documento con rapidez. Las luces de la comisaría habían menguado y se encontraba a solas. Tenía que enviar el duplicado aquella misma noche, para sus actividades extracurriculares. Terminó de repasar con un puntero rojo las letras impresas que iban calcándose en la página en blanco que había colocado y fijado con sumo cuidado a la original con el calco de intermediario. Guiñaba un ojo y sacaba la punta de la lengua por una comisura de la boca. El gesto no es que lo ayudara a finalizar la tarea, pero resultaba una manía difícil de dejar cuando estaba muy concentrado. Casi había terminado. Haría trizas la prueba del delito que al trasluz, era un negativo perfecto del informe que había replicado. Después se deslizaría hasta el cajón del archivo donde lo había sustraído y lo dejaría en la misma carpeta en la que había estado horas antes. El papel de marras consistía en una orden judicial, según la cual se ordenaba una

redada en una tienda de ultramarinos, en cuya trastienda se había detectado el trapicheo de mierda de elfo.

Necesitaba enviar aquel documento cuanto antes, ya que la redada tendría lugar de madrugada y tenía que hacer llegar el aviso a sus nuevos amigos, con el fin de que tomaran las precauciones debidas. Estimó, en unos segundos de cálculo mental, que la cantidad de droga con la que traficaban en la trastienda ascendería con facilidad a los diez millones. Eso realizando una tasación a la baja.

El único sonido en la oficina, el del papel al doblarse para que Mich lo escondiera en el bolsillo interior de la americana. Después tenía que salir de la comisaría sin ser visto. Aún quedaban policías en el edificio y los uniformados que controlaban el turno de noche. Tras escabullirse del trabajo, dejaría la nota que lo inculpaba de chivato y policía corrupto en la papelería de un parque. Allí alguien se encargaría del resto. Aquel había sido el procedimiento habitual en los escasos meses que se había dedicado a traicionar a los suyos.

La goma de las suelas de sus zapatos rechinaba a cada paso que daba. En cuanto consiguiera pasar el puesto de guardia de la entrada, el resto resultaría mucho más sencillo. Eso y no encontrarse con nadie de su división, porque no tenía ninguna razón coherente para encontrarse allí, ni tampoco había inventado una para un caso de emergencia.

El primer pasillo que debía atravesar se encontraba desierto y las diferentes oficinas y despachos que lo poblaban parecían abandonadas, sin luces encendidas ni indicios de que un detective se hubiera quedado a trabajar hasta tarde.

Cuando casi había alcanzado la siguiente ala del edificio, el sonido de sus zapatos se le hizo insoportable, como si se fuera amplificando en relación a sus crecientes nervios. Un vaso de cualquier destilado no le vendría mal. Aunque ya habría tiempo para el alcohol cuando terminara con su tarea.

Lo siguiente era superar el puesto de control. Dos agentes de uniforme se encargaban de coordinar a las patrullas del turno de noche. Uno de los oficiales dormitaba recostado en su silla con los pies sobre la consola de los intercomunicadores. El otro parecía muy interesado en la pantalla de una televisión. Estaría viendo un partido o porno. La radio chasqueaba e informaba de la posición de los coches. No había ningún código de alerta. Era su momento.

Comenzó a arrastrarse por el pulido piso desde unos diez metros antes del mostrador. Al principio iba moviendo codos y rodillas con rapidez, pero se dio cuenta de que las puntas de sus zapatos también hacían ruido, así que aminoró el ritmo y sus articulaciones se lo agradecieron con creces.

El cansancio iba haciéndole mella en el momento en el que alcanzó el mostrador que le serviría como cobertura los próximos tres metros. Si al poli despierto no le entraban ganas de ir al baño, no tendría problemas para escabullirse. En aquel tramo gateó igual que un pequeño que quiere lanzarse a andar pero aún no cuenta con el equilibrio necesario. Se paró, congelado, cuando escuchó los ruidos de disgusto que expresaba su compañero, insultando al árbitro del deporte que fuera que estuviera viendo. Michel temió más porque despertara al otro policía. Las quejas contra el colegiado cesaron. El gateo continuó hasta adentrarse en terreno peligroso; con que el uniformado levantara un segundo la vista de su televisor, lo vería sin ninguna dificultad. Intentó darse prisa, deseaba finalizar aquella ridícula situación enseguida.

Volvió una vez la cabeza hacia el puesto de control, y un ronquido del oficial dormido lo

sobresaltó. Aunque la situación seguía favorable a sus intereses. Apenas le separaba una distancia de dos metros de la puerta y veía la calle. Tenía doloridos los pies, tobillos, rodillas, caderas, muñecas, codos y hombros. Una jaqueca pugnaba por formarse en las sienas, atacando además desde detrás de los ojos.

Tocaba la puerta con los dedos. Con un nuevo empujón la arrastró, no sin antes comprobar que los vigilantes no lo habían detectado. Esperaba que no hubiera otros intrusos que hicieran lo mismo que él.

Después de cruzar el umbral, de pie, exhausto y con el traje manchado de polvo, caminó a buen paso.

—¡Michel! —lo llamaron.

Mentalmente enunció un «mierda» que reverberó entre sus oídos.

Dándose la vuelta, comprobó quién lo había reconocido.

—Sargento Rodríguez, buenas noches. —Un conocido del departamento con el cual había trabajado en varias operaciones a gran escala.

—Buenas noches, ¿a ti también te han llamado? —le inquirió mientras se le acercaba. Ambos se encontraban a cincuenta metros de la entrada de la comisaría.

—Eh —balbuceó durante unos segundos—. No sé de qué me hablas. —La experiencia le dictaba que si se trataba de un asunto de trabajo, lo mejor era decir la verdad.

—Me han pedido participar en la redada esa de mierda de elfo esta noche. Dicen que mueven grandes cantidades.

—Ah, sí. Creo que algo he oído. —En ese instante el teléfono de Michel sonó. Respondió, después de unos segundos repitió unos síes, a la vez que asentía.

—Bueno, pues ahora sí que me han avisado. Quieren que también forme parte del grupo de asalto.

—Será un placer trabajar junto a ti de nuevo.

—Lo mismo digo. Venga, vamos a cambiarnos, la reunión para planificar la operación es en media hora.

—Sí, vamos.

Los dos policías entraron en la comisaría y realizaron los saludos oportunos a los vigilantes del turno de noche. Esos a los que Michel acababa de esquivar, retorciéndose por el suelo como una serpiente.

Su aviso iba a quedar frustrado y el éxito de la redada que él habría tenido que evitar cabrearía a varios peces gordos que tenían invertida mucha pasta en la droga.

Mark y su compañero, un rato después

Mark dejó el camión bien aparcado a una manzana de distancia del Duende Verde. Juan Granito se quedó al cuidado tanto del vehículo como de la mercancía. Aunque sabía a la perfección que se recostaría contra el asiento, echaría una cabezada y no se despertaría hasta que él regresara.

Sin embargo, aquella noche no iba a encontrarse con el dueño del antro para discutir sobre negocios o echarse unos vasos de alcohol al colete, sino por la invitación, entregada en mano para una de esas reuniones clandestinas. Entre otras lindezas, los acuerdos de paz habían prohibido la asociación de más de veinte trolls a un mismo tiempo en un lugar. Odiaba las restricciones, igual que detestaba portar un maldito torque, que le recordaba que no era más que un animal encarcelado. La jaula era de oro, sí. Pero los jefes de los clanes habían acordado firmar las

abusivas cláusulas con las polis más poderosas, para después perderse. Otra trece más de los tratados, descabezar la jerarquía de las familias troll. Por suerte Mark no había conocido aquellos años. Sí que había llevado aquel collar limitador alrededor de su cuello durante toda su vida. Marcado de la misma forma que un espécimen de laboratorio. ¿Cuántas barbaridades habrían hecho con los inhumanos en el nombre de la ciencia?

A cada paso que avanzaba en la dirección del garito, escuchaba con atención. La zona de bares donde permitían la entrada de trolls se encontraba un tanto apartada y cualquier sombra o reflejo lo ponían en guardia. Aunque su físico se había recuperado casi al cien por cien, no podía permitirse una nueva emboscada.

La luz anaranjada de las farolas le jugaba malas pasadas, pues iba moldeando su sombra a medida que las iba superando en su caminata. La precaución no lo había abandonado desde el incidente del callejón y llevaba una pistola automática, camuflada en el bolsillo interior de su cazadora. Su derecha se cerró, asiendo las cachas, en busca de la seguridad que demandaba en el momento. También liberó el seguro. Calles mal iluminadas, sin concurrencia, casas abandonadas que no habían visto una época buena desde antes de la guerra. Con la izquierda sostenía un cigarro recién encendido, también para calmar los nervios. Unos de otro tipo.

Al doblar la siguiente esquina ya se observaba la calle de los bares, con sus luces, su música que escapaba hasta el exterior y sus parroquianos entrando, saliendo y yendo de uno a otro. Tiró al suelo la colilla y volvió a poner el seguro del arma.

La pícaro sonrisa del duende del cartel de reclamo le dio la bienvenida y Mark le devolvió a su vez el gesto. El bar se encontraba tan concurrido como de costumbre. El volumen de la música aún resultaba soportable. Todavía no habían acudido los borrachos habituales. Los puestos de la entrada con sus sillas a juego, soportaban a sus ocupantes y las mesas sostenían sus bebidas. Anduvo junto a la larga barra que discurría paralela a la longitud del local para encontrar al final de ella a su propietario. Saludó a Jota y este le indicó que entrara a la trastienda. Allí había varias puertas: una que Mark sabía que conducía a una precaria y diminuta cocina, otra a un dormitorio con un aseo y una tercera era una trampilla en el piso.

Jota le franqueó la entrada al sótano y cerró después de que el troll se hubiera internado unos metros en la oscuridad. La bajada estaba iluminada con velas y al fondo se recortaban unas formas que recordaba de la anterior reunión. Las sombras bailaban al mismo compás que marcaban las pequeñas llamas. Había menos de los suyos. Como una décima parte. Podían mirarse a las caras de un solo vistazo. Sus compañeros saludaron con brevedad cuando Mark hizo su entrada. Reconoció algunos rostros. Honrados trabajadores con los que había compartido tarea en ocasiones, cuando los ingresos por los negocios ilegales no alcanzaban para cubrir sus necesidades vitales. Buena gente, trolls honestos como no había conocido nunca. No entendía por qué se liaban con aquella historia, que no dejaba de ser política. Tenía claro la razón por la que él lo hacía, e incluso a veces lo invadía la duda. Quería terminar con la supremacía de Chatarra sobre los otros trolls. O tal vez sus motivos no resultaban tan altruistas, si no puro egoísmo: lo había jodido, luego Mark quería joderlo a él.

No había ni rastro del mamarracho encapuchado por ninguna parte.

Hizo el ademán de formular una pregunta, sin embargo fue silenciado con una decena de índices estirados delante de los labios, exhortándole a que se callara.

Y eso hizo. Aguardaron durante unos buenos veinte minutos. En el ínterin, el dueño del Duende

Verde les trajo unas jarras de cerveza acompañadas de unos cuantos vasos para que fueran sirviéndose y apaciguaran su sed.

La bebida amortiguó un poco la espera. A pesar de ello, la paciencia de Mark estaba a punto de agotarse. Tenía cosas más importantes que requerían su atención y le estaban haciendo perder el tiempo de una forma descarada. Sus colegas dieron cuenta de la cerveza, Mark aún mareaba el contenido del vaso.

El encapuchado entró a la bodega por la misma abertura que habían utilizado los demás. Al principio no dijo nada. Avanzó con una lentitud fingida los tramos de escalones, demorándose más de lo requerido en cada paso. Los fue mirando uno por uno. Fijando sus ojos en los de los otros. Cuando le tocó a Mark, se dio cuenta de que poseía una mirada penetrante y magnética. Pero aquel par de ojos probaban lo que ya había sospechado: el fulano no era un troll.

¿Qué clase de artimaña era aquella? Una en la que no le tomarían el pelo, ni lo engatusarían. De lo contrario no pertenecería a uno de los clanes más poderosos y nobles de la antigüedad. Demostraría con creces que iba a honrar el buen nombre de sus antepasados. El último de los Hombre del Norte no se dejaba engañar con tanta facilidad.

13. Mala suerte

Irina

IRINA CERRÓ LA CARPETA DE CARTULINA que contenía el informe de la primera víctima. Comprobó varios datos, entre ellos el nombre: Aura Merchante, bailarina profesional. Había sido enviada a estudiar danza con una generosa beca. Aura resultaba un nombre muy extendido entre las pocas ninfas que dejaban los bosques y las riberas de los mares. Pero aquel en concreto le sonaba de algo y no lograba acordarse de qué.

Tenía la intuición de haber conocido a una o varias Auras, pero no conseguía recordar en qué contexto ni cuándo. Y sobre todo si se trataba de la misma que había aparecido asesinada en primer lugar.

Tomó una hoja de un cuaderno y escribió con lápiz un «Aura» que repasó y subrayó en numerosas ocasiones, hasta gastar la mina de grafito, por si aquel gesto que la centraba en la palabra la ayudaba a que las circunvoluciones de su cerebro le trajeran a la superficie el recuerdo olvidado de aquella persona. Insatisfecha y cansada, arrancó la hoja con rabia, la dobló en cuatro partes y la guardó después en el bolsillo de su cazadora. Quería mantener el papelito cerca, para forzar a su mente a pensar. No se lo quitaría de la cabeza aquel día, a pesar del jaleo y el trasiego de agentes que estaba sufriendo el departamento. Tener un asesino en serie en la polis no era demasiado agradable, pero en cuestión de operativo se convertía en un sufrimiento. Nadie iba a tener días libres ni permisos de vacaciones hasta que lo cogieran. El ambiente se notaba cargado y caldeado. Los uniformados iban hasta arriba de trabajo y de presión. Los detectives no contaban con los medios suficientes y las pagas se retrasaban. Los mandos gritaban órdenes que resonaban por el edificio y los demás debían acatarlas sin protestar.

No resultaba el mejor momento para cargar de horas extra sin descanso al personal.

Decidió ir a dar un paseo en el descanso para comer, a ver si conseguía aclarar sus ideas. Saludó a varios compañeros conocidos mientras salía; a pesar de su mal carácter, cualquier policía la quería a su lado de compañera. A la entrada vio la alta figura de Christian charlando con un par de uniformados. No quería hablar con él, no quería que la viera y no quería...

Caminó lo más rápido que sus piernas fueron capaces y se caló la gorra aún más para pasar desapercibida. Christian le daba la espalda, así que no resultaría demasiado complicado evitarlo.

Había conseguido pasar por detrás del grupo sin ser vista y ya se mostraba contenta con la idea de libertad que la calle le daba.

—¿Irina?

«Joder», pensó. Sin embargo fingió que no había escuchado su nombre y continuó caminando a toda prisa hasta alcanzar la calle.

—¿Irina, para! —escuchó de nuevo. Ahora no podría escabullirse, era imposible, la habían cazado.

Se detuvo con una mueca mezcla de fastidio y asco. No necesitaba aguantar lo que iba a decirle su ex. Girándose, afrontó la cara de Christian que venía hacia ella a buen paso.

—¿Qué te pasa? ¿No me has visto?

—No —contestó, parca—. No me suelo fijar en ti —añadió con desdén.

—Irina, me cansa que juegues al gato y al ratón conmigo.

—¿Quién coño juega? ¿No será al contrario? Tú eres el que viene corriendo hacia mí a echarme en cara no sé qué mierda.

—Venga, en serio. Somos los dos mayorcitos para estas historias. Antes de que me repliques con uno de tus ingeniosos e hirientes comentarios: No vuelvas a llamarme de madrugada, borracha y con ganas de sexo. Eso antes te funcionaba, culpa mía. Ya no. Que te quede claro de una puta vez.

Sostuvo su mirada durante unos incómodos diez segundos y se marchó sin despedirse.

Irina fue incapaz de contestar nada, se quedó con la palabra en la boca. No solo la había dejado indefensa, sino que había ocultado el hecho de que estaba viéndose con alguien. Y eso le dolía aún más, aunque no le daría la satisfacción de admitirlo. Pero gracias a la regañina de Christian consiguió aislar su cerebro y acordarse de quién era Aura Merchante y cuál había sido su relación con ella.

Aura vivía a un par de puertas de distancia de la antigua casa de sus padres. Recordaba su casa y en la que ella había vivido. Irina había jugado con Aura de pequeña en la calle, aunque ella era unos años menor que la ninfa. No conseguía recordar por qué una niña inhumana vivía entre humanos, pero había una razón. No resultaba importante en aquel momento, ya se acordaría más adelante. Lo curioso era que aquellas memorias habían quedado almacenadas en un lugar que nunca traía al presente. Un pasaje oscuro de su mente que jamás quería volver a visitar. Un espacio en el que había dejado abandonado cuanto tenía que ver con la muerte de su hermana. Estaba allí junto a los recuerdos de Nadia.

Michel (Irina pasaba por allí), hace cuatro años

Mientras se ajustaba el chaleco antibalas, vio pasar a Irina haciendo lo mismo que él. Después comprobó las balas del cargador y luego montó la corredera. Michel se acercó a ella, hasta la furgoneta en la que el equipo de asalto le proporcionaba un casco.

—Irina, no sabía que te habían avisado a ti también —la saludó con su mejor sonrisa.

—Hola, Michel —contestó ella con frialdad en la voz y con ganas de terminar aquella conversación cuanto antes.

—Bueno, no te veo muy habladora —le replicó, decepcionado. Quería reconciliarse con ella. El primer acercamiento no había funcionado—. Ten cuidado ahí dentro —advirtió señalando al almacén que iban a tomar a la fuerza.

—Sé cuidar de mí misma —le espetó y le dio la espalda.

Michel declinó ir tras ella. Estaban trabajando; en aquel escenario, cualquier cosa que le dijera sonaría hueca y vacía de sentido. Necesitaba posponer sus sentimientos hacia la joven para más tarde y centrarse en la operación.

El almacén parecía una tienda grande. Se suponía que en la parte trasera era donde realizaban el tráfico. El equipo de asalto, compuesto por una quincena de agentes del cuerpo de élite policial, entraría por la trastienda. Mientras tanto, los detectives asignados, entre los que se encontraban Irina y él, los respaldarían por la entrada principal, intentando cerrar cualquier vía de escape. Sintió la adrenalina y los nervios fluyendo por su cuerpo. Enfundó su arma, solo para tener las dos manos libres y afianzarse el casco. Se repartirían en dos líneas de cuatro; eran ocho en total y se cubrirían unos a otros en parejas según iban avanzando. Se había decretado silencio de radio,

teléfonos, rotativos, luces, motores... cualquier elemento que pudiera delatar su presencia se encontraba apagado.

No se escuchaba sonido de gente trabajando, lo único que se oía era el rozar de sus botas contra el pavimento y el tintineo metálico de las argollas que unían las cintas con las que sujetaban las armas.

El equipo de Mich e Irina se situó al lado de la entrada. A una señal del otro grupo, situado a cincuenta metros de ellos, forzaron la puerta y entraron. Tomaron posiciones tácticas para cubrir a cada compañero. Mirándose unos a otros, comprobaron que aquella estancia era segura y pasaron a la siguiente en parejas, uno detrás de otro. Sostenían una linterna por delante de ellos, con la mano que la agarraba lista para utilizarla como arma contundente, en caso necesario, y el arma reglamentaria apoyada sobre esa mano.

Los haces de luz azulada iluminaban con precisión en la oscuridad, pero el que ocho personas las movieran en diferentes sentidos al mismo tiempo, creaba unas extrañas sombras que danzaban en un baile bizarro. Unos jadeaban debido a la tensión, al esfuerzo y a la carga de adrenalina que les llenaba el cuerpo. Otros sudaban por el mismo motivo. Mich pertenecía a los sudadores.

Observó a Irina moverse silenciosa y segura como un gato. A ella no parecía afectarle la presión. No la escuchaba ni respirar, ni siquiera era capaz de oír el roce de sus ropas. Se dijo que no se distrajera con la mujer, que había asuntos más importantes en los que concentrarse en aquel instante. Su silueta, dibujada por el azul de las linternas, se le antojó atractiva; aquella pose era irresistible y sexy. Una diosa encarnada, vaya. Pero, de nuevo, estaba distrayéndose.

Avanzaron por la estancia, dirigiéndose gestos. Pararon.

Gritos amortiguados por la espesura de las paredes. Gritos. Carreras. El característico sonido de los rifles automáticos del equipo de asalto al descargar. Otros disparos en respuesta. Gritos y más gritos. Unas veces escuchaban un «¡Policía!» por encima del barullo general.

Por medio de los mismos ademanes, se indicaron que permanecieran en sus posiciones y estuvieran alerta.

Los sonidos quedaron aislados, pues en ese instante solo escuchaban sus pensamientos, los latidos de sus corazones, el aire entrar y salir de sus pulmones, el crujido de las articulaciones, el chasquido de sus lenguas y sus gargantas al tragar.

Un estampido y la puerta que tenían enfrente se abrió de sopetón. Asomaron media docena de desconocidos. Unos portaban pistolas, el resto rifles de asalto. Hubo un segundo de sorpresa. No esperaban ser detenidos, contaban con aquella vía como solución de escape. Otro medio segundo entre que decidieron a qué amenaza responder, si a la que les venía persiguiendo o a la que les cerraba el paso. El voceo de «¡Policía!» por parte de alguien del grupo de Mich pareció sacarlos del estupor inicial. Respondieron con balas. La mitad repelió con ráfagas el ataque de la retaguardia y los demás se las apañaron atacando contra la vanguardia.

Michel disparó a los que tenía más cercanos y se parapetó detrás de la poca cobertura que encontró sin perder de vista a Irina, que hacía lo propio dos metros por delante de su posición. La dificultad consistía en el reducido espacio con que contaban para moverse, ni podían apuntar. Ambos bandos tiraban al bulto, porque entre el tumulto de los chillidos, los insultos, las detonaciones de las armas y sus impactos en paredes y mobiliario, resultaba imposible dedicar unos segundos a asegurar el blanco.

Uno de los policías fue alcanzado por una bala en una pierna. Su pareja dio el aviso de oficial

herido e intentó moverlo hasta una zona del local sin peligro.

Mich había vaciado un cargador entero de su pistola y metía uno nuevo en la culata de su arma. Mientras tanto observó cómo Irina acertaba en el brazo a uno de los que portaban rifles, pero no sirvió para que lo soltara, porque continuó disparando con la extremidad sana. Sin embargo, su pupila y exámate se desenvolvía con soltura en un escenario caótico, no solo por el estruendo de los disparos, sino por los pedazos de yeso y ladrillo que salían despedidos y se convertían en esquirlas mortales; los casquillos que volaban expulsados de las armas, tintineando al topar con el suelo y capaces de provocar quemaduras; las astillas y pedazos de plástico de muebles y objetos. Las balas que pasaban silbando se incrustaban en los muros o en el suelo, o rebotaban sin control.

Su primera bala la dirigió a uno de los tres más próximos. Irina llevaba un rato acosando a ese y decidió apoyarla. La joven se dio cuenta del fuego de cobertura y consiguió acercarse otro par de metros. Michel continuó disparando por aquel lado. Parecía mostrar un punto débil, entre él e Irina podrían quebrar a aquel tipo.

El acoso dio sus frutos. Con Mich a medio cargador e Irina recargando el suyo, el individuo se quedó sin balas. Tardaría más tiempo en volver a disparar, porque el fusil necesitaba de las dos manos.

Michel vio su oportunidad. Apuntó al pecho y esperó un segundo, después apretó el gatillo con lentitud. No vio nada por el fognazo, solo la vaina salir de su arma despedida hacia un lado. Pero había tenido suerte, le había acertado y había tumbado al tipo. Un rifle menos.

La posición de Irina resultaba ser la más ventajosa. Desde su lugar disparaba sin cortapisas a los delincuentes, que a cada instante contaban con más problemas para repeler el ataque de los policías, porque en el otro lado también habían terminado con dos de ellos.

La detective hacía fuego hacia ambos flancos, sin un objetivo más concreto que apoyar a quien lo necesitara en cada momento y dar un minuto de alivio a los que recargaban.

De los seis que habían formado la banda, no quedaban más que tres. Y estaban quedándose sin municiones. Tiraban a lo loco, intentando a la desesperada abrir un hueco que se antojaba imposible.

Un pedazo de azulejo arrancado de la pared fue girando hasta clavarse en su ceja. Gritó de dolor. La esquirla se cayó, pero de la herida manó bastante sangre que se le coló en el ojo, cegándolo, solo veía de un ojo. Sostuvo la pistola por delante de sí, pero no accionó el gatillo, no sabía contra qué estaría disparando.

Lo siguiente fueron las voces del equipo de asalto cada vez más cerca y unos segundos después nada. El silencio.

El tiempo se había detenido. Los elementos en suspensión de la estancia cayeron de repente y rompieron la quietud. Eso y un nuevo tiro, seguido de un «¡joder!» de una voz conocida.

Los demás parecían haberse rendido. Intentó enjugarse la sangre con un pañuelo de tela, por lo menos conseguía ver en condiciones. Irina se acercó.

—¿Estás bien? —le preguntó en un tono que traslucía preocupación.

—Perfecto. Chapa y pintura. Un rasguño aparatoso, nada más —contestó Michel con una sonrisa en la cara.

—Me alegro. Acabo de matar a un tipo con mi pistola. A bocajarro —dijo, esta vez de una forma monótona, sin sentimientos. Aún llevaba su arma en la mano; el cañón humeaba. Los brazos

le colgaban junto al cuerpo, lánguidos y sin fuerza.

Irina salió caminando sin ninguna prisa hasta la calle. Mich se levantó y la observó. La policía guardó el arma en su cartuchera, miró a su alrededor, respiró hondo un par de veces y se echó a llorar en silencio donde nadie, excepto Michel, podía verla.

Mark, en la actualidad

Mark se movía inquieto en su asiento. Ya estaba harto de aquellas gilipolleces: los humanos son muy malos, los trolls tenemos que rebelarnos contra las injusticias que venían perpetrando desde los tratados de paz después de la guerra. La agitación y la unión de los inhumanos conseguirían recuperar los derechos perdidos.

Mark bebió de un trago el contenido de su vaso, se levantó con brusquedad y enfiló hacia la salida.

—Hermano, ¿por qué te marchas? Aún no hemos concluido —lo interpeló el encapuchado.

El troll se volvió de mala gana hacia la figura embozada, que con la penumbra y la escasa iluminación que otorgaban las velas, parecía todavía más misterioso.

—No soy tu hermano. Ni de ninguno de los presentes. A muchos os conozco desde que erais críos. A otros os he ido encontrando por el camino en esta polis. Pero a ti —señaló con el dedo—, no te conozco de nada. ¿Por qué tendría que hacer algo que me ordenaras?

Los presentes no dijeron una palabra. Sus miradas iban desde el iracundo Mark hasta la figura cuasi monacal del orador. El foco del encuentro caminó con pasos cortos, medidos y silenciosos en dirección al troll. Cuando se situó a menos de dos metros de la posición de Mark, paró.

—¿Qué es lo que te molesta tanto, Mark Hombre del Norte? Como ves, yo sí sé tu nombre, aunque no tengas conocimiento del mío —lo dijo con una voz tan calmada y pausada que no se correspondía con la furia que acababa de demostrar su oponente.

—No sé a qué juegas. Pero a mí no me embaucarás como a esta gente. No sé qué pretendes. Estoy seguro de que Tony Chatarra no sabe nada de esta pantomima, si no, ya te habría puesto fin él mismo, con sus propias manos.

El nombre de Chatarra, produjo temor a los otros, conocedores de que cuando ese apellido sonaba, los demás acataban en silencio y sin protestar. Aquellas eran palabras mayores, pues nada de importancia se llevaba a cabo en la comunidad troll de Semura sin que el mafioso estuviera enterado y hubiera dado su visto bueno.

—Trabajas para Chatarra, como varios de mis hermanos presentes. ¿Por qué? —continuó el encapuchado.

—Si lo conoces, bien lo sabes. Porque no se puede ganar dinero si Tony no quiere, porque si tratamos de engañarlo, nos golpea donde más nos puede doler, en nuestros impuestos, en las cuotas de los seguros médicos —afirmó Mark con seguridad.

—Y qué tal si te quedas hasta el final y averiguamos la forma de que un cacique no nos controle de la manera que lo hace. Beneficio para todos.

—¿Para todos o para ti? Ni siquiera creo que seas uno de los nuestros. No has sufrido el tormento de tener tu pescuezo ligado a un pedazo de metal durante tu vida entera. —Mark indicó el cuello del orador—. Descúbrete para que lo veamos. —Se giró hacia sus compañeros que no dejaban de mirarlos con cara de asombro—. Venga, enséñanos que eres igual a nosotros y tienes un puto torque agarrado al cuello como los demás.

—Bien —asintió—. Justo es lo que demandas, hermano —aceptó con modestia.

Las llamas titilaron cuando la figura misteriosa se desembarazó de su embozo. El grupo de trolls comprobó con cierta sorpresa en sus rostros que aquel individuo no llevaba un torque ni tenía señales de haberlo portado jamás. Los miró uno por uno, de la misma manera que cuando había entrado a la bodega del Duende Verde, clavándoles los ojos, dejando que su mirada penetrara en lo más hondo de sus seres. Por último le tocó a Mark Hombre del Norte.

—Tienes razón. Nunca he sufrido el suplicio de acarrear ese pedazo de metal desde el nacimiento como lo habéis hecho vosotros. Cada una de esas piezas metálicas supone un eslabón en la cadena de la esclavitud a la que está sometida nuestra raza. No lo llevo porque aunque nací de padre troll, mi madre era una humana.

Entonces sí que abrieron las bocas de asombro: las relaciones entre humanos e inhumanos estaban expresamente prohibidas por la ley. Su violación traía consigo multas muy importantes e incluso penas de cárcel en el caso de engendrar un bebé híbrido. Se castigaba tanto al padre y a la madre como a la criatura nacida de la unión impía.

—¡Un mestizo! —exclamó Mark. Un murmullo creciente se hizo dueño de las paredes de piedra del sótano.

—Sí, mestizo es como llamáis a quienes son como yo.

Tenía casi la altura de un troll adulto, pero no era tan corpulento. Además, sus ojos eran de un verde esmeralda que Mark no había visto en su vida en ningún troll que conociera. También llevaba un bigotillo recortado que tampoco era costumbre en los suyos, ya que o se afeitaban la cara por completo o se dejaban crecer una barba tupida.

Sin embargo Mark era inteligente y ya comenzaba a pensar las ventajas de juntarse y tener a su lado a un fulano semejante. Unía los beneficios de los humanos en el mismo paquete que los de los trolls y sin sus inconvenientes.

—¿Comprendéis entonces el disfraz?

Sonrió a su audiencia.

—Somos capaces de realizar grandes cosas. Pero es necesario que continuemos unidos. Mark, aquí presente, parece tener un buen conocimiento de los bajos fondos, así como de la forma de trabajo de Chatarra. Yo también poseo bastante información en ese sentido. No he salido de la nada. Os aseguro que podéis confiar en mí, mi objetivo es librar de este yugo tan pesado a la población troll. Primero, Semura. Luego, mi intención es extender nuestro movimiento, infectar igual que si de un virus se tratara las polis más cercanas. Después, ¿quién sabe? —afirmó encogiéndose de hombros.

—¿Quién está conmigo? —Levantó ambos brazos, demandando una respuesta de los presentes tras una breve pausa. Lo hicieron con parsimonia, pero fueron alzando las manos poco a poco. Mark tuvo que reconocer que aquel tipo no le parecía estúpido, y además lo que predicaba podría cuadrar con sus propios intereses. Su brazo fue el último en alzarse.

—Bien. Muy bien. Hay trabajo que hacer. Manos a la obra.

Michel (con Irina también)

Michel sostenía una gasa empapada de suero fisiológico contra su ojo mientras le limpiaban la herida de la ceja y comprobaban que no hubiera más pedazos de ladrillo incrustados. Después se la cosieron en lo que al final resultaron cinco puntos, un buen tajo según le comentó al terminar la doctora de la policía que lo atendió. Le recomendó que tomara unos analgésicos para el dolor y que se aliviara la hinchazón con hielo, tratando de mantener los puntos limpios. También le ordenó

que si la herida supuraba o rezumaba líquido, acudiera a visitarla cuanto antes.

Mich tomó nota mental de los requerimientos de la doctora e incluso se propuso cumplir varios de ellos. No podía asegurar que los siguiera todos.

A la vuelta de la esquina de la furgoneta de asistencia lo aguardaba Irina con gesto apesadumbrado.

—¿Bien?

—Estupendo. Aunque molesta de cojones —respondió a la mujer.

—Así sabes lo que es meterte donde no te llaman, viejo —le espetó con media sonrisa.

—¿Será posible la cría esta? —replicó quejándose.

Ambos fueron conscientes de que la chispa había saltado de nuevo. Michel deseaba que prendiera otra vez, pero Irina estuvo rápida en apagarla.

—Bueno, cuídate esa ceja. Ya nos veremos —contestó despidiéndose con frialdad.

«Sí», pensó, «ya nos veremos», aunque sabía que no sería de esa manera.

Amanecía y, después de la madrugada que habían tenido, necesitaba más que nunca tomarse una copa, e incluso, meter en el cuerpo algo sólido que no fuera el café de máquina de la comisaría. Tenía tanta hambre que mataría. Fue a buscar su chaqueta y al mismo tiempo que pensaba en una cafetería en la que tomarse un buen chocolate con churros, metían a los tres detenidos supervivientes en el furgón. Uno de ellos se quedó mirándolo. Durante el tiroteo no se había percatado, pero conocía a aquel hombre. Desde luego que él si lo había reconocido, pues lo señalaba con un índice. Continuó con el gesto hasta que la puerta del furgón se cerró y los trasladaron a la cárcel del departamento.

Estaba claro, se dijo mientras entraba en una churrería cercana, lo había marcado como el responsable. Pronto sus jefes se enterarían de que el poli que tenían a sueldo no cumplía con sus tareas de informante. No solo eso, sino que había colaborado de manera activa en cargarse el negocio de la droga que se vendía en aquel local.

La mirada de reproche del sicario se le había metido en la cabeza y cuando mojaba su segundo churro en un espeso chocolate caliente, recordó quién era. Se trataba de uno de los tipos que habían asistido a la reunión en la casa de campo del hombre del bigote. Y lo había identificado. No tardaría en contar aquella falta a sus superiores.

Traducido a un lenguaje que Mich fuera capaz de comprender, pronto recibiría una visita y contaba con que no resultaría amistosa.

Tras demorarse con el desayuno, corrió a prepararse; necesitaba un par de armas extras que no estuvieran registradas, pero el mercado negro no abría tan pronto. Las cosas se ponían feas. Mala suerte. Aún más.

14. Uno más

Michel, entonces

APARCÓ EL COCHE DELANTE DE SU casa. Cruzó la calle mirando a ambos lados con precaución. Llevaba las manos metidas en los bolsillos, solo que en uno de ellos atesoraba el contacto metálico de su pistola. Acariciaba el gatillo, listo para disparar en cualquier momento.

No soltó el arma hasta que atravesó la puerta y la hubo trancado con cuantos pestillos y cerrojos contaba. Apoyando la espalda contra la fría madera, soltó un bufido de alivio. Unas gotas de sudor recorrían las arrugas de su frente. Las limpió con el dorso de la mano. Colocó de nuevo el seguro en la pistola y la devolvió a la funda sobaquera. Se quitó la americana, que cayó al suelo, aunque no le preocupó.

Asomándose al cuarto de Isabel, comprobó que estaba dormida. Las drogas que tenía que tomar para evitar los dolores resultaban cada día más fuertes y las dosis mayores. Su mujer parecía un zombi que no daba pie con bola, ni distinguía a amigo de desconocido. Sin contar los estragos que le producía la enfermedad; había perdido su bonita cabellera morena. Ella seguía como si nada. Dura como un roble su Isabel. Al contrario que él, que necesitaba refugiarse en el alcohol, en el juego y en una amante veinticinco años menor que él.

El bulto que representaba la figura de la enferma se revolvió intranquilo. Gimió unos segundos y retornó a su posición original. Michel le cerró la puerta. Aún faltaban unas horas para que se despertara. La enfermera de noche debía de haber salido a desayunar. Su buen dinero le costaba.

Hasta que Isabel se levantara de la cama, tenía tiempo suficiente para darse una buena ducha y pensar. Siempre tenía buenas ideas en la calma que le daba el agua caliente al resbalar por su cuerpo. Necesitaba un plan de acción. Tenía la certeza de que el cartel no se quedaría quieto. Una acción fallida como la de la noche anterior, con un culpable tan claro, Michel, por haberla pifiado en pasar la información, requería un escarmiento. ¿Cuál sería este castigo? Lo desconocía. Desde luego no tenía que ser nada agradable. No le apetecía sufrirlo en sus carnes. Fue despojándose de la ropa mientras abría los grifos de la bañera. El agua comenzó a caer de la ducha y entró en ella, no sin antes dirigirle una última mirada a su arma. Volvió a salir, empapando el piso, cogió la funda de la pistola y la aseguró en la barra metálica de la que colgaban las cortinas de plástico. Por si acaso. En adelante tenía que redoblar su precaución.

Enjabonó bien su cuerpo y dejó que el agua hiciera el resto. Los chorros calientes lo relajaron. Inclino la cabeza para que el líquido purificador le recorriera el cuello. Una sensación de tranquilidad y paz lo llenó. Un gesto tan simple como ponerse a remojo, cambiaba la perspectiva de las cosas. Tal vez ayudara a encontrar la solución a sus crecientes problemas. Su situación resultaba insostenible por más tiempo. No había conseguido enviar la información sobre la redada y además, casi lo cogieron en el acto.

Si le daban a elegir, prefería tener que lidiar con una panda de mafiosos que con los chupatintas del departamento, haciéndole preguntas. Por lo menos a los gánsters tenía la oportunidad de verlos venir. Si lo atacaban por la espalda y a traición, no, pero era mejor que el interrogatorio de los oficinistas. ¿Cómo podían llamarse policías unos tipos que jamás pateaban la

calle? Pisar las aceras y el asfalto de la carretera está en la esencia de lo que un buen poli debería de ser. Suspiró. Él hacía tiempo que se había convertido en un corrupto, así que también debía reprenderse por ello. O a lo mejor Michel no había tenido la suerte de contar con una persona que lo hiciera. O la había dejado escapar por no querer confesarle aquellos trapicheos.

«Un desastre andante», se dijo con aceptada resignación. Las yemas de los dedos comenzaban a arrugarse y el agua a enfriarse. Momento de salir de allí.

Alcanzó una toalla que a duras penas lo cubría por entero y se frotó con energía para secarse. Colocó un pie en el borde la bañera y cuando comenzaba a restregarse la pierna, pisó un objeto, resbaló y se desplomó en el interior, después de golpearse la cadera con el borde metálico.

Cuando aterrizó, emitió un débil «ah» que no se correspondía en absoluto con la intensidad de la señal de dolor que estaban enviando los nervios de las zonas magulladas al cerebro en ese instante.

Acto seguido maldijo en alto varias veces al tiempo que tocaba el lugar del golpetazo. Continuó blasfemando una y otra vez, hasta que consiguió salir de la bañera, envuelto en la toalla y muy dolorido.

Michel se dejó caer sobre los azulejos sin cesar de maldecir hasta que no pudo más; las lágrimas brotaron de sus ojos y se vino abajo. Trató de ocultar la prueba de su llanto con las manos, como si alguien pudiera observarlo. Estaba solo. Sollozó con amargura, no sabía si de dolor físico o de pena. Un gáñido emergía de su estómago; la boca entreabierta, los labios amoratados, temblorosos, el rostro encogido en una arruga de honda pena.

Así era la vida de Michel Fernández: cuando pensaba que no podía joderla de peor forma, se empeñaba en rizar el rizo. Parecía un circo de tres pistas, el concepto de más difícil todavía quedaba superado cada nuevo día.

Miró hacia su cadera enrojecida, le quedaría un gran moretón allí, con suerte si no se había roto un hueso. Pero había que levantarse y lo hizo; sobre el suelo empapado, la toalla quedó arrebujada a sus pies. Tenía que seguir, tenía que continuar hacia adelante. Así había sido siempre, con peor o mejor resultado, se había guiado por esa máxima.

Recogió la pistola y fue a su cuarto. Necesitaba ropa limpia y salir de casa. No era bueno atraer sus propios problemas hacia Isabel. Cada minuto que gastaba el reloj, se hacía más imperioso que obtuviera artillería para su defensa. Conocía a quien podía proporcionársela sin preguntar.

Otro día más.

Irina, hoy

Irina miró a su alrededor. Aquellas calles en las que se había criado, en la que había corrido y jugado junto a Aura Merchante, distaban apenas unos minutos a pie del callejón donde había encontrado muerta a la ninfa.

No había caído en la cuenta de aquel detalle. Quizá porque hacía un tiempo que no visitaba a su madre, demasiado. Siempre fallaba en acordarse de las cosas importantes, como su anciana madre, Natalia, que malvivía con una pensión de viudedad muy modesta que le había dejado su marido. Irina le llevaba conservas y fruta cuando iba a verla. Aquella mañana no se había dado cuenta de esos detalles, su cabeza se encontraba a punto de explotar con los diferentes aspectos y repercusiones del caso. A lo mejor Natalia podía ayudarla a hacer memoria y traer de vuelta a la Aura de su infancia.

Subió las escaleras que conducían al segundo piso de la vieja construcción. Pensaba que ya nadie vivía en el bajo, que había sido un taller de reparación durante muchos años.

Tenía el puño a punto de tocar la vetusta puerta de madera, pintada varias veces para ocultar los estragos del envejecimiento. Al final, se decidió y la golpeó suavemente con los nudillos. Llamó de nuevo. Natalia tenía sordera de un oído, así que era posible que no la hubiera escuchado y tuviera la televisión al máximo volumen.

—¡Ma! —exclamó a viva voz, a la par que repicaba con más fuerza sobre la madera—. ¡Soy yo, Ira! ¡Abre, Ma!

Un ruido vino del interior. Parecía que sus esfuerzos iban a tener su resultado. Una anciana entreabrió la puerta asomando lo imprescindible para mirar quién estaba en su umbral.

—¿Eres tú, cariño? —La cascada voz de la mujer, más por el cansancio que por la edad, pues no era muy mayor y aún conservaba una belleza en el blanquecino rostro.

—Sí, Ma. Soy Ira. Ábreme.

La anciana descorrió la cadena y franqueó el paso a su hija. La miró de arriba abajo con un brillo en los ojos que solo indicaba la alegría que sentía por ver a su pequeña. Cerraron la puerta.

La casa no era demasiado grande, la misma en la que habían vivido desde que habían emigrado desde la antigua Rusia una decena de años después del armisticio y en plena repoblación. Estaba dividida en dos habitaciones pequeñas, un minúsculo cuarto de baño, un salón, que hacía las veces de comedor, y una cocina. Además del recibidor en el que se encontraban las dos mujeres y desde el cual se tenía acceso a todas las dependencias.

—Estás flacucha. ¿No comes bien, Ira? —le reprochó la madre fijándose en sus caderas.

—No, Ma. Como lo suficiente. Solo que no engordo. Ya lo sabes —le aseguró, aunque con un deje de irritación en la voz.

—Ay, esta muchacha siempre igual. —Negó con la cabeza, pero al instante volvió a sonreír—. ¿Me has traído fruta?

—Esta vez no, Ma. Estoy trabajando. La próxima vez que venga.

—Claro, claro, cariño. Venga pasa. —Las dos accedieron al salón y se sentaron junto a la mesa camilla, bajo la cual alumbraban las ascuas de un brasero que daba un calor innecesario en aquella época.

Estaban sentadas una enfrente de la otra. La mujer enhebraba unas agujas de tejer en una madeja de lana mientras deshacía un par de puntos que no terminaban de convencerla. Se ajustó unas diminutas gafas para ver de cerca y continuó con su labor, moviendo con soltura los útiles de tejer y los gruesos hilos que escapaban del ovillo.

—Ma, ¿tú te acuerdas de una niña del barrio con la que jugaba?

—Jugabais con muchos niños tu hermana y tú. —«Tu hermana» quería decir Nadia, nombre que después de su muerte nunca había vuelto a pronunciar—. Justo ahí —señaló con la punta de la aguja a la esquina de la calle—, porque así podíamos vigilaros tu padre y yo desde aquí.

—Sí, pero me refiero a una en concreto. Aura. ¿Sabes quién era?

—¿Aura? Me suena el nombre, pero no sé. Jugabais con muchos niños, tu padre y yo podíamos... —comenzó de nuevo con la retahíla.

—Eso ya lo has dicho, Ma.

—¿Ah, sí? —sacudió la cabeza sonriendo, como si pensara «qué tonta estoy».

—¿Recuerdas a una Aura Merchante que jugaba con nosotras? —insistió de nuevo Irina

intentando que su madre se concentrara en su pregunta.

—¿Y qué tiene de especial esta Aura tuya? Si puede saberse. No me traes nada y encima estás muy preguntona —gruñó la anciana.

—Era inhumana, ¿lo sabías? —continuó la policía.

—Ah, una de esos. —Realizó una mueca de disconformidad y disgusto, e incluso de asco.

—Sí. ¿Quién era?

—Un monstruo, tú misma me lo acabas de decir. ¡Ira, no intentes confundir a tu vieja madre!

—No, Ma. ¿Por qué vivía aquí con nosotros?

—Nunca me gustó esa Aura *comosellame* tuya, eso que te quede claro —contestó con enfado Natalia.

—Entonces, ¿te acuerdas, Ma? Es muy importante que recuerdes. Muy importante —la apremió su hija.

—Una de esos bichos, fue adoptada.

—¿Adoptada por quién?

—Unos vecinos que no podían tener hijos. Un día aparecieron con ella y dijeron que la habían adoptado.

—Vamos, Ma. Eso es ilegal, no está permitido. La tuvieron que comprar, o aún peor, robar.

—¡Yo que sé, hija! ¡Mira que me haces unas preguntas!

—Es crucial para un caso en el que me encuentro trabajando. Cuánto más me puedas decir de esa niña que jugaba con nosotras, antes podré encontrar a su puto asesino.

—¡Irina Gryzina! ¡No digas palabrotas en esta casa! —le riñó amenazando con pegarle con las agujas de tejer.

—Lo siento, Ma —se disculpó Irina, a la espera de que su madre comenzase a hablar.

—Así no es como te hemos educado. Te daría de azotes en el culo huesudo que tienes ahora mismo, si no me hiciera daño en mis pobres manos.

—Ma, esa niña, Aura. Cuéntame lo que sepas, por favor. —Ya se encontraba cansada por las diferentes evasivas de la anciana.

—Una niña encantadora. Risueña, morenita, con unos ojos verdes preciosos, más bonitos que los tuyos, cariño. ¿Por qué te da por acordarte ahora de ella?

—¿Qué más? No pierdas el hilo ahora, venga.

—No sé. Tu hermana y ella eran muy amigas y tenías celos de las dos, porque te dejaban de lado y se iban a jugar juntas. Te hacían rabiar. Cosas de nenas. —Se rio con tantas ganas por la nostalgia, que arrancó una sonrisa a su hija.

A partir de aquel punto, Irina fue incapaz de obtener nuevos datos de su madre que no fueran frases que ya había dicho. Se sorprendía cada vez como si se tratara de la primera vez que las decía.

—Muchas gracias, Ma. Me has ayudado mucho. —En realidad había obtenido más interrogantes que respuestas—. Pero tengo que regresar al trabajo.

—Fruta para tu vieja madre, Ira.

—Claro, Ma. La próxima vez que venga —se despidió con un escueto beso en la mejilla. Detrás de ella sonó un recordatorio de que comiera, porque estaba muy delgada.

Mark y Juan, sigue siendo hoy

Regresaron al almacén con el camión vacío. Mark aguardaba una jugarreta por parte de Tony. Un

movimiento del tipo: «Aquí tienes otros tres camiones que vender. Ah, por cierto, tienes que terminar con la mercancía en menos de una semana». Miró a un lado. Su impuesto secuaz había resultado más un verdadero ayudante que un inconveniente.

Las luces se encontraban apagadas como en la última ocasión y tuvo que orientarse por la poca claridad que entraba por el portón abierto. Detuvo el vehículo lo más cerca de la salida que pudo, sin que resultara evidente.

Se bajó de la cabina sin esperar a que su compañero lo hiciera. A unos pasos surgió la figura del capataz de Chatarra.

—Mark, Hombre del Norte —enunció con tranquilidad—. Parece que eres un tipo cumplidor después de todo.

—Soy trabajador —replicó Mark tras encogerse de hombros.

—Pues un buen trabajo merece su recompensa —contestó a su vez con una sonrisa. De una bolsa extrajo un buen fajo de billetes grandes. Después de contarlos se los acercó a Mark —. Aquí tienes. Sigue así y te ganarás la confianza de Tony. —El interpelado asintió guardándose el dinero en el bolsillo—. El lunes tienes que sacar un nuevo cargamento y nos corre prisa esta vez. Vamos a necesitar la nave para otro tema en los próximos días y cuantas más botellas consigas vender, más espacio tendremos para nuestro asunto.

—De acuerdo. Hasta el lunes entonces. —Le dio la espalda y regresó al camión.

—Espera, se me olvidaba: el jefe quiere hablar contigo en persona para otra cosa.

—¿Sabes de qué se trata?

—Ni idea. No me lo ha dicho, pero no está relacionado con el licor. Te espera. Ya sabes dónde encontrarlo.

—Muy bien. Hasta luego.

El otro también se despidió.

Después de haber dejado atrás el almacén, Mark paró el camión. De su bolsillo extrajo el dinero, contó los billetes, los miró al trasluz, comprobó los números de serie. Billetes buenos, de series no consecutivas ¿dónde estaba el engaño entonces? Dividió los fajos en dos partes y una se la tendió a Juan Granito. El copiloto sonrió, pero solo tomó uno de los que le daba Mark.

—Guárdame tú los otros. Con este es suficiente —le espetó sin perder su sonrisa boba de la cara.

—Por supuesto, como quieras.

Aquel tipo lo sorprendía cada día más.

¿Para qué lo querría Chatarra? La petición de que realizara un nuevo encargo, le extrañó. Consultó la hora en el reloj. Sí, sabía en qué lugar estaría el mafioso.

Puso dirección a la zona de los clubes, no sin antes explicarle a su acompañante que no era necesario que fuera con él, que no iban a trabajar más aquella noche y que lo recogería al día siguiente. El joven troll sonrió asintiendo y se despidió de Mark.

El camión quedó estacionado a una distancia prudencial de tres manzanas del Morgana, para que nadie pudiera relacionarlo con los negocios de Tony Chatarra.

Según se iba aproximando, mayor afluencia de gente se veía por las calles. Mark miraba por encima de su espalda, cruzaba al otro lado de la carretera y continuaba vigilando la retaguardia.

Había una cola enorme para entrar en el club. El descomunal troll que hacía las veces de portero ya lo conocía de otras ocasiones, así que le mandó que entrara con un gesto, sin esperar.

Esto ocasionó una sonora queja de los que aguardaban en la cola. El troll se limitó a lanzar un gruñido y los inconvenientes se diluyeron en cuestión de segundos.

La música aún no había alcanzado el nivel de intolerable, incluso podría mantener una conversación con una persona que estuviera a su lado sin tener que gritarle al oído. En el escenario principal, una muchacha bailaba, aunque debía de haber empezado su espectáculo poco antes, porque aún llevaba puestas las piezas de su conjunto de lencería.

La altura de Mark destacaba entre los humanos a los que se les había concedido el privilegio de entrar antes. La chica le guiñó un ojo en un gesto juguetón. La recordaba de otra vez. Y antes de eso, de otra vez y antes de esa, otra en su antiguo coche. Pero aquella noche tenía cosas que hacer.

Tony se encontraba sentado en su mesa habitual, sorbiendo de un vaso mientras uno de sus lugartenientes le contaba algo. Parecía muy enfadado, porque gesticuló hacia su secuaz, y lo que le tenía que estar reprochando el empresario no parecía ser nada bonito. Mark se mantuvo en un discreto segundo plano hasta que Tony se percató de su presencia, y le indicó que se aproximara.

—Mark, muchacho, ven, ven. Siéntate conmigo. —Despidió con un gesto de hastío a su subordinado, quien le hizo sitio a Mark.

—¿Qué puedo ofrecerte? ¿Qué bebes? —le ofreció Chatarra.

—Gracias Tony. Una cerveza fría estará bien.

—Tú, tráele una cerveza a mi empleado favorito, que sea rápido —le exigió al camarero, quien masculló un «sí, señor» y fue a realizar su tarea.

Mark aguardó en silencio hasta que al capo le entraran ganas de hablar. Cuanto más se demorara en iniciar la conversación, más importante tenía que ser el encargo. Chatarra tomó un nuevo sorbo de su bebida y después bufó soltando el aire de sus pulmones.

—Bueno, Mark Hombre del Norte. Me dicen que no habrá problema en encontrar mi alcohol porque te has dedicado a moverlo muy bien. Me gusta, me gusta. Sabes que te tengo aprecio, chico.

Realizó una nueva pausa, esperando a ver si su empleado ocasional se apresuraba a preguntar la razón por la cual lo había mandado a su presencia. Pero Mark no tenía ninguna prisa y conocía al dedillo cómo se comportaba el magnate, así que se dedicó a saborear la cerveza que le acababan de traer.

—Me gusta esa tranquilidad que transmites. Me recuerdas a tu padre, muchacho. Sí, trabajó para mí una temporada. Un gran hombre, Knut. Trabajador y de confianza, como tú estás demostrando ser.

Mark ya conocía aquella historia. También cómo por culpa de Chatarra, lo habían asesinado. Pero esa parte se la callaba.

—Quiero proponerte un trabajo. Es delicado y creo que eres el troll adecuado para llevarlo a buen puerto. —Bebió de nuevo, Mark lo imitó—. Verás —titubeó un poco—. Hay una persona molesta para mis intereses que está husmeando por ahí. No estoy conforme con que investigue asuntos que solo me conciernen a mí y a los míos. No quiero que se entrometan en mis cosas. Soy un ejemplo para nuestra comunidad.

«Un ejemplo a no seguir», pensó Mark.

—Me gustaría que te encargaras de que esa persona deje de meter sus narices donde no le concierne, de que deje de molestarme de una vez por todas. Dejo a tu discreción la forma que utilices. No quiero volver a saber de ella.

«Vaya, así que se trata de una mujer.»

—Aquí tienes su dirección y unas fotos tuyas para que la reconozcas —dijo mientras le pasaba una carpeta. Mark la cogió con rapidez—. Espero que no me defraudes y no tenga más molestias de esta dama impertinente.

¿Lo estaba incitando a que cometiera un asesinato por una mujer que le caía mal? Había un motivo detrás de aquella estúpida aseveración. Algo más. Quienquiera que fuera aquella chica le había tocado los cojones de mala manera a Chatarra.

—Que se haga cuanto antes —continuó el mafioso—. Este tema cuenta con total prioridad sobre la distribución del licor. Así que si necesitas posponerlo durante unas semanas, no importa.

Mark se limitó a asentir y tomó la carpeta sin terminar su cerveza. Ambos se despidieron y Tony se quedó sentado en el mismo asiento. Escuchó su voz a sus espaldas exigiendo al camarero que se presentara.

Cuando salió del local, saludó de nuevo al portero, que le sonrió de vuelta.

Por el camino hasta el camión, observó el contenido del expediente. Había unas cuantas fotos de la mujer. Era joven, una decena de años menos que él, y guapa, desde luego. Sería algún antiguo rollo de Tony al que ahora repudiaba por que la señora Chatarra se había enterado del lío. Enredos como ese solían ser habituales entre los potentados en la sombra de Semura. No podía negar que el señor Tony Chatarra, tan decente en apariencia y como había dicho «ejemplo para nuestra comunidad», no podía permitirse un escándalo conyugal. Se suponía que aquellas historias de faldas no traían el respeto que requería un tipo de su talla, y eso afectaba a los negocios.

Mark pasó las fotos y en una hoja aparte venía la dirección de la mujer: una tal Irina Gryzina. El nombre no le dijo mucho, pero no dejó de mirar las instantáneas. Aquel rostro le resultaba familiar.

Irina, un poco más tarde

Salió de una tienda con una provisión enorme de fruta en conserva. Llevaba cuatro bolsas llenas, que pesaban bastante. Por suerte, había dejado el coche cerca. Aquellas latas no se iban a estropear y en su siguiente visita a su madre, no se sentiría tan mal por no haberle llevado nada. Las dejaría en el coche y así no se le olvidaría.

Después de guardar la comida en el maletero, se sentó al volante y comenzó a meter la llave en el contacto. «Aura Merchante» se encendió como una luz en su cerebro. El nombre se repetía una y otra vez sin que encontrara relación con el cuerpo asesinado ni con el resto del maldito caso. Sí, la tenía. De una forma u otra, los tres cadáveres habían estado relacionados con Irina. ¿Se transformaba el caso en un asunto personal?

Enterró la cabeza entre las manos. No quería volver a estar implicada en una cuestión turbia. Apenas se había librado cuando murió Mich, no le apetecía traerlo de vuelta a su cabeza. Ni tampoco el sufrimiento de aquella época, aunque ya no estaba enamorada de él. Por eso le dolió aún más, porque había decidido dejar de quererlo, porque se sentía en parte culpable de la caída en desgracia del hombre que había sido el poli y el marido perfecto.

Michel, su gran amor, el hombre de su vida. También su mayor decepción y su peor momento como policía desde que, con dieciocho años, decidiera comenzar en la academia de policía. Quizá él era el motivo por el que su relación con Christian no había funcionado. Sin el quizá: había sido la razón principal. Irina quería quitarse a Mich de la cabeza, pero todo cuanto la rodeaba le recordaba a él. Christian era bueno con ella, generoso, soportaba estoico su mala uva y la

combatía en discusiones que a ella le encantaban, pero que a él no. Su humor cambió, se volvió taciturna y solitaria y se cabreó con el mundo. Y a alguien tenía que echarle la culpa, así que Christian tenía que ser el blanco de sus frustraciones. Una historia condenada al fracaso desde el principio. Ella lo había sabido, pero no quiso admitirlo, porque habría resultado como una derrota antes de empezar a guerrear.

Además, se veían en el trabajo, se veían en casa. Terminaron quemados el uno del otro. Aunque siempre había sabido que él la seguía queriendo, y ella, a su manera, también. Pero nunca lo admitiría. Sí, también se había vuelto muy orgullosa, ya lo era, pero ahora se había potenciado ese rasgo en su carácter.

Suspiró.

—Joder. Mi vida es una puta mierda —exclamó girando la llave en el contacto y arrancando por fin el coche. El motor ronroneó con pereza como si hubiera estado cómodo descansando y no quisiera ponerse en marcha.

No tenía ni idea de cuál debía ser el paso que tenía que dar a continuación. Se encontraba perdida, no sabía por dónde seguir. Si tuviera los datos de las autopsias... Pero claro, la habían vetado en la morgue, «¡putos empollones!» Al día siguiente plantearía una petición formal para tener acceso a los informes de los forenses. Solo se le ocurría eso, de momento.

Fue en dirección a su casa. Aquella noche bebería acordándose de Mich, de Christian y de Aura Merchante hasta caer inconsciente.

15. Allanamientos

Michel, en el pasado

LAS CAMPANILLAS CHOCARON CON UN TINTINEO metálico al abrirse la puerta del comercio. El dependiente surgió de inmediato de la trastienda. Michel miró a su alrededor: cientos de escopetas y rifles de caza se apilaban en ambas paredes ordenados según modelos y calibres. Devolvió su atención al tendero. Era mayor que él, bajito, tenía el cabello blanco con pronunciadas entradas y le clareaba en la coronilla. Llevaba puesto un delantal oscuro como si fuera a mancharse vendiendo un arma.

—Michel —lo saludó con desinterés, aguardando sus intenciones.

—Tranquilo, Frank, no vengo en tarea oficial.

Ambos sabían cuál era su ocupación secundaria: confidente de la policía.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito algo. —El policía señaló hacia la cortina que ocultaba la trastienda.

—Bien, espera un momento.

El dueño presionó unos mandos debajo del mostrador que cortaban el funcionamiento de las cámaras de seguridad. Después fue hacia la puerta, la cerró con dos vueltas de llave por dentro y colgó un cartel que decía: «He salido a comer, vuelvo en media hora».

—Acompáñame, Mich —lo invitó a que lo siguiera.

Michel obedeció, traspasando la cortina. Tras ella había un largo y estrecho pasillo que desembocaba en una única puerta blindada. El policía siguió a Frank, que descorría los cerrojos de seguridad. Franquearon el umbral y el armero pulsó un interruptor que iluminó la estancia con una luz fluorescente.

Había un par de mesas con telas por encima a modo de manteles. Sobre ellas descansaba una panoplia compuesta por revólveres, pistolas, rifles automáticos, subfusiles, pistolas ametralladoras, lanzagranadas, ametralladoras, cajas de balas de distintos calibres, cargadores suplementarios, tolvas de munición enrolladas... El paraíso armamentístico del delincuente.

—¿En qué habías pensado? —le preguntó Frank.

—Una pistola, por lo menos.

—Muy bien. Empecemos con esta maravilla. —Le mostró un revólver de pequeño tamaño—. Es el treinta y ocho corto de siempre, con la salvedad de que carga cinco proyectiles y, como ves, se ha escamoteado el percutor, que es interno. Resulta ideal para ocultarlo en una funda tobillera o guardarlo en un bolsillo con discreción.

Michel lo tomó y lo sopesó, empuñándolo con el brazo estirado hacia un blanco imaginario en un muro.

—Es ligero. Pero siempre he sido más de pistola. —Se lo devolvió.

—De acuerdo, entonces ya sabemos que quieres fuego rápido y no quedarte sin balas enseguida.

—Eso es.

—Mira, esta es un Águila del Desfiladero. —Le acercó una gran pistola con incrustaciones

cromadas y cañón ancho—. La mejor si quieres potencia de fuego, carga siete balas de doce coma siete milímetros. Una auténtica bestia.

Michel la empuñó. Necesitó sujetarla con ambas manos.

—Demasiado pesada. Tiene que tener un retroceso del demonio y ser bastante ruidosa.

—Sí, cierto. No se trata de un juguete discreto. Entonces pasemos a calibres más comunes. — Recogió una nueva arma—. Una nueve milímetros, diecisiete balas en el cargador, las estrías del cañón son poligonales, percutor interno, la corredera más suave que hayas accionado, seguro automático, no se dispara sola ni aunque la golpees contra una piedra, cuerpo de polímero. Una joya. Existe otra versión de fuego completamente automático, pero esa no la tengo aún.

El policía comprobó cada una de las características esgrimiendo el arma, que resultaba mucho más ligera que la anterior y se adecuaba a lo que él quería.

—Se parece mucho a la que utilizamos en el departamento —dijo mientras tiraba hacia sí de la corredera, que se deslizó sobre el cañón.

—Sí, las hace el mismo fabricante. Pero estos modelos son series limitadas que solo se venden en el mercado negro. No llevan la serigrafía de la marca, ni siquiera las piezas están numeradas. Son imposibles de rastrear, aunque utilices balas comunes.

—Muy bonito, sí señor —afirmó el policía—. Me llevo una de estas, dos cargadores y toda la munición que puedas venderme.

—Eso está hecho, Mich. 5.000 tienen la culpa —anunció con media sonrisa pensando que con su sueldo el detective no podría permitírselo.

—Como estos, Frank. —Michel puso un fajo de billetes con la cantidad pedida sobre una de las mesas. El tendero contó el dinero y comprobó que se trataba de la cifra correcta.

—Muy bien. ¿Quieres un maletín acolchado para meterla? Te hago un paquete con lo demás.

—No gracias, una funda de piel me vendría mejor —pidió con la pistola aún en la mano.

—La funda la podemos coger en la tienda, el resto está todo aquí. —Señaló hacia el paquete que le había hecho.

Michel tomó uno de los cargadores, encajándolo en la culata y accionando la corredera. Después apuntó a Frank.

—Michel, ¿qué estás haciendo? —preguntó con una mezcla de aprensión y miedo.

—Sabes mi nombre, y eso sí que se puede rastrear. —Apretó el gatillo una vez. El disparo alcanzó el pecho del tendero, que cayó fulminado a sus pies.

Tomando el paquete de papel de estraza, lo metió bajo el brazo. Rebuscó entre los bolsillos de Frank hasta que encontró las llaves. Caminó con parsimonia, no tenía ninguna prisa. Pasó el pasillo y accedió de nuevo a la tienda. Miró a su alrededor, todo en calma. Llevaba la pistola apuntando hacia el suelo; aún humeaba. Buscó una funda para ese modelo, la guardó en ella y se la colocó pinzada en el cinturón. Quedaba oculta por los faldones de la americana. Después abrió la puerta de la armería de nuevo. A la salida tiró las llaves en una alcantarilla. Cuando se subió en el coche todavía podía verse el cartel que decía: «He salido a comer, vuelvo en media hora».

Irina, Semura actual

Aquel día no fue necesario el trabajo de calle, así que se perdió en su cubículo entre informes, papeleo y montañas de carpetas. En realidad no prestaba atención a ninguno de aquellos papelotes. Aguardaba a terminar su turno para asaltar la morgue aquella noche. Ya que no le permitían acceder a los resultados de las autopsias por las buenas, los conseguiría por sus propios

medios. Había recibido un soplo, un mensaje anónimo.

Cuando terminó su jornada, se preparó para el asalto.

Había ido caminando todo el trayecto. La morgue se encontraba aislada de los edificios principales del complejo hospitalario. Pasó junto a las moles de cemento y sus chimeneas que no dejaban de quemar desperdicios. Sabía en qué lugares había cámaras de vigilancia. Se había dedicado a estudiar los ángulos muertos, cuál era la mejor hora y el lugar más conveniente por el que escabullirse. Evitar ser grabada constituía su principal objetivo. Forzar la entrada e introducirse sin ser vista, el siguiente paso. Una vez en el interior, debía esconderse del personal de guardia y acceder a los informes.

Pegándose contra la verja metálica, consiguió zafarse del barrido de la primera cámara. Corrió lo más rápido que pudo hasta la siguiente esquina. En menos de un minuto, la segunda cámara abriría su punto ciego. Se concentró en respirar y tomar la cantidad de aire que necesitaba. Observó el lento movimiento de giro del aparato, contó hasta diez y salió disparada hasta el siguiente punto seguro.

En aquel sitio tenía que trepar para salvar la valla que rodeaba el recinto. Observó la posición de las cámaras que tenía más cercanas y puso un pie en uno de los huecos de la reja para impulsarse con él y elevar su cuerpo. Un nuevo esfuerzo la subió por encima de la tela metálica, pasando al otro lado con cuidado de no engancharse la ropa. Cuando se encontró a una altura conveniente, saltó para aterrizar agachada con las rodillas dobladas y las manos a los lados para no perder el equilibrio.

Antes de moverse, se aseguró de que nadie la hubiera visto. Los aparatos de vigilancia continuaban en su artificial y pesado recorrido.

A partir de ese punto había cien metros de descampado, donde, a pesar de la oscuridad, sería vista desde cualquier lugar de la morgue si había alguien observando la zona exterior. Empezaba la parte más peligrosa del plan.

Corrió al tope de lo que le permitían las piernas, el corazón y las pulmones. En un par de ocasiones estuvo a punto de tropezar y caerse. A la velocidad que iba se haría daño, pero también llamaría la atención de alguien. Y no quería que aquello sucediera. Durante los últimos cincuenta metros tuvo que agacharse para aprovechar las sombras que proyectaban las farolas y la iluminación permanente del edificio. Sentía la gravilla y las irregularidades del terreno en la planta de sus pies, a pesar de que calzaba unas botas con tres centímetros de suela.

El pecho le subía y le bajaba, funcionando al máximo, inhalaba aire por la boca, ahogada por el esfuerzo. Tocó con una mano la culata de su pistola. Si las cosas se ponían feas, no dudaría en salir del embrollo a disparos.

Según el papel que habían dejado de manera anónima sobre su mesa, existía una puerta trasera que cerraba mal y no solía estar vigilada. Quién era el responsable de ese chivatazo, poco le importaba. La persona que se había molestado en ayudarla conocía de lo que Irina era capaz con tal de conseguir pistas y resolver el caso. Así que aprovechó el poco tiempo del que disponía.

Se orientó para encontrar la puerta al tiempo que vigilaba las ventanas de la planta baja. Por el momento no había movimiento ni se habían encendido luces cerca de ella.

La información era cierta, no cerraba bien. Con apenas un empujón, el pestillo cedió sin ningún problema, dejándole el paso franco. En el interior solo se guio por la iluminación de emergencia que despedía una luz tenue y escasa. Aquel pasaje conducía a una sala desierta y sin

vestigios de actividad. Ahora necesitaba encontrar la sala de autopsias y el archivo donde se guardaba el informe de las víctimas. La especie de vestíbulo en el que se encontraba conducía a una puerta trasera de una de las salas de autopsias. Ya sabía cómo moverse.

Con sumo cuidado desplazó el doble portón. El lugar olía de forma exagerada a desinfectante industrial y a limpio. «El aroma de la muerte», se dijo. Un pensamiento que en lugar de tranquilizarla, la puso más nerviosa.

La frialdad del acero de las cámaras, del instrumental, de las sierras, del aparataje que servía para cortar y abrir cuerpos muertos, le provocó un escalofrío y trató de encontrar la oficina del forense cuanto antes.

Por suerte, el despacho de Blanco se encontraba en el mismo espacio. Era una estancia muy sobria, con apenas una mesa, una silla, un armario y un archivador. Corrió hacia el archivador. Tiró de cada uno de sus tres cajones. Ninguno cedió a sus impulsos; estaban cerrados con llave. Buscó un objeto con el que hacer saltar la cerradura. En la oscuridad resultaba difícil, pero unas tijeras serían ideales para su cometido. En una vieja taza de desayuno, donde se acumulaban pinzas, bolígrafos y un par de pipetas, encontró lo que necesitaba.

Introdujo las dos hojas en la abertura de los cajones intentando encontrar la pestaña del cerrojo. En el momento que la encontró, atravesó las tijeras. Se echó hacia atrás apoyándose contra la mesa y le pegó una furiosa patada a las patillas. Las tijeras se rompieron por su eje, pero logró saltar la cerradura, que reventó con un chasquido metálico.

Sacó el cajón del archivo. Miles de informes se hacinaban en orden. Tenía que sacar uno por uno y ponerlos a la altura de la luz de emergencia para estar segura de que era el expediente que quería. Perdió demasiado tiempo en esa labor. Cada minuto que transcurría sin conseguir su objetivo, se impacientaba aún más.

Ya cansada y pensando que la iban a pillar, extrajo la siguiente carpeta de cartón marrón, desesperanzada. Sin embargo, aquel era el bueno. Lo comprobó dos veces. Esas eran las fotografías de Aura Merchante, del trasgo y de la segunda chica. Cerró el archivo sin cuidado de dejarlo como estaba y se guardó el informe debajo del brazo con ganas de irse.

Las luces se encendieron, deslumbrándola.

—Señorita, ¿qué está haciendo aquí?

Mark, en directo

Manipuló la cerradura con las ganzúas. Consiguió mover el pestillo hasta que oyó un chasquido, pero aquella puerta contaba con un segundo cierre, más complicado de abrir con los instrumentos habituales. Introdujo sus ganzúas por el hueco de la puerta y se hizo una idea de la barra de la cerradura extra que trababa la puerta. Demasiado gruesa para obligarla a girar hasta su posición inicial. No podía entrar por allí. Dejó el primer cierre como se encontraba con anterioridad y pensó en otras posibilidades.

Había un ventanuco en la escalera, abierto y por el que vislumbraba que daba a un baño, pero resultaba bastante pequeño como para colar su corpachón por aquel hueco.

Resoplando, desistió de entrar en la casa de su blanco. Se marchó del edificio pensando en cuál sería su siguiente paso. Tendría que aguardar allí, pertrechado en la cabina del camión, a que ella regresara para tener una idea de sus horarios, de sus hábitos. No le habían dado demasiada información, más que unas fotos y su dirección. Sabía que no le habían contado algo, una pieza importante que habían omitido a propósito. Ya lo averiguaría.

Cuando Chatarra decía tan claro «soluciona este asunto», en realidad quería decir que matara a esa persona. Y Mark no era un asesino a sueldo. Pero Tony tenía la oportunidad perfecta de deshacerse de él. No tenía vínculos con el empresario y si desaparecía de forma misteriosa, nadie dirigiría las preguntas hacia el magnate. Un negocio redondo, para Chatarra, claro. Sin embargo, Mark tenía otras intenciones. Primero, necesitaba averiguar quién era aquella chica y por qué el mafioso pretendía dejarla fuera de juego. En cuanto lo supiera, decidiría cuál sería su movimiento. Mientras tanto necesitaba continuar con su actuación. Sabía que por lo menos uno de los allegados de Chatarra lo observaba de vez en cuando para transmitir al jefe sus progresos. También sabía que su venganza contra Chatarra dependía de cómo finalizara aquel asunto.

Comprobó en su lista los bares en los que tenía mercancía pendiente de entrega. Aquella semana se le habían acumulado, y no cobraría del tema de la chica hasta que diera pruebas de que lo había finiquitado. El alcohol vendido se pagaba semana a semana y necesitaba bastante dinero para sus planes futuros. Arrancó el camión y, sin su ayudante en esta ocasión, decidió continuar con las ventas de botellas de Chatarra.

Cuando se encontraba girando el volante, le pareció verla. Caminaba a grandes pasos, con seguridad en sí misma. Volvió a aparcar. La oportunidad se le presentaba.

Ella pasó justo debajo de la luz de una farola. No había ninguna duda, se trataba de su objetivo, la mujer que le habían encargado eliminar. No tenía pinta de amante despechada. Había conocido a varias jóvenes adeptas de Tony con anterioridad y no se parecía en nada a una de ellas.

Alta, desgarbada, delgada. Pelo moreno y corto. Ojos claros. Vestía con cierto aire militar con sus botas y cazadora de cuero. Probablemente era una pose buscada y no tenía nada de real. O tal vez sí. Entró en el portal y desapareció tragada por la penumbra. Dirigió su mirada hacia la luz que acababa de encenderse en su piso. Iría a dormir y él tenía que entregar su alcohol. Pero, las luces se apagaron de nuevo y dos minutos después la mujer salió a pie en la dirección contraria, mirando a sus espaldas.

Decidió seguirla a sabiendas de que su objetivo parecía tener la impresión de que iban detrás de ella. Los peores blancos resultaban aquellos que sabían que los seguían. Eran más precavidos, paranoicos e impredecibles. Todas las actitudes que no beneficiaban a su perseguidor.

La chica continuó hasta el final de la calle y en el momento en el que aunque se girara no podría verlo, puso el camión en movimiento tras ella.

Iba a ser una larga noche.

Michel, hace un tiempo

Michel salió de la comisaría, el lugar en el que estaba más seguro. En la puerta saludó a Irina que iba en sentido contrario. Ella le devolvió escueta el saludo y ni se molestó en mirarlo. Después del asalto al almacén apenas habían intercambiado una palabra. Él había realizado un par de intentos de acercamiento que no fructificaron como consecuencia del muro de frialdad con el que Irina lo castigaba. Ni siquiera un comentario gracioso, relacionado con el trabajo, lograba arrancarle una sonrisa, si la broma venía de parte de Michel.

Ella había pedido un cambio de turno, así que se quedaba sin compañero hasta que le asignaran otro.

Fue andando sin prisa hasta su coche, consciente de que en la calle era más vulnerable. Cualquiera podía acercarse sin ningún impedimento y dejarlo seco de un par de tiros. O un tirador,

no hacía falta que fuera experimentado, con un rifle de largo alcance y una mira telescópica competente. Bastaba con que tuviera un sitio tranquilo y alto en el que apoyar el arma. Su paranoia aumentaba por momentos. Portaba consigo la pistola extra, aun a riesgo de que lo descubrieran en el departamento.

Un coche frenó a su lado. Una ventanilla se bajó.

—Suba al coche —ordenó el conductor.

Michel reconoció la voz. No tuvo tiempo para pensar. Miró a su alrededor, nadie lo observaba. Por el rabillo del ojo, vio a Irina salir de nuevo. Cerró la puerta de la berlina negra con la mano diestra sobre la funda del arma y muy rápido, situó la siniestra muy cerca de la artillería suplementaria. No podía dar nada por sentado y el mayordomo o lo que fuera del hombre del bigote lo estaba conduciendo hacia la casa de campo que ya conocía. ¿Lo ejecutarían allí? ¿En una mansión? No lo creía probable, pero por si acaso, tenía que ser precavido.

Era obvio el motivo por el cual lo convocaban. Había fallado. Un negocio se había ido al traste por su culpa. Es más, había participado de forma directa en la redada, como seguro habían constatado al hablar con uno de los responsables detenidos del almacén.

El automóvil enfilaba sin dificultad la senda de tierra que terminaba en el rico caserío. Aquel día el sol no brillaba como en la anterior ocasión que lo había visitado. Ni su nueva visita era por asuntos de placer. «Negocios, negocios, negocios», se dijo. Era consciente del lío en el que se estaba metiendo desde el principio. También de sus inconvenientes. Que lo liquidaran con un tiro en la nuca y luego se lo dieran a comer a los cerdos era uno de ellos. Así se decía que obraba la mafia troll con los chivatos. Al fin y al cabo, él era uno, un soplón.

El coche se detuvo y lo invitaron a salir.

—Sígueme, por favor —entonó el chófer, aunque tenía complexión de guardaespaldas. Además, ya conocía el camino.

Los dos ascendieron de nuevo por la gran escalera que desembocaba en la sala o despacho donde ya había estado antes.

En la estancia, el hombre de la barbita, sentado. A un lado, de pie, el troll grandote y un tercero que no conocía.

—Bienvenido, Michel —lo saludó. Los otros dos se dieron la vuelta hacia él mientras alcanzaba su posición.

Ninguno de los tres presentaba una sonrisa en el rostro.

—Te dije que el poli no traería nada bueno, Mesías —lo acusó el troll señalándole con el dedo, aunque su frase no estaba dirigida a Michel.

—Calma, Tony —trató de apaciguarlo mostrando ambas manos—. Escuchemos qué es lo que tiene que contarnos nuestro amigo. Michel, cuando quiera —le ofreció que continuara cediéndole la palabra.

—Bueno —comenzó Mich—, me gustaría disculparme por los inconvenientes que pueda haber causado.

—Y tanto que vas a disculparte —le recriminó el troll, el otro hombre continuaba en silencio.

—Tony, deja que se explique —intervino el de la barba recortada, que había sido apelado como Mesías.

—Iba diciendo que el fracaso de esta operación no ha sido mi intención —se excusó de nuevo mirando a los tres a los ojos—. Ya tenía la información y me disponía a salir para enviársela a mi

contacto, cuando me llamaron para formar parte de la fuerza de choque que asaltó el almacén. Con mi experiencia de más de veinte años en el cuerpo, resultaba imposible negarme. Suelen contar con los detectives veteranos en labores de coordinación, supervisión e incluso de apoyo a las escuadras de élite.

—Muy bien. Es comprensible —aceptó su empleador.

—¿Comprensible? —estalló el troll—. ¡Hemos perdido más de un millón cada uno por esa mierda de elfo!

—Esta semana ganarás el doble con tus otros asuntos. Además, gracias a su trabajo desde dentro todos hemos ganado diez veces esa cantidad.

—Mesías, me estoy hartando de tus juegos de polis y ladrones.

—Tony, si quieres romper el trato que cerramos en esta misma sala, dilo con claridad —expresó Mesías con rotundidad.

—No me van tus escarceos con la policía. —Miró con desdén a Michel de arriba abajo—. No son buenos para el negocio.

—Pues entonces tenemos un problema. Porque creo que el detective, aquí presente, ha sido leal y nos ha proporcionado soplos con los que hemos obtenido muchos beneficios. Y pretendo seguir de la misma forma.

—El problema se soluciona rápido. —Se apoyó con dos enormes manos sobre la mesa inclinando su cuerpo hacia su socio—. Hemos terminado, no haré más negocios contigo. Me consta que muchos de los míos me seguirán y también varios de los tuyos. Te quedas solo.

Dicho eso salió airado del cuarto a grandes pasos.

—No esperaba menos de él. Tony Chatarra no sabe jugar en equipo, igual que su padre. —Negó con la cabeza en un gesto de decepción—. Michel, usted no deje de hacer su labor. Me encuentro muy satisfecho de que trabaje para mí y no me arrepiento de haberle asignado esta tarea. Ya me ocuparé yo de los Chatarra de turno. Su contacto como siempre, en caso de que haya novedades de las que necesite ser informado, Boris —señaló al conductor que había vuelto a aparecer—, se lo hará saber.

Los despidió con un gesto de su mano. Michel caminó detrás del chófer, que tenía nombre después de todo. Por fin había averiguado quién era el troll. Conocía ese apodo. Estaba relacionado con tráfico de mierda de elfo, contrabando de licor de hada, prostitución, trata de inhumanas, venta de bebés y una larga retahíla de supuestos delitos de los que nunca se le había podido acusar por falta de pruebas. Lavaba su dinero ilícito a través del negocio de chatarrería y eliminación de desechos que había heredado de su padre.

Subieron los dos al automóvil negro. El trayecto de regreso le resultó más corto y menos angustiante.

—Si quieres un consejo —le comentó Boris—, no dejes muy lejos esas pistolas que llevas —Michel hizo un amago de replicar—. Sí, se te notan. Te aseguro que el jefe se ocupará de que no te ocurra nada. Pero ándate con cuidado, no puedo responder por el troll, Chatarra está desatado. Vigila tu espalda, Michel. —Detuvo el vehículo en el mismo lugar donde lo había recogido.

—Te haré caso, y gracias. —Si le respondió, no pudo comprobarlo, porque en cuanto la puerta del habitáculo volvió a cerrarse, el coche arrancó y lo dejó de pie en medio de la carretera, pensativo.

Otro automóvil se acercaba hacia él a gran velocidad. Frenó de golpe con un chirrido,

deteniéndose a escasos centímetros de sus piernas. Michel ya había hecho el gesto de buscar sus armas. A punto se encontraba de desenfundar las pistolas. Venían a por él.

—Sube, Mich. —Quien lo exhortaba ahora era Irina, con cara de pocos amigos, desde detrás del volante.

Una vez dentro, el detective no dijo ni una sola palabra, ni tampoco la miró a la cara.

—Te he seguido —anunció la mujer—. Así que ya va siendo hora de que me expliques en qué coño estás metido.

16. Confesión

Irina, metida en un lío, ahora

—SEÑORITA, ¿QUÉ ESTÁ HACIENDO AQUÍ?

Un celador la apuntaba a la cara con su linterna, deslumbrándola. Pillada. Enhorabuena. En el exiguo espacio del despacho del forense no había forma de abrirse paso a golpe de puño. Examinó al hombre de arriba abajo, corpulento y alto; llevaba las de perder en un cuerpo a cuerpo. Su única salida: utilizar el intelecto.

—Discúlpeme, ¿señor...? Soy una de las ayudantes del doctor Blanco, venía a recoger un informe que me he dejado olvidado. —Emitió una sonrisilla nerviosa.

—Soy Juan, el celador de guardia. ¿Por qué no ha dejado el doctor Blanco por escrito que uno de sus colaboradores vendría por la noche?

—Verá, si mi jefe se entera de que he estado aquí, me meteré en un lío enorme y me despedirá. —Puso cara triste.

—Comprendo. Pero esto sigue siendo irregular.

—El doctor Blanco no puede saberlo, ya me tiene entre ceja y ceja, por ser joven y mujer. Ya sabe —sonrisa encantadora—, es difícil formar parte de un equipo en el que solo hay chicos. Está esperando a que cometa cualquier error para echarme. Por favor, por favor, tiene pinta de ser amable, por favor no le diga nada. —De nuevo compuso el rostro y la sonrisa de no haber roto nunca un plato.

El celador se debatía entre la supuesta inocencia y simpatía de la chica y hacer bien su trabajo con una mueca de incredulidad y duda. En su entrecejo parecía librarse una cruenta batalla por creer en lo que le decía la mujer.

—Está bien —terminó por ceder—. Aun así, me gustaría que comprobáramos su versión con el vigilante de la entrada.

—Claro, sin problema. Le dirá lo mismo que yo —contestó afable.

En cuanto se giró para encarar la puerta, le pegó un golpetazo con la culata de su arma en la nuca que dejó al pobre celador inconsciente.

—Lo siento, pero me juego mucho en esto —se disculpó ante el cuerpo desmayado a sus pies—. No puedo permitirme cabos sueltos. Tendrás un dolor de cabeza de cojones cuando te despiertes.

Enrolló el informe y lo metió dentro de su chaqueta.

Arrastró al pesado celador hasta detrás de la mesa del forense. Quien abriera la puerta no lo vería, a no ser que entrara a propósito en el despacho. Eso le daría un tiempo precioso hasta que lo descubrieran.

Se aseguró de que nadie hubiera escuchado su cháchara y volvió por el mismo lugar por el que había venido, con más precaución todavía, si es que aquello era posible. Porque su corazón estaba a punto de escapársele del pecho ante la simple idea de que pudieran encontrar al celador tendido en el despacho del médico. Tenía que salir de allí antes de que lo hicieran.

Cualquier sonido, cualquier sombra cercana se le antojaba un peligro que evitar. El recorrido

entre el edificio de la morgue y el descampado que lo rodeaba le pareció más largo que la primera vez. Suponía que debido al cansancio y a la presión. Había soportado situaciones peores y saldría de esa con buen pie.

Sin pararse a recobrar el aliento, se encontró trepando por la valla. Cuando alcanzó la cima, miró en qué lugar se encontraban las cámaras y de qué forma se estaban desplazando. Contó hasta tres y se dejó caer desde arriba del todo, en el rebote golpeó con una rodilla contra el suelo. El dolor era insoportable, pero evitó quejarse. En cuclillas, con la rodilla herida despidiendo oleadas punzantes de calor, mordió el labio inferior tan fuerte que casi se provocó sangre.

Las cámaras se movían. Contó otra vez, al llegar al cinco salió disparada hacia una de las esquinas. Casi lo había conseguido. Un esfuerzo más y sería libre. Haberse arriesgado habría merecido la pena, obtendría un gran beneficio, poseía el informe de Blanco sobre el caso. El que le habían negado de forma rotunda. Lo tenía.

La cámara ofreció su punto ciego y corrió lo más rápido que fue capaz, cojeando, con la rodilla quejándose, martilleando, recordándole que no podía hacer aquello, que necesitaba detenerse a curar la herida. No prestó atención a lo que su cuerpo le exigía y continuó sin parar, hasta que estimó que se encontraba a una distancia suficiente en la que no entraría en el encuadre de los dispositivos de vigilancia.

Lo primero que hizo fue palparse la cazadora. Correcto, el expediente estaba en el mismo sitio. Ya había aminorado el paso y a punto se encontraba de salir del distrito de los hospitales cuando la iluminaron las luces de un coche. Se volvió con discreción. Un camión circulaba por detrás de ella a una velocidad demasiado moderada. El conductor había apagado los faros. La estaban siguiendo.

Apretó un poco el paso para ver si el camión se movía. No lo hizo. Continuó avanzando de la misma manera, comprobando en cada esquina si el camión seguía a su espalda. No había cambiado de posición. En ese momento no estaba al alcance visual del conductor, apretó a correr a pesar de su rodilla magullada que comenzaba a hincharse. Repitió la operación en cada nueva manzana. Había tomado la precaución de dejar el coche aparcado al lado de su casa, no quería que pudieran relacionarla con el asalto a la morgue por la matrícula del patrullero.

Ya veía su portal, cuando se volvió con falso interés hacia el escaparate de una tienda. El reflejo que le devolvió el cristal lo confirmó: el camión estaba estacionado con las luces apagadas y no podía ver al conductor, a una manzana de distancia de donde se encontraba. Bien. Además el tipo que la seguía no era un novato en aquellas tareas; sabía que lo había descubierto y mantenía una distancia prudencial para que ella supiera que estaba allí, pero sin agobiarla tanto como para que hiciera alguna estupidez. Como sacar su arma reglamentaria y reventarle la cabeza de un disparo, por ejemplo.

Respiró un par de veces para calmarse y enfiló hacia su casa. Necesitaba dormir más que nunca. Al día siguiente ya planearía qué hacer con el parásito que tenía detrás y vería qué había en claro del informe del forense.

Mark, casi al mismo tiempo que Irina

Se despertó sobresaltado al comprobar que su blanco regresaba de lo que fuera que hubiera ido a hacer. Casi se le había pasado por alto. Aunque se desperezó con rapidez, aún tenía sueño. Una sensación extraña en su estómago le indicó que aquella mujer no era muy corriente. Se había colado de noche en una instalación médica. Ya averiguaría qué departamento era aquel. Evitaba y

daba esquinazo a las cámaras como una profesional. Había gato encerrado y cada minuto que transcurría le gustaba menos el marrón que le había pasado Tony.

La chica lo valía, eso por descontado. Pero ¿sería peligrosa? Ya sabía que debía andar con mil ojos con ella, porque acababa de demostrarle lo atrevida y valiente que era. Mark no quería sobresaltos. Era partidario de los trabajos realizados con limpieza, sin complicaciones. Parecía que le había tocado un encargo lleno de dificultades.

Había arrancado el camión, el motor a las mínimas revoluciones para engranar una marcha y salir muy despacio detrás de ella. Se mordió la lengua, un gesto habitual cuando se concentraba. Había cometido la imprudencia de encender las luces, y justo iba a apagarlas cuando ella se giró hacia su camión. Lo había visto, sin lugar a dudas. La cabina y la calle quedaron a oscuras, no podría distinguir su cara con los faros apagados. Sin embargo, el juego cambiaba de reglas: el ratón se había dado cuenta de que el gato andaba detrás de él.

El ratón continuó al mismo paso como si no ocurriera nada. Ambos sabían que no era así. Mark no se movió. Hasta que su presa no salió de su campo visual no avanzó unos metros, asegurándose de no adelantarse mucho. Solo un poco, lo mínimo para que cuando ella se diera la vuelta no lo viera detrás. Caminaba rápido y tampoco quería perderla. Chatarra se había tomado demasiadas molestias para tratarse de una simple chica. Quería averiguar por qué. No asesinaría a sangre fría a una desconocida, necesitaba saber el motivo por el que era prescindible para el mafioso. Él no era un sicario. No lo haría sin una razón convincente. Si contrariaba a Chatarra, sería haciendo lo imposible para cabrearlo y si podía obtener ventaja sobre él, no dudaría en cogerla.

Ella se paró. Utilizó el truco de mirar por el reflejo de un escaparate. Sí, podía verlo, estaba allí, detenido. «Sigo aquí, nena» dijo en alto. Buscó a su alrededor por la cabina. Agarró la pistola y la amartilló. Por si acaso. No sabía si ella era inocente o culpable, pero si las cosas se ponían feas, no iba a dejar de defenderse. Nunca lo había hecho. Siempre había peleado, desde la muerte de su padre. Lo vengaría aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Tony se enteraría de quién era el hijo de Knut Hombre del Norte.

El blanco seguía a buen paso. Se metió en el portal de su casa.

Aguardó cinco minutos porque ella estaría mirando la calle por la ventana. Cuando consideró que había pasado el tiempo suficiente, se marchó. No obstante, dejó el camión aparcado a dos calles de distancia y regresó a pie fumando un cigarro. Si ella quería volver a realizar un acto imprudente aquella noche, era el momento preciso. Al no verlo por la ventana, pensaría que había abandonado la vigilancia.

Se apostó contra la esquina de su edificio, en un ángulo en el que ella no podría verlo desde su casa ni tampoco si salía del portal de forma inesperada. Tiró el cigarrillo. Después se aseguró de que la pistola tuviera munición.

No se le iba a escapar.

Michel e Irina, cuatro años atrás

Michel e Irina, los dos sentados uno enfrente del otro, en la misma habitación, pero con las posiciones intercambiadas. Michel sobre la cama, Irina en una silla. Los gestos mostraban la tensión creciente entre los dos.

—Empieza —demandó la chica.

—No sé por dónde hacerlo —replicó con tristeza el hombre.

—Por el principio. Venga.

—Es difícil de decir... —titubeó unos instantes—. Si te lo cuento, te meteré en un lío y no quiero verte implicada por culpa de mis problemas.

—Soy mayorcita, soy policía, tengo un arma y sé cómo utilizarla —lo cortó, tajante—. Sigue.

—Antes de que juzgues lo que te voy a contar, quiero que tengas en consideración lo mucho que me cuesta que Isabel esté bien atendida.

—Sí, lo sé, Mich. —Cambió su gesto por un mohín de pesadumbre—. Te he ofrecido mi ayuda varias veces.

—Y te lo he agradecido otras tantas, pero es asunto mío y tengo que lidiar con ello.

—Entonces, es por dinero.

—Algo así —Michel desvió la mirada hacia el suelo de moqueta.

—O sí o no, ¿Mich? —La joven arqueó sus cejas al tiempo que formulaba la pregunta.

—Sí, lo es. Deudas de juego. Entre el dineral que me costaba la atención a mi mujer y lo que debía a varias mesas de juego, no podía sobrevivir.

—Me lo podías haber pedido a mí.

—No tendrías suficiente. Además, te habría convertido en una parte más de mi problema. No quería eso.

—¿No se te pasó por la cabeza pedir un préstamo?

—Sí, claro. Pero no podría ni pagar los intereses, además de que una deuda de juego solo puede pagarse con dinero negro.

—Muy bien. Empiezo a ver por dónde va la cosa. Te has buscado un segundo trabajo, uno no demasiado limpio —enfaticó la última palabra.

—Sí —admitió, derrotado.

—¿De qué se trata? ¿Trapicheas con mierda de elfo? ¿Vendes coches robados? ¿Qué? —Lo miraba con sus ojos verdes y las manos extendidas en el aire pidiendo una explicación.

—Mira Irina, no es fácil estar en mi situación

—Ni siquiera intentes justificar tus acciones. No lo toleraré. Te repito, Mich, ¿qué era lo que hacías? —insistió ella sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Pasaba información a la mafia. Cuándo iba a producirse una redada, detenciones, cosas así.

—Y por alguna razón la has cagado y estás muerto de miedo porque piensas que van a por ti.

—Sí.

—Sabes de sobra que mi obligación es denunciarte. —Lo señaló a modo de advertencia.

—Lo sé. Pero no lo harás —replicó Michel, confiado.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Eres un poli corrupto, tú mismo me enseñaste que es lo peor que se puede ser. Es mi deber. Cada minuto que pase sin denunciarte me implica a mí como cómplice.

—Porque todavía me amas —afirmó con una cansada sonrisa en los labios.

—Estás equivocado, Mich. Ya no te quiero. De hecho, llevo un tiempo viéndome con otra persona.

—No lo sabía. —Bajó la cabeza. Había perdido lo que daba por seguro. A Irina, su integridad, su autoestima y quién sabía qué más.

—Reconozco que tenía que habértelo dicho. Pero venías siempre con una nube de problemas, te sentías culpable por Isabel debido a lo nuestro y nunca resultaba el momento oportuno. Hasta nuestra última discusión.

—No me arrepiento lo más mínimo de haber engañado a mi mujer contigo.

—Pues deberías, por lo menos para convencerte de que has actuado mal. No parece estar muy afectado por tus acciones, sino por el hecho de que te he pillado. ¿Qué ocurriría si Isabel se enterara de lo nuestro?

—Eso no sucederá.

—No, porque ninguno de los dos diremos nada. Sin embargo, hay gente a nuestro alrededor que puede habernos visto. Compañeros de trabajo que se hayan dado cuenta de que nuestra relación iba más allá de lo profesional. Existen variables que no puedes controlar, Michel. Ese ha sido tu error, pensabas que podías mantenerlo todo bajo secreto. No has dedicado ni un segundo a pensar en las consecuencias, ni a que no poseías las claves para manejar las situaciones en las que te has metido. ¿No te das cuenta? Estás superado por los acontecimientos de tal forma que no has sido capaz de reconocerlo hasta que te has visto hundido en el barro y no has conseguido salir por ti mismo.

—Sí, estoy hasta arriba de mierda. ¡Pero no hace falta que me lo recuerdes, joder! —le espetó con arrogancia.

—¿Joder? ¿Joder? Que te den por culo, Michel —contestó enfadada—. Si no te has dado cuenta, intento ayudarte y te pones en plan chulo.

—Lo siento, Irina. Estoy muy nervioso.

El detective se levantó de la cama y fue en busca de una botella de alcohol que había sobre una mesa. Irina se le adelantó, dio un manotazo, y esta se estrelló contra el suelo. El licor formó un charquito color ámbar. Los cristales saltaron en miles de pedazos que rebotaron en todas direcciones.

—Y otra cosa. No beberás más.

Michel se quedó absorto contemplando el alcohol derramado en el piso y subió la mirada hacia los ojos de Irina que dolían de tanto que clavaban su determinación en los suyos. Fue incapaz de desafiar a la joven. No podía, estaba agotado, ya no le quedaban más fuerzas.

—Necesito que me ayudes, Ira —dijo entre sollozos. La boca le temblaba y las lágrimas resbalaban desde los ojos hasta la nariz—. Ayúdame... Por favor.

Irina lo miró. Vio una gran tristeza y un hondo pesar en los ojos grises del que había sido su amante. Nunca lo había conocido tan desolado como en aquel mismo instante en la habitación que utilizaban cuando retozaban juntos.

—Michel, tranquilo. Todo saldrá bien. —Se fundió con él en un cariñoso abrazo. El detective fue incapaz de verbalizar una sola palabra, gemía, lloraba sobre el hombro y la larga melena de Irina, que pasaba una mano sobre la espalda de Mich intentando apaciguar su desasosiego. Pero estaba inconsolable, así que la mujer dejó que exteriorizara su pena, hasta que se cansara.

—Michel, todavía hay espacio para maniobrar. Hay que ser inteligentes. Como medida más inmediata, vas a seguir realizando las tareas que te encomienden. Procura no fallar. No cambies nada, sigues a sueldo de ellos, no hay que dejar el más pequeño resquicio que les induzca a pensar que pretendes jugársela. Intentaremos volcar la información que posees sobre su organización a nuestro favor.

Irina se separó un poco del cuerpo tembloroso de Michel. Había escuchado un par de golpes en la calle y fue a mirar por la ventana. Dos trolls salían de un coche grande, el ruido debía ser de los portazos. La policía se fijó, por deformación profesional, en que las chaquetas de los gigantes

se abultaban de una forma extraña a la altura del pecho. Iban armados.

—¿Tienes problemas con algún troll? —inquirió a Michel sin dejar de observar la calle.

—Sí, es posible —contestó, interrumpiendo su llantina.

—Pues coge tu arma. Tenemos que irnos. Creo que vienen en tu busca. Si no salimos del apartamento cuanto antes, no tendremos ninguna oportunidad.

Uno de los trolls merodeaba por las inmediaciones del edificio, el otro alzaba la vista hacia los diferentes pisos.

Michel cogió sus dos pistolas y comprobó las balas del cargador de cada una. Su compañera lo imitó.

—Hay que llegar a la calle como sea. Como sea, Michel —recalcó su afirmación.

—De acuerdo. Vamos allá.

Abrieron la puerta del apartamento con cuidado, cubriéndose el uno al otro. Avanzaron despacio y en silencio por el pasillo en un intento de no delatar su posición. Escucharon que el ascensor se ponía en marcha, pero no podían saber si subía o bajaba. Alcanzaron las escaleras y descendieron en silencio, avanzando con un tramo de diferencia entre ellos. Apuntaban al frente y a la retaguardia y se desplazaban con mayor cuidado a cada nueva planta que accedían. La calle no se encontraba ya demasiado lejos, pero no sabían qué iban a encontrar allí.

Mark, hoy

El sol lo despertó, acurrucado en la cabina del camión. Resoplando, estiró los brazos, se desperezó y emitió un sonoro bostezo que se asemejaba más a un aullido. Se frotó los ojos con ambas manos y después se peinó el pelo con la mano para ordenarlo un poco.

Recordaba haber dejado la vigilancia cuando, después de dos horas de pie contra una esquina, la mujer no salió de su edificio. No tenía pensado volver a la calle aquella noche. Decidió darse un merecido descanso.

Mark tenía la esperanza de que no se le adelantara y hubiera madrugado más que él. Era demasiado temprano para cualquiera, incluso para los que se levantaban al amanecer. Colocó una mano delante de los ojos para que le sirviera como visera, porque le molestaba la luz. Miró la hora en su reloj. Le hacía falta una buena cantidad de cafeína, aunque no podía permitirse desayunar hasta que su objetivo saliera de casa.

Buscó en la guantera hasta que dio con un paquete arrugado y extrajo un cigarrillo que encendió con una cerilla abandonada. Bajó la ventanilla y expelió el humo a la par que el fresco de la mañana entraba en el habitáculo. Hacía un bonito día.

17. Convergencias

Irina, en este instante

IRINA CERRÓ CON DESGANA LA ROSCA de la cafetera y acto seguido la colocó sobre el fuego de la cocina que llameaba con fuerza. Después, atravesó la estancia, golpeándose el hombro con el marco de la puerta. Aún se encontraba muy dormida. Había tardado mucho en que le entrara el sueño y ahora lo pagaba. Necesitaba una ducha urgente, pero antes de eso su organismo demandaba la cafeína necesaria para ponerse en marcha y obedecer a su dueña. Cogió una vieja gorra para que el pelo no le molestara, estaba especialmente revoltoso aquella mañana. Mal despertar, si compartiera casa, no hablaría con nadie hasta después de la ración de café y los cinco minutos regeneradores bajo el agua hirviendo. Tras aquel ritual, ya se sentía persona. Por la boca de la cafetera comenzó a escapar el vapor, que silbaba, indicándole la proximidad de su encuentro con el líquido caliente y amargo. Sintió un escalofrío al pensar en el desayuno, así que se arrebujó con su albornoz; apenas llevaba unas bragas y una camiseta de tirantes. El piso era de terrazo y no se calentaba ni en verano, por lo que sus pies descalzos se helaron.

—¡Atchís! —Estornudó. Restregó su nariz con el dorso de la mano. Hacía frío en el piso, por primera vez fue consciente de ello. Casi nunca pasaba allí tanto tiempo como aquella noche y cuando iba a dormir, se encontraba tan borracha o estaba tan rendida que ni lo notaba. Pero hacía frío. Un frío de cojones. Estaba helada.

Volvió a estornudar.

—¡Joder!

Pensó si tenía unas zapatillas de estar en casa, pero no estaba segura. No recordaba dónde las había guardado, el orden no era una de sus cualidades. Dejaba todas las cosas apiladas unas encima de otras, hasta que aquel espacio resultaba necesario para otro montón de ropa, de libros o lo que fuera.

El café comenzó a borbotear. Un minuto le restaba para saborearlo en su boca. Volvió sobre sus pasos para apagar el fuego, con tan mala suerte que tropezó y, en su intento por agarrarse a cualquier cosa, asió el asa de la cafetera tirándola al suelo. Parte del hirviente contenido de esta acabó aterrizando sobre Irina.

Tenía un pie escaldado, una cafetera abollada y su desayuno esparcido por el suelo de la cocina. Bonito comienzo de día.

Media hora más tarde salía de su casa duchada, vestida, con el estómago vacío y un pie dolorido. El leve roce de los calcetines le mandaba oleadas de dolor. Lo peor era que tenía que ir caminando hasta la comisaría. Y el paseo también le trajo a la memoria otra cosa: se había magullado la rodilla la noche anterior y a cada paso que daba sus protestas aumentaban.

El sol la despejó a falta de su añorado café. Su estómago se quejó ante la perspectiva de llenarse con el líquido oscuro de la máquina del departamento, que a lo mejor que sabía era a agua azucarada. O tal vez porque hacía más de doce horas que no le daba de comer. Pensó en su pobre madre regañándola porque la veía muy delgada. Cuando estaba atareada, se olvidaba de aquellos pequeños detalles.

El informe del forense sobre Aura Merchante permanecía apretado contra su pecho en el interior de la cazadora; no había tenido tiempo para estudiarlo. Las respuestas que ansiaba se encontraban allí, tan solo tenía que buscarlas. Tendría que escabullirse a un despacho vacío para leer las notas de la autopsia sin que la molestaran, además de evitar que la cogieran haciéndolo. Ya era responsable de un delito, de lo inteligente que fuera dependía que no la pillaran.

Quería resolver el caso y le molestaba no hacerlo.

Antes de enfilar las escaleras de la comisaría, la rodearon un grupo de uniformados.

—Detective Gryzina, queda detenida —anunció el oficial que llevaba la voz cantante, un sargento que no conocía de nada. Al mismo tiempo el círculo de policías se fue cerrando a su alrededor como un cepo.

—¿Qué significa esto? —se quejó, molesta, mirando a sus compañeros.

—Una orden de detención, detective. —Le mostraron un papel con membrete oficial en el que se ordenaba su arresto.

—¿De qué estoy acusada, si puede saberse? —elevó su tono, indignada.

—No lo sé, cumplo órdenes.

—Claro.

—Entregue su arma por las buenas, detective Gryzina —le advirtió el sargento.

El tumulto formado fue aumentando a medida que otros policías, los que entraban y los que salían del turno de noche, se acercaban a observar el altercado, atraídos por el creciente volumen de la disputa.

A pesar de saberse atrapada, cedió su pistola reglamentaria de buen grado. No conducía a ninguna parte liarse a tiros con los colegas de trabajo, que también sabían cómo utilizar un arma de fuego.

—Registradla.

—Al primero que me ponga la mano encima le doy una patada en los huevos —amenazó Irina.

—Lo siento, son las instrucciones. Tenemos libertad para emplear la cantidad de fuerza que consideremos necesaria. ¿Va a resistirse, detective? —entonó, burlón, el sargento.

—No respondo de mí como me sobéis las tetas o el culo —replicó superada por los acontecimientos y resignada, más que indignada.

El perímetro del cerco se abrió para dejar pasar a una mujer de uniforme. Se acercó mirando intrigada a Irina. Después hizo un gesto hacia ella, indicándole que comenzaría el cacheo. Palpó de manera conveniente y sin cebarse los bolsillos, el interior de las piernas, las axilas, la espalda. La mujer deslizó el cierre de la cazadora de Irina y sacó el informe doblado que mantenía en el interior del bolsillo. Volviéndose, se lo enseñó al sargento, que le pidió que se acercara hasta su posición. Observó el objeto con extrañeza.

—¿Qué es esto? —inquirió señalando el expediente.

—Si no lo sabes, es que no eres más que el segundón que aparentas ser. —Acompañó su bravuconería con una sonrisa.

—Veremos quién se ríe más. Esposadla —apremió a sus agentes para que le pusieran los grilletes.

Irina se dejó apresar, no opuso resistencia. Mientras afianzaban el cierre alrededor de sus muñecas, colocadas a la espalda, no dejó de mirar al sargento de marras. Sabía que no era más que un subalterno, sin embargo, lo acababa de apuntar en su lista negra. No quedaban dudas de

que la misma persona que le había ofrecido ayuda, se la había jugado. Tendría que haber dejado el informe en casa. No había posible defensa contra eso.

Cuando la metieron a la fuerza por la puerta de la comisaría, observó de reojo una figura que conocía bien. La alta silueta de Christian la miraba con arrogancia.

Mark, muy cerca de Irina

Su blanco se había puesto en marcha bien temprano y quería saber más sobre él antes de ejecutar el encargo. Chatarra, igual que en la mayoría de las ocasiones, le ocultaba información. Estaba harto de eso. Quizá su conciencia se estaba manifestando. Se dijo que no era un asesino a sangre fría y mucho menos a sueldo de Tony. Por lo menos, no quería convertirse en algo así. Sus pasos iban encaminados a que el troll lo implicara cada vez más en sus negocios, en su vasta red. Mark no podía escapar con facilidad de la telaraña que Chatarra había tejido a su alrededor: la entrega del alcohol, primero; aquel trabajo especial, después. Quería tenerlo bien atado. Mantenerlo muy cerca, por si tenía pensamientos de traicionarlo, por si se le ocurría darle la espalda, cosa que llevaba planeando mucho antes de comenzar a trabajar para él. Tanto tiempo como al minuto siguiente de que le comunicaran que habían matado a su padre de una paliza. Desde entonces. Por eso había regresado a Semura; ninguna otra cosa lo retenía allí. Podía haber empezado negocios más lucrativos en otras polis lejanas, aisladas y olvidadas donde nadie sabía qué era un troll, ni qué había ocurrido en aquella guerra. Pero no podía abandonar, no podía largarse, necesitaba poner un fin, cerrar aquella parte de su vida que aún continuaba abierta. Matar a Chatarra.

A pesar de ello, su acción más próxima consistía en seguir pegado a la espalda de aquella mujer, que caminaba a buen ritmo, aunque cojeaba de una pierna, una posible secuela de la aventura de la noche anterior. Sus pasos iban dirigidos al centro, hacia una de las comisarías. De hecho se acercó a ella con la intención de entrar. Sin embargo, no logró su cometido.

Presenció una escena rocambolesca: el blanco que le habían encargado eliminar, detenido delante de la comisaría. Y resultaba que la mujer era poli. ¡Chatarra estaba loco! Quería que eliminara a una policía. No comprendía en qué consistía el paseíto que se había dado la chica la noche anterior, pero debía haber sido lo bastante grave como para que consiguiera que la arrestaran por ello. La cosa se ponía interesante.

De nuevo, el mafioso jugaba con él. Se estaba guardando triunfos en las mangas para sacarlos en el momento oportuno y llevarse la bolsa. Él también sabía cómo efectuar buenas jugadas. Acababa de decidir que la enemiga de su enemigo era su amiga. Aquella mujer se merecía un poco de ayuda de su parte. Y pondría sus fichas en movimiento de inmediato. Pero antes tenía que cobrar unos cuantos trabajos retrasados, además de animar a varios propietarios de bares que se habían hecho los remolones en el pago del alcohol. Mark era un experto en animación. Lo hacía golpeando rótulas con un bate o retorciendo dedos hasta que los tronchaba. Era graciosísimo, pagaban enseguida. Casi en el acto.

Tiró el cigarro que se estaba fumando y fue en busca de su camión. Necesitaba pensar qué haría a continuación.

Había llegado el momento de la venganza.

Irina, unas horas después

Estaba sola, no percibía ningún sonido o movimiento que le permitiera asegurar que se encontraba en un lugar civilizado. La oscuridad no le gustaba, la temía. La ponía nerviosa. Por eso, casi siempre se iba a dormir borracha. Cuando aún era joven, podía pasar semanas sin dormir, hasta

que caía rendida de puro agotamiento. No quería volver a ver aquellos ojos, aquellos dientes retorcidos y afilados, a escuchar el sonido que producía el roer y masticar de los huesos y la carne de su hermana. No quería que el recuerdo de aquella noche regresara del rincón borrado de su infancia en el que lo había arrinconado, no deseaba volver a vivirlo, a presenciar cómo aquel ser devoraba a su hermana. La sangre, las sombras recortadas de la noche. El deslizarse de los pies de la criatura sobre su alfombra de personajes de dibujos animados, aquella sonrisa infernal, el largo y ensangrentado dedo, rematado en unas garras irregulares y amarillentas, demandándole silencio. Calló, mas por miedo a que le hiciera lo mismo a ella. Pero Irina no se había burlado de aquellos monstruos, como sí había hecho Nadia.

En una esquina de la sala de interrogatorios le pareció que una sonrisa aterradora le daba la bienvenida al país de las pesadillas, para un segundo después, darse cuenta de que no era sino el resultado de su imaginación. Aquella parte de su mente que intentaba suprimir, con gran éxito, por medio del alcohol. Contó hasta cien en su cabeza y trató de centrarse en el lado racional que le decía que esos horrores solo existían en los cuentos de niños, no en la realidad. No más dientes, no más ojos espeluznantes, no más hermanas asesinadas...

La habían dejado sola en una sala en penumbra, con apenas la velada luz de emergencia que brillaba encima de la puerta. Las esposas permanecían aseguradas a la barra de hierro de la mesa. Ni siquiera se habían permitido el privilegio de concederle un vaso de agua. La iban a tratar como a una detenida, el espectáculo en la entrada de la comisaría así lo atestiguaba. Querían armar mucho escándalo para que aunque fuera inocente, que no lo era, no pudiera librarse del juicio de sus compañeros. Apenas había pasado una hora desde la entrada del turno de la mañana e Irina estaba segura de que la noticia debía de haber corrido por la comisaría entera. De nuevo, le habían puesto un obstáculo para que se tropezara. Lo peor era verse encerrada a oscuras, privada de sus derechos, como arrestada y como agente, pues no le permitían llamar a su abogado del sindicato de la policía de Semura.

Entrampada por intentar realizar su trabajo: averiguar quién había asesinado a aquella gente. Le habían tendido un cebo y ella había mordido el anzuelo, se había tragado la carnada y la línea hasta el fondo. El forense pagaría. No en aquel momento de ofuscación y privación. Pero lo haría. Con creces. Aquel asunto le costaría su carrera como policía, sin duda, así que arriesgaría lo poco que le quedaba. Tendrían que liberarla con una fianza. En los calabozos de la comisaría solo había trasgos borrachos y trolls que se habían pasado de listos con algún agente. Las leyes decían que aquellos y los humanos no podían compartir celda. De la misma manera que otras estúpidas legislaciones obligaban a mantener pura cada una de las estirpes sin mezclarse ni tener ningún tipo de relación carnal, bajo pena de muerte en varios supuestos.

Conocía aquella estrategia. Ella misma la había empleado en innumerables ocasiones, la había aprendido de Michel. Se retenía al pollo en una sala, lo más oscura posible, aislado sin un triste café ni agua que llevarse a la boca. Después se olvidaban de él. Ellos, Irina y Mich iban a comer con la mayor tranquilidad del mundo. Una vez, incluso, fueron a ver una película al cine y después a tomar un café. Luego, una de dos, o el arrestado ya había perdido la paciencia, o se había quedado afónico de gritar, entraba la pareja de detectives y lo observaba durante cinco minutos sin decir nada para después marcharse de nuevo. El detenido ya se encontraría al límite de su paciencia y entereza, nadie le decía nada, nadie lo acusaba, nadie iba a hablar con él. Lo más probable es que se estuviera orinando. Una vez, un traficante de poca monta, al que Irina y Michel

sometieron al tratamiento, se meó entero en la sala de interrogaciones. De arriba abajo. Entrepierna, muslos, pantorrillas, sus zapatos rezumaban líquido amarillento. Su mirada rogaba por una solución. Al final, cantó quién era su jefe y terminaron por detener al narco importante.

Irina, sin embargo, tenía suficiente autocontrol. No era un puto camello hasta arriba de refresco de cola. Aguantaría lo que fuera. No la conocían. No sabían de lo que era capaz. No tenían ni idea de lo que iban a desencadenar con aquella delación. No descansaría hasta averiguar quién se encontraba detrás de su denuncia. Acabaría con él. De la misma forma que machacaría al doctor Blanco. Lo haría papilla. Estrujaría su rechoncho gaxnate con sus propias manos hasta que suplicara que no lo matara, después apretaría más hasta que empezara a ponerse morado y pensara que iba a morir. Un momento más tarde, aflojaría la presa para que inhalara un poco de aire con la esperanza de sobrevivir y, tras eso, le hundiría ambos pulgares en la tráquea. La cara de cerdo degollado que se le quedaría después al forense, la disfrutaría más que cualquier trago de licor de hada.

No había tenido tiempo de leer el informe, pero estaba claro que se encontraba en el camino correcto para resolver el caso. Debía haber tocado bien los cojones a un personaje importante para que se tomaran tantas molestias con ella. Quienquiera que le hubiera puesto sobre la pista del informe, para después ayudar a que la atraparan con las manos en la masa, no había pensado que Irina podía haber copiado el documento. Se reprendió por no haberlo hecho. Lamentaría aquel error.

Cada vez estaba más convencida de que el asesino no tenía que ver con el barullo político que estaba a punto de estallar, ni con su propio allanamiento de morada y sustracción. Si conseguía unir los puntos, tendría resuelto el caso. ¿Qué relación tenía Aura con lo demás? Con ella, las tres víctimas habían tenido una relación con ella. Entonces, ¿el responsable de los crímenes la conocía? «Estúpida», se dijo. Claro que la conocía. Aquellas muertes debían ser una especie de llamada de atención del asesino hacia ella. Pero ¿por qué? ¿Qué querría de ella? Empezó a hacer memoria por si recordaba detalles que se le hubieran pasado por alto. ¿Quién sería el siguiente? ¿Christian? No, solo mataba inhumanos. ¿Un inconformista con los acuerdos de paz? ¿Un troll? Habían resultado los más perjudicados con los tratados. Volvería a matar. Tal vez lo estuviera haciendo en aquel momento. Resopló. Y ella retenida en aquel cuarto sin poder hacer nada para impedirlo.

Un sonido la sacó de sus pensamientos. La puerta se abrió. Entró un detective gordo con cara de pocos amigos que no conocía, y detrás de él la figura aún más rechoncha del capitán Castillo.

—¿Cómo se encuentra, detective Gryzina? —preguntó el desconocido.

—¿No lo ve? A punto para una fiesta —replicó ella con su sorna habitual.

—Irina, déjate de coñas. Estás en un aprieto de cojones —le reprochó su superior con enfado.

—Haga caso al capitán. Para empezar está suspendida de empleo y sueldo.

—No me diga...

—Está acusada de un acto muy grave: robar pruebas forenses. No solo pueden expulsarla de la policía, sino condenarla a penas de prisión.

—Saldré por buena conducta, no se preocupe —continuó con sus chanzas con media sonrisa sarcástica.

—No sé qué es lo que encuentra tan divertido —repuso el detective—. No tiene ningún motivo para estar tan contenta.

—Oh, sí. Lo estoy, detective...

—López.

—Mucho gusto, detective López. Estoy tan entusiasmada porque sé cómo continuar con la investigación del asesino en serie. Mientras estoy encerrada aquí y los demás dan palos de ciego, guiados por una mano a la que le interesa que continúen de esa manera —expuso de forma convincente.

El detective López alzó una ceja y se volvió hacia el capitán, que no había cambiado su gesto contrariado ni dicho una sola palabra.

—Yo respondo por ella. Es de fiar y honesta —intercedió Walter Castillo.

—Pediré una fianza y se marchará a casa, detective. Se pondrá en contacto con un abogado y estará bien apartadita de cualquier aspecto de la investigación. En caso de que no lo haga, conseguiré una orden del juez para que permanezca en el calabozo hasta que se celebre su juicio.

—La amenazó con un índice que le acercó a la cara—. ¿He sido lo bastante claro, detective?

—Como el agua —dijo sonriendo y guiñándole un ojo.

Ambos hombres asintieron y se despidieron anunciando que volverían en breve. Parecía que el capitán le había conseguido un intermediario justo. Un uniformado entró en la sala para dejarle una lata de refresco, que ella agradeció y bebió despacio, sin prisas. No sabía cuánto tiempo tendría que permanecer entre aquellas cuatro paredes y quería racionar la bebida. Al poco regresaron los dos policías gordos.

—Está libre bajo una fianza de 25.000 —le contó el detective López.

—¡Hay que joderse! ¿Quién soy, el puto Tony Chatarra? —se quejó Irina, indignada. No disponía de aquel efectivo ni tenía forma de conseguirlo.

—Es lo mínimo que he logrado conseguir para que, por lo menos, el juez de guardia considerara liberarla.

—No tengo esa cantidad. Ni sueño con tenerla. Soy una detective de homicidios en una polis en medio de la puta nada. ¿Cuánto coño se piensan que gano? ¡No soy rica, joder!

Mark, unas horas después también

Con esfuerzo arrastró la carretilla que le servía para mover las cajas de licor hasta donde le había indicado el dueño del bar. Las depositó en una esquina y después las colocó por separado para no dejarlas apiladas unas sobre otras. Prestaba el mejor servicio al cliente. Si alguna botella se rompía durante la entrega, asumía los gastos y la reemplazaba por una nueva. Cumplía con los encargos, siempre era puntual, no fallaba a uno solo de sus compromisos con los propietarios de los establecimientos: su buena fama entre ellos se iba acrecentando.

De la misma forma que él trabajaba bien, esperaba que por su buen hacer le pagaran con la misma rapidez con la que Mark servía los pedidos a los bares. Aguardó, tras dejar las botellas, a que el dueño volviera.

—¿A qué esperas? —le preguntó extrañado al troll.

—A que me pagues —replicó él, con media sonrisa.

—¿Pagarte? —inquirió aún más sorprendido.

—Claro, no trabajo de balde. Igual que tú. —El gesto de Mark cambió a un rostro serio. No le gustaba aquello.

—No me hagas reír. Trabajas para Chatarra —repuso.

—Vas a pagarme por esta mercancía —le advirtió con un dedo estirado hacia la cara del

hombre que alzaba la cabeza para dirigirse a él.

—¿O qué? ¿Vendrá uno de los matones de Tony y me pegará una paliza? —Rio a carcajadas—. En serio, chico. Le pago una pasta a Chatarra cada semana para evitar estas mierdas.

—No hace falta. Sé resolver mis propios problemas. —Mark se encaró con él. Le sacaba dos cabezas de altura y unos cuarenta kilos de músculo de diferencia.

—No te pongas chulo conmigo o sufrirás las consecuencias.

—Estoy pidiendo lo que es justo, que me abones el alcohol que te he traído —continuó el troll sin variar un ápice su tono exhortativo.

—Eso pídeselo a tu jefe, al que ya le doy mucho dinero por seguir teniendo un negocio.

—Creo que no nos entendemos —afirmó Mark.

—No, me temo que...

Antes de que terminara la frase, unas tenazas se cerraron sobre su cuello y lo alzaron en vilo, de la misma forma que una grúa levantaba sin problema un palé lleno de ladrillos. El suelo quedaba a cincuenta centímetros por debajo de la punta de sus pies, que balanceó de forma inútil porque solo encontraron el vacío del aire. La cara se le congestionó y enrojeció. Los ojos se le abrieron, desmesurados, queriendo escapar disparados. Tenía dos venas hinchadas en cada sien, con ganas de reventar en el instante menos esperado.

Mark clavó su mirada en los asustados ojos de su cliente. Lo que este observó a la fuerza, fueron unos iris que destilaban venganza y que no se detendrían ante nada ni ante nadie para conseguir su objetivo. Los ojos del troll lo taladraron con su ansia, su desesperación y su despiadada crueldad.

—No tengo ningún reparo en golpearlo hasta que me pagues. Tú eliges —lo amenazó sin dejar de mirarlo.

—To-ny se enterará de esto... —balbuceó, muerto de miedo.

—Bien. Que se entere. Págame o te rompo la crisma. —Cerró más la presa que ejercían sus manazas sobre el pescuezo del tipo—. Pá-ga-me. No lo repetiré más.

—Lo lamentarás —se quejó entre sílabas asfixiadas.

—Tú sí que vas a lamentarlo, amigo.

Lo lanzó contra una de las paredes de su negocio. El cuerpo golpeó contra la piedra con un sonoro crujido, seguido de una exhalación y un amortiguado quejido, resbaló hasta el piso, tratando de incorporarse, pero el dolor se lo impidió.

Mark avanzó con total parsimonia hasta la caja registradora, sacó el cajón, tomó los billetes que había y comenzó a contarlos sin ninguna prisa. De vez en cuando, miraba de reojo al dueño que pugnaba por levantarse entre sollozos. Cuando estuvo satisfecho con la cantidad, tomó el resto del dinero y se lo arrojó a la cara de su ahora excliente.

—Me gusta que me paguen. No trabajo gratis, no soy un jodido estúpido.

—Chatarra te...

Acalló su voz con una patada en el estómago a consecuencia de la cual se quedó doblado en el suelo, doliéndose, mientras Mark salía del establecimiento por la puerta.

Alcanzó el camión y dentro de la cabina encontró a su ayudante con la sonrisa idiota esculpida en su divertido rostro. Cualquiera cosa le hacía gracia.

—Toma. —Le pasó la mitad del fajo que estrechaba en su mano.

—Gracias, Mark, pero no lo necesito. A ti te hace falta, quédatelo.

—Es el pago por tu trabajo, por ayudarme.

—Estoy contento de hacerlo, no necesito más —le expresó Juan Granito con una inteligencia y sensatez en sus vivarachos ojos que a Mark le hizo dudar del supuesto retraso mental que sufría el joven troll.

—Muy bien. Tenemos que ponernos en marcha. Queda mucha faena por hacer.

Irina, sigue detenida

Irina removía sin ganas una cucharilla de plástico en un vaso de cartón que antes había contenido un café y que en ese momento no tenía nada. El aburrimiento la vencía, quería marcharse de allí. Esperaba a que trajeran el dictamen del juzgado de guardia y la fianza que había fijado el magistrado, teniendo en mente pasar la noche en la frialdad e incomodidad del calabozo, porque no sería capaz de pagar la suma para largarse a su casa.

El capitán Castillo apareció con una mueca cansada y grandes ojeras. Tomó una silla de un rincón y se sentó frente a ella.

—Día duro ¿eh, jefe? —preguntó, animada.

—No tienes ni remota idea, detective —exhaló de una vez el aire de sus pulmones.

—Siento haberle decepcionado, capitán —se disculpó de forma sincera.

—¿Decepcionarme? ¿Decepcionarme? —Soltó una sonora carcajada que puso en movimiento su abultada barriga—. Y una mierda. No has hecho más que lo que esperaba de ti. Ir a por el caso.

—¿En serio? —Abrió los ojos sorprendida.

—Por supuesto, hija. Demasiada política, ya sabes, que...

—... no le gusta verse envuelto en la mierda política —Irina terminó por él su frase.

—Eso. Estaba hasta los cojones de que me dijeran que mi detective encargada del caso no podía husmear ni contar con los datos necesarios para su investigación.

—¿Usted me dejó esa nota! —exclamó con una mezcla de sorpresa y alegría.

—Sí. Fui yo. Alguien tenía que echarte una mano, ¿no? —Le guiñó un ojo.

—Pero, entonces... ¿Quién me ha denunciado? —preguntó la joven queriendo encajar las piezas del rompecabezas.

—No lo sé, Irina. Supongo que te vieron y esperaron a cogerte con el informe encima.

—Pude haberlo leído, por lo menos. Pero estaba tan cansada... Con que le hubiera echado una ojeada podría haber tenido la clave del caso... —se lamentó.

—No te mortifiques. No merece la pena.

—¿Sabe, capitán? —llamó su atención—. No creo que me vieran, tengo la impresión de que me vigilaban.

—¿Estás segura de eso?

—Sí —confirmó Irina—. Un camión me siguió.

—¿Un camión? ¿Qué tipo de camión?

—Uno pequeño, como de reparto —recordó haciendo memoria—. No sabría decir la marca, el modelo o el color.

—No parece cosa de polis.

—No. Desde luego, no nos rebajaríamos a subir en uno de esos trastos.

—Por cierto —pareció acordarse de otro asunto—, Christian me ha preguntado por ti.

—¿Christian? ¿Qué querría de mí ese gilipollas? —Frunció el ceño enfadada.

—No lo sé, se interesó sobre lo que te había sucedido. Eso es todo.

—Ya, pues muchas gracias por nada al imbécil de Christian.

Permanecieron unos segundos en silencio.

—Pensaba que tú y él... Vamos que os entendíais —afirmó con inseguridad.

—Hace mucho, capitán. Hace mucho de eso —expresó con cansancio.

—No estaba al corriente —se disculpó un tanto avergonzado.

—No pasa nada. No puede decirse que tuviéramos una ruptura amistosa precisamente. —Juntó los labios, moviéndolos a un lado en un mohín de contrariedad—. Un momento. —Alzó un índice—. Christian era el encargado de vigilar que nadie contrariara al forense.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me planté en la morgue y le dije cuatro verdades a ese medicucho gordinflas.

—¿Qué bien! Me gustaría que me mantuvieran al corriente cuando uno de mis detectives es asignado a una tarea diferente para la que cuento con él.

—No me diga que no tenía ni idea de que Christian hacía migas con doc Blanco.

—Nadie me ha informado de eso —negó apesadumbrado.

—Capitán. ¿Quién le contó lo de la puerta trasera? —lo interrogó subiendo las cejas.

—¿Quién? Conocía a un vigilante que trabaja allí y que sirvió a mis órdenes hace un montón de años.

—Christian. Ha sido él. Estoy segura. Veo su mano detrás de mi detención —expresó sin emoción alguna, pero con absoluta firmeza.

—No es posible.

—Sí lo es. Me conoce tan bien como para saber que conseguiría colarnos esta farsa. Y que yo asaltaría el lugar por una mínima posibilidad de obtener un indicio para el caso.

—Nos han utilizado a los dos. —Plantó sus regordetas manos en la frente, las pasó por los ojos, para terminar de restregarlas contra la boca—. Increíble. Nunca creí que hubiera tanta suciedad en Semura.

—Ni yo, capitán. Pero sé desde hace tiempo que la hay. Más presente de lo que nos pensamos.

—¿Qué pretendes insinuar?

—Que las bandas mafiosas pagan a hombres dentro del departamento como informantes para evitar las operaciones de la policía.

—Imposible —replicó con disgusto.

—Capitán...

—No, no puedo. No me lo creo.

—Escúcheme. El caso cada vez se enreda más. Sigo pensando que no está relacionado con los inhumanos. Sin embargo, cada uno de los tropiezos que nos han causado se debe a que iba derecha a encontrar un asunto importante. Hay gente que no quiere que sepamos quién mueve los hilos y los asesinatos parecen ser la cortina de humo adecuada para ello.

»Tengo que confesarle una cosa, jefe. —El hombre le prestó su completa atención—. Creo que las víctimas tienen que ver conmigo. Sí, antes de que proteste, déjeme explicarle. He averiguado que la primera víctima se llamaba Aura Merchante. A usted ese nombre no le diré nada...

—No. No me suena en absoluto. —El capitán entornó los ojos.

—Bien pues a mí, sí. De hecho, resulta que la tal Aura Merchante era compañera de juegos infantiles de mi hermana.

—¿Estás segura?

—Y tanto. Jugábamos en la calle junto a la casa de mis padres. Mi madre me ha ayudado a corroborarlo.

—De acuerdo, una amiga tuya de la infancia aparece muerta. ¿Y los demás?

—La segunda víctima, el trasgo. A ese tipo lo interrogué y me cerró la puerta en las narices.

—¿Parecía tener información o encontrarse implicado?

—No, solo se trataba de un trasgo cabreado más por tener que abrirle la puerta a un humano.

—Bien. ¿Y la tercera?

—Bueno. Tengo que admitir que la noche que informé de un tiroteo en el que me vi envuelta, acudí al club Morgana.

—¿En el que bailan mujeres en tetas? He estado un par de veces.

—Sí, ese. Pertenece a Tony Chatarra, entre otros socios.

—¿Puede saberse qué coño hacías allí, detective?

—Investigar, jefe. Ya le explicaré esto con más detalle en otra ocasión. Pero la víctima número tres era una bailarina que se encontraba en el escenario realizando su espectáculo, cuando yo entré al bar.

—¿Estaba desnuda? —preguntó con una sonrisa en los labios.

—¡Capitán!

—¿Qué? Me gusta una mujer en pelotas como a cualquiera. Pero vamos al grano, ¿qué relación te unía con ella?

—No la conocía de nada. Mientras mantenía mi tapadera para investigar, me dedicó su baile cuando se deshizo de la parte de arriba.

—Entonces, sí estaba en bolas.

—¡Capitán! Coño, céntrese.

—¿Cómo quieres que me centre si no haces más que hablarme de mujeres desnudándose?

—La cosa es que, de una manera u otra, los tres asesinatos tenían un tipo de vínculo conmigo.

—Luego es fácil de asumir que el responsable te conoce.

—A esa misma conclusión llegué yo.

La puerta de la sala se abrió de nuevo. En esa ocasión para dejar paso al sargento López que traía un manojo de papeles que puso enfrente de Irina.

—¿Qué es esto? —preguntó, intrigada.

—Tu orden de puesta en libertad. Tienes que firmarla.

—Pero no he pagado la fianza, no puedo permitírmelo.

—Pues parece que alguien de ahí fuera te aprecia lo bastante como para gastarse los 25.000 del ala en sacarte.

—No me lo creo.

—Créetelo. La cantidad ha sido depositada con todas las garantías. Eres libre de irte, detective.

—¿Quién ha sido?

—No ha querido dejar su nombre. Cuentas con un benefactor anónimo. Suerte que tienes.

La joven estampó su rúbrica en los documentos y el sargento le quitó los grilletes, aunque ella no se movió. Le estaban tomando el pelo. Cuando observó la gravedad en la mirada de López se dio cuenta de que no la engañaba: una persona de verdad se había gastado, uno detrás de otro, todos los billetes que la devolvían al lugar donde pertenecía, a la calle.

18. Libertad bajo fianza

Mark, hoy

HABÍA PASADO LA MAÑANA COBRANDO A los distintos clientes. No tuvo más problemas, así que el día transcurrió de forma bastante apacible. Juan Granito y él realizaron una pausa para la comida. Dejaron el camión enfrente del restaurante donde iban a tomar un tentempié. Ninguno de los dos era muy exquisito así que se conformaron con la hamburguesa más grande que había en la carta. No dijeron una palabra, lanzándose a engullir el emparedado de carne, que con suerte sería de vaca, aunque Mark no quería pararse a pensarlo, porque tenía hambre y estaba bueno. Apenas le quedaba una cuarta parte del bocadillo cuando Juanito abrió la boca para hablar y no para comer.

—Quieren matarte, Mark —anunció más serio que nunca mientras se limpiaba las comisuras de los labios con una servilleta de papel.

—¿Qué? —replicó el troll, sorprendido.

—Quieren matarte —repitió su ayudante, sin emoción.

—Te he oído perfectamente. Pero ¿quién?

—Sabes quién. La gente del jefe, o el jefe, no lo sé. Pero quieren matarte —insistió.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Dónde te has enterado?

—Lo he escuchado en algún almacén. No sé quién lo dijo. Pero fue muy claro. Te quieren muerto.

—Vaya, ¿sabes el motivo?

—No les gustas y no quieren que el jefe te encargue más trabajos.

—¿Por qué?

—Porque no quieren que te haga jefe a ti.

—¿Tanto le gusto a Tony?

—Sí —contestó igual, carente de emoción.

—Te lo agradezco. Cuidaré mis espaldas, no te preocupes. —Le guiñó un ojo, cómplice—. No tenemos más trabajo hoy, puedes irte a casa.

—¿Tú te irás a casa? —le espetó el joven.

—No. Tengo cosas que hacer.

—Pues entonces yo tampoco me voy a casa.

—No tienes por qué acompañarme, no se trata de trabajo —intentó explicarle.

—Voy contigo —recalcó Juan Granito, que parecía haberse tomado a pecho su papel de que a Mark no le ocurriera nada.

—Muy bien. Entonces, hay que ir a la comisaría.

El troll lo acompañó caminando sin prisas unos pasos por detrás de él, sin perder de vista el camión y el corpachón de su jefe.

La pareja, que parecía un chico acompañando a su hermano mayor en sus quehaceres, fue andando hasta la comisaría. Juanito se quedó esperando en las escaleras del edificio mientras Mark solucionaba sus asuntos. Porque después de volver a mirar las fotos del tema que le había encargado Tony, Mark había recordado quién era ella. No iba a matarla y si estaba en su mano la

ayudaría en cuanto pudiera: le había salvado la vida aquella noche.

Irina, en el presente

Al encontrarse en la acera de la calle, no supo qué hacer, ni si debía regresar a casa. En un segundo llegó a la conclusión de que con el día tan duro que había tenido se merecía una copa, o varias. Además, estaba suspendida, por lo tanto al día siguiente no tenía que trabajar. Pero no le apetecía andar y su coche estaba aparcado a unas manzanas de su casa.

Accionó el contacto y al motor le costó arrancar, estaba frío. Dio gas para revolucionarlo y el rugido debajo del capó aumentó calentando la maquinaria que comenzaba a girar y a bombear como le correspondía. El viejo artefacto se puso en movimiento siguiendo las direcciones y órdenes que le transmitía su dueña.

Deambuló un buen rato sin rumbo definido. Aunque sabía hacia dónde se dirigía, primero quería dar una vuelta en coche por la ciudad vieja. Metió el ancho vehículo con dificultad por las vetustas calles de lo que había sido el barrio antiguo hacía años. En la actualidad malvivían familias de inhumanos en viviendas ruinosas, semiderruidas, comidas por el moho, por el ácido de las bombas troll o por ambos.

Una familia de ninfas se quedó mirándola según pasaba. No es que fuera una parte concurrida de la polis. Las cuatro figuras, dos de ellas madres, apenas iban vestidas con unos andrajos; las niñas correteaban desnudas a su alrededor. No entendía qué razón las llevaba a abandonar sus corrientes de agua, sus lugares de origen.

Un pequeño trasgo jugaba a la pelota despreocupado porque en su calle no circulaban coches. Resultaba probable que jamás hubiera visto uno. Sonrió sorprendido hacia Irina cuando ella le indicó con la mano que se apartara de su trayectoria. El crío cogió la pelota entre sus manitas y se quitó de en medio.

La calle dio paso a una plaza triangular, cuyo vértice convergía por el lado más alejado. En el medio había tenido un pequeño jardín que ahora apenas era un montón de arena, malas hierbas y excrementos. El viejo empedrado se había ido desprendiendo sin que nadie se hubiera preocupado de reponer los adoquines destruidos, dejando unos enormes baches en la calzada, igual que mordiscos de un gigante comedor de piedras.

Aquí y allá edificios tan carcomidos por los bombardeos de la guerra, que ni siquiera merecía la pena resguardarse en ellos. Paredes y muros que resistían la más elemental ley de la gravedad, pero se empeñaban en mantenerse en pie a pesar del beso letal del ácido. Las rocas, la argamasa, el cemento y los rojizos ladrillos que asomaban por un entramado de hierros retorcidos, ennegrecidos por el hollín del fuego, tan fundidos por la contienda como los millones de personas fallecidas en la lucha.

Unas mujeres troll se asomaron a un desvencijado balcón a su paso. De un lado al otro de la calle, colgaba una precaria cuerda en la que se secaban una docena de prendas, sin que nadie se preocupara de que pudieran ser robadas. Porque allí la gente era tan pobre que robar al de al lado, era una estupidez cuando podía compartir lo poco que tenía, sus cosas y su comida con los demás.

Tampoco contaban con luz eléctrica ni agua corriente. Alumbraban sus noches con velas de sebo que fabricaban allí mismo. Aquellos pedazos de grasa animal que apestaban y apenas iluminaban, se intercambiaban como la auténtica divisa del barrio. Unos sacaban el agua de una fuente cercana. Otros se arriesgaban a cavar en el cauce desecado del río hasta encontrar líquido. Un agua que debía estar contaminada tanto por el ácido troll como por hidrocarburos y metales

pesados de cientos de años de vertidos y desechos incontrolados. Morían a cientos por la poca salubridad del agua que ingerían y con la que cocinaban sus alimentos. Las plagas de hongos les horadaban los pulmones; el frío, el cuerpo y la pena y los recuerdos, el alma. A nadie le importaban. Observó que los viejos trolls que habitaban por allí, no se habían molestado en llevar un torque. Lo más seguro era que jamás en su vida hubieran tenido uno, ni supieran en qué consistía ni para qué se utilizaba.

Desolador. No iba a aquella parte de la polis desde que tenía doce años. Su padre la llevó un domingo de paseo para que viera la suerte que tenían de vivir de una manera más o menos confortable. Cuando llegaron a casa, la pequeña Irina no pudo dejar de llorar. Hacía cuatro años que su hermana había muerto y la echaba muchísimo de menos.

Detuvo el coche, ni siquiera se molestó en parar el motor. Abrió la puerta y observó la explanada desierta.

Allí se encontraba la mole de piedra, agujereada por miles de cañonazos e impactos de proyectiles. La estructura en forma de cruz, con uno de sus lados más largo que los otros, aún conservaba la mayor parte de los muros. Aunque se observaban grandes huecos en los que los sillares se habían derrumbado dejando paso franco a la luz para que invadiera la intimidad del coloso. Su padre le había contado que antes de la guerra había sido un templo muy importante donde la gente iba a orar, e incluso pedía contraer matrimonio allí. También había contado con una torre, aniquilada por el castigo de los trolls, de la que apenas quedaban los basamentos. Las plantas trepadoras parecían haberle dado consistencia a la construcción; con sus raíces y revueltas ayudaban a conservar los restos en medio del silencio y la quietud de las ruinas. La misma función que desempeñaba aquella especie de gelatina amarilla desplegada por otras zonas de la ciudad, pero no allí. Aquella meseta, el punto más elevado, desde donde podía observarse toda la polis alrededor, servía como recordatorio de la primera victoria de la alianza de inhumanos. Era el símbolo de la derrota, la destrucción del monumento más destacado, para que nadie se olvidara. El resto de los edificios emblemáticos se había preservado tal y como habían sido por medio del gel de enzimas.

Echaba de menos a Nadia en aquel lugar fantasmal y abandonado. Quizá fuera por el vacío que suponía la falta de su hermana, de la misma forma que aquel vestigio de otra época suponía un agujero en la historia de la polis. Quiso terminar en el mismo sitio en el que Anton, su padre, le había dicho que nada sería igual desde la muerte de Nadia. Ocho meses después de aquel paseo con su hija pequeña, Antoshka se quitaba la vida con una vieja escopeta de caza que había pertenecido al abuelo Gryzin.

Su padre las dejó solas. Había perdido a una hermana y a un progenitor cuando aún no había cumplido los trece. Ya era bastante miseria por un solo día. Arrancó el coche tras dar una última mirada a la tristeza que desprendía aquella zona.

Unos tragos, como había pensado, le vendrían bien.

Mark, ahora

Al rato, salió de nuevo por la misma entrada de la estación de policía. Juan Granito continuaba sentado en el piso, esperándolo, sin moverse. Si se iba a hacer otras cosas y regresaba al anochecer, el muchacho seguiría en el mismo lugar, sin inmutarse. De eso estaba seguro. Continuaron con la faena toda la tarde.

—Juanito, vas a venir a tomarte unas cervezas conmigo. Yo invito —anunció a su ayudante

después de haber terminado la jornada de trabajo. Una sonrisa iluminó el sombrío rostro del joven.

—Por supuesto.

Los dos fueron caminando hasta el cercano distrito de los bares. Durante el trayecto el troll más joven no dijo una palabra ni expresó ninguna emoción, aunque Mark sabía que la idea de acompañarlo le gustaba. A pesar del entusiasmo del chico, a veces resultaba imposible saber en qué estaba pensando. Debía de tener un universo complicado en el interior de su cabeza. Como si la información en su cerebro se moviera a mayor velocidad que en los demás y por eso sufría de aquellos lapsos en los que parecía estar ido, en otro mundo.

En cambio, a pesar de su falta de atención a la conversación que Mark pudiera ofrecerle, no perdía ojo de cuanto lo rodeaba. Miraba los rostros de cada una de las personas con las que se cruzaba y se volvía para ver en qué dirección iban, una vez que pasaban su posición. Si alguien ajeno a la pareja se hubiera dedicado a vigilarlos durante no más de diez minutos, habría llegado a la conclusión de que el chico no estaba en sus cabales. Y un par de hombres pensaron eso.

Aunque todavía no era la hora punta, el Duende Verde tenía una gran afluencia de gente. Mark buscó un sitio libre junto a la barra donde pudieran sentarse y beber unas cervezas. Aquella noche no estaba Jota, el dueño. Una camarera que no conocía de nada le tendió las cervezas y Mark, a su vez, el dinero correspondiente.

—¿No está Jota hoy? —preguntó el troll mientras esperaba a que le trajera la vuelta.

—No, creo que está enfermo —contestó la chica encogiéndose de hombros y acercándole unas monedas.

—Vale, pues dile de mi parte que se recupere, tenemos que hablar de unas cosas él y yo.

—¿Tu nombre es...?

—Mark Hombre del Norte, ¿lo recordarás?

—Sí. Me acordaré. Se lo diré, no te preocupes.

—Gracias.

—Rosa. Me llamo Rosa —le dijo con una sonrisa.

—Gracias, Rosa —contestó Mark de vuelta.

—A esa chica le gustas —afirmó sin emoción Juan Granito cuando su compañero se sentó junto a él.

—Eso creo.

—¿Cómo es gustarle a una chica, Mark? —le espetó con el ceño fruncido mientras lo miraba fijamente.

—Buena pregunta. —Se quedó pensativo unos segundos y le dio un trago a su cerveza. Contestó después de refrescarse con la amarga bebida—. Me parece que es una cuestión del momento. Lo sabes en ese mismo segundo. Y de brillo.

—¿De brillo?

—Claro. Te brillan los ojos, a ella le brillan los ojos. Es una cuestión de química. El hombre más sabio que he conocido me lo explicó una vez cuando tenía tu edad, más o menos.

—¿Quién era ese hombre tan sabio?

—Mi padre —replicó con tristeza.

—¿Está muerto? —le preguntó.

—Sí. Murió hace muchos años. —Mark dio un largo sorbo, que tragó casi al instante para

alejarse los fantasmas del pasado.

—Por lo menos tienes la suerte de haber estado con él. Yo no he conocido a mi padre. No sé dónde está mi madre —contó Juan sin que, como antes, variara un ápice su tono monocorde.

—¿Quién te crió? —quiso saber Mark.

—Ya sabes. Nos ocupamos de los nuestros. La gente de Chatarra ha cuidado de mí desde que tenía cinco años.

—No resulta muy sano crecer entre maleantes, Juanito.

—Yo nunca he participado en sus negocios. Lo que hago contigo es mi primer trabajo.

—¿Cuántos años tienes, chico?

—Diecisiete.

—Con tu edad yo ya había timado a bastante gente. Así que creo que vas por el buen camino. Pero no deberías juntarte con delincuentes como Chatarra o como yo —le advirtió.

—¿Tu padre también se dedicaba a lo mismo?

—Por desgracia sí. Trabajaba para Chatarra. Por eso me tiene en tan buena estima, dice que le recuerdo a mi viejo. Aunque no soy en absoluto como él.

Juanito asintió y bebió por primera vez de la botella. Casi escupió el líquido cuando entró en contacto con su boca, aunque terminó por tragarlo.

—¿No habías probado nunca la cerveza? —le preguntó Mark, sorprendido.

—No. Pensé que me gustaría —afirmó con sencillez.

—No es para todo el mundo. Tal vez un refresco azucarado te vendría mejor.

—No, Mark. La has pedido para mí y me la beberé, aunque no me guste.

El muchacho era firme en sus convicciones. Igual que en la decisión de acompañar a Mark a cualquier parte que fuera. Como si quien quisiera quitarlo de en medio se fuera a achantar porque un troll a medio hacer estuviera pegado a sus faldas.

Ambos continuaron disfrutando y aborreciendo, en el caso de Juan, sus cervezas en silencio.

Una mujer pasó por delante de ellos dándoles la espalda. No tenía nada de especial. Mark le echó la típica mirada valorativa, con la que en un par de segundos dictaminaba lo buena que estaba la tía y si merecía la pena. Desde luego el trasero que se gastaba aquella era valioso según sus criterios. Y contaba con unas formas proporcionadas, sin llegar a resultar exuberante. Cabello corto moreno. No le había dado tiempo a ver la cara, pero seguro que hacía juego con el resto. ¿Se decidiría? «¡Qué demonios!», se dijo. Apuró lo que le restaba de cerveza y dejó la botella sobre la mesa. Llamó la atención de Juan y, señalando con el índice el lugar que ocupaba la chica en la barra, se levantó hacia ella. El joven sonreía sin disimulo.

Según se aproximaba, apresurado, vio que a la chica le servían un generoso vaso de licor solo. No se andaba con tonterías aquella pajarita. Era dura. Bueno, él también lo era, ¿no?

Ya tocaba la barra con las manos.

—A mí ponme lo que a ella —dijo en alto, para conseguir la atención tanto de la mujer como de la camarera.

—Enseguida —le contestó.

En ese mismo instante, la desconocida se giró hacia él en el taburete y se vieron las caras.

—¡Mark! —expresó Irina con asombro.

Michel e Irina, hace tiempo

Irina y Michel bajaron con la mayor de las cautelas posibles, pisando con mucho cuidado cada

escalón. No sabían si sus perseguidores se encontraban dentro del edificio o los aguardaban en el exterior para obligarles a entrar en su encerrona. Michel no pensaba en otra cosa que no fuera salir de aquella emboscada a cualquier precio.

Irina tenía en mente escapar sin disparar un solo tiro, si aquello era posible. No quería verse en la obligación de justificar por qué había descargado su arma. Cuantas menos explicaciones, mejor. Si se veían envueltos en un tiroteo poco claro, las preguntas arreciarían y no sería capaz de ayudar a Mich con su problema. Eso hacía ella, se involucraba, se implicaba. En adelante sería culpable de encubrimiento de un poli traidor. Era joven y aún tenía mucha carrera por delante, no sabía hacer otra cosa. Debía protegerse. Michel se encontraba en una espiral de autodestrucción en cuyas garras no debía dejarse atrapar. Por mucho que lo hubiera querido.

¿Cuánto duraría la buena disposición de Irina hacia su causa?, se preguntó Mich mientras avanzaban por el portal con sinuosos movimientos. Ella había girado la cabeza en una ocasión, para asegurarse de que su compañero la seguía. Sí, estaba allí, bien pegado a su espalda. ¿En qué otro lugar podría estar si no? Había conseguido justo lo contrario de lo que pretendía: que su colega y ex amante estuviera informada de sus actividades oscuras. ¿Acaso necesitaba su ayuda condescendiente? ¿No había logrado sobrevivir aquel tiempo él solo? Aquellas cuestiones lo llenaron de dudas. No podía confiar en nadie más que en ella. En nadie más. Si con lo que había ocurrido ya enviaban a dos sicarios a por su cabeza, no quería ni imaginar qué ocurriría cuando circulara la sospecha, que lo haría, de que los había vendido, que era más que un poli infiltrado. ¿Y si el rumor llegaba a la comisaría? No existía nada peor que el odio de los propios compañeros. Aunque las miradas veladas, de reojo, por encima del hombro, le traían sin cuidado, el ambiente se tornaría insoportable.

Irina le hizo un gesto: «Vamos a salir. Cubre tu derecha, yo me encargo de la izquierda». La mujer podía transmitir toda aquella información con una sola mueca. Recordaba sus sesiones de cama, en las que al alcanzar el orgasmo decía su nombre, mientras que durante el esfuerzo previo al clímax, no emitía ni un jadeo o gemido y apenas se escuchaba su respiración agitada. Pero después, transmitía tanto con una sola palabra en sus labios perlados de sudor: «¡Mich!».

—¡Mich! Despierta, tenemos que salir —lo apremió en un susurro.

—Sí. Vamos —respondió, sin apenas saber de qué le estaba hablando.

La chica miró afuera, asomándose hacia la calle, sin permitir que cualquiera que estuviera esperándolos viera lo bastante de su figura como para practicar tiro al blanco con ella. Abrió la puerta del portal de golpe y se escabulló hacia la izquierda. Michel salió corriendo y realizó su parte al situarse a la derecha del umbral. La miró durante dos segundos. El primero lo dedicó a observar el exterior, el siguiente fue para Michel. Sus ojos decían que tenían que moverse con precaución. Él mismo escudriñó los alrededores, pero no había ninguna señal que le hiciera sospechar que intentaban liquidarlo. Sin embargo, su experiencia le indicaba que el silencio no era demasiado esperanzador en situaciones similares a aquella. La mujer señaló con el cañón de su arma a su coche, aparcado a una centena de metros de su posición.

—Vamos, Michel. Es hora de irnos. —Mantén la pistola tapada con su cazadora, pero dispuesta para utilizarla en caso de que los atacaran.

En la otra acera había coches aparcados y una furgoneta, pero no movimiento ni gente sospechosa. O eso le parecía.

Caminó detrás de Irina, ambos separados por apenas un par de pasos, lo suficiente para

cubrirse en caso de que comenzara una andanada de disparos. Ella no dejaba de mirar en todas direcciones con furia paranoide. Le había enseñado bien, se comportaba igual que lo haría él. Ese era su mérito, había criado a una buena policía, que ahora resultaba ser su mejor protección. La misma jovencita a la que le había dicho que lo peor del trabajo era ser un poli corrupto. «Qué ironía», no pudo evitar sonreír ante la ocurrencia. Aunque no era ni de lejos un buen momento para chanzas.

Alcanzaron el coche de Irina sin percance alguno. La mujer no montó hasta que Michel hubo entrado en el habitáculo, no sin antes escrutar el entorno que los rodeaba. Desconfiaba de tanta tranquilidad, eso no podía ser bueno. Arrancó el coche sin que intercambiaron una palabra. El rugido del motor aumentó de revoluciones, acuciado por los pisotones de la mujer sobre el acelerador. Mich ni siquiera preguntó a qué lugar se dirigían, ella tampoco se lo dijo.

Atravesaron varias avenidas, dejando atrás el barrio donde estaba la habitación donde se veían. Tomaron entonces una de las vertientes que conducían hacia la parte más concurrida de la polis. No había demasiado tráfico, casi nunca lo había. Después de unas vueltas sin sentido por el centro, Irina giró un par de veces de forma inesperada, al tiempo que comprobaba el reflejo del retrovisor.

—¿Nos siguen? —le preguntó Michel.

—Puedes apostar tu culo huesudo a que sí —replicó ella, sin quitar la vista del espejo y señalando con su índice en la superficie pulida la silueta de un gran automóvil oscuro, cincuenta metros por detrás de ellos.

19.

Irina & Mich Blues Band

Michel e Irina, Semura de hace cuatro años

NO HABÍA DEJADO DE LLOVER EN la última hora. Caía agua como si fuera a terminarse el mundo. Diluviaba igual que si alguien tuviera que deshacerse de todas las existencias del líquido elemento de una vez.

Olía a humedad incluso en el interior del habitáculo del coche. No decían nada. Callaban. Ambos sabían el motivo. Mientras tanto, el vaho empañaba los cristales del coche de Irina. No se desharía en un rato, de eso se habían encargado ellos a conciencia.

La joven, desnuda de cintura para arriba, se esforzaba para ajustarse el sujetador en el exiguo espacio que la separaba del cuerpo ligeramente inclinado de Michel. Él buscaba su paquete de cigarrillos caído por el suelo. Pescó uno entre los dedos y lo encendió con una cerilla, disfrutando del aroma de la primera calada, soltando el humo con delicadeza, sin prisa. De la misma forma que habían hecho el amor, encerrados, atrapados entre las cuatro paredes de lata del vehículo. El pobre se había quejado, había chirriado la amortiguación ante los golpes de cadera de Irina y los embates de pelvis de Michel.

Ella permanecía concentrada en recomponer su atuendo y en buscar la funda de su arma reglamentaria. Se peinó con los dedos, sin obtener el resultado deseado. Ni siquiera protestó ante la peste a tabaco.

Michel la miraba sin perderse ni uno solo de sus movimientos. Diez minutos atrás habían compartido un solo cuerpo, habían follado como cabrones. La miraba de una manera que parecía que fuera la última. Lo sabía. Se estaba despidiendo. Para siempre. Quizá ella no lo supiera, puede que en su madura juventud no se hubiera percatado del adiós. La miraba sabedor de que, a pesar de lo mucho que había querido a Isabel, aquella muchacha había sido el amor de su vida. Ojalá la volviera a ver. Quería volver a gozar del roce de su piel.

—Mich. —Le hizo un gesto con la mano que demandaba el cigarro de su compañero.

—Vale, ya lo apago.

—No, tonto. Pásamelo —exigió ella señalando el cilindro humeante.

El detective obedeció sin rechistar, a Irina no se le podía llevar la contraria. Acto seguido, la chica se lo puso en la boca e inhaló una larga calada. Después devolvió el cigarro a su dueño, sin más miramientos y expulsó el humo sin ningún recato. Él no dejaba de sonreír, divertido ante la escena.

—Pensé que no fumabas.

—No lo hago.

—Acabas de hacerlo —insistió Michel.

—Eso no quiere decir que fume —le sonrió.

—Le has dado una calada a mi pitillo.

—No es lo único tuyo que he tenido en los labios. No te quejes.

—No me quejo.

—Me había sonado como una queja, detective Fernández. —Sonrió con malicia.

—No puedo protestar de la suerte que tengo.

—Eres un cabrón guapo. Me gustan los cabrones guapos. Qué le vamos a hacer.

—¡Eh! ¡Vigila esa lengua, cría!

—Claro, siempre —sonrió guiñándole un ojo—. Y después del placer, el deber. Sal de mi coche antes de que me intoxiques con tu humo.

—¡Ira! Está diluviando ahí fuera. ¿Estás loca?

—Que te largues fuera y dejes de apestar me —ordenó ella.

—Joder con la niña.

Michel empujó la puerta de mala gana, salió al exterior y la dejó entreabierta.

—Como me entre agua en el coche, me las pagarás —sonó la advertencia desde dentro.

—¡Joder! —soltó para sí, al mismo tiempo que intentaba no mojarse mucho y que las gotas de agua no le apagarán el cigarro, cosa que ocurrió a las tres chupadas. Después, decepcionado por no haber terminado de fumar y medio empapado, entró en el coche.

—Michel, me estás mojando los asientos —se quejó.

—Coño, Irina, ¿tú sabes la que está cayendo ahí fuera? —Señaló con el índice por la ventanilla.

—Sí. —Un atisbo de sonrisa se dibujó en su rostro—. Es por meterme contigo.

—Lo sabía. Disfrutas con eso, no lo niegues.

Ella no contestó.

—Te gusta chincharme. Gozas haciendo sufrir a los demás, tomándoles el pelo, riéndote de ellos —dijo Michel.

—Ni que no lo supieras. —Miró hacia el asiento de su derecha, desde el que su compañero le dedicaba una enigmática mirada—. Pero al que más me gusta hacer rabiar es a ti.

—¿Por qué?

—Porque es fácil, porque te lo tomas en serio y porque te quiero.

—¿Qué?

—Eso. Ni que no lo supieras —susurró.

Sus enormes ojos verdes se clavaron en los de él.

Mark y Juan Granito tropiezan con una conocida

—¡Mark!

Resultó que, al volverse, la mujer tenía un rostro conocido. Se trataba de la policía a la que había estado siguiendo en las jornadas anteriores.

—¿Cómo sabes mi nombre? —expresó el troll con desconfianza.

—¿No me recuerdas? Irina. ¿El Morgana? ¿El callejón?

—Me llevaste al hospital, ¿no? —Su frente se arrugó y las cejas se le arquearon.

—Sí, bueno te llevó una ambulancia. Pero sí.

La cara de Mark se retorció en muecas de asombro y una docena de interrogantes se planteaba en su cabeza.

—¡Pedazo de cabrón! —acertó a decir cuando consiguió recomponerse. Aunque la mayor parte de su actuación era fingida, ya que había recordado recientemente el papel de la mujer en su salvamento de aquella noche.

—¿Perdón? —inquirió Irina, ofendida.

—Lo siento. No me refería a ti.

—Eso espero.

—Por supuesto. Ah, y gracias por lo del hospital. Pregunté y me dijeron que se trataba de un código rojo.

—Sí. Menuda historia me tuve que inventar para cubrir mi culo.

—Gracias otra vez —insistió Mark—. Sobre todo si por culpa mía te metiste en un lío.

—Para eso no me hace falta nadie —rió—. Sé hacerlo muy bien yo solita.

—Mira, lo menos que puedo hacer es que me permitas invitarte a una cerveza —ofreció el troll.

—Hecho —aceptó con una sonrisa.

Mark pidió dos bebidas, la segunda para él.

—Así que, ¿vienes mucho por aquí? —preguntó ella observándolo de arriba abajo y constatando que no tenía mala pinta.

—Jota y yo hacemos negocios a veces —contestó, escueto.

—Ah, de esos. ¿Por cierto, dónde está hoy? —Señaló el hueco de detrás de la barra.

—Ni idea. —Dio un gran sorbo a su cerveza. Al levantar la vista se topó con la mirada divertida de su socio, que le sonreía de vuelta.

Mientras, Irina se concentraba en la bebida, sumida en sus pensamientos. La pausa se tornó en un silencio incómodo durante el cual Mark valoró si era momento de retirarse y despedirse. Hasta luego, y muchas gracias por todo.

—¿Qué hacías en el Morgana? —lo fusiló con su pregunta.

—¿Por qué piensas que tendría que responderte? —replicó a Irina.

—Porque soy poli.

—Pero no estás de servicio —apuntó con diversión.

—No estés tan seguro de eso.

—Sí que lo estoy —dijo poniendo énfasis en su afirmación.

Después de una mueca de sorpresa Irina pasó al modo detective.

—Cuéntame qué sabes. —Ahora su rostro había perdido la simpatía y se había plagado de profesionalidad y rudeza.

—Más de lo que te gustaría. —Sonrió mirándola con picardía.

—Venga, empieza a aflojar. —Ella continuaba con su papel de detective dura.

—No estoy detenido ni esto es un interrogatorio formal. No puedes hacerme nada.

—Sí, veo que tienes idea de lo que hablas. Pero, aparte de tus antecedentes, dime de qué se trata o te juro que sales de aquí con un huevo menos —amenazó.

—Todo sea por seguir teniendo dos —bromeó—. Has fastidiado a Chatarra y no le gustas. Y eso, en esta polis, es sinónimo de tener un puto problema.

La calma regresó para revelar que ambos eran capaces de tener los ojos llenos de odio clavados en el otro sin pestañear.

—Creo que vamos a ser buenos amigos —comentó Mark.

—En tus sueños, troll.

—Quieres ser mi amiga, créeme.

—¿Por qué? Tengo dudas. Me parece que esto es la peor jugada para ligar que se ha inventado nunca.

—No me invento nada. Porque resulta que tengo un expediente con tus datos, y fotos tuyas

entrando y saliendo de tu casa.

Irina quiso lanzar un amago de protesta y un comentario que le diera ventaja en la conversación, pero ante la bomba que le había tirado Mark, su inventiva se había desplomado.

—¿Ahora no dices nada? Pensé que eras doña ingeniosa.

—Esto ha dejado de ser gracioso.

—Para mí dejó de serlo la noche del callejón, guapa.

—¿Por qué lo haces?

—Por dos cosas: por la pasta y porque Chatarra me ha jodido.

—Mark, creo que tenemos que hablar de esto con calma —explicó la mujer con seriedad.

—Cuando quieras. Estoy disponible. —Abrió sus brazos ante la invitación—. Es una cita, chica —se burló. Irina entrecerró los ojos y le clavó la mirada, dejando bien claro que aquello no sucedería.

—¿De qué forma me pongo en contacto contigo?

—No te preocupes. Yo te encontraré a ti. No tienes mucho que hacer ahora.

—De acuerdo —asintió—. Como tú quieras. Otra cosa, ¿cuánto vale esa información? Seguro que tus motivos no son altruistas y esperas sacar tajada.

—Claro. Mi elocuencia cuesta la cantidad de, espera...

En ese momento, Juan Granito se levantó y caminó a trompicones entre la marabunta de gente del bar hasta la altura de los dos.

—Buenas noches, señorita. Mi nombre es Juan Granito, es usted muy guapa. —Después se giró en dirección a Mark—. Tenemos que irnos —y señaló a la calle, donde un coche se había parado para que su amigo común, el tipo de la palanca, se bajara de él.

—Vaya, gracias. Tu amiguito es un cabrón educado. ¿Cuántos años tiene, trece? —dijo ella, recuperada su sorna.

—No. Ya hablaremos en otro momento. —Se despidió de Irina agitando una mano con un gesto seco. Los dos trolls se mezclaron con la multitud de parroquianos.

—Ya, ya. ¡Trolls! Peor que los hombres, ¡dicen que la tienen así de grande y luego es todo cháchara para quitarte las bragas! —voceó Irina bien alto para que los dos la escucharan según le daban la espalda camino de la salida trasera del Duende Verde.

Probablemente, si no llevara una pistola, no habría dicho aquella frase en alto en un barrio con bastante presencia troll. Aunque lo único que pretendía era fastidiar al grandote porque no sabía si su intención era chantajearla o echarle una mano para derribar el imperio del crimen de Chatarra en la polis. Porque cosa rara, al contrario de la mayoría del género masculino, aquel tipo no quería llevársela a la cama. O a lo mejor era gay y su compañero era su noviete. Pero no lo creía, tenía una especie de radar para esas cosas. Y nunca le había fallado.

Sus problemas daban un giro interesante. La suspensión de empleo le planteaba un bonito dilema: ¿qué haría para no aburrirse? La diversión llamaba a sus puertas, ¿cómo iba a negarse?

Por la mañana estaba en el calabozo, por la tarde, celebrando la libertad en su bar favorito. Pidió otra cerveza y un chupito de whisky y pensó si sería buena idea terminar la noche con un dedal de licor de hada, solo para animar el largo y difícil día. Se lo había ganado con creces.

Michel e Irina, todavía cuatro años en el pasado

Fuera llovía a mares. No se veía ni a un metro de la fuerza con la que descargaba el agua. No parecía que fuera a escampar en un futuro cercano.

Allí estaban. Parados. Sin nada que hacer.

Michel mantenía la mirada perdida en un punto más allá del parabrisas que debía encontrarse muy lejano y debía resultar placentero, porque sonreía sin ambages.

—Tu cabeza debe de ser un lugar divertido —apuntó Irina.

—¿Qué? —preguntó Michel, sobresaltado, al salir de su ensimismamiento.

—Llevas como diez minutos sonriendo como un estúpido. Dame de esa droga que tomas, por favor.

—Ah. Lo siento —replicó al constatar que su fantasía se había desvanecido. Entonces se dio cuenta. Coche de Irina. Sentados. Con la ropa puesta. Sin folleto. La realidad resultaba mucho más cruda.

—No pasa nada —contestó ella quitándole importancia—. No tenemos prisa, es normal evadirse.

—Sí, no hay nada mejor que hacer —suspiró.

Habían terminado debajo de un puente de recio cemento después de intentar esquivar al coche de los sicarios que los seguía. Irina trató de confundirlos entre el tráfico, callejear y dar vueltas por las estrechas y minúsculas calles del barrio antiguo en las que un vehículo grande tenía complicado maniobrar y por las que resultaba imposible correr. Pero ella corrió. Conocía aquellas callejas y vericuetos como la palma de su mano, pero cualquier otro no lo conseguiría sin estrellarse contra el picudo saliente de un antiguo templo, que aguardaba, traidor, a la vuelta de la siguiente esquina. Tras los esfuerzos de la hábil conductora habían logrado confundir a sus perseguidores.

A Irina le había parecido una buena idea ocultarse durante la noche entre la tranquilidad de los antiguos polígonos. Se trataba de una barriada deshabitada que estaba atravesada, como si fuera una especie de cicatriz, por un gigantesco viaducto de hormigón que había soportado gran cantidad de tránsito sobre sus espaldas y que conducía hacia la salida de Semura.

—Aquí no nos encontrarán, ¿no?

—Eso espero, Mich.

—Más nos vale.

—¿Más nos vale? —repitió, asombrada—. Desde luego tienes una jeta...

—¿Por qué? —preguntó con un incipiente cabreo.

—Porque me has arrastrado a este marrón y estoy intentando salvarte el culo, pero no me voy a hundir en el barro contigo. Eso que lo tengas bien claro —afirmó con rotundidad.

—Muy bien —contestó Michel con pesadumbre—. ¿Puedo fumar? —Le mostró el paquete de cigarrillos.

—Baja la ventanilla, lo enciendes y todo el humo fuera. ¿Entendido? —le advirtió.

—A la perfección, detective.

Hizo caso de las instrucciones de Irina, pero el cigarrillo ya le daba lo mismo, se le habían quitado de golpe las ganas de fumar.

Mark y Juan, en la Semura del presente

No podían acercarse al camión, lo estarían vigilando. Sin transporte no contaban con demasiadas posibilidades de esquivar a los sicarios del tipo del almacén. La zona de los bares en los que se permitía entrar a inhumanos estaba a rebosar de gente: humanos de la peor calaña, enormes trolls, escuchimizos trasgos con su imborrable mueca de roedor vengativo, varias ninfas morenas

hacían la calle en busca de clientes con los que prostituirse... Todos unidos por un motivo, beber alcohol y olvidar sus diferencias durante los breves segundos que duraba el trago.

Mark miró un par de veces a su espalda. Juan continuaba unos pasos por detrás, con rostro serio, pero atento y sin perder comba respecto al ritmo de su jefe. Estaba más preocupado por el bienestar del chiquillo que por que le descerrajaran un par de tiros. Él se lo había buscado, pero el chaval no tenía nada que ver con el asunto.

Medir dos metros de alto resultaba una ventaja para ciertas cosas, como mirar a lo lejos por encima de la gente y ver que tus perseguidores acaban de salir del bar del que te habías marchado poco antes. Pero también servía para ser localizado bastante rápido. Los cuatro secuaces lo señalaron y corrieron en su dirección.

El troll abandonó cualquier esperanza de zanjar el problema sin disparos. Se plantó en dirección a la cuadrilla, enarboló su arma y disparó a dar una tanda de tres balas. Aunque no acertó en ningún objetivo, consiguió que con el estruendo de las detonaciones todas las personas en un radio de quinientos metros se agacharan de forma instintiva impidiendo así el avance del cuarteto. Empujó a su socio con énfasis para que corriera por delante y no parara hasta que él se lo dijera o estuviera muerto. O eso intentó. Sin embargo, no escapó ninguna sílaba de su boca. A pesar de ello, Juan lo entendió y sus jóvenes piernas subieron y bajaron a una velocidad endiablada, poniendo metros de distancia del lugar donde Mark había descargado su pistola.

La respuesta no tardó en llegar. Un par de tiros sonaron bastante cerca y los impactos levantaron pedazos del asfalto y esquirlas de la acera. A ellos los siguieron otros tantos, cada vez más próximos a la carne de Mark y Juan que no cesaban de moverse. El troll daba tres zancadas y disparaba a ciegas hacia el bulto que constituían sus perseguidores. No tenía tiempo de apuntar, bastante dificultad tenía con continuar corriendo, respirando y tratando de que no los alcanzaran las mordeduras de los proyectiles.

La marea de personas, humanas e inhumanas, había huido entre gritos de horror, en busca de un refugio. La policía no tardaría mucho en llegar y entonces sería cuando tendrían problemas de verdad. Mientras tenía aquel pensamiento, dedicó unos segundos a apuntar y pulsó el gatillo en un par de ocasiones. El primer disparo se perdió, pero el segundo dio de lleno en el costado de uno de los sicarios, quien cayó dolorido por el balazo. Mark fue capaz de escuchar sus gritos y lamentos desde la distancia. Su cadera había reventado con el mismo sonido que el de la fruta madura al romperse. No se paró más, siguió corriendo en pos de Juanito, que le abría el camino. Tres más detrás de ellos. Varias detonaciones siguieron en respuesta a la andanada de Mark y acertaron en el espacio que el troll había ocupado unos instantes atrás. Demasiado ajustado. Tampoco podía desperdiciar munición; ellos contaban con una clara superioridad de fuego. Necesitaban una ventaja o estaban perdidos. Una sirena aullaba a lo lejos.

Juan miró hacia su jefe y le indicó que se mantuviera detrás de él. De repente, con un quiebro, entró en un portal. Mark no comprendía el movimiento, pero confió en el chico y se metió detrás.

El portal, en realidad era un pasaje entre calles con escaleras que desembocaban en diferentes bloques colmena de viviendas. El joven señaló que se dieran prisa. El pasillo resultaba estrecho y oscuro y tendrían que correr al máximo de su resistencia para que no los cogieran y aquello no se convirtiera en una encerrona. Un centenar de metros de húmedo cemento manchado de aceite industrial y cualquier otra porquería, los separaban de esa posibilidad de supervivencia.

Mark corría retorcido, la mitad de su cuerpo le obligaba a avanzar hacia delante, mientras el

tronco y la cabeza estaban girados para vigilar la retaguardia, en caso de que asomaran antes de tiempo. Por suerte el final del pasaje estaba al alcance, casi lo tocaban con los dedos. Juan ya había salido de la ratonera. Él sería el siguiente.

Un sonido como el de un trueno retumbó en el interior y Mark, con un pie en la calle, vio como los asesinos entraban en el corredor. Era la primera detonación del caos de explosiones que lo acompañó después. Todavía no estaban a salvo. Juan lo tomó del brazo con una fuerza mayor de lo que cabría esperar por su aspecto enclenque. Ahora era el joven quien guiaba al mayor. Sus perseguidores aún se encontraban a la mitad del callejón.

—Mark, rápido, por aquí —exigió el muchacho sin aliento. Su compañero lo siguió, sin siquiera plantearse si el chico tenía la suficiente inteligencia como para sacarlos de aquel embrollo. Indicó una portezuela desvencijada de madera renegrida, como de un metro de altura, que parecía a punto de caerse en pedazos. Juan la abrió de un empujón e invitó a Mark a que se metiera dentro. Este tuvo que inclinarse, pero introdujo su corpachón en el hueco. Después lo siguió Juan, que tuvo menos dificultades y atrancó la puerta a su espalda.

—¿Dónde estamos? —se apresuró Mark a preguntar.

—En una carbonera. ¡Shhh! —lo mandó callar al escuchar a los sicarios buscándolos por la calle.

—No pueden haberse desvanecido —oyeron a lo lejos—. Dos trolls no desaparecen así como así. Se han escondido. Encontradlos. ¡Rápido! —ordenó el cabecilla, aquel que conocían por su palanca metálica. Ellos no se movieron, ni apenas respiraron. Mark mantenía la pistola apuntada hacia donde suponía que estaba la puerta de entrada, porque la oscuridad era total y no veía ni sus manos por delante de él.

Las pisadas de los tres pasaron por delante de la carbonera, sin que se detuvieran junto a la vetusta puerta y se alejaron de su escondrijo. Sus pasos y sus voces quedaron amortiguados por la lejanía. Parecían a salvo. No obstante, aunque ya no podrían oírlos, permanecieron unos minutos más en absoluto silencio, por si acaso.

Cuando el rumor de la calle volvió a ser el normal, sin disparos ni tipos vociferando, Mark dijo:

—¿Cómo conocías este sitio?

—Solía esconderme aquí de pequeño de los niños que querían pegarme.

—¿Te quedabas aquí? ¿A solas y a oscuras?

—Sí. ¿Por qué?

—Me hubiera muerto de miedo si de niño me hubiera quedado aquí.

—Bueno. Era una aventura. No me gustaba que me pegaran. No soy muy listo, pero aprendo rápido.

—Ya lo sé. Lo que no entiendo es por qué no se han molestado en inspeccionar la puerta de la carbonera.

—Porque son humanos. No necesitan carbón, ni quieren mancharse la ropa con él.

—Claro. Su lógica no comprende que nos hayamos ocultado en un sitio con mugre. Curioso. Jamás se me hubiera ocurrido.

—Sí. Tú eres un troll. Y más inteligente que yo.

—Juan, lo que nos ha salvado hoy ha sido tu rapidez de pensamiento. Así que me vas ganando en inteligencia por hoy. ¿De acuerdo, socio? —No lo vio porque no había luz, pero le había

guiñado un ojo con la mayor de las complicidades.

Se quedaron en el agujero de la carbonera una media hora más hasta que comprobaron que el peligro había pasado de largo. La luz del sol los obligó a entornar los ojos y cuando consiguieron adaptarse a la claridad, se vieron cubiertos de arriba abajo por la carbonilla. Rieron sin parar durante un buen rato.

20.

La última copa

EL ASFALTO ADQUIRÍA UNA TONALIDAD MÁS viva en el tramo de calzada en el que se había derramado la sangre, que comenzaba a coagularse con parsimonia. El líquido rellenaba los huecos de la grava que había dejado la brea, aglutinaba esos espacios e intentaba volver a formar parte de un todo, de un conjunto. Pero estaba en su condición solidificarse transcurrido un tiempo desde la liberación de su entorno natural. El rojo intenso que daba color al negro petroleado comenzaba a tornarse en un marrón desvaído y oscuro sin ninguna alegría. El comienzo del reguero aún mantenía la rebeldía y la fuerza de un torrente en su nacimiento en las montañas. Aunque no existía sierra, ni montes ni picos, sino un cuerpo tendido. No se movía. Hacía unos minutos que su asesino lo había dado por muerto, como así era, porque no restaba ni un hálito de vida en su interior. Al contrario que la sangre, fundamento de su resistencia, que continuaba escapándose del bulto inerte y se difuminaba en un charco irregular a su alrededor.

Al criminal no le había bastado con terminar con su existencia, había tomado de él lo que necesitaba para vivir. Se había alimentado de él, de su esencia y de sus vísceras. Había drenado la chispa que lo animaba para mantenerse en el mundo de los vivos. El ensañamiento no resultaba más que una costumbre cultural. De esa manera le habían enseñado a extraer el jugo de las víctimas y seguiría haciéndolo igual hasta que muriera o lo mataran. Lo que ocurriera antes.

¿Acaso el ser que había puesto final a la vida de Jota era un psicópata? ¿No lo eran todos? La criatura había matado para subsistir con el fin de obtener su preciado sustento, al igual que las otras veces. ¿O no? ¿Encontraba una especie de placer en realizar lo que hacía? En caso de que fuera proclive a resolver esa serie de cuestiones, respondería que tenía que resistirse para no cometer un mayor número de asesinatos, porque sí, disfrutaba con ello.

El propietario del Duende Verde permanecía tirado sobre el sucio y húmedo suelo. Una pierna levemente flexionada y apoyada sobre la otra. Los brazos caían inútiles a ambos lados, pero los dedos se retorcían crispándose como garfios. El tronco desprovisto de ropa y su piel cosida en zigzag con un grueso y tosco hilo en el lugar donde había sido trepanado. La cabeza arqueada a un lado y la boca abierta en una mueca desmesurada, mostrando los dientes. La chispa de pánico de los ojos abiertos, que permitían apenas atisbar el terror sufrido por el hombre antes de morir.

Jota aún estaría solo unas cuantas horas más, hasta que un barrendero del barrio lo hallase al amanecer, tras comenzar su tarea. El cadáver yacía a menos de cien metros de distancia en línea recta de la puerta de Natalia Gryzina.

Irina, en este momento

Irina había pasado el día entero metida en casa deambulando de un lugar a otro, inquieta, cambiando trastos de lugar para terminar por situarlos en su emplazamiento habitual. Se propuso realizar una limpieza a fondo del apartamento, pero cuando comenzaba, una nueva idea sobre el caso cruzaba su mente y tenía que correr a anotarla para que no se le olvidara. Era incapaz de pasar más de quince minutos seguidos dedicada a lo mismo. Al final de la mañana no había conseguido finalizar ninguna de sus tareas y no sabía qué hacer para entretenerse. Preparó un bocadillo de fiambre y lo devoró con ansiedad. Controló el reloj mientras lo hacía y cuando

terminó el emparedado, decidió que ya era hora de tomarse un trago.

Se vistió con rapidez y salió con decisión a la calle. Además, pensaba por el camino, en un bar se conseguía mucha información. Siempre contaba con la posibilidad de encontrarse con un fulano que tuviera algún chisme interesante que contar por el valor de un vaso de licor.

Convencida de que estaba haciendo lo correcto, la exdetective caminó en dirección a su abrevadero habitual. Tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza, aunque también disponía de mucho tiempo libre y ningún plan en el que invertirlo. Como se había demostrado en aquella jornada. Quizá necesitaba encontrar una afición, un hobby con el que pasar el rato. Siempre había sido de esas personas que no tenían ningún interés por nada que no tuviera relación con el trabajo y cualquier asunto fuera de ese, lo consideraba un desperdicio. Bueno, sí. Le gustaba beber. Si acaso ese vicio podía ser considerado como una afición extracurricular.

Además, un bar resultaba el sitio ideal para hallar un nuevo juguete sexual, ya que Christian le había fallado. Una vez más.

Sacudió su cabeza como si con aquel simple movimiento consiguiera eliminar de la mente cualquier recuerdo de su expareja. Por supuesto no era posible, sin embargo, la hizo sentirse mucho mejor por unos segundos. Necesitaba echar un polvo. Para liberar tensiones y eso. De la misma manera que necesitaba una copa de una bebida fuerte. O descargar su arma contra un blanco hasta que el clic le indicara que se había quedado sin balas.

Sí, la adrenalina pugnaba por ser liberada. Sintió que quería pegar a la primera persona con la que se encontrara hasta que le destrozara la cara y sus nudillos estuvieran en carne viva. Escuchar el seco sonido de los huesos chocando entre sí. Después, cuando se derrumbara en el suelo, la patearía hasta que le dolieran los pies en el interior de sus botas. Lo que más ambicionaba era el lamento de su víctima al pedirle misericordia, al rogarle por su vida, exclamando «porfavores» y quejidos.

Si hiciera eso, acabaría en la cárcel, y los problemas ya la superaban con creces para meterse en nuevos líos. Con los antiguos ya tenía más que suficiente, así que ahogaría su agresividad en alcohol y ya vería cómo se le daba el nuevo día.

Un gesto frecuente, el de echar mano a la culata de su pistola cuando estaba nerviosa, se transformó en un movimiento idiota que se descubrió haciendo cuando no llevaba ningún arma encima en ese momento. Un hábito antiguo que tardaría en perder. De la misma forma que tantas otras costumbres, y ninguna buena. «Eres una joya, Irina. Y estás bien jodida», pensó.

Ya tenía a la vista la entrada de su bar favorito. Pero ocurría algo extraño. El establecimiento permanecía cerrado y un corro de habituales se congregaban alrededor, tan sorprendidos como Irina al encontrar su borrachería clausurada a cal y canto. No había nada más frustrante para un alcohólico, que lo obligaran a cambiar de licorería habitual. ¿Qué iba a ser de su licor de hada?

Según se fue acercando, el tumulto de voces fue aumentando de volumen. Conocía de vista a la mayoría de ellos y, aunque jamás hubieran intercambiado una palabra, sabía cuál era el veneno de cada uno y la razón por la que bebían. Varios la reconocieron y le dedicaron saludos que iban desde una amistosa sacudida de manos, hasta un seco e irreverente meneo de barbilla.

—¿Qué ocurre? —se atrevió a decir la policía, quebrando con su pregunta el murmullo de conversaciones.

Un trasgo de mirada torva, rasgos angulosos y casi tan alto como la mujer le indicó con fastidio una nota manuscrita, pegada a la reja del bar. Irina fue abriéndose paso a codazos hasta la

mismísima puerta del local.

La nota rezaba: «CERRADO POR DEFUNCIÓN. DISCULPEN LAS MOLESTIAS».

«¿Qué coño quiere decir eso?»

Michel e Irina, unos años atrás

El coche de Irina se movía con lentitud de caracol. La conductora comprobaba con minuciosa paciencia que nadie los seguía y detenía por completo el vehículo en las bocacalles adyacentes si resultaba necesario. Mirando a un lado y a otro, comprobaba mediante los espejos que no contaban con acompañantes no deseados. Hacía un rato que habían abandonado la periferia de los polígonos industriales y habían regresado al cogollo de la polis. La miseria de las agrupaciones de casas abandonadas o destrozadas por las bombas contrastaba con las nuevas construcciones de las naves de las empresas, que buscaban allí un suelo barato donde instalar sus fábricas. Las chimeneas no mostraban signos de actividad y las luces todavía no se habían encendido; en aquella área el turno de noche se había prohibido por mandato del primer ministro. No se recomendaba caminar por la zona de noche sin compañía. Muchos decían que por allí merodeaban lamias, lobisomes y ninfas carnívoras que no se habían adherido a los tratados de amnistía general después del armisticio. Nadie lo aseguraba, pero las sabias viejas bien sabían que a veces desaparecían personas de las que nada se volvía a saber. Cuentos de niños, replicaban los jóvenes imberbes más atrevidos. A varios de esos imprudentes se les había perdido el rastro cerca de aquel lugar, sin que jamás hubieran aparecido.

Accedieron a la polis por carreteras secundarias poco transitadas, apenas unas pistas de tierra compactada que no habían conocido el cemento, ni el asfalto ni la civilización, pero habían permanecido allí desde antes de la guerra sin que nadie las destruyera. El coche se inclinaba y saltaba sobre los vetustos amortiguadores, que requerían ser cambiados por unos nuevos repuestos desde hacía años. Detrás de ellos iban sembrando un rastro de polvo mientras el coche de la detective traqueteaba como un inmenso elefante que tuviera que discurrir hacia qué lado giraba la siguiente curva de la senda.

Mich guardaba silencio. No quería importunar a su antigua compañera y amante, y no sabía si aún podía contar con el privilegio de denominarla amiga. Miraba por la ventanilla de su lado, expectante ante las maniobras de Irina. Los ojos vidriosos viajaban del horizonte hasta el infinito. Parecía que con los requiebros de la conductora y con la pausa debajo del viaducto habían conseguido quitarse de encima a los sicarios. ¿Por cuánto tiempo? ¿Pasaría el resto de su vida corriendo? ¿Con miedo a salir a la calle? Iba a luchar e Irina lo sabía. No se dejaría coger como un novato. Lucharía por su piel e intentaría llevarse al máximo número de contrincantes con él. Era un buen tirador después de todo, uno de los detectives con mejor puntería de la veintiuno. Otra de las más destacadas era Irina, claro. Irina, Irina, Irina. Siempre Irina. No podía esbozar un pensamiento, formular una idea sin que la joven apareciese una y otra vez en su mente. La había involucrado, a su pesar, y jamás se lo perdonaría. Sin embargo, no se arrepentía de ninguno de sus actos. Quizá ese motivo lo mortificaba, no sentía que hubiera obrado mal, que sus acciones merecieran una reprimenda. A pesar de ello, de su cobardía, de la traición, la que antes de amante había sido alumna y compañera, estaba allí, junto a él, cuando las dificultades lo superaban, en el momento en que la mierda lo ahogaba. Podía haberlo denunciado a la jefatura, podía haber decidido que no quería saber nada más, que no movería un dedo por él, que se haría a un lado y continuaría con su vida. Aunque al final, tenía a Irina de su parte y eso lo obligaba a ser optimista.

A esbozar una media sonrisa esperanzadora. ¿Quién más resultaba merecedor de su confianza? Solo ella.

—¿En qué piensas? —le preguntó la mujer.

—En nada —mintió.

—Yo creo que sí. Con el torbellino que debes de tener en la cabeza...

—Sí, bueno. —Su voz sonó cascada y hastiada, demasiado exhausta para formar palabras—. Me encuentro en el ojo de la tormenta ahora mismo —reconoció sin ganas de dar explicaciones.

—Claro. —afirmó con sorna Irina—. ¿Cuánto tiempo más vas a seguir con tu actitud autocomplaciente? Porque si es así, me lo dices y te bajas ahí mismo. —El tono de la mujer mostraba un enfado desbocado. Al momento detuvo el coche. El único sonido que se escuchaba era el ronroneo continuo del motor en marcha.

—Muy bien. Pues muchas gracias por todo y adiós. —Ni siquiera la miró al despedirse. Tiró de la manecilla, abrió la portezuela y salió del vehículo.

—¿En serio? ¿Así es como quieres que sea? Perfecto, Mich. ¡Que te jodan! ¡Húndete más en tu propia porquería! —Su última palabra quedó enfatizada por el trastazo de la puerta al cerrarse. El coche siguió su trayecto acelerando de forma progresiva hasta alcanzar más velocidad, dejando a Michel de pie en una esquina en medio de ninguna parte y con un gran trecho que recorrer si quería regresar al centro de Semura. Irina ni siquiera miró por el retrovisor. El vehículo se perdió entre las curvas de la pista y la nube de polvo en suspensión y se convirtió en un punto cada vez más pequeño. Cuando lo perdió de vista, Michel fue consciente de lo gilipollas que había sido.

Solo de nuevo por su propia estupidez y arrogancia.

Mark y Juan, ahora

Después de quitarse el hollín en casa de Mark, Juanito había decidido, sin contar con nadie, que era buena idea acompañar a su socio en todo momento. El mayor de los trolls se quejó, argumentó con razón que no era un guardaespaldas y que él sabía defenderse por sí solo y añadió a la explicación la pistola que en los últimos días no abandonaba los bolsillos de su cazadora de cuero.

—Veo y oigo cosas que tú no oyes ni ves —aquel fue el razonamiento y no consiguió sacarle una sola palabra más.

El joven se acurrucó contra un rincón de la estancia y no pidió comida, ni siquiera una almohada. Mark no había logrado sacarlo de su obcecación y pensó que tal vez no resultaba perjudicial contar con un par de ojos adicionales que lo ayudaran por si las cosas se ponían feas, como aquel día. De no haber sido por Juan, los habrían atrapado en el Duende Verde sin una escapatoria posible. No quería terminar sus días de la misma forma que lo había hecho su padre, golpeado hasta casi morir, para después ser liquidado a bocajarro con un impacto en la sien en un callejón mugriento y húmedo, mientras esperaba el fatal desenlace de rodillas y con la vista velada por un pedazo de tela sucia.

Cuando Juanito se quedó dormido encogido contra el rincón, le echó una manta por encima. Le había cogido cariño a aquel muchacho. Merecía una oportunidad en la vida fuera del círculo vicioso de maleantes que lo rodeaba, incluido él mismo. Apostaba lo que fuera a que no era tan tonto como decían que era. Un poco lento de entendederas, nada más. Pero ¿quién podía considerarse libre de defectos? Juan tenía que escapar de la Semura troll controlada por Chatarra. La venganza estaba cerca, lo sentía. Con ella, saldría de la polis rumbo a otra, la que encontrara

antes, con Juan Granito pegado a sus pantalones. Ambos habían sufrido una vida llena de dificultades, habían crecido sin un padre. Uno, huérfano de nacimiento; el otro, a la fuerza, como pago de una deuda al magnate troll. Resultaban más parecidos de lo que pudiera pensarse. Ojalá todos sus problemas se resolvieran al cerrar los ojos y cuando se despertara hubieran desaparecido por arte de magia. Así no tendría que volver a preocuparse por trabajar para un mafioso, que era el culpable de la muerte de su padre y al que quería retorcer el pescuezo con sus propias manos. Quizá ahogarlo con su propio torque para que dejara de alardear de la joya, que en la práctica lo limitaba igual que a los demás por muy bonita, cara y ostentosa que fuera. No era más que eso: un símbolo de la esclavitud de su pueblo que los igualaba y los mantenía al mismo nivel.

Había observado en una ocasión a un troll de una barriada vecina desafiar al régimen de sumisión impuesto a los suyos e intentar utilizar su fuerza original contra las autoridades. Lo había presenciado bien cerca. No había transcurrido ni un minuto desde la rebeldía de su hermano de raza, cuando se llevó las manos al cuello en gesto de dolor y cayó derrumbado en el suelo entre retortijones y espasmos. Una espuma sanguinolenta se le escapaba por la nariz, las comisuras de la boca, los lacrimales y los oídos. Le habían freído el cerebro de la misma manera que se cocinaba un huevo en una sartén. Incluso el olor a humo y a chamusquina le recordó a aquella comida o al tocino frito. Eso era lo que les sucedía a los trolls que no querían seguir las reglas, los aniquilaban mediante los torques. Conocía a muy pocos congéneres que hubieran sido testigos de una muerte por rebeldía, aunque algunos no se creían lo que ocurría y fantaseaban con volverse contra los tiranos. Mark sabía bien que no valdría para nada, que al primer intento te achicharraban el cerebro, sin avisos. La ejecución sirvió de ejemplo para los presentes, que muy pronto se encargaron de extender la noticia entre su comunidad. Aquella lección fue una de las pocas que había aprendido a la perfección de pequeño.

Irina, hoy

Aquella mañana, apenas sin resaca, porque aún no se había acostumbrado al nuevo bar, había recibido la llamada del capitán Castillo para recordarle que tenía que depositar su teléfono móvil en la comisaría. Cierto, debía hacer aquello. No dejaban la tecnología punta en manos de cualquiera. Después de hacerlo y firmar el recibo, recordó que necesitaba un abogado. Llamó a uno cualquiera del listín telefónico desde las cabinas del exterior de la veintiuno y concertaron una cita para la semana siguiente. El hombre pareció interesado en su caso, aunque no tenía ninguna experiencia en representar a policías. A Irina le pareció bastante correcto y estuvo de acuerdo con la tarifa. Se despidió del letrado que había contratado y continuó caminando por la calle de la comisaría sin rumbo ni nada mejor que hacer. Ya había realizado las tareas programadas del día. Giró la cabeza a ambos lados de la calzada, no recordaba que hubiera un buen garito cerca de la veintiuno. Solo bares de polis que no le agradaban, porque eran lugares de testosterona concentrada. No le extrañaría entrar a uno y observar cómo varios compañeros se medían el tamaño de sus genitales sobre el tapiz de la mesa de billar. Lo dicho, no era para ella. ¿Qué le habría sucedido a Jota? Recordaba que tenía una tarjeta del Duende Verde por alguna parte y que en ella había un número de teléfono que jamás había utilizado. Busco y rebuscó en los recovecos de su cazadora, volvió del revés los bolsillos, sin encontrar nada. Tal vez en casa.

Fue corriendo, sin parar en todo el camino desde el área de la comisaría hasta su casa. Abrió con fuerza la puerta. De día y con la luz entrando por la ventana parecía un sitio distinto, una casa

en la que le apetecía vivir. Aunque tenía un objetivo diferente, aquella imagen de claridad y limpieza le chocó. Se preguntó dónde había dejado los últimos pantalones que se había quitado. Fue en dirección a la cesta de la ropa sucia, esperanzada por que en aquellos vaqueros hubiera una tarjetita arrugada de su bar favorito. Pero, para su desesperación, no se encontraban allí. Debía haberlos tirado en otra parte. Empezó la cruzada por los pantalones perdidos por la extensión de la vivienda, que tampoco es que fuera demasiado grande. Al final, los encontró en el cuarto de baño sobre el borde de la bañera. Recordaba habérselos quitado... No, no se acordaba. Le dio igual y con un chasquido de fastidio vació el contenido de los vaqueros. Encontró un par de panfletos que ofrecían un dos por uno en copas en otros bares, un pañuelo de papel arrugadísimo, una compresa que lanzó directamente a la papelera, una servilleta de papel garabateada con su propia letra que decía: «Yo Irina Gryzina...». Ya se sabía el resto. Y allí pegoteada junto al pedazo de papel, resistía una cartulina. Trató de despegarla, pero el engrudo que se había formado entre la pasta de papel y los restos de alcohol, la mantenían adherida con fuerza. Tiró con más maña, consiguiendo romper la servilleta. Realizó una mueca de asco y observó la tarjeta. El número de teléfono estaba intacto, la tinta de las diez cifras indeleble sobre la superficie.

Corrió hacia su aparato telefónico, con el pedazo de cartón atesorado como si fuera una joya, su posesión más preciada. Giró el disco una decena de veces y esperó. Escuchó señal y el tono al otro lado. Sin embargo, nadie parecía tener la intención de coger la llamada. Aguardó unos segundos con el auricular sobre la oreja y en el momento en el que, aburrida y desesperada, iba a colgar, una vocecita se alzó desde el micrófono.

—¿Sí? ¿Hola? —replicó una mujer.

—Sí, hola —se apresuró Irina a contestar—. ¿Es el Duende Verde?

—Sí, es aquí. Pero me temo que hoy está cerrado.

—¿Y Jota? —le espetó la detective.

La mujer al otro lado de la línea hizo una pausa y se tomó un instante para contestar.

—Jota está muerto —dijo con la voz quebrada por la pena.

—¿Muerto? ¿El cartel era por Jota? —Irina le dio la réplica con atropello.

—Sí. Lo encontraron esta madrugada. Se lo han cargado. —Se notaba que había reunido toda su fortaleza para expresar aquel hecho.

—No jodas, no puede ser. —A la vez negó con la cabeza, aunque el ademán resultó inconsciente por completo.

—Ya te digo, estamos desolados, como comprenderás...

—¡Joder! ¡Menudo marrón! Lo siento en el alma, me caía bien el muy cabrón. —Justo cuando había terminado la frase, se dio cuenta de lo inconveniente de lo dicho.

—Nada, tranquila y muchas gracias. ¿Venías mucho por aquí?

—No había fallado una noche desde que abrió ese tugurio.

—Ah. Entonces seguro que te conozco.

—Seguro que sí.

—¿Cómo te llamas?

—Irina.

—Yo soy Rosa. Creo que ya sé quién eres.

—Hola, Rosa. Sí, de hecho, me serviste tú la pasada noche.

—Sí, ya caigo. Espera —titubeó unos instantes—, morena, pelo corto, bebías whisky...

—Eso es, esa soy yo. Nada me define mejor que pegada a una botella de alcohol, ja, ja, ja —bromeó y de nuevo se dio cuenta de que había metido la pata, pues la camarera no se encontraría con ánimos para guasas. De repente recordó una conversación de borrachos de madrugada, cuando el Duende Verde ya se había pasado unas horas del toque de queda, en la que Jota le confesó que estaba enamorado de una muchacha y que su ilusión era formar una familia con ella.

—¿Lo querías mucho? —preguntó Irina.

—Estábamos pensando en tener un crío... —replicó entre balbuceos la agrietada voz que surgía del aparato.

—No quería ponerte más triste —se disculpó la detective—. Soy poli, si puedo averiguar algo que pueda ayudarte, lo haré —se ofreció.

—Muchas gracias, Irina. Y gracias por llamar.

—De nada, lo que sea por Jota.

Se despidieron.

Se había precipitado en su oferta de ayuda, estaba suspendida y no tenía acceso a los recursos de la policía.

«¡Joder, han liquidado a Jota!» Aún no podía creerlo. El tipo afable y campechano que le servía el licor prohibido, aquel que siempre tenía una buena cara para mantener una conversación de amigo con una policía jodida de la vida y hasta las trancas de priva. Necesitaba hacer algo. Sentía una angustia que se le había instalado en el estómago. Tenía que hacer algo por Jota y sobre todo por la pobre de Rosa. O no se llamaba Irina Gryzina ni era detective de la polis. Oh, vaya, no, no lo era.

21.

Amigos polis y armas de fuego

Michel, tiempo pasado

CUANDO ALCANZÓ LOS PRIMEROS INDICIOS DE civilización, casi había anochecido. Estaba agotado, la caminata le había llevado sus buenas cinco horas. El polvo se le había incrustado hasta en el culo. Necesitaba echarse una bebida a la garganta para aclararla y que limpiara las impurezas que había tragado. Sus zapatos habían mutado del negro original hasta una suerte de ocre desvaído, se había rozado las punteras y la piel se había estropeado. Aquel calzado estaba sentenciado, había muerto en el camino, no había sido diseñado para ese cometido. La corbata hacía tiempo que había quedado abandonada a su suerte. Con la chaqueta cargaba a su pesar. Las mangas de la camisa, enrolladas sobre sí mismas hasta la altura del codo. ¿Cuándo había empezado a hacer aquel calor? No recordaba haber caminado una distancia tan larga en su vida. O si lo había hecho, había sido cuando aún era joven y fuerte y no bebía una botella de alcohol y fumaba tres paquetes de cigarrillos al día. Una buena época en la que recordaba que corría cuatro kilómetros y realizaba mil flexiones abdominales a diario.

Pero el tiempo resultaba así de tirano. Veinticinco años después se arrastraba asfixiado de calor y con la lengua fuera como un perro. Y estaba bien jodido, no solo por el declive físico, sino por el otro. El que afectaba a los sentimientos le estaba jodiendo aún más. A aquellas alturas, probablemente, en la comisaría ya sabrían de qué lado de la ley se encontraba ahora el detective Michel Fernández. Eso si tenía la suerte de que Irina no lo hubiera delatado aún. Chasqueó la lengua con una mezcla de cansancio y agotamiento. Aposentó su delgado culo sobre la especie de acera más cercana que encontró y pensó que si su compañera lo había entregado, no la culpaba, era su obligación. Mich le había enseñado a comportarse de esa manera y resultaba justo y predecible que ella lo hiciera. No creía que se jugara su prometedor carrera de detective por encubrir a un poli corrupto.

No se había dado cuenta de lo hondo que se había hundido hasta que la chica se lo había indicado. Él era como unas arenas movedizas que arrastrarían hasta el fondo a cualquiera que tratara de ayudarlo. Bajo el cieno no se veía nada ni resultaba posible respirar. Se ahogaba y no de forma figurada. No conseguía el suficiente aire de verdad. Se recostó contra el duro cemento abriendo la boca de manera desmesurada, intentando que la mayor cantidad posible de oxígeno se introdujera en sus pulmones. Después vino el agudo dolor en el pecho y un segundo espasmo, más intenso que el anterior se dejó notar hasta el bíceps del brazo izquierdo. Con aquella mano se agarró el pectoral como si aquel vano gesto fuese a menguar un ápice su daño. Hizo un esfuerzo por alcanzar su teléfono portátil con la otra mano. Conocía los síntomas que sufría, estaba formado en primeros auxilios básicos: se trataba de un inminente ataque al corazón.

Irina, justo ahora

En lo más recóndito de su concurrido armario, escondido en una vieja caja de zapatos, detrás de unas mantas viejas, se ocultaba el objeto que estaba buscando. Lo había enterrado entre sus posesiones cuatro años atrás y se había olvidado del lugar exacto en el que se encontraba. Por allí, cerca. Había borrado de su mente la circunstancia que la había obligado a guardarla como si

fuera el contrabando máspreciado. Quitó la tapa de cartón y en su interior, en lugar de calzado pasado de moda, yacía una pistola que llenaba el contenedor con su negrura. Había pertenecido a Michel y ella la había obtenido, producto de una macabra herencia. Tan parecida a las que usaban en el servicio que un observador poco avisado o que no hubiera utilizado el arma reglamentaria de la policía, no notaría la diferencia entre ellas. El cargador aguardaba junto a la quitapenas. Tomó ambos objetos y los sopesó. Comprobó que había el máximo de balas, lo introdujo en la culata con un movimiento rápido y seco hasta que un sonido metálico le indicó que se encontraba acoplado a la pistola. Después accionó la corredera tirando hacia atrás de ella para introducir un proyectil en la recámara. Se deslizaba con una suavidad increíble, como si en el tiempo transcurrido la hubiera aceitado y limpiado a diario. No le había proporcionado aquellos cuidados, pero se trataba de un instrumento de precisión, preparado para las peores condiciones climatológicas y el cartón no había dejado pasar el polvo. A continuación, la ocultó a su espalda metiendo el cañón en la cinturilla de sus vaqueros y asegurándose de que el resto no sobresaliera de la ropa y quedara tapado por el borde de la camiseta y la cazadora.

El arma era ilegal, portaba el doble de balas que el modelo equivalente permitido. Además poseía una útil característica: ninguna de sus piezas contaba con número de serie ni marca del fabricante de ningún tipo. A todos los efectos era tan oscura como el color del metal y del polímero que la formaban.

El frío tacto contra su piel, le provocó un ligero estremecimiento que subió a lo largo de la espalda para morir en la base del cuello. A una semana de su juicio, iba a salir a la calle con un arma opaca para el sistema, irrastreable, y se encontraba dispuesta a utilizarla si fuera necesario. Y era muy buena tiradora. Unas bonitas premisas para terminar el día en el calabozo, acusada de un cargo más grave que el anterior por el que ya la habían imputado. Quizá era hora de poner la escena patas arriba y observar por dónde asomaba la liebre. Sacudir un poco el avispero, a ver a quién picaban primero. No creía que por muy bueno que fuera su abogado, consiguiera librarla de los cargos sin que la expulsaran del cuerpo. Irina auguraba con una mueca de resignación una multa elevada para evitar la prisión aparte de ser licenciada con deshonra. Como mínimo.

Antes de salir de casa se dedicó una mirada en el espejo de la entrada. El azogue le devolvió la imagen de sí misma, aunque parecía mayor por las ojeras. No dormía en condiciones desde no se acordaba cuando. Apartando la mirada, atrancó la cerradura y salió a la calle. «¿Por qué iba tan dispuesta a meterse en líos?», se preguntó. Sí, tenía ganas de montar gresca y no le importaban las consecuencias.

Mark y su socio, hoy

Mark y Juanito se despertaron en cuanto amaneció y tras un frugal desayuno, consistente en unas rodajas de fiambre de carne y café, comenzaron el reparto con el camión. Realizaron las tareas de la jornada con especial precaución, teniendo en cuenta el encuentro del día anterior que por poco no había finalizado en tragedia, para ellos, claro. Entregaban los pedidos de licor de Chatarra. Mientras Mark introducía las cajas en el bar de turno, auxiliado por una carretilla, Juanito colocaba los siguientes bultos y al mismo tiempo no dejaba de vigilar en todas direcciones. No advirtió movimientos sospechosos que indicaran una próxima emboscada. El muchacho no le quitaba ojo a la mercancía ni a los movimientos de Mark. Un par de trasgos se acercó demasiado al camión. El dúo parecía muy espabilado, aunque no contarían con más edad que la del propio troll, aunque eran una cabeza más bajos.

—Eh, chaval, ¿qué haces aquí? —lo interpeló el que parecía más descarado.

—No es asunto tuyo. Lárgate —replicó mirándolo fijamente a los ojos. Pero los trasgos no le hicieron caso. El segundo curioseaba por el hueco del portón trasero del camión intentando asomarse para averiguar qué había allí. El otro seguía interesado en que Juan hablara con él.

—¿Por qué? —Sonrió—. No estamos haciendo nada malo, solo queremos charlar un rato.

—Pero yo no —lo cortó el troll de repente.

—¿Tenemos un problema contigo? —El segundo trasgo habló por primera vez, sonaba como si fuera el cabecilla.

—Diría que lo tenéis, sí.

—Vaya, este tío se está poniendo chulito con nosotros, Zac —anunció, burlón, el primero a su compañero, más alejado de Juan.

—Ya lo veo. No podemos permitirlo, hermano. ¿Vamos a permitirlo de un troll? —Miró de reojo al joven que no se perdía detalle de los movimientos de la pareja.

—Por supuesto que no. Eh, mueve tu culo lleno de mierda de aquí. —Lanzó un intento de empujón, pero cuando sus manos se encontraban a un palmo del pecho de Juan, notó que un puño se clavaba en su estómago. El golpe lo alzó unos centímetros además de dejarlo sin respiración unos segundos. Boqueó, asfixiado, hasta que el aire regresó a sus pulmones, pero el dolor no se había ido. No hizo falta la intervención de su compañero. El troll los miró sin decir una sola palabra. Los presuntos ladrones comprendieron que no se les había perdido nada en aquel lugar y salieron corriendo sin despedirse.

Cuando Juan volvió su mirada hacia el bar, vio a Mark parado con una sonrisa en la boca. Se encontraba apoyado contra una pared y comenzó aplaudirle despacio, acercándose hacia su posición con cada nueva palmada.

—Muy bien hecho, socio. Has evitado que ese par de ratas nos robe la mercancía —lo felicitó.

—Es mi trabajo vigilar mientras tú entregas las bebidas.

—Sí, pero quiero decir que has actuado genial. Has manejado muy bien la situación.

—Sabía dónde le tenía que pegar, nada más. Además, yo soy más grande.

—Sí. A eso me refiero. —En menos de un segundo el semblante de Mark varió hasta una mueca de preocupación que le arrugaba la frente—. Juan ¿sabes disparar un arma?

—Jamás lo he hecho si te refieres a eso. —Miró a su jefe con renovado interés.

—Sí, es lo que quería decir. Puedo enseñarte si quieres. Resulta una habilidad útil en el mundo en el que nos movemos y con la gente que tratamos.

—¿Tú me enseñarás a disparar?

—Por supuesto que lo haré, siempre que tú quieras.

—¡Claro que quiero! —afirmó con renovado entusiasmo ante la propuesta de Mark.

—De acuerdo. En cuanto terminemos de entregar los pedidos de hoy, tú y yo nos vamos a una zona apartada y vas a aprender a usar un arma de fuego.

—¿Es difícil? ¿Se tarda mucho en aprender? ¿Tú cuánto tardaste? —El joven inundó de preguntas como aquella a su mentor durante el resto del día y no paró hasta que, una vez finalizada su jornada, Mark lo llevó a una campa abandonada a las afueras de la polis, que quedaba a los pies de la mole del viaducto.

El mayor de los trolls situó cinco botellas vacías a unos cien pasos de distancia y regresó

hasta la posición de Juanito.

—Lo primero antes de disparar cualquier arma, pistola, rifle, escopeta, la que sea, es comprobar que se encuentra cargada y cuánta munición tienes. —Tomó su propia pistola en la palma de la mano y se la enseñó a su alumno—. El cargador se libera pulsando este botón, hazlo tú. —Un inseguro índice obedeció ante la orden—. Pero cuidado —el contenedor se habría caído al suelo si Mark no lo hubiera detenido con la otra mano—, el muelle expulsa el cargador a toda velocidad por si necesitas meter uno nuevo, pero si no, es recomendable que lo pares con tu otra mano. Bien —extrajo del todo el cargador de la culata—, mira, estos números indican las balas que te quedan —explicó—. Pueden ser cifras o marcas, o agujeros, pero todos sirven para lo mismo. ¿Entendido? —Su joven alumno asintió, atento ante las explicaciones—. Después, aunque hayamos quitado el cargador, el arma aún puede tener montada una bala en la recámara. —El troll accionó la corredera y un proyectil salió bailando por la ventana del extractor. El muchacho asintió, más para sí. Mark devolvió el proyectil al cargador, que regresó a su posición original—. Segunda lección importante: la mayoría de las pistolas tienen uno o más seguros para evitar que te pegues un tiro en un pie o que se dispare accidentalmente si se te cae al suelo. Tienes que cambiar su posición antes de disparar. Mi arma, por ejemplo, no lo tiene, pero hay que realizar el doble de fuerza que con otra pistola para disparar —Juanito no perdía detalle de las explicaciones—. Cuando ya hayas comprobado todo lo anterior, no toques el gatillo hasta que estés seguro de que vas a apretarlo. Lo mejor es dejarlo apoyado fuera, sobre el guardamonte. —Tocó con su dedo la pieza que indicaba—. Siguiente paso: apuntar a nuestro blanco. Tienes que mirar a través de estas muescas en la parte superior del cañón y alinearlas con tu diana. En el momento que estés decidido, aprietas el gatillo; la primera vez cuesta un poco, pero te acostumbrarás. También es conveniente sujetar la pistola con las dos manos, porque, cuando salga la bala, el arma querrá irse hacia arriba y hacia atrás, debido al retroceso. Así que hay que sujetarla fuerte, con ambas manos, con la que tiras apoyada en la otra y así evitamos golpes y cardenales innecesarios. Y por último: el cañón está caliente después de expulsar el proyectil, intenta no tocarlo, porque te quemarás. Lo mismo te digo con las vainas utilizadas, en esta salen hacia un lateral y hacia arriba.

—Entendido. —Mark le cedió la pistola, poniéndola sobre su mano. Juan pensó un instante, recopiló las instrucciones de su maestro y las siguió a pies juntillas sin olvidar ni un solo paso. Guiñó un ojo, y apuntó a una de las botellas y después hubo una detonación. No le había acertado, pero estuvo cerca. Había mantenido el retroceso a raya y había evitado lesiones por el calentamiento de la humeante boca del arma o por la carcasa vacía, despedida a gran velocidad a la derecha del tirador novato.

—Muy bien —lo felicitó su tutor—. Sigue así.

Continuaron practicando el resto de la tarde hasta que Juan consiguió destrozarse en mil pedazos las botellas de cristal.

—Creo que estás listo para tener tu propia pistola.

El muchacho sonrió, un gesto muy escaso de ver en él.

Irina, unas horas más tarde

La detective en suspensión de empleo y sueldo permanecía de pie, apoyada contra el edificio que se oponía a la mole de la comisaría veintiuno. No perdía de vista la entrada y salida de patrulleros. Los coches, como los que una vez había conducido ella en su etapa de uniformado, se alineaban de forma diagonal contra la acera. Estuvo dando vueltas la mañana entera, hasta que se

dio cuenta de que los azules trabajaban por turnos y hasta las tres de la tarde no había un nuevo cambio. Así que fue en busca de comida y esperó. Necesitaba hablar con alguien que quizá podría echarle un cable, dada su situación de incomunicación e impotencia. Aunque no tenía puestas demasiadas esperanzas en obtener ayuda. Se habría corrido la voz de su nuevo estatus y comprendía que nadie quisiera meterse en problemas por su culpa. Pero necesitaba averiguar una cosa que la empujaba y la corroía desde las entrañas. Otros policías lo hubieran llamado corazonada. Irina no se fiaba de esas cosas, buscaba pistas y las seguía, que era en realidad lo que resolvía los casos. Y se había quedado sin ellas. Por lo tanto, tenía que hacer trampas, como ya había hecho con antelación, aunque con un resultado bastante preocupante. Terminó el último pedazo del bocadillo que estaba saboreando y tiró los restos pringosos del envoltorio a una papelera próxima.

Levantándose las gafas de sol de la nariz, comprobó que había movimiento. Grupos de uniformados salían en parejas en dirección a los patrulleros. Oteaba en busca del hombre en concreto con quien quería hablar, pero no lo divisaba. El resto de los polis no le prestó atención, a pesar de que sabía que varios de ellos la conocían; se introdujeron en sus coches y los arrancaron sin prisa para dirigirse a la tarea que tuvieran encomendada para aquella jornada.

Uno de los últimos dúos estaba compuesto por un tipo alto y fornido, con aspecto de machacarse en el gimnasio, que tenía pinta de novato; su colega, en cambio, era más bajo de estatura y el vientre se le redondeaba. Cuando se quitó la gorra de plato para entrar en el patrullero, mostró una cabellera hirsuta y del color del fuego.

—¡Eh, irlandés! —voceó Irina desde su posición y se dirigió a grandes zancadas hacia los policías.

El interpelado miró a varios lados hasta que localizó a la mujer que caminaba a toda prisa en su dirección.

—Detective, menuda sorpresa. —Esbozó un principio de sonrisa.

—Te alegrarás menos de verme cuanto te diga lo que quiero pedirte, Malone —Irina ya se encontraba a la misma altura que la pareja.

—Escupe, Gryzina. Te escucho. —Le hizo un gesto al guardia novato para indicarle que se largara a otro lado, porque aquello quedaba entre la mujer y él.

—Bonito espécimen te han asignado —afirmó tras mirar al joven policía de arriba abajo.

—Si quieres jugar con él, ten cuidado, no lo rompas —se burló el pelirrojo.

—No estoy aquí por eso, Malone —expresó con fastidio.

—Tú dirás. Pero no haré nada por ti que me complique.

—Lo entiendo. Necesito que me confirmes si este homicidio —le mostró un papel con el nombre completo de Jota—, está relacionado con el asesino de inhumanos detrás del que vamos.

Malone tomó el manuscrito, lo leyó varias veces y se lo devolvió.

—Ya lo he memorizado. Veré lo que puedo hacer, no te aseguro nada. Pero me debes una grande por esto, Gryzina.

—Por supuesto. Gracias, irlandés —le contestó.

—Dejó de tener gracia la tercera vez. Lo más cerca que he estado de ese antiguo país es una pinta de su cerveza, lo sabes bien.

—Sí, aunque lo más divertido es ver tu cara —se burló del policía.

—Recuerda que me acabas de pedir un favor —replicó Malone.

—Vale, vale. Ya lo dejo. Gracias de nuevo.

—De nada. Te lo debo por Mich. Me pondré en contacto contigo cuando tenga noticias que contarte.

—De acuerdo —se despidió y se marchó pensando en qué ocuparía el resto de su tiempo hasta que el irlandés la llamara con novedades.

22.

Tragos vespertinos

UNO NUEVO QUE DEJABA ATRÁS. UNO más para que ella comprendiera. Cada vez se encontraba más cerca de resolver el acertijo. Resultaba tan evidente. ¿Le gustaría jugar como a él? Seguro. Solo tenía que recolectar las pistas que había dejado ex profeso para ella. Siempre le había parecido una niña lista y aún lo sería. Se alegraría de recuperar un compañero de juegos de la infancia. Así tendría una nueva amiga, para no aburrirse. Una colega que lo acompañara en sus correrías. Hacía tiempo que no era un niño, muchos años habían quedado atrás. Sin embargo, contaba con el mismo entusiasmo que una criatura y quería divertirse con la misma alegría que ponía un pequeño en sus travesuras. Y había sido muy travieso últimamente.

Un irregular y podrido diente brilló ante el reflejo de la luz, que reveló unos incisivos más largos de lo normal teñidos de una sustancia oscura.

Mark y Juan, ahora

Mark dejó el paquete encima del regazo de Juanito. Ni siquiera preguntó de qué se trataba. Por el peso parecía un arma. El envoltorio dejaba a las claras que no quería que nadie averiguara su contenido. En la práctica no estaba permitido que los inhumanos portaran pistolas, pero las fuerzas de la ley eran conocidas por hacer la vista gorda con ciertos elementos que deslizaban un sobresuelo en su bolsillo. Mark conocía los lugares en los que conseguir una sin levantar demasiadas sospechas. Ni siquiera le indicó que era para él. Pero el joven lo sabía. Después de la sesión de iniciación al tiro, su socio le había dejado bien claro que un arma resultaba un asunto serio, para nada un juguete del que alardear, y cuanto menos a la vista estuviera, mejor. También le había dado una encendida advertencia sobre no utilizarla a menos que fuera necesario. Le explicó el desastre que solía causar un disparo: la propia detonación, la sangre escapando a borbotones por cualquier parte, los gritos... Además, le recomendó que intentara no descubrir su arma, ya que la gente solía ponerse nerviosa cuando veía una y no era raro que tuviera una equivalente que apuntar contra él. Juan Granito recordó cada uno de esos consejos.

Mark miró por las ventanillas del camión para asegurarse de que nadie los observaba y realizó un gesto con las cejas. Su pupilo comprendió al instante. Deshizo sin prisa el paquete de papel de estraza, con cuidado de no rasgar ninguno de los pliegos. En el interior le aguardaba su pistola. Una automática negra de calibre nueve milímetros, aunque distinta al modelo que utilizaba Mark. Enseguida se dio cuenta de las diferencias y le dio vueltas en las manos para comprobarlas, extrayendo el cargador, fijándose en la cantidad de balas que cargaba y demás detalles. Volvió a montarla y la sopesó en la mano diestra. Comprobó que encajaba en el bolsillo de su cazadora. Mark asintió en silencio y, de nuevo sin decir una palabra, arrancaron el camión en dirección al almacén para cargar más botellas de licor. El troll se preguntó, mientras giraba el volante para cambiar de sentido, si necesitarían la artillería en las próximas horas.

Irina, unas cervezas más tarde

Pasó la tarde sola bebiendo cerveza tras cerveza, en un bar de polis, próximo a la comisaría. No era habitual del lugar, pero conocía a muchos y muchas policías que iban por allí a aliviar su estrés y sus penas en un vaso de alcohol. Esperaba. Lo único que hacía era esperar. Aguardaba

que alguien se le acercara y le mostrara su simpatía, o que le comentara la putada que le habían hecho, o una frase similar y entablar una conversación banal remojada en líquido que le consiguiera información. Tal vez tenía puestas demasiadas esperanzas en la sed de los uniformados y de los detectives. Tal vez lo veía desde la perspectiva de en lo que se estaba convirtiendo, una Mich con tetas. Según esa lógica, si ella trasegaba vaso tras vaso, habría otra persona que haría lo mismo y le contaría sus problemas en medio de los vapores etílicos. A la vez se encontraba nerviosa por averiguar si Malone le podía lanzar un poco de ayuda. Le habían tendido una trampa por intentar hacer su trabajo y no iba a consentirlo. Aunque se buscara un problema con la justicia. Lo primero era resolver el caso, como diría Mich. «Como diría Mich en su buena época», se corrigió a sí misma. O sea, cuando no bebía de una a dos botellas de destilado al día. Ella no había alcanzado esos niveles, aún, pero era joven y tenía mucho tiempo libre. O quizá en lo que se estaba volviendo era en una paria y estaba apartando sin quererlo a la gente en la que podía confiar. Brindó por Mich y dio un largo sorbo para acabar el contenido de su pinta. Enseguida pidió otra nueva. Los parroquianos cuchicheaban y hablaban de ella a su espalda; podía escuchar frases sueltas aquí y allí que hacían referencia a la detective Gryzina. Ya los tenía en sus garras. A ver cuánto tardaban en morder el anzuelo. Si en los próximos diez minutos alguien se aproximaba a ella y, llevado por un sentimiento de camaradería entre colegas, pretendía invitarla a la siguiente, habría vencido. Si no era así... Bueno, no tenía nada mejor que hacer en perspectiva y le gustaba beber, ¿no?

Unas sillas se arrastraron en un grupo que permanecía sentado ante unas mesas. Tres hombres se encaminaron al baño mientras dejaban solas a un par de mujeres. Miró hacia ellas. Las conocía a ambas de la academia, aunque no podía recordar sus nombres. Una se levantó mientras su amiga le tiraba del brazo para que no se moviera. Sin embargo insistió, librándose de su colega y caminó directa hacia el lugar de la barra donde se encontraba Irina.

Bingo. La noche sería larga.

Mark y Juan, al terminar la jornada

Tras terminar la jornada de reparto, los dos trolls aparcaron el camión a buen recaudo y por iniciativa de Juanito fueron a tomar una cerveza. Mark mostró su sorpresa, pero su compañero no le permitió protestar, así que se encaminaron a una bodega cercana, que según tenían entendido era una de las muchas posesiones de Tony Chatarra.

La bajada resultaba más difícil de lo que habían pensado, peldaños estrechos y empinados que se internaban en la tierra. Desde la entrada no se vislumbraba el final del túnel. Juanito chasqueó la lengua en señal de desagrado. El pasaje era estrecho y no cabían dos personas juntas, por lo que tuvieron que descender en fila india. Según se aproximaban a la bodega en sí, se escuchaban las voces distorsionadas por el alcohol y un olor a vino y a carne a la brasa que les despertó el apetito.

La angosta escalera de acceso dio paso a una estancia mucho más amplia con paredes de piedra y bóveda de ladrillo cocido. En la barra no había clientes, solo la comida caliente que esperaba a ser servida. Junto a la pared opuesta se alineaban unas mesas de madera con sillas a su alrededor. Varias de ellas se encontraban ocupadas con grupos que comían con fruición, los diferentes cortes de cerdo que eran especialidad del lugar.

Tomaron asiento en una de las mesas vacías y enseguida acudió un mozo troll a tomarles nota. Pidieron una jarra de cerveza y unas costillas para los dos. El chico, no mucho mayor que Juanito,

apuntó la comanda con un lápiz en la arrugada hoja de la libreta. No había transcurrido ni un minuto cuando regresó con la cerveza y un par de vasos.

Mark sirvió de la jarra para los dos y observó cómo su compañero ingería hasta la espuma de la bebida amarillenta. Justo después hizo una mueca de asco, que le confirmó que continuaba sin gustarle la cerveza, pero que la bebería por educación y por acompañar a su socio.

Él la bebió del vaso con calma, sin prisa, sintiendo que el frescor del líquido lo refrescaba y la amargura de su sabor le saciaba la sed. Juan se puso un segundo vaso y cruzó por un momento la mirada con Mark, mirándose los dos sin decirse nada. El instante cedió con una sincera sonrisa del mayor de los trolls hacia su pupilo.

Un rato después les trajeron la comida: un costillar de cerdo cocinado a la parrilla. Humeaba y olía a las hierbas aromáticas y a su propio jugo, con los que lo habían aderezado. Tras depositar la bandeja en la mesa, el camarero les deseó una provechosa comida.

Mark hincó el cuchillo por la mitad del costillar y trató de repartir la carne de forma equitativa. Después de forcejear con una herramienta que apenas cortaba, lo consiguió y dividió en dos porciones las costillas. Juanito las cogió con los dedos, quemándose y soplando después. Mark las cortó una a una, para darles tiempo a que se enfriaran y después se las comió separadas y sin prisas.

Casi habían dado cuenta de la carne cuando se formó un murmullo ante la entrada de un conjunto de personas, en su mayoría trolls. Tony Chatarra se encontraba en el centro del grupo, a su derecha, mal encarado, el «amigo» mutuo de Mark y Juanito, el tipo del almacén. A los dos se les atragantaron las costillas que acababan de comer.

El capo los vio enseguida, no había forma de evitar el contacto. Juanito comprobó con rapidez la salida, pero la escolta del mafioso impedía la huida.

—Pero mira quien está aquí —entonó dirigiéndose hacia ellos—. Dos de mis mejores hombres.

Antes de que hiciera ademán de sentarse, ya le habían colocado una silla y le habían cogido el abrigo.

—¿Cómo estáis? —Se aposentó y sin pedir permiso cogió con sus gordezuelos dedos una de las costillas del plato y comenzó a comérsela.

—Bien, señor. Tomándonos un respiro del trabajo.

—Así me gusta, chico. No todo tiene que ser trabajar. Hay que disfrutar de la vida, como de las costillas que hacen aquí. Por eso compré este tugurio: la mejor carne a la brasa que puedes comer en toda la polis, ingredientes de calidad, buena cocina, con mimo. Sí señor —dijo más para sí que porque esperase que refutaran o contradijeran sus afirmaciones.

—Sí que están buenas —acertó a decir Mark, cauteloso.

—¡Por supuesto! —dijo Chatarra con una sonrisa que mostraba pedazos de carne churruscada entre sus dientes—. Como se hacían antes en cualquier casa troll. ¿Qué tal el trabajo? —espetó a Mark, sin dedicarle una sola mirada a su ayudante.

—Bien, señor. El alcohol se está vendiendo muy bien. Cada día tenemos más pedidos.

—Perfecto. Y... ¿el otro asunto?

Mark titubeó antes de contestar.

—Bueno, no he avanzado en ese aspecto, señor.

—¿Cuál es el motivo de que no haya habido avances, Hombre del Norte? —preguntó, cortante.

—Han echado del trabajo al objetivo, por lo que me resulta muy complicado establecer unos horarios y realizar un seguimiento apropiado —mintió Mark.

—De acuerdo, hijo. Continúa en esa línea hasta que completes tu tarea. No me decepciones. —Sacó un pañuelo de seda del interior de su chaqueta, lo desplegó, se limpió los dedos con él y lo tiró al suelo.

Le faltó añadir: «Tengo ojos y oídos en todas partes», que era a lo que sonaba su alegato final. Se incorporó con parsimonia y al instante ya tenía el abrigo sobre los hombros.

—No, señor. Claro que no —dijo Mark.

—Que paséis buena noche —se despidió de los dos tras dedicarle un segundo al rostro de Juan Granito, quien lo saludó con un gesto de la barbilla.

El séquito del mafioso lo envolvió y se marcharon, no sin que antes el hombre de la palanca les dedicara una mirada desafiante a Mark y a Juanito. La visita del capo troll no había sido por casualidad. A esa conclusión llegó Mark, mientras su asociado devoraba el resto de las costillas, que comenzaban a enfriarse. A él se le había quitado el apetito de golpe. Chatarra había ido a buscarlos allí ex profeso y eso no significaba nada bueno. Mark se quedó mirando la costilla que se había comido el troll y que descansaba abandonada sobre la mesa. El mafioso había mondado la carne y había dejado el hueso limpio por completo. No existía ni un minúsculo pedazo carnosos adherido, lo había rebañado igual que un perro. O peor aún: que un lobo.

Michel, cuatro años antes

Un escándalo de voces. Abrió los ojos, pero la luz le molestaba, así que los cerró de nuevo. Intentó entornarlos, aunque no resultó suficiente. Alguien le chillaba al oído, no hacía falta, escuchaba la voz de la mujer a la perfección. Otras voces se superpusieron a la primera, fundiéndose y acoplándose con ella, empastándose entre ellas de la misma forma que un conjunto a capela. No sabía qué le decían. Eran palabras, las conocía, sin que consiguiera descifrarlas. Gente de formas indefinidas, se difuminaban por sus bordes, lo tocaban, lo movían, lo desplazaban, lo bamboleaban, hacían con él cuanto les apetecía. Sonidos de papel al desgarrarse, roto en pedazos. Un pitido intermitente que le martilleaba los oídos, casi le causaba dolor de lo que lo molestaba. Un grupo de personas corría hacia él o escapaba de su compañía. O iba y venía.

Un olor a limpio, a muy limpio. Alguien se había esforzado demasiado en la limpieza, el desinfectante le atacaba la nariz y lo mareaba. Sintió náuseas, pero su diafragma no se movió un ápice, no iba a vomitar. No es que tuviera el estómago a rebosar, no recordaba cuándo había comido por última vez. Tampoco se acordaba de su última copa, pero debía hacer mucho de ello, porque tenía sed y le apetecía mucho un trago de alcohol. Más que nunca. Se ahogaba sin el líquido, como si se asfixiara por no ingerir su veneno favorito. Quería tomar su ración diaria para intoxicarse con ella y caer inconsciente por los efluvios de la bebida en su cuerpo. Eso lo arreglaría todo. Un vaso solucionaría sus constantes discusiones con Irina y ella lo aceptaría de nuevo en su cama. Dos vasos y su problema con la mafia se iría al garete, le pagarían más dinero y continuarían confiando en él. Tres vasos y nadie sospecharía que era un polí corrupto, además de un alcohólico pertinaz. Al cuarto vaso, el cáncer de Isabel habría remitido por completo y tendría de nuevo a su bella y querida esposa, a la que ponía los cuernos con su compañera de trabajo. Cuando la botella estuviera mediada hasta sus problemas económicos y los cadáveres que había dejado por el camino se evaporarían. Al tratar de exprimir el recipiente, rogando por una gota, solo una gota más de alcohol, no le haría falta beber más, porque no tendría ningún problema del

que preocuparse y sería el tío más feliz del mundo.

Entonces lo sintió de nuevo. El dolor en el pecho más agudo que había sufrido en su puta vida. No podía respirar. Lo intentaba, pero no entraba el aire suficiente; quería más oxígeno, pero no lo conseguía. Más aire, joder. La punzada se repitió una y otra vez, cada vez más aguda. Lo atravesaban con la aguja más fina, larga y afilada, después hurgaban en la herida con saña y se recreaba en causar el máximo daño posible. Los odiaba. A quienesquiera que fueran. Los odiaba con todas sus fuerzas. Que le arrancaran el pecho o algo para quitarle aquel dolor, por favor. Se lo quitaría él mismo con sus propios dedos, lo sacaría de su cuerpo, a pesar de que después le quedara un feo agujero. No le importaba, pero que pararan aquella tropelía. No podía más. Había luchado demasiado en la vida. La había jodido a base de bien. Había defraudado a la persona que más quería en el mundo y engañado a la segunda. No merecía la pena seguir. No había motivo para continuar. Estaba tan cansado. Era demasiado tarde.

—¡Se nos va! —dijo una enfermera ataviada con un pijama verde.

—¡Está fibrilando! ¡Carro de paradas! —gritó otra mujer vestida de similar manera. Ella parecía ser la que llevaba la voz cantante en aquella situación.

En torno a esas dos figuras, había varias más con ropas verdes que se apresuraban también. Traían y llevaban gasas, largas pinzas con forma de tijeras, pequeñas jeringuillas rellenas de mágicos compuestos, minúsculos, pero extensos tubos de plástico...

Un hombre acercó deprisa el objeto que había solicitado la mujer y después de depositar una sustancia semilíquida sobre la piel del paciente, puso en funcionamiento el aparato y pidió a los presentes que se apartaran con gran vehemencia. Depositó dos dispositivos en el tórax inerte. El cuerpo yaciente se sacudió, impulsado por una energía invisible, casi incorporándose, para luego relajarse y regresar a su posición inicial. Repitió la operación y el cuerpo se arqueó de nuevo. Esperaron unos segundos, sin que ninguno de los testigos despegara su mirada de los monitores. No hubo cambios, solo un estridente sonido monocorde y feo.

—Otra vez —insistió la líder del equipo. Repitió la actuación, doblándose el paciente por dos ocasiones, y por dos ocasiones tornando a su estado de paz.

Algunos sacudían sus cabezas en un gesto de negación. Otros permanecían atentos al desarrollo de los acontecimientos.

Se realizó el ritual otras cuatro veces más, sin lograr ni una sola reacción positiva, o quizá el cambio que aguardaban. Al final, la mujer, exhausta, retornó los ingenios a su lugar original y exhaló un gran suspiro que habría estremecido al más templado.

—Hora de la muerte —comenzó al tiempo que consultaba su reloj de muñeca.

Un leve pitido interrumpió a la doctora.

23.

Aventuras nocturnas

Irina, en el mismo bar

LA POLI QUE SE LE HABÍA acercado, resultaba llamarse Marta y habían coincidido en la academia. No es que hubieran sido amigas íntimas, precisamente, pero guardaba un buen recuerdo de ella. Y parecía ser mutuo. Irina la invitó a tomarse una cerveza. Tras unos segundos de titubeo, accedió y se sentó con ella en un taburete junto a la barra. De vez en cuando dirigía miradas de recelo en dirección a la mesa de la que provenía y a la que ya habían regresado los caballeros.

Marta era delgada, tirando a esmirriada y una cabeza más baja que la detective. Llevaba su melena lisa castaña recogida en una cola de caballo que ondeaba a su espalda en respuesta a cada uno de sus movimientos. En su redondeado y agradable rostro destacaban unos grandes ojos color miel y de vez en cuando añadía una bonita sonrisa a su ceñudo y preocupado semblante.

Hablaron de tonterías, de lugares comunes, de supuestos intentos de ponerse al día después de tanto tiempo. Irina no era estúpida. Iba buscando, que alguien lo bastante lenguaraz, desatado por el alcohol, le soplara información. Pero sabía que también funcionaba en el sentido contrario. Podía encontrarse a alguien buscando que la que sacara a pasear su lengua fuera la detective Gryzina. Fue precavida y sonrió mucho, para dar a entender que se encontraba más bebida de lo que en realidad estaba.

Marta giró de nuevo la vista hacia atrás, en busca de complicidad o de una autorización. La aquiescencia no tardó en llegar, aunque Irina no se percató de ella. No sabía si había sido planeado o improvisado sobre la marcha, así que la pregunta no la cogió por sorpresa.

—¿Christian y tú seguís juntos? —inquirió sin rodeos.

—No. Desde hace mucho tiempo. ¿Por qué? —No entendía el interés. Pensaba que quizá querían obtener pistas sobre el caso para la investigación en beneficio propio, pero nunca que pasarían al terreno personal tan rápido.

—Nada. Es solo que corre un rumor en la comisaría...

—Corren tantos rumores sobre mí... —Encogió los hombros, bebió un largo sorbo de su cerveza y estudió el rostro de su compañera. Parecía sincera y angustiada.

—Es sobre Christian —dijo Marta—. Pero si no estáis juntos, no te afectará —aseguró con una mueca de seriedad.

—Dispara.

—Bueno, circula una historia muy extraña sobre Christian... —titubeó.

—Venga, joder. Dilo ya —la apremió la detective.

—Vale. Que es un poli corrupto —anunció sin remilgos.

La palabra «corrupto» resonó en las paredes del cráneo de Irina como una especie de *déjà vu* salvaje y cruel. Un viejo mal, que creía haber matado y enterrado bajo toneladas de tierra, regresaba para atormentarla.

—Christian, ¿mi Christian? ¿Estás segura? —No podía creerlo. Era como si le hubieran pegado un tiro en las costillas y después una patada en sus partes.

—Y tanto. Han hecho desaparecer pruebas de la denuncia, aunque sí, existieron el tiempo

suficiente para que alguien las leyera. Ha sido él, Irina.

—*Lamadrequeloparió*. ¡Su puta madre! ¡Me lo cargo, joder! —descargó su ira golpeando su vaso contra la barra repetidas veces hasta que el camarero le llamó la atención y cesó la rabieta. Su cabeza parecía hervir de rabia. Se meneaba a un lado y al segundo, cambiaba de posición. Sus ojos se movían sin parar. Si en aquel instante los pensamientos de la detective Gryzina se hubieran convertido en imágenes, habrían podido verse diferentes escenas con un final similar: el cadáver de su exnovio en el suelo. Cada una de las películas mentales, transcurría según un caprichoso guion en el que la tortura, el desmembramiento o la castración de las versiones anteriores no resultaban lo bastante dolorosas para la víctima. Así que el cerebro de Irina procedía a elevar el listón del salvajismo sobre el Christian imaginario.

Marta asistía a la alta declamación de su colega con una mezcla entre sorpresa y cautela, no fuera a ser que la indomable detective decidiera pagar con ella las malas noticias.

—Irina, cálmate —intentó apaciguarla.

—No puedo —dijo con la mirada inquieta, sin duda pergeñando su siguiente paso.

—Espero que no hagas ninguna locura.

—Espera en vano. Mi especialidad son las locuras, tía —repuso guiñándole un ojo y sonriendo, ya más tranquila.

Ambas callaron unos segundos sin saber muy bien qué decir hasta que la detective rompió el silencio.

—Por cierto. Gracias por contármelo —dijo Irina.

—De nada. Hay mucha gente en la veintiuno que te aprecia y a la que no le ha gustado la encerrona que te han hecho. Después de todo, podría habernos pasado a cualquiera de nosotros.

—Se agradece. En serio. A todos —y levantó la vista hacia la mesa en la que los amigos de Marta conversaban, pero también observaban de reojo la charla de las dos mujeres.

Marta esbozó unos tímidos «de nada» y se excusó para ir al cuarto de baño.

Cuando regresó, Irina ya se había esfumado. Había obtenido información, posiblemente no la que iba buscando, pero le sería útil. Y Marta a su vuelta se encontró con que la detective había pagado las consumiciones de ella y de sus amigos.

Mark, esa misma noche

«¿Qué habría sido de él?», se preguntaba Mark, mientras observaba a su ayudante roncar tendido sobre el suelo de su casa. «¿Habría conseguido sobrevivir en la calle, como ese pobre chico?», se interrogaba, agradecido por los cuidados de sus abuelos, que se habían hecho cargo de él cuando su padre murió y después de que su madre, incapaz de soportar la pérdida, cayera en una depresión profunda que terminó matándola de pena.

Recordó el momento en que su abuelo le contó que por culpa de Tony Chatarra, que había decidido atender otro negocio en lugar de colaborar en la protección de su padre, la banda de maleantes rival le dio una paliza de muerte y después ejecutó de un tiro a Knut Hombre del Norte.

Se formulaba aquellas cuestiones mientras vaciaba las últimas gotas de licor de hada de su vaso. El alcohol iba haciendo su efecto y por poco no rompió el cristal al golpearlo con su torque. Aquella argolla metálica que le impedía rebelarse contra los humanos. Los habían anillado desde el nacimiento como animales de feria. Eso eran. Especímenes de estudio para la mofa de los humanos. Pero él nunca había sido un radical en aquel tema. Si no tuviera el torque, mejor. Entonces supo que era el licor de hada destilado por su abuelo lo que le provocaba aquellas

sensaciones. Así que parecía haber bebido suficiente.

Cuando estaba a punto de irse a dormir, unos golpes sonaron en su puerta. Sin pensarlo, agarró la pistola, amartilló el percutor y apuntó el cañón en dirección al umbral. Caminó con tranquilidad sintiendo el frío terrazo bajo sus pies descalzos. Sin embargo, ya se había acostumbrado al contacto rugoso de la piedra cuando alcanzó la puerta.

—Abre, Hombre del Norte. Hay trabajo que hacer —entonó una voz al otro lado de los listones de madera.

Obedeció al tiempo que ocultaba su hierro a la espalda, en caso de que le hiciera falta.

Por el resquicio de la puerta entraba la luz de las farolas callejeras. Distinguió una figura que le resultaba familiar. Lo conocía, aunque no le gustaba: uno de los lugartenientes de Chatarra, que solía rondar por el Morgana.

Abrió del todo para dejarle el paso franco y no paró de mirarlo a los ojos, aguardando una emboscada con la herramienta dispuesta a ser usada para matar.

—Seguro que tienes una pipa ahí detrás. Yo no me jugaría el cuello por ponerte nervioso, créeme —dijo en un tono amistoso—. Entre trolls tenemos que ayudarnos —apeló a la raza con aquella frase hecha se sacaba a colación cuando se pretendía obtener un favor.

—¿Qué coño quieres? —preguntó sin rodeos.

—El jefe quiere que nos acompañes en un grupo de castigo —replicó el otro troll.

—¿Ahora?

—Joder, ¿cuándo si no? Que a Chatarra no se le puede decir que no, hermano. Vamos, si quieres seguir llevando puesto ese pellejo tuyo.

—Somos trolls, pero tú y yo no somos familia, eso que te quede claro. Espera un momento.

Mark entró de nuevo en la casa y buscó una camiseta limpia, se cambió de vaqueros y se calzó unas botas montañeras. Mientras lo hacía, no perdió de vista ni un instante las subidas y bajadas del pecho de Juanito ni desatendió cada uno de los sonidos de su respiración.

—¿No vas a despertarlo? Pensaba que erais socios.

—Para esto no. Es un buen chaval —replicó mientras le dedicaba una última mirada antes de atrancar la cerradura detrás de él.

—¿Necesitas algo?

—Solo recoger mi cazadora del camión —contestó Mark.

—Venga, date prisa, no le gusta que lo hagan esperar.

Después de coger su chupa de cuero de la cabina de su camioneta de reparto, su nuevo compañero de fatigas le indicó que lo siguiera hasta un coche clásico de color oscuro.

Ambos entraron en el vehículo.

—Bonito carro —apreció Mark mirando con una sonrisa al otro troll.

—Me cuesta una pasta en recambios, es de antes de la guerra, pero quiero a este trasto más que a la puta que me la chupa por las noches —le contestó el conductor poniendo la máquina en marcha.

—¿Adónde vamos?

—¿Qué más te da?

—Quiero saber si queda muy lejos.

—Tan lejos como te diga el jefe, es lo único que te hace falta saber —le espetó, tajante

Durante bastante rato no se dirigieron la palabra.

—¿Un cigarro? —le ofreció el otro troll de su paquete arrugado.

—Gracias. —Mark cogió uno y se lo colocó en los labios. Acto seguido, le acercó la lumbre de una cerilla que apagó en el cenicero del automóvil.

—No quiero ver caer dentro ni una mota de ceniza —le advirtió.

—Claro, por supuesto —afirmó Mark bajando la ventanilla y sacando el cigarrillo encendido por ella—. ¿Cómo te llamas? —inquirió justo después de agitar el filtro con la punta de su dedo para librarse de la ceniza.

—Tobías.

—Tobías qué más —continuó sin variar la entonación. Parecía exigirle en lugar de preguntarle.

—No es asunto tuyo.

—Oh, sí lo es. Vaya que sí lo es. Si piensas que voy a ir por ahí de matarife sin siquiera conocer el nombre del tipo que se supone que tiene que guardarme la espalda, lo llevas claro. Tú y Chatarra, los dos.

—¿Nos ha salido gallito el rubito?

—Tú tócame los huevos y verás lo gallo que soy —y derramó una pequeña porción de la ceniza en el interior del habitáculo sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! —Tobías estalló en una carcajada.

—¿Por qué te ríes tanto?

—Porque al último cabrón que hizo lo que tú acabas de hacer, lo enterré yo mismo con la pala que llevo en el maletero.

—No soy cualquier cabrón —lo retó Mark.

—No, no creo que lo seas. Si no el jefe no confiaría en ti. Pero pienso que se fía más del recuerdo que tenía de tu padre, que de tus propias habilidades.

—Trabajo duro y... Tobías... Jamás vuelvas mencionar a mi padre.

Dicho esto le dio un puñetazo en la entrepierna al troll que lo hizo chillar de dolor y lo obligó a soltar el volante y a retirar los pies de los pedales. Mark tuvo que enderezar la dirección y pisar el freno por encima de las extremidades del matón, hasta que consiguió detener el coche.

El subalterno de Tony Chatarra continuó aullando un buen rato. Su rostro se encontraba congestionado y rojo por completo. Los ojos llorosos, derramaban lágrimas y tenía el ceño comprimido en una perpetua arruga. Se llevaba las manos a su paquete, pero el gesto no parecía aliviarle lo más mínimo, así que levantó las piernas por encima de la cabeza, se recostó en el respaldo de su asiento y comenzó a flexionar las rodillas.

Mark lo miraba divertido. Abrió la portezuela y salió a terminarse su cigarro apoyado contra la chapa del automóvil clásico. Cuando se encontraba disfrutando de las últimas caladas y dejaron de escucharse los bufidos de queja de Tobías, este lo llamó para que subiera.

—Esta vez sin hostias ni chorradas, o te juro que no llegas vivo. Y me importa una mierda lo que haga o diga el jefe —y lo apuntó con una automática del cuarenta y cinco que a bocajarro tenía pinta de hacer mucha pupa.

—Vale, tú mandas. —Se sentó en su lugar y continuaron la marcha, sin que Tobías dejara de encañonarlo con su arma durante el trayecto. Tenía que engranar las marchas con la mano izquierda y sujetar el volante con las rodillas.

Tobías frenó en seco y si Mark no se hubiera agarrado a la manecilla de la puerta, se habría

estampado de cabeza contra el parabrisas.

Allí había otros trolls y humanos en torno a la figura de Chatarra, que salió a recibirlos a la luz anaranjada de la farola que los iluminaba.

—¿Qué os ha retrasado tanto? —les preguntó el capo.

—Una movida de cojones, jefe —contestó Mark, incapaz de evitar hacer la gracia. Tobías lo miró con furia asesina y se señaló el lugar donde había ocultado su arma.

—De acuerdo. La mierda que os traigáis entre manos, tendrá que esperar. ¿Traes tu propia artillería? —inquirió a Mark. Este se limitó a asentir y Chatarra sonrió satisfecho.

El grupo se repartió en cuatro coches. A Mark le tocó de nuevo con su recién estrenado colega Tobías, aunque, en esta ocasión se sentó en el asiento trasero. La dotación dedicó un minuto a comprobar los cargadores de sus pistolas y Mark hizo lo mismo, cerciorándose de que estaba al máximo de munición. Los cuatro coincidieron al unísono en el sonido metálico que atrapaba el alimentador de balas en las culatas de las armas.

Iba a ser una noche dura.

Irina, la misma noche

Un hombre joven, no tendría más de treinta, caminaba sin preocupaciones por la calle mal iluminada. Deambulaba hacia su destino con las manos en los bolsillos de su cazadora vaquera, sin ser consciente de que estaba siendo vigilado. Era alto y tenía el pelo castaño y lacio, un poco largo para un peinado de hombre, ligeramente corto para uno de mujer. Vestía una gruesa sudadera con capucha con la leyenda de un antiguo equipo de baloncesto ya desaparecido. A su espalda, a la altura de la cintura, su ropa dibujó el característico relieve que indicaba la presencia de un arma de fuego. El tipo se introdujo en un portal que parecía la puerta trasera de un bar y desapareció.

En el automóvil aparcado al otro lado de la calle, se incorporó una figura femenina, se situó al volante y encendió las luces. Irina observó con cuidado a su alrededor y después de comprobar que nadie se encontraba pendiente de sus movimientos, dirigió el coche al ralentí hasta la boca que se había tragado a Christian. Detuvo su vehículo después de cerciorarse de que la mole metálica bloquearía la salida a cualquiera que se dispusiera a escapar con prisa del lugar.

La detective limpió con la manga de su camiseta la rueda del volante, los mandos y la perilla de la palanca de cambios. Un minuto más tarde, realizaba la misma operación con la manecilla interior y exterior de la puerta del viejo sedán de segunda mano que había comprado en el mercado negro por unas pocas perras. Ya no quedaba ningún rastro que la conectara con aquel cacharro en caso de dificultad. Necesitaba un disfraz para ocultar su identidad.

A la vuelta de la esquina se percató de que el local era un restaurante de baja estofa, de esos que pagando una tarifa fija puedes comer cuanto quieras. Enfrente, aunque fuera de la vista de los comensales, un trasgo trataba de conseguir las últimas ventas del día con su parada de ropa de imitación, antes de que la policía lo obligara a desmontar el puesto. El tipo parecía mal encarado, como la mayoría de los de su raza, pero en cuanto atisbó un posible cliente cambió su hosco gesto por una sonrisa que mostraba su irregular y amarillenta dentadura. Hasta varió su postura y se irguió para parecer más alto. Seguro que estaba elevado sobre la punta de sus pies.

—¿En qué puedo ayudarla, joven señorita? —entonó zalamero.

Irina no dijo una palabra y señaló con sus delgados dedos hacia dos de las prendas.

—¿Esto? ¿Y esto? —preguntó el trasgo. La mujer asintió.

—Treinta y cinco y me lo quitan de las manos. —Sonrió con experiencia de vendedor que ha conseguido colocar un artículo invendible por un precio mayor del que costaba en realidad.

La detective le entregó cuarenta y le indicó mediante señas que se quedara con el cambio.

—Muchas gracias, bella señorita —contestó.

Solo le dedicó una mirada con la que el inhumano enseguida comprendió que aquellas estupideces no iban con ella y se apresuró a recoger el género de su puesto.

Se caló hasta las cejas la gorra de gran visera que había escogido, y cuando comprobó que nadie la miraba, se enfundó en el largo abrigo oscuro que la cubría hasta los pies, tras lo que se subió las solapas. Nadie podría reconocerla, por lo menos a una cierta distancia.

Chequeó la provisión de balas de su pistola fantasma y entró con decisión en el restaurante. Lanzó una rápida mirada e intentó que su primer objetivo fuera localizar a Christian. Por suerte se encontraba sentado de espaldas a ella, en una mesa próxima a la cocina. Irina estudió el lugar. Era amplio, aunque varias columnas se interponían a lo largo de su longitud. Eligió una mesa que se alineaba junto a una de estas. Su blanco no conseguiría verla ni aunque se girara por completo y, en cambio, ella si disponía de una buena visión de él.

Se le acercó un camarero al que ordenó el menú mínimo. Aunque no sentía hambre, el olor a comida le recordó que hacía bastantes horas que no daba de comer alimentos decentes a su cuerpo.

Christian no se había movido y parecía degustar sin ninguna prisa un plato de humeante sopa. No recordaba que jamás le hubiera dicho que le gustaba comer en semejante tugurio. No parecía el tipo de restaurante ni la clase de platos que solía disfrutar. Entonces tenía que estar esperando a otra persona, una que sí gozaba de aquellos horrores culinarios cocinados con excesiva grasa, como podía deducir de su propio consomé, recién llegado a su mesa. Se lo tomó porque necesitaba energías y el calor resultaba reconfortante, pero sabía horrible: demasiado soso, especiado en exceso, muy líquido y con poca sustancia. Un momento. Aquella era la mejor comida de poli para llevar. La ideal para pasar una noche de vigilancia. El otro comensal con quien su exnovio se había citado era un poli.

Dobló más la visera de su gorra y trató que las solapas del abrigo que no se había quitado, le taparan bien la cara. Al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que había varios vagabundos que debían haber acudido por lo barato del menú y se lo pagaban con las pocas monedas que habían obtenido mendigando por la calle. Uno de ellos la miró, sin dejar de comer, como si Irina fuera una competidora que trataba de robarle la comida. Masticaba y sorbía con ansia de una cuchara de madera. Tenía pinta de no haber llenado el estómago en semanas.

El resto de los presentes daba cuenta de sus viandas, sin fijarse lo más mínimo en ella. Terminó su sopa y enseguida le trajeron el segundo plato: un filete con una guarnición de lechuga cortada de forma irregular, medio tomate picado en rodajas y una masa pringosa y dorada de patatas fritas. Se las vio con el cuchillo para trocear la carne, que estaba casi cruda, y alternó un pedazo de filete de origen desconocido, porque no sabía a ningún animal que ella hubiera probado en su vida, con los grasientos bastones de patata. De nuevo, la única cualidad de la comida era que estaba recién hecha y, por lo tanto, caliente, lo cual sentó muy bien a su cuerpo.

Casi se atragantó con un trozo de carne a medio masticar cuando el capitán Castillo entró en el comedor del local.

Mark, misma noche, más tarde

El clásico oscuro que el troll había manchado con intención, se detuvo, en esta ocasión de forma suave. Solo notaron el roce del caucho con la gravilla desprendida. El conductor, Tobías, apagó el motor y las luces. Los cuatro se quedaron en silencio. Su cuadrilla la completaban otro troll, más joven que Mark, y un humano fornido que nunca había visto antes.

El troll no conocía aquella parte de la polis. Había estado fuera casi veinte años y no se acordaba muy bien de dónde estaban. Tampoco realizó preguntas y siguió con sigilo a sus compañeros de partida. Cuando llevaban recorridos unos doscientos metros desde el automóvil estacionado, sacaron las armas y quitaron los seguros. Mark tiró del percutor de la suya, imitándolos. Aquello no estaba bien, lo sabía. Los mecanismos de las pistolas resonaron con un eco metálico que a todos les pareció mucho más ruidoso de lo que en realidad resultaba.

Tobías, como cabecilla de la escuadra, les indicó con la mano libre que se colocaran de a dos junto al umbral de una puerta del edificio que les surgió delante de las narices. Parecía apenas un muro de unos tres metros de altura que, por el olor a césped, daba paso a un jardín.

El cuarteto se miró a los ojos. No hacían falta palabras para anunciar su próxima acción. Mark sabía de sobra el jaleo en el que se metía. No rechistó ni se quejó. Como su padre solía decirle: «Para obtener buenos resultados, a veces es necesario mancharse de mierda». Pero siempre se lo susurraba al Mark adolescente, a espaldas de su madre, para que no los escuchara hablar sobre aquellos temas, que estaban vetados en la casa familiar.

Tobías abrió la puerta de una patada sin avisar a sus comandados de su brusco movimiento. El resto fueron gritos, golpes, sollozos, detonaciones que se repetían, insultos. Nadie era capaz de escuchar lo que le increpaba el de al lado. Ni tampoco lo pretendía.

Abrieron fuego en cuanto las tablas de madera saltaron en pedazos, fruto del puntapié de Tobías.

Mark cubría la retaguardia. En unos segundos identificó sus blancos: un tipo con una escopeta, que se encontraba demasiado cerca, y un trasgo con un rifle de asalto que casi era más grande que la propia criatura. Resultaba evidente que no sabía que si colocaba el selector de disparo en modo automático, las balas se le terminaban antes, a no ser que fuera un buen tirador e hiciera diana en sus blancos. No lo era.

Mark apuntó en primer lugar al de la escopeta, que le preocupaba más. Lo alcanzó en un brazo y soltó el arma. El del rifle no tenía ni idea de cómo se manejaba un trasto semejante y lanzaba ráfagas a diestro y siniestro, que ni siquiera le servían para cubrir su posición. Le dio de refilón en la base del cuello, aunque no fue suficiente para que soltara el arma. No escuchaba ni sus quejidos. Miró por encima para hacerse una idea de la situación. Sus supuestos «castigados» contaban con una artillería mejor y más potente que ellos, además de doblarlos en número. Chatarra no se había molestado en mencionarles el detalle de las armas automáticas. Aquello iba a ser un puto matadero. Para ellos, claro. Morirían como cochinos que esperaban a ser desollados y transformados en carne picada, chorizos y demás embutidos.

Su atención más inmediata se encontraba focalizada en derribar al trasgo del rifle. Avanzó unos pasos para parapetarse detrás de una mesa que había quedado volcada en medio del caos. Asomó la nariz unos centímetros por encima de la madera y, a cambio, recibió una andanada de proyectiles, que, por suerte, impactaron en la madera y no lograron alcanzarlo. Pero las descargas habían delatado la posición del tirador. Mark contó los disparos. No había rifles automáticos con cargadores de más de veinte balas y al suyo ya le tocaba recargar. Se encomendó a los dioses de

sus ancestros y rezó por que el trasgo no contara con un suplemento extra de proyectiles.

El troll se alzó de improviso de su escondrijo y apretó el gatillo en dos ocasiones. El primer tiro impactó en el pecho de su blanco, el segundo se fue a incrustar en el abdomen. El pequeño trasgo cayó al piso. Mark saltó con una voltereta por encima de la mesa caída y cuando llegó hasta su víctima le arrancó el rifle de las manos y comprobó que tenía otra provisión de munición: dos cargadores extras en un cinturón. Se hizo acopio de ellos y dejó su pistola entrelazada en la cintura de sus vaqueros para usarla más adelante.

El troll se rehízo y observó la situación. La cosa no pintaba nada bien. Eran tres ahora, puesto que el otro troll yacía, acribillado, sosteniéndose las tripas en un intento de burlar su inevitable muerte. Tobías se defendía bien con su cuarenta y cinco, aunque mostraba una mueca de agobio al darse cuenta de que habían caído en una trampa. El humano no se había arriesgado demasiado y tal vez por eso continuaba con vida. Si se agrupaban, actuaban como un equipo y se guardaban las espaldas, tendrían una mínima oportunidad de sobrevivir, si no, su sangre regaría la hierba que crecía a sus pies.

Mark trató de hacer uso de su ligera ventaja con el rifle. Aunque no sería tan estúpido como para desperdiciar munición. Apuntó, apretó el gatillo y un proyectil cruzó el campo de batalla para instalarse en el muslo de un humano que disparaba con dos pistolas ametralladoras. Lo derribó y este aulló de dolor, pero el muy cabrón continuó disparándoles desde el suelo. Fijó un nuevo objetivo: otro troll grandote con escopeta de gran calibre. Cada vez que disparaba le temblaban los tímpanos, además del estómago. Probó puntería, pero no consiguió diana y el objetivo se dio cuenta enseguida de quién le disparaba y dirigió sus esfuerzos y cartuchos en dirección a Mark.

Los perdigones volatizaron una silla de jardín que hacía unos segundos se encontraba a medio metro de él. Se lanzó al lado contrario, justo a tiempo para evitar una nueva oleada de plomo hostil. Sin embargo a su recién nombrado mejor amigo se le había atascado la corredera y no conseguía que la siguiente vaina entrara en la recámara.

Mark apuntó a la cabeza. Dos toques de gatillo. Una bala impactó en un ojo, la siguiente en el espacio entre la nariz y la boca. El troll se derrumbó con un estruendo parejo al que causaba con su temible arma. Continuó avanzando. Ya no veía dónde andaba Tobías.

Estaba buscando un nuevo blanco del que deshacerse cuando sintió el contacto del acero caliente sobre la nuca.

—Quieto, figura, si no quieres sufrir una intoxicación de plomo.

24.

No todo el mundo vale para esto

LA OBSERVÓ SORBER DEPRISA SU SOPA. Aquella noche no podía quedarse a deleitarse con sus movimientos. Tenía trabajo que hacer en otro lugar hacia el que caminaba con rapidez con una sonrisa en la boca, alegre por tener una nueva presa a su alcance. Su siguiente víctima, aunque no le gustaba pensar en ellos de aquella manera. Se los comía por necesidad, por verdadero apetito, no por gusto. ¿O sí? Tal vez una parte de morbo sí que hubiera en rajarlos y chupar sus entrañas que luego le resbalaban por la lengua y por sus irregulares dientes. Disfrutaba, como no lo había hecho en años. No se lo pasaba tan bien desde antes de la guerra. Era feliz, no podía pedirle nada mejor a la vida. Y tenía en perspectiva a un mozalbeta joven que, suponía, aún estaría bastante tierno y cuya sangre tendría fuerza. La que le faltaba a él. El vigoroso líquido le aportaría vitalidad y a lo mejor no necesitaría matar de nuevo en una temporada. O quizá anhelara aquel manjar prohibido antes de lo que pensaba.

La perspectiva de encontrarse ante un nuevo banquete lo hizo salivar y tuvo que limpiarse las comisuras de los labios con una sucia manga.

Michel, al despertar en un hospital, unos años antes

Mich abrió los ojos con una sensación permanente de molestia y cansancio infinito. Tenía la boca seca, no estaba cómodo y se encontraba dolorido. Estaba tumbado en lo que parecía una cama de hospital. Intentó situarse de lado, pero un tirante catéter que salía de su brazo izquierdo se lo impidió y le provocó un leve dolor que cesó en cuanto paró de moverse. Intentó palpar la sonda que le salía del cuerpo con la otra mano, pero de nuevo el dolor le sirvió de indicador de lo que no debía hacer.

Trató de quejarse, pero apenas surgió un gemido ahogado de su garganta. A continuación, carraspeó y consiguió esbozar un amortiguado y bajo «¿hola?», seguido de un «¿hay alguien?», sin obtener respuesta. Sí, yacía en un hospital. Convaleciente. Jodido, para variar.

Un molesto ataque de tos lo obligó a medio incorporarse en el lecho. Al mismo tiempo se preguntaba si vendría personal a darle algo para beber.

Un minuto después una figura conocida entró en la habitación. Irina tenía grandes ojeras que hinchaban sus ojos. Solo lo miró y se echó a llorar en silencio a los pies de su cama. Michel sintió una honda tristeza. Agradecía el calor de ella, le hacía sentirse vivo, más de lo que había estado hacía poco, al parecer. Al policía le invadió la pena, aunque no derramó ninguna lágrima. Se le habían terminado, no tenía más. Estaba agotado, cansado de la miseria en la que había convertido su vida, del sufrimiento que había provocado de forma inconsciente o adrede a cuantos lo rodeaban: Irina e Isabel. Sus amores.

Con una temblorosa mano, alcanzó la larga y morena cabellera que se derramaba como una cascada sobre las sábanas que le cubrían las piernas. La acarició despacio, con ternura, sin prisas. No intercambiaron palabras, no hacía falta.

Irina, mimetizada de vagabundo

La detective camuflada se apresuró a terminar con su comida. Casi engullía, en parte por el hambre que arrastraba y también porque si una de las dos personas que la conocían pasaban por

delante, la verían, por mucho que intentara ocultarse entre las solapas del abrigo de segunda mano que había comprado. Ni siquiera pidió la cuenta, dejó un par de billetes pillados con el borde de los platos y se largó, no sin antes lanzar una mirada hacia los dos hombres que continuaban con su charla.

—¡Eh, tú! —Un escalofrío le recorrió la espalda, una mezcla de miedo y vértigo que casi le provocó un mareo.

Una fuerte mano la tomó por un brazo. Al girarse observó que el camarero le ponía un billete en la mano.

—Has pagado de más, el menú hoy cuesta la mitad —le dijo con una sonrisa en los labios.

—Claro, gracias —acertó a responder, nerviosa, con un ojo puesto en el capitán y en Christian, que parecían no haberse percatado del incidente. Después se marchó del restaurante lo más rápido que le permitieron las piernas.

Mark, capturado un poco después, esa noche

El contacto caliente del arma en la nuca le quemaba, pero cuando amagó con revolverse para quejarse, su captor le apretó más el metal candente. Le quedaría una marca donde el cañón había abrasado la piel del troll.

Su oponente era, al menos, tan alto como él y el doble de corpulento. Otro de los suyos, aunque más viejo. Había tomado su pistola y se la había guardado en el cinturón. Mark caminaba a golpe de los empujones que le propinaban en la espalda. Trató de mirar a su alrededor para hacerse una idea de la situación. Lo que vio no le gustó nada: el humano que lo acompañaba yacía lánguido sobre un charco de sangre. La cabeza de Tobías acababa de chocar contra el césped del patio, tras ser ejecutado de un seco disparo. Las cosas no pintaban bien. Solo él había sobrevivido y se preguntaba por qué no habían terminado con su vida, al igual que con los otros. No le dio tiempo a cavilar más allá de aquella idea mientras lo obligaban a avanzar hasta lo que parecía una enorme mansión. El único intento que realizó de preguntar adónde iban, fue acallado con un trastazo con la culata de un arma en su rabadilla que lo dobló por el dolor. Después se recuperó, incorporándose sin soltar una palabra, pues parecía que así debía permanecer hasta conocer cuál sería su destino.

Giró la cabeza a un lado, con el objetivo de quedarse con cuantos detalles del lugar fuera capaz. Recorrieron un camino enlosado sobre el mal cuidado césped que desembocaba en la mansión. A un lado percibió una piscina, que había sido cubierta y que parecía no haber contenido una gota de agua en años.

Cuando se acercaron a los muros de la construcción, pudo percatarse de que en una época cercana había estado recubierta de placas de piedra y de ladrillos rojos de barro cocido. En la actualidad, apenas presentaba unos meros vestigios de ambos materiales. Se le ocurrió que se habían tomado demasiadas molestias para retirar los elementos que envolvían la mansión. Lo que parecía haberse construido como un elegante y sofisticado edificio, agonizaba sumergido en la tosquedad y el desamparo.

Mark pensó que tenía que haber sido la casa de una persona importante en Semura. Pero conocía muchas de aquellas mansiones que habían quedado derruidas hasta sus cimientos por culpa del hostigamiento de las bombas de los suyos durante la guerra. Bien podía tratarse de una de ellas, aunque los desperfectos que se le presentaban no eran producto del ácido y la mansión parecía haberse levantado en una fecha más reciente.

En el interior hacía fresco, estaba oscuro, y aunque la falta de luz disminuía un poco su percepción, distinguía las formas a la perfección. Quien lo hubiera apresado no había dejado al azar ese detalle. La mansión se alzaba diáfana en las alturas y se curvaban hasta formar un agudo arco apuntado constituido en su totalidad por una gigantesca cristalera, que dejaba pasar la escasa luminosidad de la noche. En un día soleado debía ser una casa con mucha luz.

Un golpe en sus costillas flotantes le indicó que girara a la izquierda. Tras la orden, ejecutada como si llevaran a un animal dirigido por unas riendas, afrontaron la subida de unas amplias escaleras que se bifurcaban en la primera planta y cuyos ramales se perdían en la oscuridad de las silenciosas formas de la mansión.

A continuación se internaron en un pasillo cubierto por una alfombra que amortiguaba cada uno de sus pasos, que quedaban en meros susurros y se perdían acallados de inmediato por la inmensidad del conjunto.

Varios salones y habitaciones se desangraban infrutilizados, llorando la soledad a la habían sido condenados. Sin embargo, la instalación hacia la que se encaminaban era una excepción y de ella escapaban murmullos de conversaciones que se hacían más evidentes según se aproximaban.

El nuevo cuarto se asemejaba a un despacho con el piso cubierto por una alfombra. A los lados germinaban robustas estanterías de madera oscura, caducas y despojadas de los libros que sin duda las habían poblado con anterioridad. El lugar había visto épocas mejores, al igual que el resto de la finca.

El último topetazo en sus riñones lo hizo arrodillarse del dolor.

—Mark Hombre del Norte. Bienvenido a mi humilde morada.

La voz masculina que lo saludaba le resultaba familiar, pero no conseguía identificarla.

—¿Te conozco? —entonó mientras dirigía su mirada hacia el bulto que permanecía sentado a unos metros de donde estaba el troll.

—Ya lo creo que sí —dijo con tono rimbombante. Mark no era capaz de distinguir su rostro, pero tenía la certeza de que estaba sonriendo.

—Pues no me acuerdo. Refréscame la memoria, si no te importa —pidió con medio tono burlón.

—Claro, por supuesto. La última vez que nos vimos fue en la bodega del Duende Verde.

Entonces una luz se iluminó en la cabeza del troll. No dijo nada, pero el otro apreció que se había dado cuenta.

—Pareces recordar a una velocidad asombrosa. —El extraño continuó con la misma actitud.

—Tengo una memoria asombrosa. —Mark enfatizó el adjetivo que él había utilizado—. Me acuerdo solo de lo que me interesa —lo desafió.

El desconocido realizó un gesto con la mano que no estaba dirigido a él. Acto seguido Mark recibió una patada en el estómago por parte de su guardián.

—Al jefe no le gusta que le jodan los tipos graciosos —le susurró al oído su agresor.

—Es bueno saberlo —balbuceó Mark entre golpes de tos y respiraciones entrecortadas.

El hombre que se había desvelado como medio troll y Mesías para quienes portaban una anilla al cuello, dio unos golpecitos en el brazo del sillón en el que continuaba sentado. Parecía no tener prisa.

Mark tomó la iniciativa.

—De acuerdo —anunció sin quitarle ojo al otro troll—. ¿Cómo funciona esto? —preguntó.

—¿Qué quieres decir, Hombre del Norte? —le devolvió la cuestión, intrigado.

—La partida con la que venía ha sido masacrada, como supongo que lo han sido las otras. No me habéis matado por una razón —afirmó sin que lo interrumpieran. Al ver que había conseguido la atención de su anfitrión, continuó con el planteamiento—: Supongo que os resulto valioso. Me imagino que para vosotros soy el candidato ideal para acercarme hasta Chatarra y meterle un tiro entre ceja y ceja —dijo de forma atropellada y sin parar hasta observar la reacción en sus captores.

—El chico es listo, jefe —entonó el guardián.

—Lo es. Lo es. Ha descifrado el propósito último de mi pequeña mascarada. —Sonrió—. ¿Tú qué opinas? —lanzó la cuestión a su subordinado.

—El muy cabrón nos ha hecho pasar un mal rato ahí fuera, señor. Podría valer —dijo con despreocupación—. Aunque no hace más que intentar salvar su puto culo.

—Sí, es valiente —le concedió sin despegar lo que debían de ser sus ojos de la enorme figura de Mark—. Claro que está intentando salvar su pellejo —meditó un instante—. Y eso me gusta, tiene huevos —asintió para sí, como si mantuviera una conversación en su cabeza.

—¿Entonces? —preguntó Mark.

El desconocido y su lugarteniente intercambiaron una mirada.

—A partir de ahora trabajarás para mí... —replicó.

—Pero, Chatarra...

—Evidentemente, actuarás como si continuaras formando parte del círculo más íntimo de Tony —lo interrumpió—. Tras las escaramuzas de esta noche, te ascenderá al haberse quedado sin hombres de confianza...

—No se creará que solo yo he sobrevivido, es muy inteligente para eso —protestó Mark.

—Yo lo soy más, hijo. Yo lo soy más —repitió.

Mark se quedó en silencio y después habló:

—¿Qué te hace pensar que seguiré tus órdenes, Mesías?

—¡Ja, ja, ja! —se rio—. No sé si lo sabes, pero conocí a tu padre. Un buen hombre, sí.

—¿Qué tiene que ver mi padre con esto?

—Mucho, hijo, mucho. Quieres matar a Chatarra por lo que le pasó a tu viejo desde que tenías... ¿cuántos? ¿Dieciséis, diecisiete años? Eso no me preocupa lo más mínimo. Tienes tu propia historia con Tony, al igual que yo cuento con la mía. Cada uno transportamos nuestra carga y ya es hora de librarnos de ella, ¿no crees?

Entonces la velada figura se levantó de su asiento y salió de las sombras, se acercó hasta él caminando sin prisa y le tendió una mano para ayudarlo a incorporarse.

—Tengo un plan que poner en marcha y poco tiempo. ¿Estás conmigo?

Irina continúa acechando

Irina se encontraba parapetada, medio escondida detrás del volante del cachivache que había comprado por cuatro billetes, después de regatear con el vendedor, un viejo trasgo con cara de sapo que no dejaba de mirarle las tetas y sonreír como si nunca hubiera visto una mujer. Pero, por desgracia, no tenía tiempo de ponerse dura y soltarle una torta al abuelo, así que le pagó lo estipulado tras la rebaja y salió con el susodicho vehículo.

Empezaba a anochecer.

Vigilaba la puerta del restaurante desde una posición en la que nadie que saliera pudiera verla.

Pero ella sí. Esta vez no tenía un plan. Siempre había tenido uno, incluso cuando lo de Michel. Aunque ahora resultaba distinto, no se diferenciaba demasiado de aquella época de su vida. Cuatro, cinco años ya, o seis, no conseguía recordarlo. Tan poco tiempo y tantos cambios en su vida, suspiró. Tan poco tiempo y parecía una auténtica eternidad. En caso de que Mich siguiera vivo, no se permitiría confesarle lo mucho que lo echaba de menos. Apenas se permitía pensarlo ella misma. Sin embargo, así era. Christian había sido una muesca más. Estuvieron juntos porque así lo dictaminó el destino, porque se entrometió en su camino. Y tampoco conseguía librarse de aquel cabrón. Se le había metido en la cabeza la voz femenina que había sonado por detrás de la de su ex cuando lo llamó hasta las trancas de alcohol. Tampoco olvidaba el hecho de que había sido él el traidor que la había denunciado, el chivato que la había metido en problemas, por los que podría perder su trabajo. Y no sabía hacer otra cosa que aquel puto y asqueroso oficio. Por eso le gustaba tanto. «No todo el mundo vale para esto», era una frase que solía repetir Mich cuando se encontraba frustrado por un caso que no se había resuelto de la mejor forma, o porque los sospechosos habían escapado de la cárcel por cierto tecnicismo o defecto legal. Michel se pasaba el día diciendo aquellas máximas que Irina también escuchaba en el día a día de otros polis veteranos, porque parecía que el compartir el conocimiento de aquellas antiguos refranes de policía, les hacía más llevadero el duro quehacer. Pero al amor de su vida se le olvidaron todos. Los había abandonado en favor de los atractivos del alcohol y de otras sustancias. Se había convertido en una contradicción andante, lo mismo que ella.

En aquel instante los dos individuos a los que observaba se despidieron con un amistoso apretón de manos y se separaron caminando en sentidos opuestos de la calle.

Irina tuvo un momento de duda. ¿A quién de los dos seguiría? Miró a un lado: la figura rechoncha y baja del capitán Castillo se bamboleaba camino de donde hubiera aparcado su coche, que no sería muy lejos. Al lado contrario, el bulto alto y desgarrado de Christian se movía con decisión y si Irina lo conocía un poco, habría dejado su vehículo mucho más lejos.

Accionó la llave hasta que el motor comenzó a rugir, aunque más bien parecía que tosía como un bronquítico. Con suavidad, giró el volante hasta que hizo que el mamotreto de metal y goma diera la vuelta en la calle. A unos trescientos metros su objetivo continuaba al mismo paso. Irina miró por el retrovisor, no venía nadie. No se preocupó de encender las luces, no quería que si por casualidad miraba por encima de su hombro la viera. La calle se encontraba mal iluminada; hasta allí no alcanzaba el presupuesto y las buenas intenciones del Primer Ministro.

En varios tramos de la calle, el asfalto escaseaba y no se habían molestado ni en rellenarlo con cemento, así que la calzada tenía más agujeros que los calcetines de un estudiante. El cacharro se empeñaba en pasar por todos ellos y obligaba al trasero y a la espalda de Irina a tragárselos, pues la reliquia no había conocido unos amortiguadores desde hacía veinticinco años, por lo menos. Los muelles del asiento también chirriaban a cada nuevo rebote de la carrocería. Irina chasqueaba la lengua y se irritaba más con cada nuevo socavón.

Pisaba el acelerador con suavidad, aunque este no respondía siempre igual a la misma presión. A veces tenía el pedal a fondo y el coche apenas se movía unos metros y otras, a medio gas tenía que levantar el pie porque se metía encima de Christian.

En uno de esos fallos del acelerador, su vetusta carroza avanzó más distancia y a mayor velocidad de lo que era prudencial. Como resultado, Irina se vio obligada a clavar los frenos, que chillaron, despertados de su largo letargo, para no empotrarse contra el camión que tenía parado

delante de ella. Seguro que también se había dejado el caucho de cada neumático en la calzada debido a la frenada. Había logrado detener el coche sin mayores consecuencias, pero su objetivo había visto el esperpento y se había perdido en la bocacalle más cercana.

«Qué cabrón», pensó, porque aquel truco se lo había enseñado ella. De nuevo Irina fue presa de la duda, pero no tardó en despejarla. Salió con energía del cacharro y cerró la puerta de golpe, para que le doliera. Aunque sabía que era un objeto y que no sentía nada, a ella le valía el gesto. Lo dejó plantado en medio de la calle. Lo robarían, eso desde luego, así por lo menos le aprovecharía a alguien lo mucho que no lo había hecho a la detective.

La artimaña de Christian era bastante sencilla. Si sospechabas que te seguían en un coche, introducirse en una calle estrecha adyacente resultaba la mejor solución, en especial si estaba prohibida la circulación de vehículos a motor por ella. Se obligaba a los perseguidores a salir al descubierto y era una forma de sacar ventaja de la situación. Irina lo sabía. Él se había puesto nervioso por el detalle que fuera y ahora tenía una franca desventaja respecto a su ex.

Tiró de la corredera de su pistola e introdujo una bala en la recámara y se preocupó de que el arma quedara oculta por los faldones de su abrigo improvisado.

—No todo el mundo vale para esto —dijo para su cuello.

De esa manera avanzó sin miedo por la calleja.

25.

Un muchacho excelente

LA NOCHE ERA SU CÓMPLICE, SU amiga, su amante. La vieja conocida que lo amparaba, como había hecho siempre. La calidez que lo abrigaba y lo ocultaba. El tacto espeso y caliente sobre su maltratada piel. La sensación de reencontrarse con el primer amor y ser consciente de que todavía se amaban, que aún quedaba esa chispa capaz de encender el fuego. Esas impresiones obtuvo cuando se deslizó furtivo en la casa de su próximo objetivo. Las cerraduras no tenían misterio para los suyos, siempre que hubieran sido convocados, y él lo había sido una vez hacía muchos años. Suponía que aquello valía, aunque no tenía a ningún igual al que preguntárselo. Tal vez estuviera equivocado, o quizá no, pero tenía hambre y necesitaba comer. Y ella lo había marcado. Habían hablado en un establecimiento, junto al otro, el alto. Ya había estado en ese sitio en los últimos días y a ella parecía gustarle, pues pasaba mucho de su tiempo bebiendo allí. ¡Qué alegría se llevaría cuando por fin lo reconociera!

Irina, ahora

El frío del barro cocido de los ladrillos se aplastaba contra su rostro. Permanecía pegada a la pared de la calleja, una estrecha travesía entre dos calles secundarias poco transitadas y casi sin iluminación. El cañón del arma fantasma indagaba en la oscuridad por delante de ella. Ni un solo sonido.

El aviso vino en forma de disparo. Le dio tiempo a observar el fogonazo y a parapetarse. Medio segundo después saltaron esquirlas y polvo rojizo del pedazo de pared donde Irina había estado antes.

Debía encontrarse bastante asustado porque acababa de revelar su posición. Un error de novato de su exnovio, que le facilitaba las cosas a la detective.

Pero no iba a darle ni la más mínima oportunidad, así que avanzó, tanteando con pasos cortos el pavimento que tenía delante, con la espalda soldada a la pared. Silencio.

Por el rabillo del ojo intuyó un movimiento. Le pareció que el bulto maniobraba haciendo malabarismos sobre unas escaleras de incendios para rodearla y situarse a su espalda. Lo llevaba claro.

Retrocedió el camino recorrido con el mismo cuidado y se colocó en lo que era prácticamente la entrada del callejón. Debido a su intento de diversión, Christian era incapaz de verla desde su posición. Aquel era el punto en el que su plan fallaba: había unos minutos en los que no podía controlar a su perseguidor, en este caso perseguidora.

Irina aguardaba a que su víctima apareciera. Le habría gustado presenciar el gesto de su rostro cuando se diera cuenta de que había sido engañado, pero no quería que le viera la cara, además de que continuaba embozada con el abrigo y cubierta con la amplia capucha.

Agazapada, esperó su momento mientras escuchaba a la persona que había sido su pareja pisar en los escalones metálicos y, finalmente, acceder a la calle. Debía pensar que su misterioso perseguidor se encontraba por delante de él, cuando no era así. Trató de buscar cobertura detrás de unos cubos de basura.

Se preguntó si tendría remordimientos. La punta de su arma seguía con lentitud los

movimientos de Christian. ¿Se decidiría a dispararle? Por culpa de aquel cabrón había caído en una trampa. Una trampa tan obvia que, si no hubiera estado tan cansada, la habría visto venir. Pero ya no podía enmendar sus acciones, había hecho lo que tenía que hacer, por una razón: le ocultaban información sobre el caso. Tirando del hilo, había llegado hasta el capitán Castillo, el verdadero capo de la operación, y el otro, su ex, al que tenía encañonado con su arma, con quien había pasado fines de semana enteros sin salir de la cama y que no era más que un triste peón.

Ni siquiera había contemplado la posibilidad de que su plan no fuera a funcionar. En su cabeza deambularon varias frases y dichos de Mich sobre algo parecido, pero no debía resultar demasiado relevante para la ocasión o simplemente no los recordaba con claridad. La detective creía que muchas situaciones que había vivido con Michel se le habían olvidado porque quizá habían terminado con una pelea o una violenta discusión, como era habitual en ellos. Sobre todo en la época en que él era un barril de alcohol andante.

Con la mano izquierda se colocó la capucha, para que cayera aún más sobre su frente y después tanteó las solapas del cuello del abrigo, para que la taparan hasta la barbilla y parte de la boca. En la oscuridad, aunque estuvieran frente a frente, él sería incapaz de reconocerla, pero no estaba de más tomar precauciones, visto el interés que tenían en incriminarla y apartarla del caso del asesino en serie. Llegaría hasta el final, que comenzaba en aquella calleja sucia y estrecha entre dos manzanas.

Afianzó las piernas, extendió los brazos, sostuvo la pistola con las dos manos, introdujo el índice derecho con suavidad en el guardamonte y acarició el gatillo. El blanco apenas asomaba treinta centímetros por encima de su parapeto y debía estar comenzando a preguntarse dónde se encontraba su acosador.

Una detonación retumbó en los muros; el fogonazo iluminó el pasaje durante unos segundos.

Christian se derrumbó. La bala había impactado en la parte trasera de su hombro derecho y le había obligado a soltar el arma. Escuchó sus gemidos de queja y corrió furiosa hasta su posición. Sin darle tiempo a que se girara, estrelló una patada en su entrepierna con todas las fuerzas de las que fue capaz. El hombre se encogió, aullando de dolor por el puntapié. Su brazo sangrante había quedado olvidado.

Por si acaso, Irina probó de nuevo la punta de sus botas contra el abdomen de su exnovio. Parecía que le dolía. De nuevo se retorció en el piso lleno de inmundicia e intentó encogerse hasta alcanzar la postura fetal, pero cada nuevo ataque de la detective se lo impedía.

Cuando se cansó de jugar al gato y al ratón, retiró la capucha de su cabeza y dejó su rostro al descubierto. Pero él no abría los ojos. Ahogado por las punzadas de dolor, intentaba respirar al mismo tiempo que se sujetaba el hombro y sus partes bajas.

Lo agarró por la barbilla, apretándole las mejillas para intentar que la mirara, que fuera consciente de quién le estaba dando una paliza. Que supiera que Irina era la responsable. Pero Christian balbuceaba una suerte de grititos que ella no oía. Lo que sí escuchó fue la sirena de un coche patrulla a lo lejos, aproximándose.

Lo miró una última vez, tirado en el empedrado, mientras se agitaba igual que una lagartija a la que le han cortado la cola.

Se marchó a la carrera sin soltar su arma de la mano en ningún momento y embozándose otra vez.

Juan

Los cerrojos saltaron como si una llave maestra mágica los hubiera desactivado.

Empujó la puerta con cuidado. Aun así, las bisagras se quejaron ante el extraño que profanaba el umbral, pero sus protestas quedaron ahogadas cuando la criatura contempló quien iba a ser su cena de aquella noche.

Sus pasos ni siquiera sonaron sobre el piso en pos del cuerpo dormido, cuyo pecho subía y bajaba, inconsciente del peligro que corría. Estaba tirado en el suelo, durmiendo con placidez y sin ninguna preocupación. Tendría unos quince o dieciséis años. Estaba delgado y mostraba una serenidad y paz que a su asesino le impresionaron. Intentó no despertarlo mientras admiraba a su presa y se deleitaba ante el próximo festín que iba a darse. Su boca ya comenzaba a salivar. Se frotaba las manos, satisfecho. El hambre era mayor que nunca y no iba a hacer nada por evitarla. Lo contempló por última vez con una amplia sonrisa en su deformado rostro.

Él notó como una mano repleta de durezas le tapaba la boca y abrió los ojos asustado. El pánico inundaba su mirada. Delante de él un horror de otra época, de un tiempo en el que se permitía que esos monstruos se comieran a los niños díscolos. Sabía lo que era, pero no pensaba que aún quedaran ejemplares vivos. Trató de librarse, luchó porque la tenaza con la que lo sostenía inmóvil la criatura lo soltara, aunque sus esfuerzos resultaron vanos: era mucho más fuerte que él.

El horror lo miraba entre divertido y sorprendido. Su cara, si así podía llamarse, estaba cubierta de llagas purulentas, pústulas, cicatrices, zonas ennegrecidas, como si hubieran sido quemadas. Aunque lo peor no era eso, sino su boca, pues no constituía más que un tajo mal dado con una navaja que había perdido su filo, que mostraba las largas y podridas piezas dentales.

El monstruo se llevó su otra zarpa a la boca y dijo:

—Shhhh.

Su último pensamiento, mientras la criatura se alimentaba de su cuello, de su cara y sorbía su sangre y sus fluidos internos, fue para Mark.

Mark, amanece

La gente de Mesías lo dejó caer del coche a un kilómetro del centro de la polis y tuvo que continuar caminando, magullado y con unos cuantos golpes extras, que le habían propinado para que la pantomima pareciera verdadera.

Unos hematomas en pecho y espalda, además de una ceja y medio labio rotos y un pómulo hinchado, aunque aún entero, habían sido el balance de daños.

Durante la caminata fue repasando el plan para que Chatarra se tragara la mentira y a partir de ahí los acontecimientos se precipitarían hacia su caída. Era lo que siempre había querido, las circunstancias que cuadraban con su *vendetta*. Por fin conseguiría vengar la muerte de su padre. Pero desde el momento en el que Mesías le había propuesto asesinar a Tony, los pensamientos de Mark corrían más rápido, tan veloces que dieron la vuelta al encargo, para que resultara beneficioso para él. Había aprendido mucho fuera de Semura. Veinte años estafando de una polis a otra lo habían provisto de una habilidad asombrosa para anticiparse a los acontecimientos. De todas las polis que aún quedaban en pie, muchas de ellas sin ser conscientes de la existencia de las otras, Semura era la más corrupta y la más restrictiva con los suyos. El lugar ideal para conseguir sus sueños. No se conformaría con desempeñar el papel de mero ejecutor de órdenes, había nacido para darlas, no para aceptarlas. Y trabajaría duro para conseguirlo.

Ya vislumbraba las primeras luces de la polis. De ahí directo al despacho de Tony Chatarra, a

contarle las buenas nuevas.

Michel e Irina, tiempo atrás

Miró a Irina. Sonrió al mismo tiempo que ella le sonreía. Era la primera vez en mucho tiempo que lo miraba de aquella forma. Tal vez su relación tuviera una oportunidad a pesar de las dificultades y de lo mucho que él la había cagado. No daba crédito a sus ojos y no era capaz de dejar de mirarla, como si fuera a escaparse de repente y jamás la volviera a ver. Intentó recoger las pocas pertenencias que había traído al hospital, más unas cuantas que le había conseguido Irina.

Después vino el recuerdo de su mujer, Isabel, postrada en una cama. El detective desconocía qué le habrían contado y si se encontraría atendida. Esperaba que así fuera porque él no se había ocupado demasiado de ella en los últimos tiempos. Había sido un miserable con su mujer, teniendo en cuenta lo que estaba pasando.

Metió los enseres de aseo en la bolsa de deportes con distracción. La ventana de la habitación donde había sido recluido y lo habían reanimado se encontraba abierta. Se asomó por ella, hacía un bonito día. Dos bruscos golpes al cerrar las puertas de un coche lo sacaron de su ensimismamiento: dos trolls se bajaron y no parecían tener buenas intenciones. Uno era el sicario de Tony Chatarra que había visto en la reunión y, por el bulto bajo sus chaquetas de cuero, estaban armados. Aquello no podía traer nada bueno. Nada.

—Irina, ¡vámonos cagando leches de aquí! —apremió a su compañera.

—¿Qué pasa, Mich? —preguntó ella con gesto de preocupación.

—Vienen a por mí —replicó a toda prisa, mientras se aseguraba de que su arma ilegal estaba cargada.

—¿Quiénes? —Irina se llevó la mano de forma instintiva a la funda de la pistola que colgaba de un lateral de su cintura.

—La gente de Chatarra, o del otro, no lo sé. Tenemos que irnos, ¡rápido! —casi gritó.

Michel dejó sus pertenencias y se centró en escapar del laberinto en el que se había tornado el hospital en menos de un minuto. Irina caminaba unos pasos por delante de él. Andaba deprisa, aunque sin llegar a correr, y mantenía oculta el arma. Él obró de la misma manera mientras se fijaba en cada intersección en cada pasillo, en cada plano al comienzo de cada sección. Decidieron recorrer la parte más antigua del hospital porque, si conseguían salir a pie de calle, llegarían en una concurrida avenida en la que resultaría difícil que los asesinos hicieran su parte. Tenían la ventaja de que sus perseguidores no conocían los vericuetos del complejo, claro que ellos tampoco.

Bajaron por escaleras de caracol que se enroscaban sobre sí mismas en revueltas infinitas parecidas a los retículos de las serpientes. Mich de repente recordó cuál había sido el motivo por el que había estado ingresado. Le faltaba el aire y su vetusto corazón comenzó a quejarse por el poco cuidado que le estaba proporcionando su dueño.

Tuvo que pararse unos segundos para recuperar el resuello, puesto que no conseguía seguir el ritmo de la joven, que aún se encontraba en la flor de la vida, hacía ejercicio con regularidad y no se metía entre pecho y espalda una o dos botellas de alcohol al día.

—¡Mich! —le gritó una veintena de peldaños por debajo de él. Subió hasta su posición y lo cogió por el hombro para ayudarlo a bajar. No dijo ni una palabra, aunque los dos sabían de sobra que eso los retrasaba.

A pesar de la dificultad, consiguieron alcanzar el pie de la escalera. Desde allí ya se

vislumbraba la calle, estaban a un pasillo de distancia.

Un disparo se hizo paso por el hueco de la escalera. Irina se asomó con precaución. Sus perseguidores los emboscaban desde lo alto. Todavía les quedaba un largo trecho por recorrer hasta que los alcanzaran, pero ellos no tenían que trasladar el peso muerto en el que se había convertido Michel.

El repiqueteo de nuevos proyectiles se reprodujo, al mismo tiempo que escuchaban los zapatones de los trolls golpear el piso a cada paso según descendían.

No podían defenderse en aquel sitio. Ni siquiera veían con claridad a sus blancos y no harían más que desperdiciar munición. Ambos lo sabían y también que sus pocas posibilidades dependían de llegar a la meta prometida en la que se había convertido el exterior.

Irina intentó correr tirando de Michel con todas sus fuerzas, pero a pesar de su empeño, el detective se iba quedando atrás.

Los asesinos debían de estar en la mitad de la escalera. Si continuaban a aquel ritmo, no lo conseguirían.

—¡Vamos, Mich! ¡Joder! —lo increpó mientras lo sostenía por el hombro y la cintura.

Con un desgarrador grito, tiró del cuerpo del hombre, hasta casi arrastrarlo, y a punto estuvo de caérsele la pistola. Mientras tanto Michel se ponía peor a cada minuto. Estaba pálido, intentaba inhalar aire, boqueando como un pez fuera del agua.

Médicos, enfermeras y celadores los observaron, entre curiosos y cautos. Sin embargo, no intervinieron. Aquella mujer tenía un arma y el tipo al que empujaba contaba con otra; mejor no meterse, que la seguridad del hospital tomara parte.

A diez metros de la puerta que significaba la salvación, Irina se dio cuenta de que los sicarios habían dejado atrás la escalera de caracol y avanzaban hacia ellos a grandes zancadas. Por lo menos, no se atrevieron a detonar las armas en el concurrido pasaje. Ventaja para ellos. Eran los dos trolls que Mich había visto por la ventana. Les dedicó una somera mirada, quería conocer a quienes le iban a quitar la vida.

Irina apretó el picaporte de la puerta como si fuera el último salvavidas en un naufragio y trató de incorporar a Michel, que se había hundido en el suelo, sin fuerzas. La chica tuvo que hacer malabarismos para abrir la puerta, que no se le cayera la pistola y forzar que el hombre atravesara el umbral. El tirón que le dio la espalda casi hizo que soltara a Michel del dolor. Él se dio cuenta del bloqueo de la chica e intentó poner más de su parte para continuar avanzando, pero ya le quedaban muy pocas reservas.

El aire fresco les sacudió renovando sus esperanzas. Sin embargo, los trolls continuaban detrás de ellos y se aproximaban a cada instante. Por desgracia, no iban a encontrar el amparo de una avenida transitada, tal como habían esperado. Porque ninguno de los dos había recordado que aquel día era festivo y no había tráfico ni peatones, por lo que se habían expuesto al exterior sin ninguna cobertura tras la que guarecerse y vendidos por completo ante los tiros que vinieran del otro lado.

Los proyectiles comenzaron a ponerlos en peligro, pero respondieron al unísono con sendas salvas que detuvieron a los asesinos un par de segundos. Irina se debatía entre continuar con la defensa y seguir obligando a caminar a Michel.

Los sicarios devolvieron los disparos y acto seguido ellos hicieron lo propio. Irina empezaba a cansarse de disparar sin apenas mirar. Dedicó unos instantes al siguiente tiro, que estuvo muy

bien planificado: directo al pecho del más grande de los dos. Acertó y su blanco se resintió, aunque no paró su acometida. De hecho, preparó su siguiente ataque y su compañero ni se volvió para cerciorarse de qué le había ocurrido. Michel apretaba el gatillo una y otra vez, solo que Irina no creía que fuera capaz de identificar contra qué disparaba su arma.

La detective soltó a Michel, que se derrumbó en el suelo, casi sin voluntad para sostener la pistola. Ella se plantó, afianzó las piernas y apuntó. Uno, dos proyectiles escaparon de su cañón, convertidos en dardos mortíferos. El primero dejó seco al troll herido con una trayectoria de entrada que le atravesó la cabeza por un ojo. El segundo destrozó el cuello a su colega. Le había seccionado la carótida, por lo mucho que sangraba.

Irina retomó su prioridad: poner a salvo a Michel. Fue cuando se dio cuenta de que uno de los primeros disparos lo había alcanzado en el abdomen. Parecía una herida fea. Si lo movía, se desangraría.

—Irina...

—¿Sí, Mich?

—Los dos sabemos que no voy a salir de esta...

—De eso nada... —Negó con la cabeza.

—No me interrumpas, no sé cuánto me queda y tienes que hacer varias cosas por mí...

—No...

—¡Hazme caso! No seas terca, niña —insistió Michel.

—Vale, Mich. Lo que quieras.

—Tienes que esconder esta pistola. No existe. La buscarán, ocúltala, puede servirte de ayuda.

—De acuerdo —aceptó, más por seguirle la corriente que porque le estuviera prestando verdadera atención, aunque no podía despegar su mirada de los tristes ojos grises de Michel.

—Después, tienes que ocuparte de que Isabel esté cuidada. La pensión del departamento será suficiente, pero si no, ocúpate de ella, por favor... —Empezaba a faltarle el aire, se expresaba con dificultad y cada nueva palabra resultaba un esfuerzo increíble.

—Cuenta con ello. Isabel —repitió para sí en alto.

—Lo último que te pido es lo más difícil, rusita —dijo, con una leve sonrisa.

—Lo que sea, Mich.

—Tienes que matarme —Le puso su arma en la mano y la obligó a cerrar los dedos en torno a la empuñadura.

—¡No puedo hacer eso!

—¡Puedes y lo harás! Facilitará las cosas y te dejará al margen si mantienes tu declaración.

Ella sabía que lo que Michel le decía tenía sentido. Cualquier implicación con la muerte de un poli al que se le estaba investigando por corrupto, la llenaba de mierda a ella. A pesar de la lógica, se resistía a ejecutar la orden.

—¡Hazlo! —le imploró.

—¡No! —gritó más alto aún que él.

—Si alguna vez has sentido algo por mí, lo harás. Porque no hay nada ya que puedas salvar, excepto a ti misma.

El negro cañón del arma sin número de serie se alzó con lentitud contra el pecho de Michel Fernández, que sonreía para dedicarle el último gesto a la mujer de su vida.

Apuntó al pecho a bocajarro. No falló. Ni miró ni se volvió a observar el cadáver. Corrió

cuanto pudo tras asegurarse de que nadie la veía. Una lágrima se apresuró a recorrer su rostro.
Tenía una coartada que elaborar.
Y un compañero al que llorar.

26. Consecuencias

Mark, en las primeras horas del nuevo día

LO PRIMERO QUE LE DIJO TONY Chatarra era que cómo se le ocurría presentarse con semejante aspecto. Mark por poco no le soltó un guantazo. Como de costumbre, el capo lucía impecable y por encima del lujoso atuendo lo que más destacaba era su torque. El muy cabrón había aceptado de buena gana la libertad limitada que les acarreaba el artilugio desde que nacían.

—¡Un desastre! ¡Un puto desastre! —vociferó sin medida en dirección a Mark, aunque no era él el fruto de sus iras.

Después guardó silencio durante un minuto, Mark le dejó hacer. Cuando parecía que se había calmado, tiró de un manotazo los objetos y papeles que llenaban la mesa de su oficina.

—El único superviviente eres tú, ¿qué aprendemos de eso? —le preguntó mirándolo directamente a los ojos.

—Que soy más listo que el resto —replicó sin cortarse.

—No era la respuesta que esperaba, ¡joder! —La interjección resonó amplificadas por el cuarto.

—Nos han masacrado. He sobrevivido porque sabía manejar un arma, al contrario que mis compañeros. Recojamos los trozos que queden y unámoslos —propuso Mark.

—Me extraña que no te hayan matado a ti también. ¿No es raro? —preguntó Tony, intrigado.

—Bueno, como ya he dicho, debía de ser uno de los pocos que sabía manejar una pistola por el lado correcto. Además, durante la refriega, conseguí un rifle de asalto de un trasgo muerto y aguanté lo que pude hasta que se me acabaron las balas. Nos estaban esperando, no se podía haber hecho otra cosa.

Chatarra calló otra vez unos segundos.

—Esto es un golpe a mi posición en esta polis y no lo permitiré. ¡No lo permitiré! —repitió el mafioso con énfasis.

—Hay que contraatacar para demostrar que aún eres fuerte —dijo Mark levantando un puño apretado por delante.

—Valoro tu coraje y tu fuerza, hijo. Pero los negocios no se hacen así.

—¿Acaso te parece que no se trata de negocios? Tú mismo has dicho que tu posición está amenazada. Quienquiera que se encuentre detrás de la emboscada pretende cuestionar tu poder en Semura —apeló al ego de Tony, ya que quizá aquello lo pondría en guardia.

—Sé a la perfección quién se encuentra detrás de estas ejecuciones. Creía que me había librado de él hace unos años, pero parece que no fui lo eficiente que debía haber sido.

—¿Quién es? —preguntó Mark.

—Nadie sabe su verdadero nombre, aunque es conocido como Mesías. Unos dicen que es medio troll, aunque tampoco he podido verificar ese dato. —Tomó un puro de un estuche y lo encendió con parsimonia—. Éramos socios, si puede decirse eso. Tú no estabas por aquí entonces. La polis era un caos de bandas que se arruinaban golpes las unas a las otras. El negocio iba de mal en peor. Varios empresarios decidimos asociarnos para conseguir el bien común:

controlar cualquier negocio que se generara en torno a los inhumanos. Él fue el aglutinante que nos unió, y propuso comprar policías. Aunque muchos no estábamos de acuerdo entonces, a la larga se demostró una práctica que nos ha beneficiado.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Mark.

—Uno de los polis que se encontraban en nuestra nómina se chivó y él quiso protegerlo. Así que cuando nos cargamos al poli, se puso hecho una furia y también tuvimos que encargarnos de él.

—Y tomaste su lugar.

—Sí, fin de la historia. Quiero que doubles la gente que está en la calle, que repartan las hostias que hagan falta, pero que todo el mundo pague a tiempo, que se entreguen los paquetes cuándo y dónde tienen que ser entregados, que no pare de entrar gente en el Morgana, que circule el licor y la mierda de elfo por la polis como si no hubiera mañana, como si se tratara de una orgía infinita. Quiero que eso empiece esta misma noche. Tienes la mitad del día para arreglarte un poco y darte una ducha.

Con aquellas órdenes quedaba implícito que Tony Chatarra había promocionado a Mark, que se había convertido tras su rápido ascenso en el lugarteniente del mafioso más importante de la polis. De acuerdo con el plan trazado.

—Sí, se hará como dices, Tony.

—Eso espero. Confío en ti, chico.

—No te decepcionaré —había sonado incluso convincente, casi se lo había tragado él mismo.

Se despidieron con la recomendación del jefe de que al día siguiente quería ver montones de sobres de dinero sobre su mesa. Mark prometió que así sería y se fue.

Respiró cuando escapó de las montañas de basura metálica de Chatarra. Había conseguido su primer objetivo con bastante facilidad. Tal vez el siguiente paso no sería tan sencillo. Iba a contarle cuatro cosas al tipo del almacén. Ahora no se le pondría chulito y no tendría que evitar partirle la cara si así lo requería la situación.

Pronto habría ataques a las naves donde Chatarra guardaba su licor ilegal y la mierda de elfo lista para ser distribuida en la calle. Debía ir a casa y tumbarse un rato. Se avecinaba una larga noche.

Irina regresa a casa después de una larga noche

Llegó a casa y cerró la puerta detrás de ella, aún temblando por la descarga de adrenalina. Se quitó de una vez la ropa andrajosa que había comprado y tiró la pistola que había pertenecido a Michel sobre la cama. La situación le trajo a la memoria aquellos días aciagos. Chistó y sacudió la cabeza de un lado a otro. Ya se dirigía hacia el servicio para sumergirse en el baño más largo de su vida, cuando llamaron al timbre. ¿Quién podría ser? No esperaba visitas. Corrió hasta la cama y empuñó el arma. Con pasos medidos fue hasta la puerta y se asomó por la mirilla sin ver a nadie. Abrió despacio con el cañón por delante. Allí no había un alma, pero a sus pies yacía un paquete rectangular de papel manila. No llevaba nada escrito. Lo sacudió y parecía contener papeles. Atrancó de nuevo la puerta.

Rebuscó en un cajón entre recibos viejos, pegatinas de bares que ya no frecuentaba, parches que nunca cosió en una cazadora, chapas de «Yo apoyo a los inhumanos», tapones de botellas de alcohol, imperdibles, bolígrafos destintados y viejas monedas. Al final encontró la mitad de unas tijeras para abrir el paquete. Rasgó el papel, sacó el contenido y lo depositó sobre la mesa. No

era una carpeta muy gruesa, pero había informes, incluso una oscura fotocopia del que le habían negado, y estaba trufado de fotografías forenses desde diferentes ángulos y en varios formatos. El irlandés se había portado.

Se puso enseguida a estudiar los documentos y se olvidó de cualquier otra cosa.

Había datos y autopsias de las cuatro víctimas: de Aura, de la bailarina del Morgana, del trasgo. Y de Jota. Si algo confirmaba los informes que tenía delante era que el asesino en serie, quienquiera que fuese, no estaba centrado en inhumanos, porque se había saltado esa regla con Jota. El resto de fotografías y de pruebas periciales comparaban el modus operandi en los cuatro crímenes y llegaban a la conclusión de que el perpetrador de aquellos asesinatos había actuado de forma similar en los cuatro casos. Asesino en serie, comprobado. Fijación con inhumanos, descartada. Móvil, una auténtica incógnita. Y lo que resultaba aún más curioso, ¿por qué la policía estaría ocultando ese pequeño, pero importante dato? ¿Tendría que ver con quien había comprado al capitán Castillo y a Christian?

Lo que más la aterraba era que cada una de las cuatro víctimas había tenido relación con ella, de una forma u otra. Primero Aura, de la que no se acordaba y había necesitado recurrir a la maltrecha memoria de su anciana y gruñona madre. Después, la bailarina del Morgana, una dríada a la que apenas le había dedicado una mirada la noche que se le había ocurrido acudir de incógnito, con tan buenos resultados. Luego, el trasgo al que había interrogado sobre el asesinato de Aura y que le había estampado la puerta en la cara. Por último, Jota. Propietario del bar al que acudía con regularidad desde hacía tres o cuatro años. No recordaba la fecha exacta, fue poco después de la muerte de Michel, eso seguro.

¿La estaba siguiendo? ¿Y desde cuándo? ¿Quién más se encontraría en peligro? ¿Su madre? ¿Christian? ¿El troll, Mark?

El asesino o asesina parecía saber mucho sobre ella y en esos casos, por experiencia, la víctima solía conocer a su agresor. Violaciones en las que el culpable era el exnovio, la pareja actual o un familiar. Secuestradores que eran empleados, e incluso amigos del secuestrado. Robos de objetos valiosos, en los que las joyas, los cuadros o el artículo terminaban apareciendo en el garaje del chófer del propietario.

¿Qué podía deducir de las fotografías de los cadáveres? Venga, estaba entrenada para ello.

Primera víctima. Leyó el informe del doctor Blanco: «Nombre completo: Aura Merchante. Edad: 30. Altura: 1,60 metros. Peso: 50 Kilogramos. Color de ojos: verde. Cabello: largo y castaño verdoso. Raza: ninfa humanoide.

»La sujeto presenta numerosas heridas incisivas a lo largo del pecho, cortando incluso el diafragma, producidas por un objeto de filo irregular. Asimismo, se detectan marcas de mordiscos en ambos lados del cuello, que podrían haber sido producidas por cualquier alimaña post mortem. El estudio también ha detectado una falta de varias de las vísceras de la víctima: corazón, pulmones, conductos branquiales, intestinos, buche y riñones».

Cotejó el informe con los de los otros tres cuerpos, que resultaron ser similares. Había presenciado tres de las cuatro escenas del crimen y estaba segura de que aquellas marcas que aparecían en el cuello no las había hecho ningún animal. Dedujo que se trataba de una criatura inhumana que bebía sangre y se alimentaba de los órganos internos. No conocía que quedaran muchos de esos. Los vampiros se habían extinguido y las pocas lamias que quedaban malvivían confinadas en lo que el Gobierno había denominado «retiros», eufemismo que significaba que las

recluían en prisiones especiales y las dejaban morir de hambre. Aunque ella había sufrido el ataque de una lamia que nunca se había declarado, así que podría tratarse de otra. No obstante, tenía entendido que no solían actuar en las proximidades de un semejante. Dejó abierta aquella posibilidad. Si no se trataba de una vieja lamia, ¿qué otro ser podría haber causado unos daños como aquellos?

Se preguntó qué sabía ella de especies de inhumanos. Conocía las razas normales: trolls, trasgos, ninfas... Sabía que seguían existiendo hadas, aunque en Semura se las habían cargado todas para la destilación del licor; que hubo elfos, pero no quedaba ninguno desde mucho antes de la guerra, y los restos que se hallaban se utilizaban para sintetizar la droga conocida como mierda de elfo; y que en las inmediaciones de las polis malvivían lobisomes, lamias furtivas y otros que no se habían integrado en la convivencia con humanos. ¿Duendes? La mayoría de los que aún existían en los arrabales estaban enganchados a la mierda de elfo. Una vez había presenciado cómo Mich consiguió que uno de aquellos seres medio desnudos y delgados hasta los huesos se diera golpes en la cabeza contra una pared de cemento a cambio de una dosis de la droga. No había sido el mejor momento de Michel. Lo había odiado por aquello, por otras cosas también. Un duende quedaba descartado por yonqui, no tendría fuerzas para morder a nadie.

¿Había más? No lo recordaba, sabía que en medio del caos de cachivaches, cajas y libros amontonados de cualquier manera, debía tener un manual que le habían regalado de niña y que contaba las especies de inhumanos que existían en la polis. Recordaba lo mucho que le agradaba aquel álbum y en especial le gustaban las bonitas ilustraciones que traía. Su padre se lo leía antes de dormir. Si lo encontrara, tal vez la ayudara a resolver el caso. Chasqueó la punta de la lengua, ¿por qué continuaba pensando como si estuviera al frente de la investigación? Bien sabía que no era así. Estaba suspendida hasta nueva orden y de esa manera debía mantenerse, aunque tenía el ansia, la fuerza por resolver aquel asunto, más aún cuando se había revelado que el culpable iba detrás de ella.

El timbre del teléfono interrumpió sus pensamientos. Respondió: se trataba de su abogado.

Mark también vuelve a casa

Lo primero que le llamó la atención fue que la puerta estaba abierta cuando él la había dejado trancada con una vuelta de llave. No creía que Juanito hubiera sido capaz de abrirla por dentro. No le gustaba nada regresar de una emboscada que le habían tendido, cambiarse de bando y encontrarse con sorpresas en su casa. Por suerte había tenido la precaución de ocultar a Chatarra que conservaba su pistola, porque los ayudantes de Mesías se la habían devuelto al terminar su encuentro.

Amartilló el percutor. Después pateó la puerta para que se quitara de su camino y se cuidó de poner un pie por delante con el fin de que no le diera de vuelta en las narices con el mismo empuje.

Silencio. No había movimiento, o no lo había habido en varias horas, porque se observaban señales de lucha; una estantería volcada, una silla tirada...

Y el olor. Un olor que conocía de sobra, aunque nunca se acostumbraría a él. Un olor que cada vez que ascendía camino de las fosas nasales te quitaba un poco de vida: el olor de la muerte. Penetró con fuerza en su nariz y pulmones. Tosió, asqueado y con un amago de náusea. Intentó bloquear el hedor, colocándose el brazo por delante, pero resultó insuficiente. La peste se había pegado al mobiliario, al suelo, había contaminado el aire.

El cadáver de Juanito yacía casi en el mismo lugar en que lo había dejado soñando antes de irse. Mostraba la misma quietud, paz y tranquilidad que cuando había partido. La única diferencia es que lo habían abierto en canal como a un gorrino al que quisieran sacarle el unto y las vísceras para hacer embutidos. También le habían rajado el cuello. El piso estaba lleno de cuajarones de sangre y parte del líquido se había filtrado por las rendijas del suelo de madera del salón de Mark.

Corrió hasta una ventana y la abrió al máximo para renovar el aire. La brisa fresca lo golpeó con suavidad apaciguando un tanto la pestilencia.

Permaneció un par de segundos mirando el bulto inerte que, con los ojos abiertos, parecía aguardar la llegada de Mark.

Después de aquello pasó un rato buscando una serie de cosas y las metió en una caja, casi todos recuerdos de sus padres. Aún faltaba una cosa. Se dirigió al exiguo espacio que ejercía de cocina y golpeó con el talón de la bota una de las tablas, que cedió con un ligero crujido. Mark se agachó y tiró del tablón. Debajo había dos garrafas del licor de hada de su abuelo, un par de pistolas y unos cuantos fajos de dinero. Metió las armas en la caja, se guardó el dinero y sacó las tinajas de barro una por una. Después, transportó hasta el camión de reparto sus pertenencias, donde aún descansaban varios palés del alcohol de chatarra; tomó dos latas de gasolina y volvió a su vivienda.

Fue vaciando el combustible por el espacio que había habitado y llamado casa. Un lugar que había hecho acogedor y seguro, un lugar al que podía regresar y en el que descansar al final del día. Puso empeño en empapar a base de bien los muebles y las paredes. Eso sí, no se le ocurrió mancillar el vestigio que había quedado de su amigo. El único verdadero con el que había contado desde que había vuelto a Semura. El único fiel como un perro. El pobre Juanito que no se metía con nadie, trabajador y buen compañero. Terminó de verter la gasolina y desde el umbral tiró una cerilla encendida.

La primera y tímida llamita azul se convirtió de pronto en una alta y potente llamarada anaranjada que fue apoderándose con ansia y ambición de las diferentes partes de la casa.

Mark se retiró y subió a la cabina del camión mientras miraba cómo el humo se adueñaba del que había sido su hogar y se imaginaba las lenguas del fuego acariciando el cuerpo postrado del joven troll.

—Descansa, amigo —entonó.

Arrancó el camión de forma mecánica y se fue. Necesitaba encontrar un lugar en el que ducharse y echar una cabezada antes de la noche de fiesta que estaba a punto de comenzar. Ya se veía movimiento en varias casas de los barrios troll. El plan de Mesías comenzaba a tomar forma y Mark era uno de los desencadenantes de lo que estaba por suceder.

Irina, unos minutos de conversación más tarde

Depositó el auricular del teléfono sobre su base. La charla con el abogado la había desanimado aún más. No le había adornado las cosas, sino todo lo contrario. Se enfrentaba a una sanción que la expulsaría de la policía, además de la obligación de pagar una gran cantidad de multa. Eso en el mejor de los casos. Si la acusación tenía ganas de hacer daño, existía la posibilidad de una pena de cárcel.

Recorrió el pequeño espacio que la separaba del sofá con pasos cortos y se derrumbó entre la comodidad protectora del mueble. Su rostro se encogió, apesadumbrado de repente por miles de

arrugas causadas por la suma de preocupaciones que la habían soliviantado en su vida. Después derramó en silencio una docena de lágrimas, las suficientes para desahogarse, pero no se iba a permitir más que eso. Continuaría adelante igual que había hecho siempre.

Aquel caso se había convertido en un asunto personal. Ya no se trataba de trabajo, era suyo. Tanto como lo había sido Michel, tanto como lo fue Christian, que la había traicionado. Pensó en lo curioso que era que los hombres con los que se había relacionado eran ambos unos corruptos. Por lo menos sabía que Mich, al final, se arrepintió. No podía asegurar lo mismo de Christian, ni tampoco le importaba. Si volvía a cruzarse con él, lo mataría sin ningún escrúpulo. Esperaba que la herida del hombro y la patada cariñosa con las que lo había obsequiado le dolieran de cojones.

«Que se joda vivo», pensó.

En un intento de estirar las piernas para echarse, sus pies tropezaron con una forma dura que había quedado escondida a su vista por un cojín. Un libro. Lo agarró con furia y abrió sus páginas. Pero no se trataba del que había estado buscando.

Corrió hasta la habitación que no utilizaba y que servía de almacén de trastos, repleto de cajas con cosas viejas. Desde que se había mudado a aquel piso no se había preocupado de poner un poco de orden en aquel desbarajuste, aunque tampoco le había sobrado el tiempo para ello.

Unas pirámides caóticas y a punto de perder el equilibrio y derrumbarse sobre su base salieron a su encuentro. Libros antiguos, cajas con ropa que no se ponía y que no había clasificado para entregarla a una organización de beneficencia; decenas de bolsos que no utilizaba desde la academia, atados entre sí; montones de dianas de cartulina, agujereadas con sus aciertos; colgado en un extremo, resguardado del polvo por una funda protectora su antiguo uniforme. Se acercó y acarició la cobertura transparente con nostalgia de sus primeros años en el departamento.

En uno de los rincones yacía una pareja de cajas, marcadas con rotulador con el expresivo «casa», que para cualquiera que buscara un artículo en aquel lío no significaría nada. A ella le decía que contenían sus pertenencias de cuando era niña.

Despegó el adhesivo que cerraba las solapas de la primera caja. Cuando hundió su cabeza en el interior, un olor a infancia y a regaliz le golpeó las fosas nasales y la devolvió a una época en la que había sido feliz. Sin ningún tipo de orden, convivían juntos viejos vestidos con motivos florales; libros escolares, rayados, escritos y pintarrajeados con su nombre en la portada; juguetes de madera rotos y que habían perdido su color.

Una antigua fotografía con la familia completa la paralizó de la emoción. Ni siquiera recordaba cuándo había sido tomada. El retrato que amarilleaba mostraba a Anton y a Natalia de pie, sonrientes y cogidos de la mano, y a Irina y a Nadia sentadas, con las piernecitas colgando por el borde de la silla y con cara de hacer una travesura y estar pasándose en grande. Debían tener cuatro y seis años respectivamente. Mucho antes de...

«Mucho antes de que un monstruo se comiera a mi hermana delante de mí y mi padre se pegara un tiro en la cabeza.»

Apretó la instantánea contra su pecho unos segundos. La apartó a un lado y se recordó que debería limpiarla y enmarcarla. Quería ver la imagen todos los días. También observó que la caja de cartón era un cementerio de muñecas feas y delgadas. No entendía que le gustaran de niña, eran horribles. Las dejó a un lado con la firme intención de tirarlas a la basura.

La siguiente caja también contenía juguetes muertos, pinturas de cera rotas en minúsculos pedazos que teñían las paredes y los otros contenidos de la caja de un arcoíris lisérgico. Y en el

fondo, un pequeño montón con varios libros. Los fue sacando uno por uno y fue comprobando el título y las portadas. El tercero fue el bueno. Aquel era el que estaba buscando. *Los Inhumanos viven entre nosotros*, el nombre del autor se había borrado. No contaba con muchas páginas, pero estaba poblado con ilustraciones a color de cada especie con un somero epígrafe y una descripción para que los niños aprendieran a conocer a los inhumanos que los rodeaban.

Fue leyendo en alto: «Lamias, duendes, vampiros, trolls, elfos...» Aquel último epígrafe venía con una marca bien grande que rezaba «extinguidos». Siguió con su tarea: «... hadas, trasgos, dríadas, ninfas, lobisomes, sacamantecas...»

«Un momento, ¿sacamantecas?» Esos no le sonaban.

Se detuvo en la página dedicada a ellos: «... antigua estirpe que después de siglos de vivir en los bosques se adaptaron a la polis bajo el nombre de hombres del saco, como son más conocidos en la actualidad...». Continuó más abajo: «... aunque se alimentan de carne humana y sacan sus vísceras, su sangre y su unto, los tratados del Acta de Inhumanos han garantizado la convivencia entre especies y permiten su alimentación solo bajo unas circunstancias muy específicas con las que tienen que cumplir».

«Menudo relato para niños», se dijo. Ahora entendía por qué no le sonaba, su padre nunca se lo había leído.

La criatura que había arrancado la vida de Nadia con el pretexto de que no había obedecido a sus padres y había sido convocado, era uno de esos: un sacamantecas, un hombre del saco.

27.

Fuego en la calles

CUÁNTO SE HABÍA SACIADO CON SU último alimento, cuánto había disfrutado. No iba a necesitar comer en una temporada. O en unos días, si el ansia lo apremiaba mucho. La carne joven lo había satisfecho y había absorbido parte de la frescura de un plato tan tierno. Ni siquiera sus avejentados dientes se quejaron por tener que masticar más de la cuenta. Un manjar que se había deshecho en sus fauces. Tal vez comiera de nuevo. Quizá se atreviera a hacerlo. Mientras tanto la sentía cerca y la esperaba con ansiedad.

Mark

El camión paró a las puertas del almacén. En aquella ocasión no viajaba para cargar más mercancía. Aún le quedaban unas cuantas cajas en la trasera del vehículo, pero sospechaba que se quedarían sin vender o que las condiciones para comercializar el licor serían renegociadas en un espacio breve de tiempo. La edificación permanecía en silencio y a oscuras.

Se bajó de la cabina sin apagar el motor y dio un golpe seco en la persiana de aluminio que cerraba el acceso. Cuando casi había vuelto a acomodarse al volante, la puerta comenzó a ascender con parsimonia hasta que el hueco le permitió la entrada. Maniobró para entrar de culo como si fuera a hacer un servicio, como de costumbre. Pero en esta ocasión, estacionó el camión muy cercano al portón de la nave. Bajó y caminó el resto del trecho a grandes pasos.

En el lugar habitual lo aguardaba el humano mal encarado al que había dejado bien claro que allí mandaba él. Mantenía su media sonrisa de desafío característica. Golpeaba la palanca metálica contra el piso de cemento, cuyo restallido rebotaba y se amplificaba por el espacio diáfano del almacén.

Mark se dirigió hacia él con decisión. Cuando ya casi lo tenía encima y vio que no se detenía, el humano intentó alzar la herramienta y asestarle un golpe. Pero no había previsto las intenciones de Mark, y su ataque no resultó más que un débil amago que se estrelló sin apenas fuerzas contra el potente costado del inhumano.

—Hola, creo que me buscabas —anunció el troll con un tono seco, carente de emoción y sin vestigios de que hubiera acusado el trastazo recién encajado.

El tipo lo miró con unos ojos que querían saltar de sus órbitas con rapidez y abandonar aquel cuerpo. Agarró la palanca con más fuerza y trató de atacarlo de nuevo.

—Me han dicho por ahí que no te gusta que Tony confíe más en mí que en ti. —Mark siguió caminando hacia él. Su siguiente paso coincidió con una descarga de la herramienta que bloqueó con el antebrazo.

—Me han dicho que has hecho correr el rumor de que Tony me quería muerto. Lo que sabemos que no es cierto. —El humano retrocedía un metro a cada paso que Mark reducía el espacio entre ellos.

El garfio de la palanca se alzó en una ocasión más, pero Mark la agarró con la mano, tiró de ella con fuerza y desarmó a su oponente, que lo miraba estupefacto. Las piernas del hombre le imploraban que corriera hasta que le dolieran, el corazón pretendía escapar de su pecho y sus brazos caían lánguidos a ambos lados.

Cuando consiguió reaccionar, se dio la vuelta con lentitud y dio el primer paso para emprender una torpe carrera de escapatoria. Sin embargo, un obstáculo lo impidió: el pico de la palanca se enganchó en su tobillo y el hombre acarició el cemento con la cara. El golpe provocó que se levantara una pequeña nube de polvo acumulado en el suelo de la nave. Había caído de boca y se había machacado la barbilla y fracturado la nariz, de la que manaba sangre que tintaba el anodino gris como si se tratara de un colorante que se añadiera a una mezcla. El dolor no le permitió abrir los ojos. Resultaba tan intenso que apenas consiguió voltearse y quedar situado enfrente de su enemigo. Estaba por completo a su merced, indefenso.

Mark tiró la palanca a un lado y esta resonó con un tintineo metálico que se perdió entre varias montañas de cajas de madera.

—Y espero que no tengas nada que ver con la muerte de mi amigo. Porque si me entero de lo contrario, te haré sufrir —sentenció el troll.

Subrayó el significado de esas palabras cuando la punta de su bota se encontró con gran violencia con la bolsa escrotal del individuo. Este emitió un gemido, ahogado y con la boca cerrada. Luego recogió las piernas en postura fetal y se retorció de dolor. La sangre se le acumuló en la cabeza y notó cómo le faltaba el aire.

Sin ninguna prisa, con zancadas cortas, Mark se aproximó hasta donde yacía la piltrafa humana y se agachó junto a su cabeza. Lo agarró por el pelo y tiró hasta colocar una de las orejas a la altura de su boca.

—Ahora mando yo —susurró—. No hay nadie por encima de mí, ni siquiera Tony. Si me llega que intentas traicionarme, no quedará roca de esta polis que no haga pedazos hasta que te encuentre. Si intentas robarme dinero, te abriré en canal y te ahorcaré con tus propios intestinos. Si promueves la cizaña entre los míos, te encerraré en una jaula con ratas hambrientas hasta que te dejen en los huesos. Si averiguo que hablas mal de mí, te cortaré la lengua, la cocinaré a la plancha condimentada con hierbas aromáticas y me la comeré pedazo a pedazo en tu presencia. Si me das motivos para que sospeche de ti, aunque me esté equivocando, te romperé cada uno de los huesos de tu cuerpo.

»Y lárgate de aquí, joder. No quiero ni verte —ordenó. Medio arrastrándose, tratando de apoyarse contra una pared, el humano se esforzó por salir de la nave.

Mark aguardó hasta que hubo salido para continuar con el plan. Después, con calma y precisión fue abriendo las cajas de licor más cercanas y fue rompiendo las botellas con la palanca, asegurándose de que el alcohol se derramaba hasta empapar la madera. Luego encendió un cigarro y tiró dentro de una de las cajas la cerilla que había usado para prenderlo. La reacción tardó en producirse, pero una llamita comenzó a expandirse con lentitud. El alcohol era peor combustible que la gasolina, aunque a pesar de ello, las llamas empezaron a crecer, primero despacio, después con alegría. Se propagarían con facilidad; la madera y el resto del licor le servirían de alimento.

Regresó hasta su camión y puso rumbo al centro de la polis. No sería la última propiedad de Tony Chatarra que ardería aquella noche.

Irina

Un sacramantecas o, mejor dicho, un hombre del saco. Aquel bicho se había comido a su hermanita mientras ella se escondía entre las sábanas. Un recuerdo que había ido arrinconando a lo más profundo de su mente, pero que en ocasiones volvía y la atormentaba en forma de pesadillas muy

cruentas. Jamás podría olvidar aquellos dientes, aquel sonido, entre crujiente y chirriante, de los huesos de su hermana al chocar contra la dentadura del monstruo. Tenía las comisuras teñidas de rojo. De un rojo que pertenecía a la sangre de Nadia, que dormía en una cama a tres metros de distancia.

Y sobre todo, una imagen que mantenía imborrable, la de una especie de apéndice más parecido al de un insecto, colocándose a la altura de los dientes y diciéndole: ¡Shhhh!

Había cerrado los ojos con fuerza, ya que pensaba que apretándolos descubriría que se trataba de un sueño. Pero no era una ensoñación infantil, seguía escuchando el sonido, el chasquido de la masticación de la criatura que estaba dándose un banquete con el cuerpecito de Nadia.

Cuando más muerta de miedo se encontraba, el terror cesó. El cuarto se quedó en silencio. No hubo más movimiento. Relajó los párpados y se quedó dormida pensando que al día siguiente cuando se despertara, nada de aquello habría ocurrido.

Pero no fue así.

Los rayos del sol que se colaban por la persiana, revelaron que la cama de su hermana se encontraba cubierta de sangre. Las princesas de los cuentos habían quedado emborronadas por los restos y las vísceras a medio masticar de Nadia. Había sido real, lo recordaba, era cierto. El monstruo, los ruidos, todo.

Chilló y saltó disparada de la cama, corrió hacia la habitación de sus padres, a los que despertó, pero fue incapaz de decir una palabra, solo conseguía señalar en dirección a la habitación.

Nadie consiguió que explicara qué había ocurrido. Ni sus padres, muchos años después, lograron que dijera una palabra del horror que sucedió aquella noche en su cuarto.

Él la había mandado callar. Y eso había sido hacía demasiado tiempo. El terror había morado en su mente y la había obligado a olvidar a su hermana. El miedo a vivir de nuevo aquellos momentos, la sangre, la criatura royendo los huesos de Nadia... No podía mantener esos recuerdos a mano, así que los escondió en lo más profundo de su cabeza, porque sabía de manera inconsciente, que si no lo hacía, no conseguiría superarlo. Como le ocurrió a su padre.

Había llegado la hora de hablar.

La exdetective comprobó que su arma se encontraba cargada. Se enfundó en su vieja chaqueta de cuero y anudó con fuerza los cordones de las botas militares. Bebió de un trago los restos de un café que se había enfriado y ocultó su cabeza con la capucha de la camiseta. Lanzó una fría mirada al libro infantil ilustrado y salió por la puerta a la caza de aquel inhumano.

Mark

Mark tuvo que detener el camión en un par de ocasiones. Las entradas al centro de la polis parecían más concurridas que de costumbre: vehículos deambulando, saliendo, maniobrando, acelerando, parando en medio de la calzada... Humanos e inhumanos se dirigían miradas enconadas. Unos camino de sus viviendas, otros en dirección a sus establecimientos habituales. El distrito con los bares en los que se permitía la entrada de inhumanos estaba más lleno que de costumbre. La olla se encontraba a punto de estallar, ¿qué sería lo que liberaría la espita? Bien podría tratarse de sus propias acciones, aunque Mesías parecía tener el asunto bien planeado y no lo dejaría al albur de la lealtad de un nuevo aliado al que solo lo movía el ansia de venganza.

Y que además tenía sus propios planes. ¿Serviría para mejorar las cosas? Tal vez fuera peor, lo que resultaba seguro era que él, Mark Hombre del Norte, escalaría hasta la posición que se

merecía y vengaría la muerte de su padre. Si el viejo pudiera verlo, estaría orgulloso de él.

Las fábricas no echaban el acostumbrado humo y aún no era hora de que terminaran los turnos de trabajo. Los negocios y las tiendas echaban el cierre. En varias de ellas vio como claveteaban grandes tablones de madera encima de los escaparates.

Dos coches de policía lo adelantaron a toda pastilla con el motor rugiendo y con los rotativos azules girando al máximo de revoluciones. Ya había comenzado. Debía darse prisa, empezaba a acumularse gente en la carretera y necesitaba alcanzar su objetivo antes de que la circulación se hiciera imposible.

Irina

No sabía por dónde comenzar, así que decidió que la primera visita sería la escena del crimen donde había dejado a Aura: el callejón próximo al negocio de Chatarra.

De camino hacia allí se tropezó con más gente de lo habitual para ser un día entre semana. Eran sobre todo inhumanos, la mayoría trolls, aunque también había bastantes trasgos. Caminaban de un lugar a otro sin rumbo o bien aguardaban a alguien o algo. No le gustaba. Bastaba una chispa para que prendieran las revueltas. Le habían contado sobre las masacres que se habían producido a consecuencia de anteriores levantamientos. Pero no había ocurrido nada grave en los últimos veinte años.

Lo normal eran manifestaciones, que a veces derivaban en actos de violencia, en la conmemoración de la derrota de los inhumanos en la guerra y la firma de los tratados de paz. La fecha todavía estaba lejana en el calendario, aun así el ambiente que se respiraba resultaba más que cargado. Perfecto para un caldo de cultivo a punto de escaparse del puchero.

Varios trasgos, con su acostumbrada hosquedad, la miraron de reojo; los demás por encima del hombro. Los trolls, más sociables que sus primos, solo la observaron con desprecio. Por suerte llevaba a punto su arma, preparada por si las cosas se ponían feas y a un desquiciado se le ocurría utilizarla como saco de boxeo.

Las personas con las que se iba topando intentaban evitar el contacto, incluso el roce, habitual cuando en una calle concurrida no se podía transitar por ningún lugar. Con agresividad, incluso. Estaba pasando algo, algo gordo. Y quería saber qué era. Sin embargo, no podía recurrir a sus contactos en el departamento, ya que, por lo visto, se había convertido en una apestada, por obra y gracia de Christian y del capitán Castillo.

Se le ocurrió que a lo mejor sí que podía contar con una persona: Marta. Le había anotado su teléfono. En cuanto hallara un teléfono público intentaría contactar con ella. Lo peor que podía sucederle era que no averiguara nada, así que como mínimo se quedaría igual que estaba.

Tras doblar unas cuantas calles atestadas, a una manzana del callejón del primer crimen del sacamantecas, encontró una cabina telefónica en una esquina.

Irina se dirigió a ella a buen paso mirando a sus espaldas, primero a izquierda, a continuación, a la derecha. Nadie parecía seguirla. Bien.

Tomó el auricular y comprobó que tuviera línea. La tenía y se encontraba operativo. Pulsó en el teclado los números que su compañera había apuntado en una servilleta.

Daba señal. Un tono, dos tonos, tres tonos...

—¿Sí? —respondió la voz al otro lado del aparato.

—¿Marta?

—Soy yo. ¿Quién es?

—Irina —replicó. No había más Irinas en el departamento, lo había comprobado en una ocasión.

—Ah, Irina, ¿cómo estás? ¿Qué haces por la calle? —Su voz sonó un tanto preocupada.

—Estoy, bien. Gracias. ¿Por qué me preguntas eso? ¿Tenéis aviso de que vaya a ocurrir algo esta noche?

—Aviso formal, no hay. Pero todo el mundo sabe que hay mucha intranquilidad en la calle. Extraoficialmente, la mayoría de las unidades de crimen y de inhumanos están de patrulla desde las seis hasta el día siguiente.

—¿Turno extra?

—Nadie lo sabe. La mayoría de uniformados de nuestra comisaría están de servicio esta noche.

—¿Y tú, por qué no? —preguntó Irina, extrañada.

—He pedido una baja...

—¿Una baja? ¿Estás bien? ¿Te encuentras enferma?

—Sí, estoy bien. Tranquila. Bueno, enferma, enferma... —calló unos segundos que a Irina se le hicieron eternos—. En realidad estoy embarazada...

La exdetective necesitó un minuto para procesarlo. «¿Embarazada?»

—¿Irina? ¿Sigues ahí?

—Sí. Es solo que no me lo esperaba. Me alegro un montón por ti. Enhorabuena, te deseo lo mejor.

—Muchas gracias. Me acogeré a los beneficios del departamento, pero cuando se acaben estoy pensando en dejar el cuerpo.

—Espero de corazón que sea lo mejor para ti y el pequeño.

—Muchas gracias, Irina, de verdad. ¿Qué vas a hacer tú?

—Tengo que resolver mis problemas legales. Después de eso no he pensado qué hacer.

—Lo mejor es que te marches de aquí.

—Puede que lo haga, pero antes tengo solucionar unos asuntos. Gracias, Marta. Gracias por todo.

—De nada. Adiós, Irina.

—Adiós.

Dejó el auricular sobre el soporte con un sonoro golpe. A veces a Irina Gryzina, expolicía, se le olvidaba que la gente tenía vida más allá del trabajo y que iban construyendo esas vidas a su alrededor al mismo tiempo que ella se emborrachaba con licor de hada o perseguía a un sospechoso. Había estado Michel. Aunque se trató de un romance de trabajo, no habrían conseguido estar juntos de no haber sido policías. En eso se parecían mucho, por ello había sido un buen maestro. La relación había funcionado porque ambos eran polis las veinticuatro horas del día. Christian colgaba su ocupación en cuanto salía de la comisaría y era la causa de que su historia de amor-odio se hubiera ido al traste.

No creía que a esas alturas una persona normal consiguiera soportarla con sus manías y ese ansia constante de averiguar la información que le faltaba para arrestar al culpable del caso que se llevaba entre manos. No había más Michs por los alrededores.

Saldría adelante, igual que siempre había hecho. Y su objetivo en aquel momento era tropezarse con el monstruo que había matado a su hermana y que había comenzado una cacería

macabra.

El siguiente paso, el callejón. Caminó deprisa. Comenzaba a anochecer y las luces de las farolas circundantes debían haberse encendido a aquella hora, pero permanecían veladas. No quería malos encuentros por aquellos vericuetos de los barrios antiguos, ya había tenido uno con una lamia y no le había agradado demasiado, así que desenfundó su arma, aunque mantuvo el cañón apuntando hacia el suelo.

Si las calles anejas permanecían en la oscuridad, el callejón era una boca de lobo en la noche. Se dio prisa en encender una pequeña linterna que llevaba en su cazadora. Le molestó tanto silencio. No se escuchaba ni el trasegar de la gente en sus casas, que en un día habitual debía estar preparando la cena. Tampoco se veían signos de actividad en las viviendas, nadie permanecía en ellas. Un escalofrío recorrió su cuerpo al tropezarse con lo que parecían las manchas de sangre de la que había sido su amiga de la infancia. Había almacenado aquellos recuerdos en el mismo sitio especial en el que archivaba las memorias que tenía de su hermana. Nadia. Los asesinatos se habían iniciado a causa de lo que había ocurrido más de veinte años atrás. Y por su culpa. Porque se había callado, no había dicho nada... Debería haberlo hecho, pero el miedo se lo impidió. El mismo miedo que se había ocupado de que creciera y viviera su vida con aquel instante lo bastante difuminado como para que no la traumatizara. En ese momento se acordó de varias pesadillas que ahora asociaba sin problemas al monstruo con sus dientes irregulares como cuchillos mellados, oxidados y rotos y su horrenda forma. El hombre del saco, el sacamantecas.

Cuando se asustó de las formas fantasmales que proyectaba su linterna, decidió que era hora de comprobar la segunda escena del crimen, que no estaba demasiado de aquella. De hecho, si se asomaba desde el callejón, era capaz de ver la puerta de la casa del trago.

Quería con todas sus ganas matar a aquella especie de despojo, reliquia de un mundo olvidado, ponerle fin a su especie, liquidarlo y que jamás regresara, acribillararlo a balazos y dejarlo hecho un colador...

Tenía trabajo que hacer. Iba a resultar una noche muy, muy larga.

28.

Negocios ocultos

RIO Y SE EMOCIONÓ COMO NO había hecho desde que era joven. La olía por cualquier resquicio. Sí, ella estaba allí fuera, buscándolo. Por fin había comprendido. Al final había sido una niña lista y lo había entendido todo.

Esperaba que lo encontrara pronto. Deseaba verla y tocarla.

Mark

Nunca había estado en aquel local, aunque sabía que existía por lo que le habían hablado de él. Llamó a la puerta con los nudillos y esperó unos instantes.

Un panel se descorrió mostrando el agudo rostro de un trago, que podía haber sido confundido con un roedor sin mucha dificultad. El hocico ratonil del inhumano husmeó en el exterior hasta que observó la imponente figura de Mark.

—¿Quién eres y qué quieres? —demandó.

—Mark Hombre del Norte, el jefe me ha pedido que os haga una visita.

El trago lo miró de arriba abajo, como si tuviera que comprobar que Mark tenía la forma correcta para ser quien decía.

—No nos han informado de nada de eso, grandote —escupió aquella palabra que era, según la tradición, el insulto más despreciable que un trago podía dirigir a su primo troll. Con devastadores resultados.

—Claro que no. Los capitanes están muertos, nos emboscaron ayer por la noche. Caímos en una trampa. Solo quedo yo. Tony me manda.

—Algo he oído. Pero no me gusta nada, grandote. No, no me gusta nada —repitió hablando consigo mismo y sorbiendo un moco inexistente en su nariz.

—Si no me abris, Tony se va a enfadar mucho más de lo que ya está.

—No nos gusta Tony enfadado. No, no nos gusta nada el jefe enfadado. —Mark se dio cuenta de que el roedor con forma de trago estaba hasta las cejas de mierda de elfo. Porque aquel era el lugar donde Chatarra procesaba la droga para su posterior distribución a toda la polis.

—A mí tampoco me gusta Tony enfadado. Podríais abrirme y seguro que no se cabrea.

—Podríamos, sí. Tienes razón, grandote —asintió y se quedó mirándolo con cara estupefacta y sin mover un músculo.

—¿Entonces? —preguntó Mark, haciendo regresar al trago de su vahído.

—¿Entonces qué? —repitió.

—¿Vais a abrirme la puta puerta?

—No. De eso nada. No te conocemos, grandote —replicó, aunque sin rotundidad.

—Os vais a arrepentir —le advirtió Mark.

—¿Arrepentirnos de qué, grand...?

En ese momento, el troll arremetió contra la puerta, que cedió unos centímetros en su umbral. El trago colocado debía estar recuperándose de la sorpresa. Mark cargó de nuevo con su hombro. La puerta se abrió de par en par. A unos pasos de ella se encontraba el inhumano sentado en el suelo, rascándose la nariz y mirándolo embobado con la boca abierta, mientras el troll entraba.

Después lo levantó en vilo por el cuello de la camisa y lo situó a la altura de su cabeza.

—Vas a hacer lo que yo te diga, pedazo de mierda —lo amenazó—. ¿Entendido?

—Sí —asintió con dificultad—, grandote.

Mark podía ver cómo la característica sustancia mucosa que manaba después de meterse un tiro de mierda de elfo por la nariz, escapaba y bordeaba el límite de los labios.

El troll lo dejó caer y el trasgo se pegó un topetazo contra el suelo. Si le dolió no se quejó ni mucho ni poco. No se movió del metro cuadrado en el que había aterrizado y allí permaneció sin rechistar.

La entrada desembocaba en una estrecha escalera sin barandilla que daba acceso al piso superior. Desenfundó su arma y cargó una bala en la recámara, no esperaba unos guardianes tan drogados de ahí en adelante. Cuando subió, se dio cuenta de que la primera planta era un pasillo laberíntico con varias puertas en cada recoveco. Una trampa si habían escuchado las voces que había intercambiado con su colega, pues lo estarían esperando. Su única posibilidad consistía en ir avanzando despacio y con cuidado. Tenía que detenerse en cada revuelta del intrincado corredor y asegurarse de que no se topaba de narices con el cañón de otra arma. Contra el poco espacio que quedaba, descansaban cajas y bolsas de plástico de unas dosis que aguardaban a cumplir con su cometido.

Fue comprobando puerta por puerta, sin encontrar indicios de que hubiera alguien, hasta que alcanzó el final del pasillo, que terminaba en otras escaleras que descendían un piso por debajo. De aquel lugar sí que provenían voces. Por lo menos dos personas, tal vez otra más. Por el acento supo que uno de ellos era troll y el segundo trasgo, aunque parecía mucho más espabilado que su compañero.

Bajó las escaleras con cuidado, a pesar de su corpulencia. Los travesaños eran de madera que hacía siglos se había podrido y sintió miedo porque uno de los escalones se partiera bajo su peso. Resistieron, pero el último en el que había apoyado sus botas chirrió y reveló su posición.

De inmediato, un «¿Quién anda ahí?» impelido por el vozarrón de un troll atravesó el espacio que los separaba. A Mark no lo intimidó el aviso. Continuó el descenso y comenzó a ver con claridad: se trataba de un garaje. Había una furgoneta dispuesta para ser cargada. El producto final de la droga, refinado y cortado con cualquier porquería para rebajar su pureza, estaba preparado para ser repartido a los grandes distribuidores, que lo revenderían a los pequeños y estos se encargarían de ofrecerlo por las esquinas en los barrios de inhumanos. Había conocido a muchos de los suyos que habían terminado sus días bajo tierra por la adicción a la droga de los elfos. En Semura se habían acostumbrado a llamarla así. En otras polis en las que había estado también ese era el término más común. Lo cierto era que el apelativo resultaba un chiste, porque la Anfetamina que contenía se cocinaba a partir del ingrediente base de los coprolitos hallados en antiguos asentamientos élficos.

El negocio de la mierda de elfo resultaba muy rentable, pues con muy poca materia prima se podía obtener una gran cantidad de cristal de droga. Chatarra poseía los yacimientos élficos más próximos a Semura y, según tenía entendido, se había hecho con más en diferentes polis, pujando muy fuerte por ellos. Ni que decir tenía que el negocio de la droga constituía la niña bonita de Tony, por el que era conocido, respetado y temido. Su primera gran empresa y que le había dado beneficios excelentes para extender su imperio y su control sobre la comunidad troll.

Mark iba a quitárselo de un plumazo.

Una bala que aterrizó un paso delante de su posición, lo puso alerta. Se agachó para intentar que la endeble escalera de madera le sirviera como cobertura y buscó un blanco.

Otro disparo, de un arma diferente y de más calibre, destrozó uno de los peldaños colindantes con el que soportaba al troll agazapado.

Irina

Irina se encontraba en la tercera escena del crimen, también muy cercana a las dos anteriores. Gracias a la información que le había conseguido el irlandés se la sabía de memoria. No encontró ningún indicio que le sirviera para dar con la pista del hombre del saco. Lo encontraría, desde luego. Dio un último repaso al lugar sin que surgiera nada que no conociera de antemano.

Se le ocurrió que quizá hallaría la pieza que le faltaba del rompecabezas en el Morgana, el local donde había trabajado la tercera víctima. La cordura le indicó que no se trataba de la mejor noche para adentrarse en el distrito de bares de los inhumanos. No sabía qué más podía hacer, así que el club de Chatarra resultaba la opción menos mala.

Subió con dificultad la cuesta en la que estaba situado el negocio que había hecho famoso a Tony Chatarra. La empinada rampa se fue abriendo hacia la derecha, y cuando Irina ya desfallecía por la falta de aliento, resultó que había terminado de subir.

La calle estaba mal iluminada, apenas media docena de farolas encendidas en la longitud de la avenida. Según iba avanzando se dio cuenta de que las habían roto a pedradas. Al contrario que en el resto de la polis, por allí no había nadie. Caminaba sola mientras la luz dibujaba caprichosas sombras con su figura.

Mark

—¡Sal de ahí! ¡Seas quien seas! —ordenó la voz de un troll.

—Hazle caso, la próxima vez no fallará —continuó un trago. Aquel sonaba más ladino e inteligente que el que habían puesto a vigilar la entrada. Seguro que ese no se había metido unos cristales machacados de mierda de elfo por la nariz.

Mark pensó que se encontraba en una mala posición y que no tenía posibilidades contra dos tiradores bien situados a los que apenas veía, así que decidió jugarse la última carta. No había llegado hasta allí por su cobardía.

—No disparéis, por favor —respondió en alto. Se levantó y quedó a la vista de los dos, aunque ocultó su pistola—. Soy Mark. Mark Hombre del Norte. Me manda el jefe.

—¿Por qué debería creerte? —contestó con rapidez el trago.

—Porque si eres el que maneja esto, aunque estés al margen, Tony te habrá contado que solo uno de sus hombres sobrevivió a la masacre de ayer por la noche.

—¿Eres tú? Menuda sorpresa. Baja el arma, Ricky —ordenó al troll—. Ven aquí que te veamos.

—Claro. —Mark bajó hasta el piso del garaje, donde ya podía observar a las dos figuras que lo miraban con curiosidad.

—Ricky, este tipo es un héroe —anunció el trago a su compañero con entusiasmo.

—Eso he oído. Debe tener unos huevos así de grandes, después de todo es un troll. —Lanzó una carcajada que sonó por el espacio del local.

Mark se encontraba casi a dos metros de la pareja.

—Me gustaría estrechar la mano al hombre que consiguió...

El rostro del trago cambió de expresión y de color cuando vio el negro cañón de Mark cada

vez más próximo a su cabeza.

Una detonación. Un cuerpo que cayó seco al suelo.

Y acto seguido, un intercambio de impresiones en forma de disparos. Un tiro errado por la sorpresa, otro dio en el blanco, pero apenas provocó una herida superficial en el hombro de la curtida y dura piel de Ricky, un troll de las montañas.

Ambos contendientes, cegados por el humo y sordos por la cercanía de los estampidos de las armas, concedieron darse un minuto de tregua para ampliar la distancia que los separaba y apropiarse de cualquier objeto que pudieran utilizar de parapeto.

Ricky comenzó el intercambio de proyectiles. Por el sonoro impacto empuñaba un calibre cuarenta y cinco o superior. Si a Mark le alcanzaba de lleno una de aquellas balas, le provocaría un buen estropicio, o se desangraría hasta morir si sesgaba una de las arterias principales. Debía proceder con cuidado, aquel tirador no era ninguna tontería.

Asomó la punta de la pistola primero e intentó averiguar desde dónde le disparaba su igual. Se retiró medio segundo después al ver un destello, al que siguió una nueva detonación. Un pedazo de metal caliente, que giraba sobre sí mismo a una velocidad de más de novecientos metros por segundo, se estampó contra la portezuela de la furgoneta tras la que se había escondido.

Debía aprovechar el retroceso que tendría aquel trasto y que haría perder un par de segundos a su contrincante. Disparó dos veces, pero sus oportunidades se estrellaron próximas a su blanco y solo sirvieron para demostrarle que iba a plantarle batalla.

La respuesta a su invitación no tardó en llegar, aunque Mark ya se encontraba protegido por la chapa de la furgoneta.

No podía ser descortés y tendría que continuar con la conversación. Pero si no contaba mal, a su adversario le quedaban menos balas que a él, y las pistolas de calibres grandes solían tener un cargador más limitado que sus homólogas más ligeras. Eso teniendo en cuenta que no tuviera un cargador de repuesto, cosa muy probable. Le quedaban dos balas según sus cuentas. A él, once.

Ricky debía mantenerse alerta ante la falta de munición. Cometería algún error, seguro. Trataría de alejarlo y escapar como fuera. Mark no le concedería aquella ventaja. Buscó una posición más adelantada. Tres metros por delante de él había una prensa hidráulica de acero. Eso le serviría.

Disparó a ciegas dos veces en dirección a su oponente mientras se movía. No recibió respuesta alguna. Lo sentía respirar con pesadez, y sus jadeos le dieron una idea de su posición. Desde su nueva cobertura sería más fácil acertarle si es que acaso asomaba un poco de su piel.

Mark miró en derredor para conseguir otro escondrijo. Si lo mantenía entretenido y nervioso mientras se movía, resultaría más complicado que le acertara.

De repente, cuando había iniciado la carrera hacia la siguiente ubicación, el estruendo del cuarenta y cinco sonó muy cerca, demasiado. Ricky debía haber tenido la misma idea porque también se había aproximado a Mark.

Respondió al bulto y su bala chocó contra metal y rebotó. Siguió corriendo y realizó un disparo cuando una nueva andanada destrozó un palé de madera. Un tiro bastante certero que, de haberse descuidado, podía haberle hecho polvo un muslo.

Replicó de nuevo, cansado ya de aquel juego. Se levantó y siguió disparando con el gatillo pulsado a fondo mientras caminaba hacia Ricky. Tiró uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve proyectiles, acompasados con sus zancadas, hasta que el chasquido metálico de su

pistola le indicó que no tenía munición.

No hubo ninguna réplica por parte de su enemigo. El masivo cuerpo del troll yacía con los brazos estirados y la cabeza ladeada. Mark vio que le había alcanzado en no menos de cinco puntos fatales.

Cogió el arma del muerto y sacó el cargador. Estaba agotado. Tiró el armatoste contra una de las paredes.

Se dispuso a amontonar juntos los envíos preparados de la droga. Iba a montar una buena pira y quería que Chatarra la oliera. Porque la mierda de elfo quemada, apestaba peor que el culo de un duende. Y lo olería, desde luego que lo haría.

En esta ocasión usó un mechero. Aplicó su llama en varias esquinas de los paquetes de droga, que empezaron a prenderse y a despedir un humo espeso entre grisáceo y azulado.

Allí había terminado. Siguiente parada, la joya de la corona del reinado de Chatarra: el Morgana.

Irina y Mark

Irina tenía la extraña sensación de que la seguían desde que había salido de su casa. Tal vez se había vuelto una paranoica, pero no estaba de más tomar las precauciones debidas. Aquellas intuiciones o impresiones solían ser acertadas. Sus sospechas se confirmaron cuando una alargada silueta se superpuso a su propia sombra. Agarró la pistola y se volvió de repente a su espalda con la intención de disparar a su persecutor.

—¡Tú! —exclamó Irina sinceramente sorprendida.

La figura conocida, alta y fuerte se dirigió hacia ella con rostro de enfado, que se transformó en una mueca más pacífica y tranquila en cuanto reconoció a la detective.

—La poli... —afirmó Mark sin tapujos.

—Hola, vaya sorpresa. ¿Qué haces por aquí? —preguntó Irina, que no creía que el troll estuviera de paseo.

—¿Qué haces tú? —replicó a su vez el troll, sin ganas de contestar.

—Si vas a realizar un negocio ilegal, tranquilo, estoy suspendida. No soy poli hasta nueva orden. —Esbozó una media sonrisa que surgió, por una parte, fruto de su resignación por su situación laboral y por otra del intento de que el inhumano confiara en ella.

—No tendría por qué contarte esto, pero voy en dirección al Morgana —afirmó él con franqueza.

—¿Asuntos con Chatarra?

—Algo así —respondió sin añadir más información—. ¿Y tú? ¿Qué haces por aquí? No parece la noche más recomendable para que una mujer ande sola por estos barrios —interrogó Mark a su vez.

—Asuntos privados también. Y sé defenderme solita, gracias.

Mantuvieron el silencio unos instantes. Continuaron caminando unos pasos sin dirigirse la mirada y muy concentrados en el suelo a sus pies.

—Mira, no quiero interrumpirte en lo que sea que tengas que hacer, pero tengo prisa —dijo el troll.

—Creo que nuestra conversación no va a ninguna parte y que no la hemos empezado con buen pie. Por cierto, ¿dónde está tu amigo? —quiso saber la mujer al notar la ausencia del chico troll.

—¿Juan?

—Sí, ese.

El troll bajó la vista y cerró los ojos durante un par de segundos.

—Muerto. Está muerto —dijo con dificultad y arrastrando las sílabas mientras la miraba a los ojos.

La mujer no dejó de observarlo con una mueca de sorpresa. Había entreabierto la boca para expresar una condolencia pero solo le salió:

—¿Cómo...? Quiero decir...

—Asesinado de la peor forma...

—Explícate —exigió, más interesada.

—Lo he encontrado en mi casa. Se había quedado dormido y... lo han abierto y destripado como a un cerdo.

—¿La caja torácica con una incisión irregular a lo largo? —El troll asintió—. ¿Heridas en el cuello? —repitió el gesto.

—¿Sabes algo? ¿Es cosa de Chatarra? —preguntó, ansioso.

—No. Chatarra no tiene nada que ver. —Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿quién? —demandó Mark.

—Es el asesino en serie que estaba investigando antes de que me metiera en líos y me suspendieran. El modus operandi es el mismo.

—No jodas...

—Tan cierto como que me estás viendo aquí mismo ahora.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó el inhumano moviendo la cabeza a ambos lados.

—Y también se ha cargado a Jota —añadió Irina con pesar.

—¿A Jota? Hace unos días que no paso por el Duende Verde. Pobre hombre.

—Pues no vayas —dijo ella— porque te lo encontrarás cerrado por defunción.

—¿Sabes quién ha sido el hijo de puta?

—Ahora sí. Pero no dónde encontrarlo. Iba en dirección al Morgana, porque la víctima que se cargó antes de Jota era una dríada que trabajaba allí.

—Entonces llevamos el mismo camino. Acompáñame, voy a hacerle una visita a Tony. Igual consigues averiguar por dónde anda ese cabrón.

—Supongo que la visita no va a ser de cortesía.

—Supones, bien. Cuanto menos sepas, mejor.

—Venga. He confiado en ti. Confía tú en mí. —Lo miró abriendo los ojos y casi intentando una mirada seductora.

—Te diré que para ser poli me caes bastante bien. Y no quiero involucrarte en más problemas. —Realizó un gesto de un extremo a otro con la palma de una mano extendida a media altura para indicar que la cuestión quedaba zanjada.

—Eso lo decido yo, si no te importa —insistió Irina.

—Como quieras. Si te lo cuento, ¿me prometes que me dejarás en paz? —La miró con cansancio.

—Palabra de poli —bromeó la mujer.

—En serio...

—Claro que sí, hombre —contestó con una sonrisa.

—Tenemos que ir hasta mi camión, primero. Tengo unas cuantas cosas allí que necesito.

Irina asintió en silencio y siguió a la mole del troll a duras penas porque las zancadas del inhumano eran más grandes que las suyas.

—Por cierto, nunca te he dado suficientes gracias por haberme salvado la vida en el callejón —comentó mientras caminaban.

—De nada. Yo nunca te he dado las gracias por pagar mi fianza.

El troll se quedó estupefacto. Detuvo su marcha y se giró en dirección a la mujer.

—¿Cómo sabías que la había pagado yo?

—Mi única familia es mi madre y nunca sale de casa. —Extendió un dedo mientras lo señalaba con el índice de la mano contraria—. No tengo muchos amigos y el único que podría pagarla y haberme sacado de allí, murió hace cuatro años. No había muchas más opciones —explicó al mismo tiempo que se encogía de hombros.

—Vaya, siento lo de tu amigo.

—Y yo lo del tuyo.

—Ya que estamos en plan confesiones, debería decirte una cosa —dijo él.

—A ver, cuenta —pidió Irina.

—Tony me contrató para matarte —espetó. Siguió su marcha y ella intentó ponerse a su altura medio corriendo.

—¿Qué? —Los ojos de Irina se abrieron lo máximo que le permitieron los párpados.

—Lo que oyes. No sé qué le has hecho, pero solo manda cargarse a quienes le tocan mucho los cojones.

—Solo hice unas preguntas... —balbuceó la detective, que no podía creer lo que acababa de escuchar.

—No debían de ser muy agradables si Tony te puso un punto de mira en la cabeza.

—Gracias por no matarme, entonces... —contestó aturdida.

—De nada. A punto estuve... Hice un seguimiento y todo. Una vez pensé que me habías visto.

—Un momento... Un camión, como de reparto, ¿eras tú aquella noche? ¿La noche que me colé en la morgue? —Irina conectó los puntos.

—Sí.

—¿Y desde entonces, no me has vuelto a seguir?

—No. Desde que te detuvieron no.

—¿Por qué no lo hiciste? Necesito saberlo —insistió de nuevo.

—Bueno... Porque las razones que tuviera Tony no eran las mías y ya me parecía que tenías bastante lío por tu cuenta. No eras ningún jefe de la mafia, ni un ladrón o un violador, solo una poli que hacía su trabajo y que le había hinchado las narices. No me parecía justo —admitió el troll.

—Las debía tener muy grandes... Y gracias, porque tu sentido de la justicia me ha salvado el culo.

—Acepté porque quería entrar en su círculo de confianza y eso me daba la oportunidad de ganar puntos con él. Tengo mis propios motivos.

—Lo entiendo. Supongo que eso te lleva a hacer trabajos para él que no te gustan.

—Unos cuantos... —resopló el troll.

Alcanzaron el camión sin más conversación, cogieron cuatro latas de combustible y se las repartieron. Irina no preguntó para qué quería la gasolina, aunque lo intuyó y no quiso saber nada

más.

29.

La fábula del sacamantecas y la niña

¡ELLA LO ESTABA BUSCANDO DESPUÉS DE tanto tiempo! ¡Qué honor! No era merecedor de una cortesía tan agradable como aquella. Le gustaban las sorpresas, tanto darlas como recibirlas. Anhelaba encontrarse con su querida niña. Quería darle una sorpresa a la pequeña Irina.

Mark e Irina

En la puerta del Morgana no se encontraba el troll habitual que seleccionaba a quien permitía entrar. Aquella noche no había nadie en la cola, no se escuchaba el volumen de la música escapar hasta la calle y los llamativos neones estaban apagados.

Mark e Irina entraron con su carga, sin que nadie se lo impidiera. El inhumano miró a su alrededor antes de internarse en el club: nadie los observaba. Le indicó que dejara una de las latas cerca de la entrada, pero que no quedara a la vista. Ella obedeció sin rechistar y avanzaron hacia el interior del local. No había camareros en las barras, ni clientes que se bebieran el alcohol, ni chicas bailando ligeras de ropa en el escenario.

El silencio, seguido del olor a limpiador industrial, les dio la bienvenida. Mark le pidió que tirara el contenido de su otra lata sobre las butacas y el mobiliario de aquella parte. Él haría lo mismo por la zona del escenario. Comprobó que el líquido inflamable empapara bien los tejidos, las maderas, los plásticos, las molduras, el revestimiento de terciopelo de las paredes y cualquier otra superficie.

—¿Has visto algo que te ayude en tu investigación? —le preguntó el troll mientras terminaba su segundo contenedor de combustible.

—Nada que me sirva por el momento.

—Hay que esperar. Vendrá —dijo Mark en alto, aunque más para sí.

—¿Qué dices? —preguntó Irina, que no había entendido.

—Cosas mías. Cuando termines de hacer tus cosas, debes marcharte. Yo me quedaré aquí a terminar mi tarea.

—Muy bien. Gracias.

—Gracias a ti por ayudarme. Espero que encuentres lo que buscas.

Ambos se estrecharon las manos e intercambiaron una mirada.

—Si puedes permitirte, te recomendaría que te largaras de aquí.

—Es curioso que digas eso —respondió ella—, eres la segunda persona hoy que me recomienda que me vaya.

—Hazlo. Esto va a convertirse muy pronto en una zona de guerra.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que extermine lo que queda del dominio de Chatarra sobre los inhumanos de Semura —dijo Mark, al tiempo que sacaba su encendedor.

—¿Lo haces por motivos altruistas?

—No. Lo hago porque quiero y porque puedo.

—Entonces hasta siempre. La próxima vez que nos encontremos, estaremos en bandos contrarios.

—Sí, eso me temo. Buena suerte con tus asuntos, chica.

—Gracias. —Estuvo a punto de desearle lo mismo por pura cortesía, aunque se quedó con la palabra en la boca.

—Bueno, bueno, que reunión tan bonita, ¿no es cierto?

Mark e Irina se volvieron y vieron que la poderosa figura de Tony Chatarra se aproximaba a ellos sonriendo por una chanza que parecía hacerle gracia solo a él.

Iba vestido de forma habitual, con un elegante traje, la corbata anudada a la perfección y su ostentoso torque reluciente en su garganta. Pero se notaba un cambio en su actitud altiva. Parecía herido en su orgullo. Y empuñaba una pistola con la que encañonaba a la pareja.

A ambos les extrañó que acudiera en solitario, sin ninguno de sus habituales guardaespaldas y secuaces que le secundaran.

—Has captado el mensaje —dijo Mark, devolviéndole la sonrisa, sabedor de que iba ganando la partida.

—Sí, he comprendido varios de tus mensajes. El almacén primero, la mierda de elfo, después. ¿Es solo cosa tuya o también de Mesías? —inquirió Chatarra.

Irina miró a los dos trolls sin comprender de qué iba aquel asunto. Lo único que consiguió sacar en claro era que a ella no le concernía lo más mínimo.

—Reconozco que tu viejo amigo me ha ayudado a ver las cosas claras, pero tenía mis propios planes para ti desde hacía tiempo —contestó el más joven de los trolls, aún con el encendedor en la mano.

—Ah, claro. Comprendo —chasqueó la lengua—. Me culpas de la muerte de tu padre, hijo. La venganza es una excelente motivación, no me cabe duda. Pero no debe ser tu último objetivo, porque hace que pierdas la concentración sobre cuanto te rodea.

—Llevo planeando cómo matarte desde que tenía dieciséis años, ¿acaso crees que voy a dejar detalles al azar? —lo desafió Mark.

—Creo que tu afán te ciega. ¿Qué te hace pensar que tú y la señorita vais a salir con vida de aquí?

—Pues que tú no vas a hacerlo, Tony. —Le concedió una amplia y ancha sonrisa al mafioso, al mismo tiempo que con una mano le indicaba a Irina que se acercara hasta la puerta. Chatarra estaba atento a la cháchara de Mark, pero no prestaba demasiada atención a los movimientos de la mujer, quien consiguió deslizarse hasta una distancia prudencial de la puerta.

—¿Qué haces? ¡Te mataré! —gritó Tony apuntándola ahora a ella.

Irina levantó las manos de inmediato y permaneció quieta, mirando con mucha atención cuál iba a ser la reacción del mafioso.

Entonces Mark intervino:

—Déjala marchar. Esto es entre tú y yo, y ahora mismo te apetece más joderme a mí que a la chica —le pidió mientras soltaba el encendedor. Las llamas azuladas de la gasolina se alzaron rápidamente.

Chatarra los miró a ambos y sopesó las opciones.

—Muy bien. Que se vaya. Ya la pillaré en otra ocasión —Chatarra hizo un gesto con la barbilla para indicarle a Irina que podía irse. La policía intercambió una mirada con Mark, quien asintió, asegurándole que tenía la situación bajo control. Ella salió por la puerta sin darse la vuelta y se escabulló como pudo hasta la calle en medio del caos del incendio.

Pero Mark no le dio ni un segundo de respiro al mafioso y se lanzó contra él en una desesperada embestida. Chatarra apretó el gatillo cuando tenía a su contrincante a menos de un metro y el proyectil le alcanzó en un hombro. Sin embargo, el disparo no bastó para detener a la mole que se le venía encima. Mark impactó con toda su fuerza bruta contra el estómago del cacique, al que derribó e hizo soltar la pistola, que cayó rebotando fuera de su alcance. El troll más joven, a pesar de encontrarse herido, se apresuró a levantarse con agilidad y se hizo con el control del arma.

Chatarra extrajo de una funda tobillera un revólver de pequeño calibre, aunque no le dio tiempo a usarlo porque un estallido que provenía de su espalda lo tiró al suelo con la fuerza de veinte de los suyos. También derrumbó a Mark, aunque no lo pilló por sorpresa. La entrada al Morgana ardía con un fuego vivo que despedía un humo espeso y negro. Muebles, suelo, fibras, cualquier cosa ardía sin miramientos.

Mark cogió raudo una de las latas de combustible y la terminó de vaciar en torno al espacio en el que yacía el capo, a quien la onda expansiva había cogido de lleno y aún se encontraba aturdido. Después de eso lo encañonó con su arma.

Irina

Respiró hondo cuando consiguió salir del incendio que ella misma había provocado en el club. Tosió con fuerza y no dejaría de hacerlo en un buen rato. Necesitaba inhalar aire limpio y beberse una botella de agua. Tenía la cara tiznada de negro y las puntas del pelo chamuscadas, así como la capa superficial de su cazadora.

Había inhumanos manifestándose en la calle, que se detuvieron a mirar cómo escapaban las llamas del local de Chatarra. Ninguno de ellos movió un dedo por intentar apagarlo. No los culpaba. Necesitaba moverse, pero no sabía hacia dónde. Estaba en mitad del comienzo de una revuelta y pertenecía a la raza equivocada. Una deflagración hizo estallar los cristales de la sala que daban a la calle. Muchos se agacharon. Un sentimiento de miedo recorrió a los manifestantes. Sin embargo, otro grupo aplaudió con creces la destrucción de la propiedad de Tony Chatarra. Un par de trolls empezó a mirarla de malos modos. Sabía que tenía que escapar de aquella encerrona cuanto antes. Hasta unos segundos más tarde no se dio cuenta de que aún llevaba su arma, con la que había disparado a la lata de combustible, en la mano. En un rápido movimiento la ocultó en su cazadora, no quería que la gente se pusiera más nerviosa de lo que ya estaba.

El único sitio al que se le pasó por la cabeza ir fue al Duende Verde, aunque sabía de antemano que permanecía cerrado al público. Allí seguiría con su investigación: Jota, la cuarta víctima. No tenía otro lugar al que dirigirse y no estaba demasiado lejos. Tampoco le importaba perder de vista a una turba de trolls cabreada. Así que sus piernas no se demoraron en obedecer las órdenes que le mandó su cerebro y corrieron lo más rápido que le permitía su físico. Nadie la siguió.

Mark y compañía

—¿Oyes eso? Es tu gente aplaudiendo por la destrucción de cualquier cosa que esté relacionada contigo. Ni siquiera los tuyos te quieren. Tu ambición te ha ocultado lo descontenta que está la comunidad con tus tejemanajes que, de hecho, solo te favorecen a ti y a tus favoritos.

—Tú ibas a ser uno de esos favorecidos, Hombre del Norte.

—No me hagas reír, Tony —dijo Mark con sarcasmo—. Porque no tenías más remedio. Intentas que te salve la vida a cambio de unas prebendas que puedo conseguir por mí mismo, sin tu

ayuda.

—¿Qué te ha prometido ese bastardo? Lo doblo —imploró el capo desesperado—. No sabes el vendaval de violencia contra los humanos que se va a desatar ahí fuera cuando se corra la voz de mi muerte.

—No se trata de dinero. Lo único que le hice prometer a Mesías es que me permitiera terminar con tu vida —contestó con calma—. Solo quiero eso. Y tu conciencia puede estar tranquila, las revueltas terminarán cuando lo queramos.

—Entonces honra la memoria de tu padre y acaba conmigo.

—No tan rápido. Me gustaría disfrutar del momento, si no te importa. —Mark sonrió.

—Como si me importara —replicó Chatarra, consciente de que no había vuelta atrás; a pesar de ello, conservaba la dignidad.

—No me vas a privar de saborear el instante que llevo aguardando desde que mi madre, con lágrimas en los ojos, me anunció que mi querido padre había muerto. —Realizó una pausa y continuó con su diatriba—: ¿Conoces la fábula del escorpión y la rana? —le espetó, mirándolo a los ojos.

—No. Pero creo que tú me la vas a contar, ¿no es eso?

—Claro —asintió Mark—. Verás: había un escorpión y una rana que se encontraban al borde de una charca y ambos querían cruzar al otro lado. El escorpión no podía. Pero la rana sí, por supuesto. Entonces el escorpión le propuso a la rana que lo tomara sobre su lomo y que ambos cruzaran la charca sobre una hoja de nenúfar. La rana tenía sus reservas, pues sabía de la naturaleza traicionera, por no hablar del aguijón venenoso, del escorpión.

»La rana, que no se fiaba del escorpión, explicó que si lo llevaba sobre su espalda y le picaba con el aguijón, ambos se hundirían y morirían ahogados.

»El escorpión le contestó a la rana que no temiera que ese desastre ocurriera y prometió no picarla. Además, aseguró a la recelosa ranita que los dos pasarían sanos y salvos al otro lado.

»Entonces acordaron colaborar juntos, con la condición de que el arácnido no usara su feo y emponzoñado aguijón sobre la rana. Y este dio su solemne palabra de no hacerlo.

»La ranita accedió a que el escorpión se subiera a su espalda y trepó sin mucha dificultad sobre su grupa. La rana a su vez montó en la hoja y comenzaron a atravesar la charca de agua. Cuando se encontraban en la mitad, en la parte más profunda, el escorpión picó con su aguijón venenoso a la rana.

»La rana se quejó de dolor y dijo que, como consecuencia de su picadura, morirían los dos. El escorpión se excusó afirmando que era parte de su naturaleza y que no podía evitarlo.

»La rana y el escorpión murieron ahogados en lo más profundo de la charca.

—Y ahora qué esperas, ¿qué te aplauda? —repuso Chatarra una vez Mark terminó de explicar el cuento.

—No.

—Entonces, ¿cuál es la moraleja? —preguntó a su captor.

—La moraleja es: «Obliga al escorpión a que se pique a sí mismo antes de que te pique a ti».

—No lo entiendo —protestó el capo.

—Lo entenderás muy pronto, Tony. —Mark se agachó sin dejar de apuntarle con su pistola y prendió con un mechero el combustible que había derramado en torno al troll, que ardió con viveza.

—¡No! —gritó Chatarra, encolerizado.

—A ver qué ocurre antes: que mueras achicharrado o que te frían por medio de ese torque tuyo que tanto te gusta.

Mark dejó de escuchar los gritos desesperados del que había sido su enemigo, por culpa del cual se había quedado sin padre y para cuya muerte se llevaba preparando desde la adolescencia. Sin embargo, no estaba disfrutando tanto como había esperado. Reforzó el círculo de combustible ardiente que rodeaba al mafioso, que comenzaba a quemarse, con otra línea de gasolina que se encargó de prender enseguida. No saldría vivo de allí. Pero se quedaría para comprobarlo, aunque tuviera que pagar con su propia vida. A su alrededor, las llamas se comían cualquier sustancia que les dieran alimento y cada minuto iban a más. No podía largarse cuando se estaba divirtiendo, por su padre que no lo haría.

Observó el rostro de Antonio Escoria, más conocido por Tony Chatarra, empresario de éxito, mafioso, opresor de su raza... La cara de Tony estaba congestionada y rojiza. Las lenguas de fuego ya habían lamido la mayor parte de su ropa y pronto iban a comenzar con su piel. En varios puntos del cuerpo mostraba ya graves quemaduras que ni la legendaria resistencia de los trolls era capaz de evitar. Mark aguardaba con impaciencia algo más. Un suceso mucho más trascendente que unas simples quemaduras.

El bulto ardiente que era Tony Chatarra luchó con los últimos redaños de voluntad que todavía le quedaban y consiguió atravesar los anillos de fuego que lo atrapaban. Logró rodar sobre sí mismo y sofocar en parte las llamas que le comían la piel. Mark tuvo oportunidad de dispararle y poner fin a su agonía, pero no lo hizo. Quería que sufriera, quería que muriera sufriendo.

La espera obtuvo sus frutos: el troll angustiado ante una muerte inminente, intentó sobrevivir mediante aquello que le dictaba su instinto de manera inconsciente, es decir, usando la proverbial fuerza sobrehumana de los suyos.

Un dedo anónimo, en cualquier dependencia administrativa o policial, apretó sin miramientos un botón en un panel de control que transmitía a un torque cualquiera las órdenes a realizar en ese tipo de casos.

Los músculos de Chatarra trataron de obtener más fuerza para escapar de las lenguas de fuego que lo rodeaban de nuevo, pero la mayor demanda de adrenalina solo consiguió que cayera fulminado entre convulsiones que sacudían su cuerpo con violencia. Había sido eliminado por la joya de la que tan orgulloso había estado toda su existencia, sometido a la pena de muerte que dictaba el collar brillante que portaba al cuello. Mark permaneció sin moverse, poniendo en peligro su vida, hasta que las llamas sacudieron y engulleron el cuerpo del capo.

«Ha merecido la pena», se dijo Mark. Comenzaba un orden del que él formaría parte. Pero antes debía largarse de aquel infierno en vida en el que se había transformado el bar de striptease del fallecido Tony.

Antes de que pudiera escapar de las crecientes llamas que consumían el Morgana, una brutal explosión lo aplastó con violencia contra la pared. Cayó inconsciente y quedó tendido en el suelo que era pasto de unas llamas que lo próximo que iban a quemar era su cuerpo.

Irina

Irina se agachó cuando una estruendosa deflagración escupió a la calle cristales, pedazos de madera y trozos de lo que habían sido unas butacas. La explosión provenía del Morgana. Se encontraba a la suficiente distancia como para que aquellas esquirlas no pudieran alcanzarla. Pero

realizó el gesto de forma inconsciente y por pura precaución. Esperaba que Mark ya se hubiera largado de allí, aunque eso ya no era asunto suyo.

Apretó el paso para intentar esquivar las multitudes de trolls que se agolpaban en las calles sin un rumbo definido. También observó el número creciente de trasgos, varias ninfas y unos cuantos duendes que debían estar al acecho para ver si conseguían robar objetos de valor o que alguien les proporcionara un tiro de mierda de elfo.

Todos se quedaron mirándola según caminaba. Nadie la interrumpió, insultó o trató de detenerla. «Cada uno a lo suyo», se dijo.

Debía seguir probando hasta que lograra obtener un indicio, por mínimo que fuera, que le ayudara a encontrar al hombre del saco, «el sacamantecas», recordó mentalmente.

De cada nueva bocacalle surgía una nueva masa de inhumanos, a los que bordeó sin ningún incidente, aunque parecía que las voluntades se iban calentando. Vio a un troll pelearse con un trasgo por un accidente en el que el vehículo de uno había chocado con el del otro. El más pequeño de los inhumanos se esforzaba con sus puños desnudos y trataba de alcanzar el rostro de su primo.

Entonces se encendió la chispa. Varios de los manifestantes trasgos acudieron a ayudar a su colega, rodearon al troll y comenzaron a darle patadas contra las poderosas piernas. El pobre tuvo que retroceder un tanto ante el acoso de sus rivales, más numerosos y rápidos. Pero las tornas estaban a punto de cambiar, ya que un grupo de media docena de trolls adultos se aproximaron para equilibrar, o más bien, desequilibrar la balanza a su favor. El tumulto prosiguió e Irina lo dejó arremetiendo entre ellos como si les fuera la vida; los contendientes se empeñaban en su escaramuza y los acompañantes de cada grupo jaleaban, insultaban e incluso se preparaban para ser los siguientes en entrar en acción. Por el rabillo del ojo vio que empezaban a circular pedazos de tuberías oxidadas, palancas, tablones de madera y navajas. Aquello tenía visos de convertirse en una batalla campal.

Escuchó el sonido de varios coches patrulla, que tratarían de controlar la situación. No lo conseguirían y lo más probable era que quienes combatían entre sí con tanto ahínco unieran sus fuerzas para enfrentarse a la policía. Trolls y trasgos podían odiarse a muerte tras la traición de los segundos en la guerra, pero aún odiaban más a los humanos y en especial a la policía. Irina lo tenía bien aprendido por experiencia.

Una docena de trasgos pasó corriendo a su lado directa al foco del conflicto.

Otras sirenas de diferentes timbres resonaron por las calles. No todas eran de la policía, así que se aventuró a especular que eran ambulancias y bomberos.

Había varios edificios ardiendo. Casas bajas, locales, coches y cubos de basura bajo el dominio del fuego.

La mujer aceleró su marcha. Necesitaba encontrar a su presa y había elegido la peor noche para salir a buscarla. Tenía que hallarla por su hermana, por los que había matado, por Aura, por Jota, por ella...

Y también por su padre y por Mich.

«Michel, ¿qué harías tú?», se preguntó de la misma forma que había hecho en otras tantas ocasiones cuando se había encontrado perdida o derrotada por una situación o por un caso.

Palpó en el bolsillo de su cazadora. No podía creer que aquella pistola sin registrar fuera el único recuerdo que le quedaba del que había sido su amor.

Una patrulla de policía la adelantó con el motor rugiendo, las luces azules girando y la sirena a todo volumen. No conocía a los uniformados de su interior. Les deseó suerte dadas las circunstancias y siguió con su senda hacia el Duende Verde, próxima parada de su periplo.

En la siguiente calle el ambiente estaba aún más cargado. Una pandilla de trolls jóvenes había golpeado sin descanso un automóvil detenido en medio de la calzada para terminar por quemarlo con la gasolina que habían extraído del propio coche. Un poco más lejos, cuatro trasgos no dejaban de increpar a media decena de dríadas que hacían la calle y esperaban a sus clientes, apoyadas contra una pared. Esa noche no iban a ganar mucho.

En el momento en que dejaba a los trasgos a su espalda, uno de ellos la increpó.

—¡Eh, tú! Tú también eres una golfa como estas —empezó el inhumano.

—Sí, tendrías que venir aquí y darnos gusto a todos —secundó el compañero que estaba a su lado.

—¡Dejad en paz a la chica! —medió una de las dríadas.

—Eso, ¡dejadla! —continuó otra, aunque en los oídos de Irina sonó como una queja coral.

Los trasgos se envalentonaron ante la desidia de Irina, que no había dado importancia a sus comentarios y seguía a lo suyo. Los cuatro caminaron deprisa hacia ella. Irina los miró divertida, pero no dijo una palabra.

—Eres guapa, mucho más guapa que esas. ¿Nos harías una mamada gratis? —se lanzó el que parecía el bocazas del grupo.

Irina no pudo resistir más y comenzó a reírse a carcajada limpia.

Los trasgos no comprendieron la broma. Enfadados, se acercaron con intención de agarrar a la humana y forzarla a realizar lo que acababan de pedirle.

A Irina le dio tiempo a mirar con detenimiento las caras de los inhumanos, fuera de sí, ciegos de lujuria y de la mierda de elfo de Chatarra.

Entonces sacó su pistola y la apuntó hacia sus agresores deteniéndose unos segundos en cada uno. Declaraba que iba en serio.

—Eh, hermana, tranquila. Solo queremos pasarlo bien —declaró el bocazas.

—Sí, pasarlo bien —gorjearon sus secuaces al unísono, muertos de miedo.

—Creo que aún no os habéis enterado de quién manda aquí. —Irina accionó la corredera de la pistola para montar una bala.

—Venga, bonita, solo queremos divertirnos un poco. No te enfades...

Cuando no había terminado de pronunciar la última sílaba, el trasgo se encontró con el cañón del arma presionado sobre su frente. Estaba frío y olía a metal y a aceite.

—¿Quieres seguir con la diversión? —preguntó Irina. Las prostitutas la jalearon para que apretara el gatillo.

—No, no, por favor —rogó—. Estoy genial ahora mismo, muchas gracias, guapa —replicó con rapidez.

La mujer retiró la punta de la pistola de la cabeza del trasgo con lentitud y a esa misma velocidad sus cómplices fueron retrocediendo. El bocazas tomó ejemplo de sus amigos y los siguió, hasta que el cuarteto se perdió corriendo por una de las calles adyacentes.

Las putas la despidieron entre vítores y aplausos, a los que ella se limitó a dedicar una tímida sonrisa.

Zanjado el incidente con la partida de trasgos, estaba a una distancia de un centenar de metros

de su bar favorito. Al contrario que las calles por las que había venido, aquella apenas estaba concurrida. No tenía muy buena iluminación y las sombras en movimiento resultaban mucho más grandes que los propietarios de los que se desdoblaban.

Alcanzó la entrada del Duende Verde y lo primero que vio fue el cartel que anunciaba que el bar se encontraba cerrado por defunción. Husmeó a través de la ventana por si Rosa u otra de las camareras estuvieran dentro, pero no había ningún movimiento; las luces estaban apagadas, las sillas sobre las mesas. El cartel exterior con el neón en forma de diablillo tampoco funcionaba.

No consiguió nada más que una nueva decepción. Debería seguir con su procedimiento e ir a la escena del crimen de la siguiente víctima, el amigo de Mark, pero no sabía dónde vivía, así que sus pesquisas terminaban en el club.

De repente parecía que la calle se había quedado desierta y muda. Habían desaparecido los humanos e inhumanos que deambulaban por allí. Se había quedado sola.

Sin embargo, había alguien detrás de ella. El instinto no le fallaba. Llevaba en aquel trabajo demasiado tiempo como para saber que una forma la seguía. Se había hartado de sombras que se escabullían a su espalda.

Giró con brusquedad, pistola en mano, y apuntó al bulto que se encaminaba hacia ella.

La forma más sencilla de describirlo sería un antiguo espantapájaros. Llevaba un abrigo de lana viejo, roto en varios lugares, que le colgaba hasta los pies y se los ocultaba. Una bufanda al cuello de la que colgaban dos extremos de un color difuso y desvaído. Uno de ellos iba arrastrando por el suelo, como una especie de cola inerte. También vestía un sombrero de paja de ala ancha, cuyos bordes se habían deshilachado tanto que las hebras campaban a sus anchas. Por debajo de ese atuendo le pareció ver un jersey de punto marrón o beis, no sabría decirlo, con grandes agujeros y toscos remiendos; y unos pantalones de pana que su abuelo no se habría puesto. No consiguió observar si calzaba un par de zapatos o no. Porque después venía el horror.

De las mangas del abrigo colgaban un par de garras amarillentas de irregular longitud. Las uñas le parecieron mortíferos y ponzoñosos puñales, pero la imagen se le asemejaba a un cangrejo o a una langosta con sus desmesuradas pinzas. Y se desplazaba como tal, a saltos.

La cabeza que se escondía bajo el sombrero no era más que la imagen deformada de un espejo convexo, o cóncavo: un esperpento. En algún momento debía haber tenido un rostro con los mismos elementos que un humanoide, es decir: una nariz, dos ojos, dos orejas, una boca... Sin embargo, parecía como si un niño caprichoso hubiera desprendido cada uno de esos elementos y los hubiera vuelto a insertar de forma arbitraria en el óvalo de la cara. La asimétrica figura parecía más arrastrarse sobre el suelo que caminar, pero se dirigía hacia ella sin vacilar un instante.

Cuando estuvo más próximo a Irina, sus fauces se abrieron y aquel abismo que se hundía en lo que debía ser una boca en una criatura normal, le sonrió. Los dientes eran una suerte de cuchillas irregulares, partidas y melladas, de un color amarillento que no hacía presagiar nada bueno. El resto del agujero se perdía entre la oscuridad y un malsano hedor a podrido que podía oler desde donde se encontraba.

—Tú —fue capaz de decir.

—Niña. —Una voz cavernosa surgió de la garganta del monstruo.

—Mataste a mi hermana —lo acusó.

—Lo hice según las reglas vigentes, niña —se excusó la criatura, que se cimbreaba cada vez

más cerca de Irina.

—¡No tenías derecho! —gritó ella desahogada, perdiendo los nervios.

—Seguía vuestras reglas, cariño —insistió el hombre del saco.

—¡Asesinaste a una cría de ocho años!

—Me alimentaba según las leyes de mis ancestros y cumplía las normas que los humanos habíais establecido para nosotros en los tratados después de la guerra —reverberó la voz de la bestia.

—¡Mientes! —lo acusó, llena de rabia y las manos temblando con el arma.

—Nunca miento, niña. Mentir está mal. Seguro que tus padres te explicaron eso.

—Mataste a mi hermana, a Nadia. —Enormes lágrimas corrían por su rostro.

—Me invocó. Está en mi naturaleza, niña. Es nuestro instinto.

—Vas a morir. Por los que has matado.

—Excelente.

—Por Aura y el trasgo y la bailarina del Morgana y Jota y Juan el troll.

—Estoy de acuerdo. Debo morir por esos asesinatos. He roto las reglas ancestrales de los míos y las normas de los humanos. Merezco el castigo que quieras imponerme. Es culpa mía.

—Los mataste para llamar mi atención —siguió con el rostro bañado en lágrimas, que resbalaban por sus mejillas y se precipitaban sobre el tosco asfalto de la calle en una improvisada catarata.

—Sí, has tardado en darte cuenta, niña.

—No se te ocurra hacerme responsable de las personas que has matado, monstruo.

—Te hago. Porque si me hubieras encontrado antes, no tendría que haber seguido alimentándome. Mi hambre es infinita... La culpa es tuya, niña, por no haberme hallado con más rapidez...

—No. No me hagas culpable de tus locuras...

—Sí, lo eres. Me has obligado a alimentarme una y otra vez... No has comprendido las pistas que te he ido dejando, niña... Es culpa tuya.

—No lo es —replicó Irina, desesperada.

—Oh, creo que sí —insistió la criatura—. Estoy condenado. Mi raza lo ha estado desde su nacimiento y después de la guerra aún más. Hemos ido muriendo. Porque nadie creía en nosotros. Porque no nos dejabais ser tal y como nuestro instinto nos indicaba. Apenas constituyo una reliquia de nuestro antiguo mundo olvidado, un vestigio, una figura que ya nadie recuerda.

—¡Eres un asesino! —acusó Irina.

—No lo niego, lo soy. No estoy orgulloso de ello.

—Entonces lo admites.

—Claro, niña. Por eso estoy aquí. —Se había acercado hasta una distancia de menos de un metro de Irina. Si extendía una de sus extremidades, conseguiría tocarla—. Shhhh. —Se llevó una de sus garras a la boca y la mandó callar.

El sonido la retrotrajo a otra época, la transportó hasta un tiempo en el que vestía un pijama rosa con figuras de dibujos animados impresos en él. A una época en la que compartía su cuarto con su hermana. Con Nadia. Nadia, la rebelde que no había querido ser obediente y comerse la cena que su madre le había preparado aquella noche. Nadia, la hija por la que su padre se había metido unos perdigonazos en el cerebro. Nadia, la hermana que llevaba echando de menos durante

toda su vida.

—Eso es, recuerda. Descansa. Vuelve a cuando eras una niña —explicó con una voz susurrante, hipnotizadora. Era tan cálida y cercana que la confortaba y apaciguaba su pena.

Irina recordó en ráfagas su infancia. Vio imágenes de su hermana y ella jugando en la calle mientras sus padres las observaban divertidos desde el balcón del primer piso. Le vino a la memoria embadurnarse de arena, después de estar jugando en un montón que unos obreros habían apilado para una obra. También se acordó de un pedazo de tiza con el que su hermana y los vecinos habían dibujado la cabina y los mandos de una nave espacial que se extendía a lo largo de la acera de baldosas cuadradas y que incluso invadía parte de la calzada asfaltada. Vivieron múltiples aventuras en aquella nave esbozada con líneas blancas hasta que al borracho del barrio, por fastidiar a los críos, le dio por limpiar la pared con una manguera y a los chavales se les quitaron las ganas de volver a dibujarla.

A esos recuerdos lo siguieron los azotes de su padre en el trasero, que incluso le volvieron a doler, tras destrozar una muñeca que le acababan de regalar por restregarla por el suelo y simular, según su idea infantil, que iba corriendo.

Después de Nadia, no hubo más juegos. Los niños no querían acercarse a ella. Sus movimientos estuvieron mucho más controlados por sus padres. No volvió a sentirse libre hasta que abandonó la casa familiar. Y luego vinieron los paseos con su padre por el barrio antiguo. El suicidio de Anton. La pena de su madre, la decadencia de Natalia.

A su mente acudió una Irina jovencita, las amistades que había forjado en la escuela secundaria. Y en la academia de policía. Michel. Un romance prohibido, la diferencia de edad, un hombre casado. La ruptura. Adiós a Mich, hola a Christian. Ahora.

Y un abismo insondable armado con letales navajas le sonreía demasiado cerca.

—No soy tu juguete —dijo la policía con rotundidad.

—Por supuesto que no lo eres —le siguió la corriente el sacamantecas.

—Me has manipulado —expresó Irina con acritud—. Mi vida entera. Mi padre. Mi madre. Todo podría haber sido diferente, si no hubiera sido por ti.

—Eres quien eres por ti misma y no a causa de mis acciones.

—Con Nadia habría crecido junto a una hermana y habría jugado con ella, nos habríamos apoyado la una a la otra. Mis padres serían felices... —se lamentó.

—La historia es diferente de lo que nos imaginamos en nuestra infancia, niña. Se llama crecer.

—Es por tu culpa, todo es por tu culpa.

—Tal vez lo sea, existe esa probabilidad, sí. Sin embargo, quien eres hoy, Irina Gryzina, detective de la policía de Semura, no es más que el resultado de tus propias decisiones.

—Habría tomado otras distintas si no hubieras asesinado a mi hermana.

—Entonces serías otra Irina Gryzina, que solo se parecería a la mujer que tengo ante mí en el nombre y en nada más que eso.

—Tratas de engatusarme y comerme como a los demás.

—No, no es cierto.

—Pues no entiendo esta pantomima.

—Quiero que le pongas fin. Quiero que termines conmigo. Ese ha sido desde el comienzo el propósito de este pequeño juego del ratón y el gato.

—¿Ha sido un puto juego para ti? —exclamó Irina, fuera de sí.

—Necesitabas encontrarme. Tenías que hallarme y comprender. De la misma forma que es necesario que me mates, aquí y ahora.

—Estás como una puta regadera. —Sostuvo la pistola por delante de ella con más fuerza.

—No niego que la soledad y el confinamiento hayan hecho mella en mi capacidad de raciocinio y en mi lucidez. Con probabilidad debo de ser el único espécimen vivo de los míos. Quiero que termines con esto. Debes apretar el gatillo de tu arma, niña. Por tu hermana, por tu familia, por ti misma.

—¡No!

—¿Sabes lo que decía la pequeña Nadia mientras engullía sus pequeñitas y tiernas vísceras? Le pedía perdón a su mamá, a su papá y a su hermanita por haber sido desobediente en la cena.

—¡Cállate!

—Tu amiga Aura apenas comprendió lo que pasaba cuando la sorprendí en el callejón. La pobre creía que iba a violarla, inocente criaturita...

—¡Que te calles!

—El trasgo resultó mucho más sencillo. Es conocida la hosquedad y antipatía de los de su raza. Apenas me llevó unos minutos...

—¡Para!

—La chica que bailaba en el Morgana. Menuda belleza de dríada, ¿eh? Esa pensó que tenía las manos largas y que tendría que quitarme de encima, que era un cliente baboso y que no tenía bastante con ver su cuerpo desnudo... ¡Qué equivocada estaba!

—¡Que lo dejes!

—Oblígame entonces. Después viene el tal Jota, el regente del bar que frecuentabas. Un buen tipo. Tenía buena conversación y sabía su oficio desde luego...

La detonación de un disparo resonó por toda la calle. Había alcanzado en el pecho a la criatura. Esta cayó al suelo e intentó incorporarse, pero Irina apretó el gatillo de nuevo, esta vez apuntando a una rodilla, y le destrozó la rótula.

—Por favor —imploró el despojado viviente, que pedía ser ejecutado.

Irina dudó un par de segundos. No lo remató. Sabía que si lo hacía no habría esperanza para ella, se convertiría en la versión femenina de Michel.

Fue corriendo hasta que encontró una cabina pública. Llamó al departamento ahucando la voz y tapándose la boca con una manga cada vez que hablaba. Indicó que tenía información sobre el asesino en serie. Le pasaron con un detective, y le dio las señas para que fueran a buscar al inhumano que se desangraba sobre el asfalto a unos metros del Duende Verde.

Irina se marchó lo más rápido que pudo y, esquivando los tumultos, llegó a su casa. Allí se metió de cabeza en la cama, se tapó entera con el edredón y no quiso saber nada más del asunto.

30. El día siguiente

Irina, final

SE DESPERTÓ CON UNA SENSACIÓN DE resaca, a pesar de que no había bebido nada. O tal vez fuera el vacío de no haber ingerido ningún alimento en muchas horas. Pero no se encontraba demasiado bien. Como una zombi fue directa a aliviar su vejiga y después de la visita al cuarto de baño caminó descalza por la casa, pensando en qué quería hacer.

Se preparó un desayuno consistente en huevos revueltos, tostadas, café, zumo de frutas, mantequilla, mermelada, galletas, bollos y pastas. No había comido tanto por la mañana desde que era adolescente por lo menos. Por aquel motivo engulló con gula, se estaba dando un festín y se lo merecía. Su cuerpo se lo agradeció con creces y poco después de los primeros bocados comenzó a recuperar las sensaciones perdidas e incluso regresó un poco de color a su cara. Le faltaban energías porque no había tomado una alimentación decente en varios días, lo cual acompañado con la falta de sueño, le habían provocado el malestar.

Cuando terminó con lo que había dispuesto sobre la mesa de la cocina, aunque se tomó su tiempo para ello, se notó llena. Dispuesta para tomar decisiones.

Lo primero que vio fue la copia de los informes del forense que el pelirrojo le había facilitado. Aquello tenía que desaparecer. Ordenó un poco las fotografías y las carpetas en un solo montón.

Se derrumbó en el sofá. «No. No tiene sentido», se dijo. «Nada tiene sentido», repitió en su cabeza. Miró a su alrededor: un apartamento desordenado, lleno de cajas que jamás había desempacado, demasiado pequeño para ella y por el que pagaba un alquiler bastante elevado.

«¿Por qué sigo aquí?», se preguntó. Solo eran cuatro paredes en las que almacenaba sus cosas y a veces dormía. El juicio se celebraría en unos días, y tenía muchas posibilidades de ser expulsada de la policía, e incluso de una pena de cárcel.

La voz de Marta diciéndole: «Lo mejor es que te marches de aquí», le martilleaba una y otra vez. Tenía razón.

De forma impulsiva, buscó bolsas y maletas y comenzó a meter la ropa que más se ponía, dejando la antigua olvidada en los armarios. Tras la ropa pensó con seriedad qué quería conservar de aquel maremágnum de libros. Tenía cajas y cajas de ellos que pesaban como condenados, ocupaban espacio y acumulaban aún más polvo. Se decidió de repente: el libro ilustrado que le leía su padre. Solo se llevaría aquel y ninguno más. El resto de sus cachivaches no le importaban, eran meros objetos vacíos sin los que podría sobrevivir.

Se vistió con unos pantalones vaqueros y una camiseta, buscó sus gafas de sol y una gorra, que se encasquetó y terminó por ponerse la cazadora. Agarró la pistola de Mich y la guardó en el interior de la chaqueta. Fue sacando las bolsas y la maleta. No se molestó en cerrar no quedaba nada de valor, el poco dinero en efectivo que poseía lo llevaba encima. Se acordó de su madre, pero también necesitaba huir de ella. Escribió una escueta nota, despidiéndose, y la colocó junto a unos billetes delante de la puerta de su vecina de al lado para que se la hiciera llegar a Natalia.

Su coche permanecía aparcado en el mismo lugar desde antes de que la detuvieran. Abrió el

maletero e introdujo el equipaje no sin dificultades, hasta que consiguió que entrara.

La portezuela chirrió cuando la abrió, al igual que el asiento. Le costó arrancar, pero no la decepcionó y terminó ronroneando al ritmo de su pie sobre el pedal. Bajó la ventanilla, echando un último vistazo al que había sido su barrio. Suficiente nostalgia. Nuevo comienzo.

Dio la vuelta al coche y enfiló hacia el viaducto. Circuló por los barrios pobres porque sabía que era el camino más rápido, aunque menos recomendable. Al contrario que el día anterior, no había nadie por la calle, la polis era un lugar fantasma. Tal vez nadie se atrevía a salir. Parecía un día festivo.

Las calles más próximas al antiguo río continuaban sin un alma cuando Irina condujo por ellas, encarando la rampa del viaducto de contundente hormigón que salía de la polis. El negro cauce pareció eructar a modo de despedida cuando pasó por encima. El primer tercio de la rampa era el más empinado y necesitó aumentar el empuje del motor. Más tarde, la senda se estabilizaba y una decena de kilómetros después comenzaba un suave descenso. Retuvo un poco su marcha, aunque no tocó el freno. Cuando terminó la bajada, detuvo el vehículo.

Se bajó y sin cerrar la puerta miró a su espalda.

La silueta de la polis, vista desde la distancia, derrotada, cansada y herida; las columnas de humo e incendios que no habían dejado de arder. Eso dejaba atrás, un lugar viejo y quemado. «Hasta nunca», se despidió.

Montó y encendió el motor de nuevo, acelerando por la pista de tierra compactada que no sabía adónde la llevaría.

Agradecimientos

Calles de chatarra resultó mucho más rápida y sencilla de escribir que la anterior. Una novela es complicada. Hay que hacer un plan, un esquema, para que las cosas vayan encajando. En esta tuve claro ese boceto desde el principio, quizá por eso he avanzado más rápido que con mis anteriores historias.

Como siempre hay una serie de personas sin las que de no ser por su apoyo o colaboración de la forma que fuera, no habría terminado este libro.

A David Prieto, compañero de fatigas, excelente escritor y mejor amigo. A Merce también, por aguantarnos a los dos cuando nos ponemos a parlotear de nuestros libros. Al pequeño Héctor que seguro le tocará sufrirnos a su padre y a mí.

A Carlos Fernández Vega, de nuevo. *Patatastormer* y *Warden* por excelencia, que leyó con gusto esta historia y aportó su punto de vista.

A mi familia.

A Susana Torres, otra vez, y van tres ya, por sus comentarios y preguntas dirigidos a mejorar la novela.

Al Círculo de Bardos, encabezado por Pedro Camacho, gran bardo donde los haya, por esos piques diarios que nos llevaron a los dos a escribir más, a los que un tiempo después se sumó David, con buen resultado para todos.

A otros colegas, a los que merece mucho la pena leer, escuchar y tomarse una cerveza con ellos: David Mateo, Víctor Martínez, José Miguel Vilar-Bou, Fransus Franco, Teo Palacios, Guillem López, Juande Garduño, Claudio Cerdán, Enric Hecce, José Luis Castaño, Francisco Javier Illán Vivas, Juan Carlos Pereletegui, Sergio Macías, Fernando «Fer» Martínez Gimeno, Jesús Cañadas, Alberto Morán Roa...

A toda esa gente que vas conociendo en certámenes y jornadas y con las que apenas compartes una comida o unas cañas rápidas y a aquellos que lo hicieron posible mediante su apoyo moral (y sus euros): Abel Salvador Vila, Alba Eowyn Lúthien, Alberto García Cabello, Alejandro Blanco Herrera, Alexander Páez García, Alfonso Zamora Llorente, Ana Isabel Buendía, Ana Martínez Castillo, Anabel Zaragoza, Andrés González Benavente, Andrés Verduga Alonso, Antonio Torrubia, Antonio Valderrama González, Asier Doncel, Athman M. Charles, Baltasar García Pérez-Schofield, Borja Bilbao Cos, Borja Laita García-Luzón, Camino González Vázquez, Carlos Fernández Vega, Carlos Sisí, Carmen Cabello, Carolina Márquez Rojas, Cristina González Béjar, Cristina López, Cristina Macía, David Tejera Expósito, Diana Hernández Soler, Diego Castro Sánchez, Diego de Cora García, Eduardo Patiño Pozo, Elena Coria, Eloy Alonso Sánchez, Emilio Díez García, Emilio Torcuato Palomo, Encarnación Fernández Ruiz, Enrique Carlos Díez Martínez, Familia Sánchez Castaño, Federico Axat, Felipe Manuel Ortega Cecilio, Francisco M. Pérez Sánchez, Francisco Ubaldo Rodríguez Rodríguez, Gerardo Medina Vidal, Gonzalo Beascoechea Andrés, Guillermo Tato Reig, Isabel Oliva Yanes, Ivan Mourin, Javier Angulo Hernández, Javier Jesús Reyes Rodríguez, Javier Romero Aranda, Javier Trescuadras, Jesús Cañadas, Jorge Iván Argiz, Jorge Urreta, José Antonio Castaño Sánchez, José Antonio Gómez Escalona, José Antonio Rodrigo Solís, José Antonio Sancho Sanchez, José Enrique Díaz Diz, José Ignacio Becerril Polo, José Luis Carbón, José Luis Ríos, José María Naranjo Alpresa, Karol

Scandiu, Letheia de Auram, Los Octaedriles, Luis Ager Alcaraz, Luis Colomé Moraleda, Luis López Álvarez, Luis Martínez Vallés, Luis Miguel Ruiz / María Encina, Lyro, M^a Carmen Campelo Tascón, Manuel Belda Rivero, Manuel Martín Rodríguez, María Jesús Sánchez Raya, María José Monrobe, María Micharet Hernández, Mariló P. Zaragoza, Mario Manzano Vázquez, Marta Coria Tudero, Miguel Aguado Rubio, Miguel Rodríguez Robles, Minerva Sánchez Ramos, Mónica Mateo Manzano, Nélida Casado Eguizabal, Nieves H. Hidalgo, Óscar Garrido Garrido, Pablo Fidel Moncayo, Patricia Valero Valdelvira, Pedro Camacho Camacho, Pilar Benítez Camacho, Raúl Lepe de los Ángeles, Rayco Cruz Fernández, Rocío Torres Pretel, Rosa María Calero Leal, Sandra Sánchez Brotons, Sergi Llauger Fructuoso, Sergio Vera Valencia, Sonia F. Guitián, Tania A. Alcusón, Teresa Hernández Díaz, Tomás Sánchez Hernández, Vanesa Sendra Rihuet, Víctor Morata Cortado y Yeray Viedma Marrero.

No se ha maltratado a ningún animal en la confección de esta novela.

Salamanca, septiembre 2011 - agosto 2012

GLASPOL COMPOSITES

*Veinte Años Moldeando Contigo
Desde 1993*

SILICONA MOLDES - RESINA DE POLIÉSTER - TEJIDO Y FIBRA DE
VIDRIO - RESINA DE POLIURETANO - GEL COATS - MASILLAS Y
MATERIALES DE MODELADO - TEJIDOS DE CARBONO -
DESMOLDEANTES

CREA TUS UNIVERSOS DE LA IMAGINACIÓN CON NOSOTROS:
TIENDA DE MATERIALES PARA MOLDES, MODELISMO, MAQUETAS,
ESCENOGRAFÍA Y FX ENTRE OTRAS MUCHAS APLICACIONES

GLASPOL COMPOSITES, S.L.
C/ PADRE FERRIS, 28
TEL. 96 349 47 33
FAX 96 349 78 97
46009 VALENCIA
E-MAIL: INFO@GLASPOL.NET

ALMACÉN:
POL. INDS. MASÍA DEL JUEZ
C/ DELS SOMBRERERS, 7 Y 9
TEL./FAX 96 155 80 06
46900 TORRENT (VALENCIA)

WWW.GLASPOL.NET
WWW.COMPOSITESHOP.COM

PREMA EDICIONES



www.premaediciones.com

RESULTADOS PROFESIONALES:
MAQUETACIÓN PARA IMPRENTA O DIGITAL

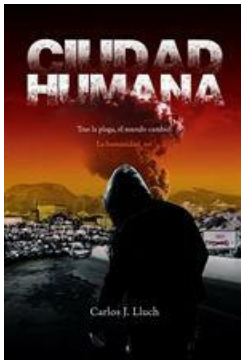
MÁS DE CUATRO AÑOS DE EXPERIENCIA EDITANDO CONTENIDOS

DISEÑO Y MANTENIMIENTO WEB

DISEÑO DE PORTADAS

CREACIÓN DE TIPOGRAFÍAS

CORRECCIÓN ORTOTIPOGRÁFICA



AÑO 2040. HAN PASADO 25 AÑOS DESDE LA APARICIÓN DEL PRIMER BROTE ZOMBI Y CASI 20 DESDE QUE EL MUNDO QUEDÓ ARRASADO. EN CARTAGENA, AL SURESTE DE ESPAÑA, HAN CONSEGUIDO AISLARSE DE LOS MUERTOS VIVIENTES Y SE HA INSTAURADO UNA SOCIEDAD LO MÁS PARECIDA POSIBLE A LA ANTIGUA CIVILIZACIÓN. GONZALO GUTIÉRREZ, HIJO DEL HOMBRE QUE HIZO POSIBLE LA SUPERVIVENCIA DE LA CIUDAD, SE PREPARA PARA SER ELEGIDO OFICIALMENTE COMO PRESIDENTE. PERO LA PAZ NO DURA MUCHO. ASESINATOS, ATENTADOS Y EL REGRESO DE UNA DE LAS PEORES LACRAS DEL MUNDO PRETÉRITO LO LLEVARÁN AL LÍMITE, VIÉNDOSE OBLIGADO A TRASPASAR FRONTERAS QUE JAMÁS HUBIERA IMAGINADO. ¿ESTARÁ DISPUESTO A SACRIFICARLO TODO POR LA

SUPERVIVENCIA DE LA CIUDAD?

La visión de un futuro apocalíptico que nos hará cuestionárnoslo todo. ¿Si te enfrentaras a una situación extrema, tendrías claros tus límites? [...] Un ejemplo crudo y real de lo que el hombre haría. Un mundo en el que no hay superhéroes, sino gente que ama y procura conservar la naturalidad, sin perder la esperanza.

Reseña del blog *Crónicas literarias*

La historia es perfecta, muy bien desarrollada y con todos los componentes para ser una gran obra no sólo del género, sino también de misterio y acción, pues Carlos J. Lluch ha sabido combinar todos los factores a la perfección para crear una novela que entretiene, engancha y sorprende.

Reseña del blog *Sintonía literaria*

INFORMACIÓN Y PUNTOS DE VENTA EN
WWW.FACEBOOK.COM/CIUDADHUMANA